

EL
AÑO DE ORO
LUCIO APULEYO



Presentación de
Juan Villoro
Prólogo de
Gemma Libertad Guzmán Luna

Clásicos UG



El asno de oro

Clásicos UG



LUCIO APULEYO

El asno de oro

Presentación de
JUAN VILLORO

Prólogo de
GEMMA LIBERTAD GUZMÁN LUNA

Traducción de
DIEGO LÓPEZ DE CORTEGANA

UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



El asno de oro

Primera edición, 2018

Traducción: Diego López de Cortegana

D.R. © Universidad de Guanajuato
Lascuráin de Retana núm. 5, Centro
Guanajuato, Gto., México
C.P. 36000

Producción:

Editorial de la Universidad de Guanajuato
Mesón de San Antonio
Alonso núm. 12, Centro
Guanajuato, Gto.
C.P. 36000
editorial@ugto.mx

Formación: Jorge Alberto León Soto
Diseño de forros: Jaime Romero Baltazar
Corrección: A.J. Aragón

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o transmisión parcial o total de esta obra bajo cualquiera de sus formas, electrónica o mecánica, sin el consentimiento previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

ISBN PDF: 978-607-441-540-7

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ÍNDICE

Presentación	
La invención del futuro.	11
<i>Juan Villoro</i>	
Prólogo	
La constante impermanencia: metamorfosis y narrativa en <i>El asno de oro</i>	17
<i>Gemma Libertad Guzmán Luna</i>	
Introducción	29
Libro primero	
Capítulo I	31
Capítulo II	37
Capítulo III	43
Libro segundo	
Capítulo I	49
Capítulo II	52
Capítulo III	57
Libro tercero	
Capítulo I	67
Capítulo II	71

Capítulo III	74
Capítulo IV	77
Capítulo V	81

Libro cuarto

Capítulo I	85
Capítulo II	89
Capítulo III	93
Capítulo IV	98
Capítulo V	100

Libro quinto

Capítulo I	105
Capítulo II	109
Capítulo III	111
Capítulo IV	114
Capítulo V	118

Libro sexto

Capítulo I	123
Capítulo II	126
Capítulo III	129
Capítulo IV	137

Libro séptimo

Capítulo I	143
Capítulo II	149
Capítulo III	152
Capítulo IV	157

Libro octavo

Capítulo I	163
Capítulo II	171
Capítulo III	176
Capítulo IV	179

Libro noveno

Capítulo I	185
Capítulo II	188
Capítulo III	190
Capítulo IV	195
Capítulo V	206

Libro décimo

Capítulo I	213
Capítulo II	218
Capítulo III	221
Capítulo IV	226
Capítulo V	230
Capítulo VI	236

Libro undécimo

Capítulo I	243
Capítulo II	248
Capítulo III	258
Capítulo IV	264

Tabla de libros y capítulos	271
---------------------------------------	-----

PRESENTACIÓN

LA INVENCION DEL FUTURO

Juan Villoro

UN LIBRO CERRADO NO ES UNA OBRA DE ARTE; ES LA POSIBILIDAD de una obra de arte: solo se convierte en hecho estético al ser leído. Su destino depende de quienes se asoman a sus páginas o, en tiempos más recientes, de quienes reciben su mensaje de luz en una pantalla.

Ningún libro inicia sus días como un clásico. No hay manera de anticipar desde un principio si perdurará en el gusto de la gente. Son los lectores los que deciden salvarlo del fuego y el olvido. En forma asombrosa, ese fervor puede durar lo suficiente para que un filósofo o un poeta sobreviva a la civilización que le dio origen. Desde el siglo VIII antes de Cristo, Homero —o los muchos recitadores que asociamos con ese nombre— no ha perdido vigencia. Su lengua se convirtió en otra y el mundo que vio antes de quedarse ciego dejó de existir, pero el desafío de Ulises sigue siendo el nuestro: en una época de exilios y desplazados, donde las grandes ciudades nos desconciertan con sus laberintos, ningún recorrido supera al de volver a casa.

“El amor es eterno mientras dura”, escribió el poeta y letrista de *bossa nova* Vinicius de Moraes. Lo mismo sucede con los clásicos. Hay obras que cautivan a varias generaciones y

más tarde son relegadas al rincón de las bibliotecas que solo disfrutaban los ratones.

Resulta imposible saber durante cuánto tiempo un clásico estará vigente o en qué momento alcanzará ese rango. Ciertas historias comienzan sus días como muestras de ingenio y entretenimiento, pero están destinadas a fundar una tradición todavía futura. El caso más evidente es el *Quijote*. El gran cervantista Francisco Rico ha llamado la atención sobre un hecho singular: durante un par de siglos, los avatares del Caballero de la Triste Figura fueron apreciados como un arte mayor en Francia, Inglaterra y Alemania y solo más tarde adquirieron el mismo prestigio en España, donde la novela de Cervantes había sido leída como un divertimento popular.

Ningún escritor decide la forma en que perdura su trabajo. Esa magia le corresponde a los lectores. Defoe no pensó que sería recordado por *Robinson Crusoe* y apostó a que la posteridad leyera algunos de sus versos, del mismo modo en que Cervantes creyó sellar su pacto con la gloria con su última obra, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, menos leída que el *Quijote*. Ni Defoe ni Cervantes podían prever los gustos del porvenir. Nadie es contemporáneo de su futuro. Por eso Oscar Wilde pudo decir con ironía: “Hasta ahora, la posteridad no ha hecho nada por nosotros”.

Algunos autores han desarrollado brillantes estrategias para definir la forma en que deben ser leídos, pero eso solo atañe a su presente. Pessoa juzgó que la tradición lírica portuguesa era demasiado pobre y decidió inventar a sus precursores a través de las biografías imaginarias y las variadas obras de Alberto Caeiro, Bernardo Soares, Ricardo Reis, Álvaro de Campos y otros heterónimos destinados a dotarlo de una genealogía.

Si el poeta portugués se adjudicó un linaje literario, Borges transformó su contexto cultural para insertarse en él de manera conveniente. En una de sus clases de literatura, Ricardo Piglia afirmó: “Borges construye una tradición con sus lecturas [...] No quiere ser leído desde una tradición narrativa en el interior de la cual sus textos no valgan nada. Si Borges es leído desde Dostoievsky o desde Proust, no queda nada de él. Como no quedó nada durante años porque era, se decía, ‘algebraico’, ‘cerebral’, en sus textos no había ‘vida’. Esto quiere decir que Borges hizo y construyó toda una red de lecturas —alguna vez habrá que hacer un seminario sobre él como crítico— hasta terminar por imponer el contexto dentro del cual sus textos fueran leídos”.

Tanto Borges como Pessoa influyen en la valoración que de ellos hacen sus contemporáneos; crean un modo propicio para ser entendidos y valorados. Pero no aseguran su futuro. Eso les corresponde a los desconocidos que los seguirán leyendo o no. Consciente de esto, Borges señala que un clásico no es otra cosa que un libro “que los hombres no han dejado morir”.

La historia de la cultura incluye la historia de su destrucción. Esquilo escribió 82 obras de las que se conservan siete; se estima que Sófocles concluyó 123 piezas y también en su caso solo disponemos de siete; conocemos 18 obras de las 92 que compuso Eurípides (o 19, si se acepta su autoría de *Reso*). La incesante labor de las termitas, la humedad, los incendios, los tiranos, las mudanzas, los robos y los fanatismos han acabado con buena parte del acervo cultural. Pero nada es tan frágil como el gusto.

Y pese a todo, Esopo, Virgilio, Apuleyo, Aristóteles, Horacio, Arquímedes y otros autores resistentes llegan a noso-

tros. Ninguno de ellos estuvo conforme con su tiempo. Si los seguimos leyendo es porque no han dejado de manifestar su rebeldía o, mejor aún, porque la seguimos necesitando y no permitimos que desaparezca. Desde el presente, garantizamos su porvenir.

Los libros son más significativos que los autores. Con el tiempo, dicen cosas que pueden llegar a contradecir a quienes los concibieron. Esto se debe a la cambiante manera en que son leídos. Dostoievsky escribió *Crimen y castigo* para criticar a los anarquistas que tomaban el destino en sus manos y no reconocían otro tribunal ético que su libre albedrío: “Si Dios no existe, todo está permitido”, opina Raskolnikov, el inconforme que protagoniza la novela. Dostoievsky cuestiona el individualismo que puede llevar al crimen en aras de ideales “superiores”. Leída muchos años después, en los cafés humeantes de París donde se fundaba el existencialismo, la misma historia adquirió un valor distinto. Jean-Paul Sartre encontró en ella un desafío para la elección individual. Raskolnikov piensa que el ser libre no debe rendirle cuentas a Dios; Sartre está de acuerdo con él, pero agrega que no por ello todo está permitido. La ética existencial consiste en actuar correctamente sin una coacción externa. La actitud de Raskolnikov, que para Dostoievsky solo se redime a través de un castigo, representa para Sartre el inquietante reto de elegir.

La escritura no existiría sin una noción de futuro. Toda historia se dirige hacia un desenlace: algo que no ha ocurrido, ocurrirá. Ese horizonte determina la aventura de Ulises. A lo largo de veinte años se somete a tentaciones que podrían desviar su travesía. Oye el seductor canto de las sirenas y pide que lo amarren al mástil de su embarcación para no abando-

nar la ruta; rechaza el paraíso artificial de los lotos alucinógenos; repudia la poción de Circe, fantástica hechicera; llega al Hades y dialoga con el profeta Tiresias; puede obtener la vida eterna, pero prefiere seguir su inalterable destino. ¿Por qué se resiste a estos prodigios? Cuando enfrenta a los lotófagos, teme que la droga borre sus recuerdos. Desea atesorar lo ocurrido para contarlo al volver a Ítaca, la isla de la que partió. Su auténtica misión es el *nóstos*, el regreso. Italo Calvino comenta que Ulises no tiene miedo de olvidar el pasado, sino el futuro, la historia que vive en tiempo real y que deberá contar. Se arriesga en el presente para que su historia posterior exista.

Siglos más tarde, ante el mismo mar, Platón dirá que el conocimiento es una forma del recuerdo. Etimológicamente, “recordar” significa “volver a pasar por el corazón”. Ulises se somete a sus tareas para que eso emocione después.

Cada escritor vive su propia odisea. Emprende un viaje que lo devolverá al punto de partida y espera, como el esforzado Ulises (que los griegos llamaron Odiseo), que sus peripecias tengan sentido en otro tiempo: “La memoria solo cuenta verdaderamente —para los individuos, las colectividades, las civilizaciones— si reúne la impronta del pasado y el proyecto del futuro”, escribe Calvino.

Los autores que hemos convertido en clásicos proponen un singular modo de leer que no se limita a sus libros, sino que abarca la realidad circundante. Al levantar la vista de la página, el mundo puede parecer kafkiano o quijotesco. La literatura expande su efecto hacia el entorno y modifica a quien la lee. El máximo personaje de Platón es el lector platónico.

Hemos sido inventados por los clásicos y los defendemos para que no olviden su futuro. ~\$

PRÓLOGO

LA CONSTANTE IMPERMANENCIA: metamorfosis y narrativa en *El asno de oro*

Gemma Libertad Guzmán Luna

ORIGINARIO DE MADAURA, EN EL NORTE DE ÁFRICA, APULEYO nació en el año 125 d.C., en una época en donde la convivencia de filosofías, religiones y muy diversas perspectivas del mundo era la atmósfera vital. Además de escribir discursos, poemas y novelas, fue un prolífico traductor, lo que le hizo ganar con rapidez cierta fama en su momento. La lengua latina era usada por él con gran destreza, pese a que el griego fue la lengua que heredó de sus padres. La versión de *El asno de oro* que el lector tiene en sus manos se trata de una de las más notables traducciones de la obra.

La presente edición atiende la traslación al castellano del humanista Diego López de Cortegana, traductor español del siglo XVI cuya formación eclesiástica y filológica moldearon una perspectiva humanística de donde surge esta elegante versión del latín al castellano. Carlos García Gual elogia en esta obra “la facundia expresiva de un latín lleno de colorido, donde se mezclan los poetismos con vocablos del habla coloquial” (García, 1988, p. 346) que permanece en esta versión del humanista. En cuanto a las condiciones de su escritura, esta obra se encuentra envuelta en cierto misterio debido a la inexacta fecha de su aparición. La crítica suele ubicar la escri-

tura y publicación de la novela hacia el final de la vida de Apuleyo, es decir en el año 180 d. C. Se ha concluido esto debido a la ausencia de referencias a la obra en otras de la misma autoría, costumbre muy extendida en la época.

Antes de la novela de Apuleyo existía una novela cuyo argumento trataba sobre un asno y sus infortunios. Se trata de una breve narración titulada: *Lucio o el asno*, con idéntica trama. Algunos especialistas señalan que muy probablemente su autor, Luciano, retomó otra novela griega aun más antigua y la copió (García, 1988, p. 349). De esta naturaleza es el antecedente literario de *El asno de oro*. En este caso el autor decidió enfocar su interés en complicar y profundizar la interioridad del personaje principal, Lucio. Enfatizó el carácter cambiante de la fortuna en su vínculo con la vida humana y los avatares que a esta son inherentes. Así, la inserción de relatos menores relacionados uno a otro parece servir de apoyo a subrayar una intención satírica que se refinará a lo largo de la historia para desembocar en un desenlace en apariencia “inadecuado” para una novela burlesca.

Apuleyo enriquece con su reescritura esta novela que ya existía en la cultura griega. Lo hace desde una perspectiva que se sirve de la sátira solo en la superficie. Durante una lectura intuitiva es posible descubrir que el carácter burlesco de las aventuras del asno esconde características trágicas de mayor envergadura. *Las metamorfosis*, ese otro nombre con que se conoce a la novela, intentan observar la prescripción clásica de que todo arte debía estar al servicio de la leyenda *docere et delectare*. Educar en el deleite, tal era la función de cualquier arte en la época de Apuleyo. En este sentido, cabría sugerir que el autor buscó innovar no tanto desde el argumento o la técnica narrativa que ya Luciano había empleado en su breve novela, sino en las intenciones expresivas que usual-

mente tendría un argumento novelesco de esta cualidad. La crítica literaria coincide en que la más valiosa innovación del traductor latino sería verter en clave satírica las aspiraciones literarias de una tragedia griega. Una tragedia cuyo héroe tiene la forma de asno.

El asno, un cuadrúpedo de grueso pelaje destinado a la carga y al trabajo de humildes labores. Jean Chevalier recuerda que aunque el asno es para la cultura occidental moderna el símbolo de la ignorancia, es necesario recordar que este animal representa la humildad, la paciencia, la tenacidad y sobre todo, la paz interna (Chevalier, 1986, p. 147). Lucio recibe el castigo de vivir bajo la forma de un asno por seguir una vida licenciosa, según los impulsos carnales y las vanidades del espíritu. Quizá la mayor condena de Lucio es que, a pesar de estar bajo la forma de un asno, conserva la mente, la emoción y las necesidades internas de un ser humano. Una consciencia inteligente encerrada en el cuerpo de un animal con muy baja condición. Este es el primer infortunio trágico. El siguiente sería estar condenado al cumplimiento de toda desventura que el destino pusiera a su paso. Una más desgraciada que la anterior. Quizás Apuleyo decidió seguir esta vía para escribir una novela divertida que al mismo tiempo advierta de la desgracia que le espera a quienes desafían el estado habitual de las cosas. Podríamos decir que realizaba el esbozo de una tragedia.

Toda sátira literaria suele tener intenciones de criticar algún tema específico, puede tratarse de una crítica política, religiosa, intelectual, etc. En el caso de *El asno de oro* ¿quién es el verdadero objeto de las burlas de esta novela? Podrían ser las supersticiones de la época, o el arrebato humano de los impulsos mundanos: la curiosidad, la lujuria y otros deseos de la carne. Apuleyo celebra el carácter cómico de nuestro impulso humano por insistir en la persecución de objetivos

que la Fortuna transforma, poco a poco, en nada. De tradición muy griega resulta este eco de tragedia en los diversos infortunios de Lucio pero, como señalan los especialistas, el hilo conductor de la técnica narrativa “recuerda una constante tendencia a la *contaminatio* de tradición latina que mezcla la sátira con la novela corta” (García, 1988, p. 361).

Las metamorfosis señalan un proceso de transformación muy necesario para adquirir solidez vital. Su lectura revelará al lector la sorprendente actualidad de su argumento al observar que las metamorfosis de Lucio persiguen un objetivo desafortunado y confuso al principio, pero de gran trascendencia cuando se revela en el futuro. Con *El asno de oro* estamos, desde luego, ante un género que celebra la constante impermanencia de las cosas. Sin embargo, se trata de una celebración que no emplea exclusivamente claves burlescas o trágicas. Mucho se ha insistido en llamar a Apuleyo un escritor voluble o caprichoso, parece nunca decidirse por la tragedia o la comedia.

La estructura narrativa es una colección de anécdotas que forman un solo argumento de notable sencillez: la historia de un hombre que es transformado en asno por la fuerza. Como mencionamos, recibe este castigo como penitencia por cometer acciones indebidas según la valoración supersticiosa del momento. Cada una de las breves historias que se engarzan al interior de la historia, hace réplica a esta estructura principal: la transfiguración. El cauce de vivencias del personaje principal, Lucio, no carece de incertidumbre e inesperados cambios. Nada y nadie permanecen siempre los mismos.

Además de *El asno de oro*, podríamos referir obras de Publio Ovidio Nasón del año 8 d. C. y de Franz Kafka, en pleno siglo XX, que también recrean narrativamente la historia de una radical transformación universal y humana, respectivamente.

Podrá advertir el lector que el tema de las “metamorfosis” o “transformaciones” es un tópico literario constante. Este tema busca representar a través de relatos o poemas el paso de una degradación a una exaltación, o bien el camino inverso.

En el caso de *El asno de oro*, la primera metamorfosis de Lucio retrata la experiencia de un hombre que abandona su forma humana como escarmiento por una acción innoble; por otro lado, cuando le es retribuida su condición humana, como recompensa por haber experimentado las duras pruebas que el destino le impuso, nos encontramos ante una segunda transfiguración. La doble transformación —la una negativa y la otra positiva— se traduce, en el caso de nuestro personaje, como el paso de un estado precario de humanidad a otro, plenamente animal. Después de pasar numerosas vivencias bajo esta forma, a nuestro asno se le devuelve su forma humana y pasa así por la segunda metamorfosis. Probada ya su verdadera naturaleza, el asno recobra así una identidad humana más noble que la anterior.

La primera transformación de Lucio tiene, además de este objetivo trascendental, una causa bien definida: la curiosidad humana. De gran vitalidad resulta que en el centro de la narración principal se inserte uno de los mitos más memorables de la cultura clásica, la historia de Cupido y Psique. Réplica narrativa donde el personaje principal, Psique, pasa también por una radical transfiguración, completamente gratuita y debida únicamente a los designios del destino. Su padre recibe el mandato divino de abandonarla en la cima de un risco a la espera de algún designio de los dioses. Psique, quien poseía una belleza inusitada, es llevada por el viento al palacio del dios Cupido, el dios del amor, y es destinada a desposarse con él.

El dios vuelve a su palacio cada noche para yacer al lado de su esposa, quien nunca lo ha visto a la luz del día y, sin embar-

go, comparte con él una vida conyugal. El aspecto de cupido es un creciente misterio para Psique. Sin embargo, su revelación está radicalmente prohibida por Cupido quien erige ante ella este voto como prueba a su lealtad. En correspondencia con la curiosidad que llevó a Lucio a recibir su castigo, Psique representa el ansia de indagación, alimentada por el miedo, que la lleva a traicionar la condición que Cupido había señalado como signo de lealtad. La mujer enciende una vela en plena noche, cuando su esposo duerme, quemándolo por accidente y rompiendo así el pacto conyugal. Psique es desterrada del olimpo y condenada a pasar por una serie de pruebas.

Estas pruebas que Venus, madre de Cupido, impone a su nuera fueron cada vez más duras. Sin embargo, todas ellas fueron superadas. Así, Cupido y Psique recuperan su vínculo y ambos permanecen en la naturaleza divina de los dioses inmortales. Estamos, en este caso, ante una metamorfosis triple: el paso de un estado mortal a uno divino es la primera; la segunda es el estado divino que se pierde a causa de un error motivado por la humana condición y, por último, la tercer metamorfosis: la redención de Psique que restituye su antiguo privilegio y la convierte en diosa junto a Cupido. Psique asciende a la condición divina porque superó incluso la prueba impuesta por Venus de transitar por el infierno y sobrevivir. Como puede verse, son numerosas las resonancias narrativas que conducen tan antiguo relato en semejanza con la novela de Apuleyo.

El escritor conocía bien la lengua griega y era un ejemplo de la versatilidad filosófica y cultural del siglo II d. C. El mosaico narrativo que configura *El asno de oro*, recuerda la tradición musical griega de “ensamblar” fragmentos de poemas épicos y así formar un paisaje narrativo cuya unidad se basa en la diversidad de pequeñas réplicas que hacen eco a esta unidad:

una suerte de rapsodia literaria. Quizás se trate, con *Las metamorfosis*, de un relato que sigue esta naturaleza narrativa.

Después de relatar durante numerosos apartados las desventuras de Lucio bajo la forma de asno, parece notable que la forma del discurso que predomina en la obra es la narración. Sin embargo, es destacable que solo en dos episodios esta forma de discurso es sustituida por la descripción. Las acciones de los personajes ralentizan su ritmo narrativo y el autor se detiene a señalar con virtuoso lenguaje cada detalle de las cualidades en sus escenarios. Se trata del episodio central de Cupido y Psique y, preparando el desenlace, el libro XI de la novela. El relato de la aparición de la diosa Isis, así como la posterior transformación del asno de nuevo en hombre.

No son escasas las discusiones literarias acerca de la función que en el relato tiene este final: la aparición de la diosa ante el burro vaticinando su próxima transformación como ser humano. El cumplimiento de este designio tiene tal impacto en Lucio, que decide dedicar sus últimos días a la castidad y servicio devocional de la diosa de los “Mil nombres”.¹ ¿Cómo podemos saber que este religioso desenlace no se trata de una ironía?

Cada intervención narrativa, en independencia de su extensión, tiene casi siempre motivos satíricos muy notables por algunos elementos verbales. Como señala Carlos García Gual, las estrategias lingüísticas con las que Apuleyo ironiza destacan cuando en la narración predomina un ritmo vertiginoso. El crítico menciona algunos ejemplos:

¹ Isis es considerada la diosa más ilustre de la cultura egipcia. Representa la deidad de numerosos valores y elementos, entre los primeros se encuentra el ser diosa del hogar, por su gran fidelidad y afecto. Cada ser vivo tiene al menos una gota de sangre de Isis. Ella detenta el secreto de la vida, la muerte y la resurrección (Chevalier, 1986, p. 595).

Aludamos solo alguno de sus mecanismos lingüísticos más peculiares, como el uso de adjetivos opuestos a la condición de los personajes: el necio Pitias, que hace perder a Lucio su compra en el mercado se califica de “prudente”; los bandidos, de “benignos”; las hermanas de Psique, de “selectas”; la mujer del panadero, de “púdica”; el sádico muchacho que tortura al asno de “amable compañero”, etcétera (García, 1988, p. 367).

Hay una completa ausencia de mecanismos verbales como este en los episodios tan descriptivos de *El asno de oro* que señalamos. Como decíamos, el ritmo narrativo cede su lugar a un exquisito empleo de la lengua para exaltar escenarios, espacios, lugares y personajes. Veamos el primer capítulo del último libro de nuestra novela, en donde Apuleyo describe la aparición de la diosa Isis ante el asno:

Tenía los cabellos, muchos y muy largos, derramados por el divino cuello, que le cubrían las espaldas. Tenía en su cabeza una corona adornada de diversas flores, en medio de la cual estaba una redondez llana, a manera de espejo, que resplandecía la lumbré de él, para demostración de la luna (Apuleyo, 2018, p. 245).

Episodios como este, en donde predomina la descripción, son el tono principal en los capítulos del último libro. La diosa Isis indica al asno que deberá comer una corona de rosas que verá al día siguiente y, a partir de ello, recibirá de nuevo su forma de hombre.² Este episodio final está teñido de una se-

² Por su relación con el color de la sangre, la rosa parece estar relacionada con el símbolo para el renacimiento místico. La rosa y el color rojo son símbolo de regeneración por el parecido semántico del latín *Rosa* con *ros*, (lluvia o rocío) (Chevalier, 1986, p. 892). Note el lector que en el caso de nuestras tres referencias a este diccionario: el asno, Isis y las rosas, *El asno de oro* ha sido

riedad contrastante con el resto de la obra. En él parece imperar un propósito de hacer bien clara la distinción entre la religión y la superstición. Este apartado habla de una verdadera exaltación religiosa; no se trata de hechicería o superstición, elementos ya ridiculizados de forma exhaustiva en el resto de la novela. Este desenlace relata una experiencia trascendente que busca legitimar la antigua condición humana del asno. Recordemos en este sentido que Apuleyo enfrentó acusaciones por practicar la magia y recibió duras críticas por su libertad filosófica y religiosa. Quizás la reivindicación del asno, fuese también para el escritor una vía de auto legitimación intelectual en el círculo político y retórico de entonces.

Muy cerca del final de la obra, destaca el instante en que el asno cobra consciencia de su recuperada forma humana y el primer pensamiento que por ello tiene:

Yo, espantado y como pasmado, estaba quedo y callando, revolviendo en mi corazón tan repentino y tan gran gozo, que no cabía en mí, pensando qué era lo primero que principalmente había de comenzar a hablar, de dónde había de tomar el comienzo de la nueva voz. ¿Con qué palabras podría ahora la lengua, otra vez nacida, comenzar con mejor dicha? ¿Con cuáles y con cuántas palabras yo podría hacer gracias a tan gran diosa? (Apuleyo, 2018, p. 254).

Se ignora el tiempo exacto durante el cual Lucio estuvo bajo la forma de un asno. Quizá la radicalidad de esta transformación deba medirse mejor por las peripecias e infortunios que

mencionado por Chevalier como ejemplo literario en el uso de estos símbolos. Deseamos destacar, entonces, su notable presencia en el imaginario occidental, por establecer un prototipo de significación universal.

marcaron la constante en su relato. El cambio fue siempre el tono principal: cambio de amos, caminos, cambios de fortuna y castigo. Siempre para peor. Otro factor notable durante esta metamorfosis animal fue el silencio. El asno Lucio podía pensar, sentir, conocer y discernir, pero no podía hablar. Su penitencia más notable fue el obligado mutismo del hombre encerrado en un asno. Lucio no podía hablar en su función como personaje de los hechos novelísticos narrados, pero ejercía una desbordante locuacidad como narrador de su propia historia. Este silencio es la ironía más transparente que teje toda la historia. Apuleyo calla como personaje de asno, pero expresa la narración en primera persona y a través de mecanismos narrativos y retóricos de notable riqueza.

Las alusiones del autor a la impotencia que Lucio vive encerrado en un cuerpo animal de tan baja condición son frecuentes. Sería incansable señalarlas. Así, es notable el aspecto moral de habitar la existencia bajo una forma humilde. La penitencia del silencio sería, quizás, otra forma de aislamiento y humildad por la que Lucio, el hombre, conocería al fin el peso del lenguaje. La densidad de una lengua con la cual no podía articular palabra alguna. Muy significativos resultan los primeros pensamientos del nuevo hombre Lucio, después de haber sido un asno: “¿Con qué palabras podría ahora la lengua, otra vez nacida, comenzar con mejor dicha?”. Es notable que Apuleyo haya empleado esta forma verbal de elaborar semejante pregunta. No eligió sino las pautas verbales de la mayor elegancia y plasticidad lingüística. Destaca, en este sentido, la noción que tenía del arte retórica como una experiencia de vida al escribir numerosos discursos además de obras literarias.

Es frecuente la valoración que la crítica realiza acerca del papel de esta novela y su manejo de la *curiositas* humana. ¿Por

qué Apuleyo retomó una novela que ya existía? ¿Cuáles fueron los motivos que le guiaron a la lectura y el reconocimiento de la obra de Luciano, el otro autor de breves novelas satíricas? Parece improbable que faltara en el africano el ingenio necesario para comenzar una narración del todo nueva. Retorna a una narración que satiriza la curiosidad humana quizás para realizar una ironía doble: que solo por la curiosidad es posible el descubrimiento y la transfiguración de una obra en otra distinta, por un lado. Es decir, su reelaboración de la breve novela de Luciano es ya, por sí misma, una primera metamorfosis. La segunda, es la que parecería no hacer más que imitar la valoración de la curiosidad a través del personaje de Lucio, el asno.

En apariencia, *El asno de oro* es solo una réplica de una novela que ya Luciano había ideado. Sin embargo, la sed de indagación y descubrimiento del personaje es experimentada también en la vida por Apuleyo, quien retoma el argumento de una novela anterior creando así una sátira tan solo aparente. El final reivindica esa curiosidad y vuelve secundaria la función burlesca de la novela. El autor se decide al final por un héroe trágico que cobra consciencia de su humana condición solo a causa de perderla por su natural “curiosidad”.

Numerosas divergencias entre la crítica han provocado esta ambivalencia de Apuleyo entre la comicidad y la seriedad solemne de sus personajes. ¿Cuándo juega y cuándo habla en serio? Lo que resulta indiscutible es el humor pensativo y trágico que inicia en la tradición latina a través de esta novela y donde puede hallarse luego la estética picaresca de tradición hispánica: *El Lazarillo de Tormes*, *Guzmán de Alfarache* y *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Con *El asno de oro* nos encontramos ante uno de los principales fundamentos de la novela moderna.

Referencias

Chevalier, Jean (1986), *Diccionario de los símbolos*, Barcelona: Herder.

García Gual, Carlos (1988), *Los orígenes de la novela*, Madrid: Akal.

Apuleyo, Lucio (2018), *El asno de oro*, México: Editorial de la Universidad de Guanajuato.

INTRODUCCIÓN

EN ESTE LIBRO PODRÁS CONOCER Y SABER DIVERSAS HISTORIAS y fábulas, con las cuales deleitarás tus oídos y sentidos: si quieres leer y no menospreciar mi escritura, porque aquí verás las fortunas y figuras de hombres convertidas en otras imágenes y tornadas otra vez en su misma forma; de manera que te maravillarás de lo que digo. Y si quieres saber quién soy, en pocas palabras te lo diré:

Mi antiguo linaje es de Atenas y de Lacedemonia, que son ciudades muy fértiles y nobles, celebradas por muchos escritores. En esta ciudad de Atenas comencé a aprender siendo mozo; después vine a Roma, donde con mucho trabajo y fatiga, sin que maestro me enseñase, aprendí la lengua natural de los romanos. Así que pido perdón si en algo ofendiere, siendo yo rudo para hablar lengua extraña, que aun la misma mudanza de mi hablar responde a la ciencia y el estilo variable que comienzo a escribir.

La historia es griega; entiéndele bien y habrás placer.



LIBRO PRIMERO

Argumento

Lucio Apuleyo, deseando saber arte mágica, se fue a la provincia de Tesalia, donde estas artes se usaban, y en el camino se juntó con otros dos compañeros. Y en aquel camino iban contando cosas increíbles y de maravillar de un embaidor y de dos brujas hechiceras. – Y luego cómo llegó a la ciudad de Hipata, y de su huésped Milón, y lo que le aconteció en su casa la primera noche. – Lee y verás cosas de mucho gusto, y toma lo mejor para ti.

Capítulo I

Cómo Lucio Apuleyo, deseando saber arte mágica, se fue a la provincia de Tesalia y en el camino se juntó con dos compañeros, los cuales iban contando admirables acaecimientos de hechiceras.

YENDO YO A TESALIA (QUE DE ALLÍ ERA MI LINAJE POR PARTE de mi madre, de aquel noble Plutarco, y Sexto su sobrino), después de haber pasado por sierras y valles, deleitosos prados llenos de hierbas y campos arados, ya mi caballo iba rendido, y así por esto, como por ejercitar las piernas, que llevaba cansadas de venir caballero, salté de él en tierra y comencé a caminar muy poco a poco, llevándolo por delante. De esta ma-

nera alcancé dos compañeros que iban allí cerca, y escuché lo que hablaban.

El uno de ellos, con una risa, dijo:

—Calla ya; no digas esas palabras mentirosas.

Como esto le oí, deseando saber cosas nuevas, dije:

—Señores, repartid conmigo de lo que vais hablando, porque huelgo mucho de oír cosas tales, y también porque subiendo esta tan áspera cuesta, el hablar nos alivie parte del trabajo.

Entonces, aquel que había comenzado la plática primera, nos dijo:

—Por cierto no es más verdad esta mentira, que si alguno dijese que con arte mágica se vuelven atrás los caudalosos ríos, que la mar se cuaja, que los aires no se mueven, que el sol está fijo en el cielo, que despuma en las hierbas la luna, que se arrancan del cielo las estrellas, que se quita el día y la noche se detiene.

Yo, entonces, con un poco más de osadía, dije:

—Oye, tú que comenzaste la primera habla, por amor de mí, que no te pese ni te enojés de proseguir adelante.

Asimismo dije al otro:

—Paréceme que tú, con grueso entendimiento y rudo corazón, menosprecias lo que por ventura es verdad, y no sabes que muchas cosas juzgan los hombres por mentira, o porque nunca fueron vistas, o porque ellas parecen más grandes de lo que se puede pensar, las cuales si bien se mirasen y contemplasen, no solamente serían claras de entender, pero aun fáciles de hacer. Porque yendo yo un día a Atenas, y llegando a la puerta grande que llamaban Pecile, vi un hombre de estos que hacen juegos de manos, que tragó una espada bien aguda por la punta. Y luego, por un poco de dinero que le dieron,

tomó una lanza por el hierro y metióse la por la barriga; de manera que el hierro que entró por la ingle le salió por la parte del colodrillo a la cabeza, y en la punta de él apareció un niño volteando y danzando, de lo cual nos maravillamos cuantos allí estábamos, que no dijeras sino que era el báculo del dios Esculapio, medio cortados los ramos y nudoso, con una serpiente volteando encima. Así que, tú que comenzaste a hablar, torna lo comenzado, que yo solo te creeré, y demás de esto te prometo que en el primer mesón en que entremos te convidaré a comer conmigo, y esta será la paga de tu trabajo.

Él respondió:

—Pláceme aceptar lo que dices, y luego proseguiré lo que antes había comenzado, y primero, te juro por el sol, te he de contar cosas que así han pasado, porque no dudes que en verdad por mí pasaron, aunque me pesó, y en esta ciudad que aquí cerca está, es cosa muy sabida y manifiesta. Y porque sepáis quién soy, de qué tierra y cuál es mi oficio, habéis de saber que yo soy de Egina y ando por estas provincias de Tesalia, Etolia y Beocia, de acá para allá, buscando mercaderías de queso, miel y semejantes cosas de taberneros, y como oyes decir que en la ciudad de Hipata (la cual es la más principal de Tesalia) hubiese buen queso, de buen sabor y provechoso para vender, corrí luego allá para comprar todo lo que pudiese. Pero con el pie izquierdo entré en la negociación, que no me sucedió como esperaba, porque otro día antes había venido otro negociador que se llamaba Lobo, y lo había comprado todo. Así que yo, fatigado del camino, fuíme hacia el baño y de improviso hallé en la calle a Sócrates, mi amigo y compañero, que estaba sentado en tierra, medio vestido, con un sayuelo roto, tan disforme, flaco y amarillo, que parecía tal

como aquellos que la triste fortuna trae a pedir por las calles. Como yo lo vi, aunque era muy familiar mío y compañero, con todo esto dudé si le conocía, y llegándome a él, dije:

—¡Oh, mi Sócrates! ¿Qué es esto? ¿Qué gesto es ese? ¿Qué desventura fue la tuya? En tu casa ya eres llorado; ya a tus hijos han dado tutores los alcaldes. Tu mujer, después de hechas tus exequias y haberte llorado, cargada de luto y tristeza, es importunada por sus parientes que se case, y tú estás aquí como estatua del diablo con nuestra injuria y deshonra.

Él entonces me respondió:

—¡Oh, Aristómenes!, no sabes tú las vueltas y rodeos de la fortuna y sus inestables movimientos.

Y diciendo esto, con su falda rota se cubrió la cara de manera que se descubrió desde el ombligo abajo.

Yo no pude sufrir tan miserable vista y triste espectáculo; tomélo por la mano y trabajé con él por que se levantase, y él así, con la cara cubierta, me dijo:

—Déjame; use la fortuna conmigo de su triunfo y siga lo que comenzó.

Yo, luego, desnudéme una de mis vestiduras y prestamente se la vestí, aunque mejor diría que lo cubrí, e hícelo ir a lavar al baño, y dile todo lo que fue menester para untarse y limpiar la mucha suciedad que tenía. Después de bien curado, llevélo al mesón e hícelo sentar a la mesa y comer a su placer, amansélo con el comer, alegrélo con el beber, de manera que ya estaba inclinado a hablar en cosas de juego y placer, para conversar como hombre decidor, cuando de lo íntimo de su corazón dio un mortal suspiro, y con la mano derecha se dio un gran golpe en la cara, diciendo:

—¡Oh, mezquino de mí!, que en tanto que anduve siguiendo el arte de la esgrima, que mucho me placía, caí en estas miserias, porque, como tú bien sabes, después de la mucha

ganancia que hube en Macedonia, partiéndome de allí con mi dinero, un poco antes que llegase a la ciudad de Larisa, pasando por un valle muy grande lleno de espesa arboleda, hay unos grandes despeñaderos; allí me cercaron los ladrones y me robaron cuanto traía, y yo escapé medio muerto; víneme a la ciudad y me hospedé en casa de una vieja tabernera llamada Meroe, mujer sabia y parlera, a la cual conté lo que me acaeció en el camino y la gana y ansia que tenía por volver a mi casa, contándole mis penas con mucha fatiga y miseria; ella me empezó a tratar humanamente y dióme a cenar muy bien y de balde; y así que, movida o alterada de amor, metióme en su cámara y cama. Yo, mezquino luego, como llegué a ella una vez, se me pegó tanta enfermedad y vejez, que por huir su conversación todo cuanto tenía le di, hasta las vestiduras que los buenos ladrones me dejaron con que me cubriese, y aun algunas de las cosas que había ganado. Así que aquella buena mujer y mi mala fortuna me trajeron a este gesto que poco antes me viste.

Yo le respondí:

—Por cierto, tú eres merecedor de cualquier mal que te viniese, pues que una mala mujer y un vicio carnal tan sucio te hizo olvidar de tu casa, mujer e hijos.

Sócrates, entonces, poniendo el dedo en la boca, mirando en derredor a ver si era lugar seguro para hablar, dijo:

—Calla, calla, no digas mal contra esta mujer, que es maga; por ventura, no recibas algún daño por tu lengua.

A lo cual yo le respondí:

—¿Cómo es eso de esa tabernera? ¿Y tanto puede? ¿Qué mujer es?

Él respondió:

—Es muy astuta hechicera, que puede más que los diablos, y los manda a zapatazos; hará temblar la tierra, y cuajar las

aguas, deshacer los montes, obscurecer las estrellas, conjurar los muertos, resistir a los dioses.

Cuando le oí decir estas cosas, le dije:

—Ruégote, por Dios, que no hablemos más en materia tan alta, hablemos en cosas comunes.

Sócrates dijo:

—¿Quieres oír alguna cosa o muchas de las tuyas? Pues has de saber que ella hace que dos enamorados se quieran bien y se amen muy fuertemente, no solamente aquí los naturales, pero aun los que están muy lejos, aunque sea en el cabo del mundo. Oye ahora lo que en presencia de muchos osó hacer a un enamorado suyo porque tuvo que hacer con otra mujer: con una sola palabra lo convirtió en un animal que llaman castor, el cual tiene esta propiedad: que temiendo de no ser tomado por los cazadores, córtase su natura por que lo dejen; y porque otro tanto le aconteciese a aquel su amigo, lo tornó en aquella bestia. Asimismo, a otro, su vecino, tabernero, que le quería mal, convirtió en rana; y ahora el mezquino viejo andaba nadando en la tinaja del vino, y escondiéndose debajo las heces; canta cuando vienen a su casa los que continuaban a comprar de él. También a otro procurador de causas, porque abogó contra ella, lo transformó en un carnero; y así, en esta forma, procura ahora los pleitos. Esta misma, porque la mujer de un su enamorado le dijo cierta injuria, le hizo tal hechizo, que quedó con la barriga muy grande, como preñada, y todos cuentan el tiempo de su preñez, que son ya ocho años que a la mezquina crece el vientre, como preñez de elefante. La cual, como a muchos dañase, fue tanta la ira que el pueblo tomó contra ella, que determinaron de apedrearla; pero con sus encantamientos, ella supo lo que estaba ordenado, y como aquella Medea, que con la tregua de un día que alcanzó del rey Creón, toda su casa, y su hija, y al mismo rey,

quemó en vivas llamas, así esta, con sus imprecaciones infernales, que dentro de un sepulcro hizo (según que la beoda me contó), a todos los vecinos de la ciudad encerró en sus casas con la fuerza de sus encantamientos, que en dos días no pudieron romper las cerraduras ni abrir las puertas, hasta que unos a otros se amonestaron y juraron de no tocarle ni hacer mal alguno, antes de darle todo favor y ayuda. De esta manera amansada, desligó toda la ciudad; pero al autor de este escándalo, con su casa entera y sus cimientos, a medianoche, lo llevó a otra ciudad, cien millas de allí; y porque en la ciudad no había lugar donde pudiese asentar la casa, por la mucha vecindad, la puso en el arrabal, y allí la dejó.

Cuando yo le oí esto, díjele:

—Por cierto, mi Sócrates, tú dices cosas muy espantables y crueles, y, sin duda, que en gran miedo me has puesto, Y porque esta vieja (usando de su encantamiento) habrá entendido nuestra plática, vámonos a dormir, y muy de mañana huyamos de aquí lo más lejos que pudiéremos.

Capítulo II

Cómo prosiguiendo Aristómenes (que así se llamaba el compañero) su historia, contó a Lucio Apuleyo cómo dos hechiceras, Meroe y Panthia, degollaron aquella noche a Sócrates.

AUN YO NO HABÍA BIEN ACABADO DE DECIR ESTO, CUANDO Sócrates se adormeció, así por haber bebido de lo que no acostumbraba, como también por la lengua fatiga que había padecido.

Yo entonces entré la puerta dentro de la cámara y eché la aldaba, y acostéme sobre una camilla que estaba cerca los

quicios de la puerta. Así que del miedo que tenía velé un poco, y siendo casi medianoche, comenzáronseme a cerrar los ojos; mi fe, si os place, ya dormía, y súbitamente las puertas se arrancaron de sus quicios, y se cayeron en tierra.

Mi camilla en que estaba, como era pequeña, y cojo el banco de un pie y los otros podridos, con la fuerza e ímpetu de la puerta, cayó en tierra, y yo caí debajo en el suelo, porque como la cama se volvió, tomóme debajo de sí; entonces sentí un efecto natural en contrario que así como en un gran placer suelen venir lágrimas, así a mí, que estaba lleno de miedo, me venía gran risa, porque estaba de hombre hecho tortuga.

Estando así en el suelo cubierto con mi camilla, vi dos mujeres viejas; la una traía un candil ardiendo, la otra un puñal y una esponja, y pusiéronse cerca de Sócrates, que dormía muy bien. La que traía el puñal dijo a la otra:

—Hermana Panthia, este es el gran enamorado Endimión, otro Ganimedes, que días y noches burló de mi juventud. Este es el que no solamente contando mis amores me difama y deshonra, más aún, ahora quería huir, y que yo quede sola y con pena, como Calypso cuando Ulises la dejó y se fue.

Diciendo esto me señaló con la mano, y dijo a Panthia:

—Y también este buen consejero Aristómenes, que es el autor de esta huída, cercano está de la muerte, echado yace en tierra debajo de la cama; todo esto bien lo ha mirado, mas no crea que ha de pasar sin pena por lo que contra mí dijo, yo le haré que luego, y aun ahora, se arrepienta de lo que malamente ha hablado y del consejo de la huída que quiere hacer.

Yo, mezquino, como entendí estas palabras, cubríme de un sudor frío y comencóme a temblar todo el cuerpo, en tanta manera, que mi camilla saltaba temblando en mis espaldas.

Panthia dijo entonces:

—Pues, hermana, ¿por qué a este no despedazamos primero o le cortamos su natura?

Respondióle Meroe (que era la tabernera, la cual conocí más por su gesto de vino que por otra cosa):

—Antes me parece que debe de vivir este, para que entierre a este otro cuitado.

Y tomando la cabeza de Sócrates por la parte siniestra de la garganta, le metió el puñal hasta los cabos, y tomó la sangre en un barquino, de manera que gota no pareció y metiendo la mano por la llaga hasta las entrañas, sacó el corazón de mi triste compañero el cual, como tenía cortado el gáznate, no pudo dar ni un solo gemido.

Panthia tomó la esponja que traía, y metióla en la boca de la llaga, diciendo:

—Tú, esponja, nacida de la mar, guarda que no pases por ningún río.

Diciendo esto, ambas se vinieron a mí, quitáronme la cama de encima, y puestas en cuclillas, meáronme la cara, tanto, que me remojaron muy bien, y entonces se fueron, y luego las puertas se tornaron a su lugar como de antes estaban.

Yo, como estaba echado en tierra, desnudo y frío, y remojado de orines, como si entonces hubiera salido del vientre de mi madre, dije entre mí:

¿Qué será de mí cuando se hallare este a la mañana degollado? ¿Quién me podrá creer, aunque dé mil razones? Porque luego me dirán: Si tú, hombre, tan grande, no podías resistir a una mujer, a lo menos dieras voces y llamaras socorro. ¿Cómo en tu presencia degollaban un hombre? ¿Por qué, si eran ladrones, no mataban a ti como a él? Así que, pues escapaste de la muerte, torna a ella.

Considerando yo estas cosas muchas veces, íbase la noche, y venía el día; parecióme buen consejo salirme antes de él, y tomar mis alforjas y mi capa.

Comencé a abrir las puertas de la cámara con la llave, y aquellas, que esa noche de su voluntad se abrieron, a mala vez y con mucho trabajo pude abrir, dando veinte vueltas a la llave.

Después que salí de la cámara, fuíme a la puerta del mesón, y dije al portero:

—Oye, tú, ábreme la puerta, que quiero caminar de mañana.

Él, que cerca de la puerta estaba echado, me respondió:

—¿Cómo te quieres partir ahora, que aún es de noche? ¿No sabes que andan ladrones por los caminos? Si tú eres tan simple que deseas morir, nosotros no tenemos cabezas de calabaza que queramos morir por ti.

Yo dije:

—No hay mucho de aquí al día, cuanto más, que a hombre pobre, ¿qué pueden robarle los ladrones? ¿No sabes tú, hermano, que a hombre desnudo, diez valientes no le pueden despojar?

A esto, el embeleñado villano, medio dormido, dio una vuelta sobre el otro lado, diciendo:

—¿Y qué sé yo ahora si dejas degollado aquel tu compañero con quien cenabas anoche, y te vas huyendo?

Cuando yo le oí aquello, en aquel punto me pareció abrirse la tierra, y que vide el maldito profundo del infierno y el cancebero hambriento por tragarme. Acordóseme que aquella buena de Meroe no me había dejado de matar por misericordia, más por crueldad, por guardarme para la horca. Así que tornéme a la cámara, y pensaba entre mí qué linaje de muerte me habían de dar al otro día; con esta cuita determiné de matarme, y como en la cámara no hubiese armas, volvíme a mi camilla, y díjele:

—¡Oh, mi lecho amado, que has padecido conmigo tanta fatiga esta noche, tú eres sabedor de lo que aquí se hizo; a ti solo puedo tomar por testigo de mi inocencia; ruégote que si tengo que morir, me des algún socorro!

Y diciendo esto, desaté una soguilla con que estaba tejido, y echéla de un madero, e hice un lazo en la cuerda, y, subido encima de la cama, me lo puse atado al pescuezo, y dando con los pies en la cama por apartarla, para que el cuerpo quedase en el aire y me ahogase, la cuerda, súbitamente, con el peso del cuerpo, se hizo pedazos de vieja y podrida; yo, como caí de lo alto, di sobre Sócrates, que estaba allí echado cerca de mí. Y luego en ese momento entró el portero dando voces:

—¿Dónde estas tú, que a medianoche con gran prisa te querías partir, y ahora te estás en la cama?

A esto, no sé si, o con la caída que yo di, o por las voces y baraúnda del portero, Sócrates se levantó primero que yo, diciendo:

—No sin causa los huéspedes aborrecen y dicen mal de estos mesoneros; ved ahora este necio importuno cómo entró de rondón en la cámara, creo que por hurtar algo. Con sus voces me despertó.

Cuando yo vi a mi compañero hablar, fuíme a él y abracéle y beséle muchas veces; él me dijo:

—Quítate allá, que hiedes malamente.

Entonces yo le mudé el propósito, y lo hice levantar, y luego nos partimos. Empezamos a caminar ya cuando el sol alumbraba toda la tierra: yo iba muy curiosamente mirando a mi compañero la garganta por aquella parte que le había visto meter el puñal, y decía entre mí:

“Cierto, anoche yo estaba tan lleno de vino, que soñé cosas del diablo: he aquí Sócrates vivo y sano. ¿Dónde está la herida? ¿Dónde está la esponja?”

Entonces dije a mi compañero:

—No sin causa dicen los médicos que los que mucho cenan y beben, sueñan pesados sueños, así me aconteció a mí, que anoche, como me desordené en el beber, soñé crueles y espantables cosas, que aun me parecía que estaba rociado con sangre de hombre.

A esto respondió él riéndose:

—Antes me parece que estás rociado con meados. Pero también soñaba yo que me degollaban, y me dolió la garganta, y que me arrancaban el corazón: y aun ahora no puedo resollar; por tanto, quería comer alguna cosa para esforzarme.

Yo entonces le dije:

—He aquí el almuerzo.

Luego saqué pan y queso, y sentámonos a almorzar. Yo lo estaba mirando cómo tragaba los bocados con una flaqueza intrínseca y un color amarillo que parecía de muerto: yo, pensando en aquellas brujas, estaba tan medroso, que el bocado de pan que había mordido se me atravesó en el galillo, de manera que no podía pasar abajo, ni tornar arriba, y también tenía temor por no ver pasar a nadie por el camino.

Sócrates, desde que hubo bien comido del pan y queso, tenía gran sed, y cerca de allí do estábamos asentados, corría un hermoso y claro río, adonde mi compañero fue a matar su sed; y echándose de bruces en el agua, empezando a meter los labios, se le abrió súbitamente la degolladura, y de dentro salió la esponja con una poca de sangre.

Yo, cuando esto vi, asíle por los pies y tirélo a tierra, que de otra manera, el cuerpo sin alma cayera en el río. Después (según el tiempo y lugar) lloré a mi compañero, y le di en la arena sepultura para siempre. Y con mucha ansia me fui por esos caminos; y dejando mi tierra y casa, tomando voluntario destierro, me fui a Etiopía, y allí me casé, donde ahora soy morador.

De esta manera nos contó Aristómenes su historia, y el otro su compañero, medio riendo, dijo:

—No hay mentira tan fabulosa en el mundo como esta.

Y mirando hacia mí, dijo:

—Tú, hombre de bien (según tu presencia y hábito muestran), ¿crees esta conseja?

Yo le respondí:

—Cierto: no pienso que hay cosa imposible, porque muchas veces acaecen a mí y a ti, y a todos los hombres, cosas maravillosas que nunca acontecieron, que si se cuentan a persona rústica, no son creídas.

Y volviéndome a Aristómenes, le dije:

—Mucho holgué de oír tu historia, y de mi parte lo agradezco mucho, porque con tu cuento me hiciste olvidar el camino y pasarlo sin fatiga; del cual beneficio también mi caballo lleva su parte, porque sin trabajo suyo he venido hasta la puerta de esta ciudad, no encima de él, mas de mis orejas.

Aquí nos apartamos; yo entré en la ciudad, y mis compañeros pasaron adelante.

Capítulo III

Cómo Lucio Apuleyo llegó a la ciudad de Hipata y fue a hospedarse en casa de Milón, y lo que con Pithias le aconteció.

LEGANDO AL PRIMER MESÓN QUE HALLÉ, PREGUNTÉ A UNA vieja tabernera si conocía uno de los principales de aquel pueblo que se llamaba Milón.

La vieja respondió:

—Por cierto, así es, que este Milón es el más honrado de su casa.

Yo le dije:

—Madre mía, dejemos burlas y dime en qué casa mora.

Ella respondió:

—¿Ves aquellas ventanas del cabo que están fuera de la ciudad, de frente a una calleja sin salida? Pues allí mora Milón, harto rico, y mayor avariento, y de baja condición, hombre infame y sucio, que no tiene otro oficio sino continuo dar dinero a usura, sobre buenas prendas de plata y oro; metido en una casilla pequeña, está siempre pensando en su dinero, con su mujer, compañera de tristeza y avaricia, y no tiene en su casa persona, sino una mozuela, y tanto es avariento, que anda vestido como un pobre hombre.

Cuando yo oí esto, reíme entre mí, diciendo:

“Por cierto, bien encaminado vengo de mi amigo Demeas, pues a tal hombre me envía para que me dé posada, en cuya casa ni habrá miedo del humo ni del olor de la cocina”.

Y diciendo esto llegué a la puerta de Milón, a la cual, como estaba muy bien cerrada, empecé a llamar.

En esto salió una mozuela de dentro, que me dijo:

—Oyes tú, que tan reciamente llamas a la puerta, ¿qué prenda traes para que te preste sobre ella dineros?

Yo le respondí:

—Mejor lo haga Dios conmigo; respóndeme si está en casa tu señor.

Ella dijo:

—Sí está; mas dime: ¿qué es lo que quieres?

Yo respondí:

—Traígole cartas de Corinto, de su amigo Demeas.

Ella me dijo:

—Espera en cuanto se lo digo.

Y cerrando muy bien la puerta, se entró para dentro.

De allí, a poco tornó a salir, y abriéndola, me dijo que entrase.

Yo entre y hallé a Milón sentado a una mesilla pequeña, que entonces empezaba a cenar. Y la mujer estaba sentada a los pies, y en la mesa había poco o casi nada que comer.

Él me dijo:

—Esta es tu posada.

Yo le di muchas gracias, y luego le di las cartas de Demeas, las cuales, por él leídas, dijo:

—Yo soy muy contento de tener tan honrado huésped como mi amigo Demeas me envía.

Y diciendo esto, hizo levantar a su mujer; y a mí, tomándome por la falda, me hizo sentar en su lugar, diciendo que por miedo de ladrones no tenía otra silla ni otras cosas que convenían.

Después que yo fui sentado, me dijo:

—Huésped honrado, ruégote que no menosprecies la angostura de mi casa, que está aparejada para lo que mandares, y ves allí a aquella cámara, que es razonable, donde puedes estar a tu placer. Porque cierto, tu persona hará mayor la casa; demás de esto, imitarás a tu padre Teseo, que nunca se menospreció de posar en casa de aquella buena vieja Hecales.

Entonces llamó a la moza, y díjole:

—Andria, toma esta ropa del huésped y ponla a buen recaudo, y saca aceite para untarle y un paño para limpiarle, y llévalo al baño más cercano, porque vendrá fatigado del largo camino.

Cuando yo le oí esto, dije:

—No he menester nada de esto, que yo iré y preguntaré por el baño. Lo que ahora querría, es que para mi caballo me compres tú, Andria, heno y cebada, ves aquí los dineros.

Entonces puse mi ropa en aquella cámara, y yendo al baño, acordé de proveer primero algo para cenar y fuíme a la plaza de Cupido, adonde había gran abundancia, y compré pescado.

Al tiempo que me venía topé con Pithias, que fue mi compañero cuando estudiábamos en Atenas, el cual, como me vio, se vino a mí y abrazóme y dióme paz amorosamente, y dijo:

—¡Oh, mi Lucio!, mucho tiempo ha que no nos vemos; ¿qué es ahora la causa de tu venida?

Yo dije:

—Mañana nos veremos más despacio, y entonces te lo diré. Mas, ¿qué es esto? Yo he gran placer en verte con vara de justicia; según tu hábito, debes tener oficio en la ciudad.

Él me respondió:

—Soy almotacén, tengo cargo de las cosas de comer; por eso, si quieres comprar algo, bien te podré aprovechar.

Yo no quise, porque ya tenía comprado lo necesario para cenar. Pero él, como vio la espuerta del pescado, tomóla, y mirando los peces que en ella había, dijo:

—¿Cuánto te costó esta basura?

Yo le dije que veinte maravedís. Lo cual como él oyó, tomóme por la falda y llevóme a la plaza de Cupido y preguntóme:

—¿De cuál de estos compraste?

Yo le mostré un vejezuelo que estaba sentado en un rincón. Al cual, con voces ásperas (como a su oficio convenía), empezó a maltratar diciendo:

—Vosotros ni perdonáis a nuestros amigos ni a los forasteros que aquí vienen, porque vendéis al pescado podrido por tan gran precio, y hacéis con vuestra carestía que una ciudad como esta, que es la flor de Tesalia, se torne en un desierto. Pero no lo haréis sin pena, a lo menos en tanto que yo tuviere este cargo.

Y tomando la espuerta del pescado la derramó por el suelo e hizo a uno de sus oficiales que lo rehollasen con los pies. Así que mi amigo Pithias, contento con este castigo, me dijo:

—Lucio, bien basta lo que hice a este vejezuelo; vete con Dios.

Yo quedé mal contento de esto, y me fui al baño sin cena y sin dineros, por el buen consejo de aquel mi amigo Pithias. Así que, después de lavado, tornéme a la posada de Milón y entréme en la cámara.

Luego vino Andria, la moza de casa, a llamarme diciendo:

—Ruégate mi señor que vayas allá.

Yo, sabiendo la miseria de Milón, excuséme diciendo que quien venía fatigado del camino, más había menester reposar en la cama que otra cosa.

Mas Milón se vino a mí, y tomóme por la mano y llevóme a aquella su pequeña y pobre mesilla, donde me hizo sentar. Y luego me preguntó:

—¿Cómo está mi amigo Demeas?, ¿cómo están su mujer e hijos?

Yo le di cuenta de todo muy cumplidamente. Asimismo me preguntó ahincadamente la causa de mi venida, la cual después que muy bien le relaté, me preguntó de la tierra y del estado de la ciudad, y quién la regía y gobernaba, y otras cosas.

Plugo a Dios que acabó de hablar el viejo rancioso, más hambriento del sueño que harto de la cena, y dándome licencia me fui a dormir.



LIBRO SEGUNDO

Argumento

Andando Lucio Apuleyo mirando la ciudad de Hipata, se conoció con una tía suya; era dueña muy rica; y cómo fue avisado de ella que se guardase de la mujer de Milón, porque era grande hechicera. –Y cómo se enamoró de la moza de la casa. –Y de un convite que le hizo su tía, donde refiere cosas graciosas y de placer. –Y cómo guardando uno a un muerto, le cortaron las narices y orejas. –Después, cómo Lucio Apuleyo tornó de noche a su posada cansado de haber muerto, no a tres hombres, mas a tres odres.

Capítulo I

Cómo andando Lucio Apuleyo por la ciudad se conoció con una su tía, que le dio algunos avisos.

VINIENDO LA MAÑANA, YO ME LEVANTÉ CON ANSIA Y DESEO de saber aquellas cosas que son raras y maravillosas, pensando entre mí que estaba en aquella ciudad tan populosa, y que era nombrada por todo el mundo de haber en ella muchos encantamientos de arte mágica.

También consideraba en aquella fábula de Aristómenes mi compañero, la cual había acontecido en aquella ciudad. Y así andaba escudriñando todas las cosas que veía. Y no había cosa que, mirándola yo, creyese ser lo que veía; mas parecíame que

todas con encantamiento estaban tornadas en otra figura. Andando así, atónito, no hallando principio a lo que deseaba, halléme en la plaza de Cupido, adonde vi venir una dueña con una buena compañía de servidores, vestida de oro y seda y piedras preciosas. Venía a su lado un viejo honrado, el cual, como me vio, dijo:

—En verdad, este es Lucio.

Y dióme paz; y llegándose a la oreja de la dueña, no sé qué le habló, que, volviéndose a mí, dijo:

—¿Por qué no te llegas a tu madre y le hablas?

Yo le respondí:

—He vergüenza, porque no la conozco.

Y diciendo esto me detuve.

Ella puso los ojos en mí, diciendo:

—¡Oh, bondad generosa de aquella muy noble Salvia, tu madre, prima mía, que en todo le pareces! Llégate a mí, que yo soy aquella Birrena, tu tía, cuyo nombre bien has oído muchas veces a tus padres. Ruégote que vengas a mi posada, aunque mejor diré a la tuya.

A esto respondí con mucha medida y cortesía:

—Señora, yo me hospedo en casa de Milón, y no me será bien contado mudar de posada; lo que haré será que te visitaré muchas veces.

Hablando estas y otras cosas llegamos a su casa, la cual era muy hermosa y bien labrada. Había en ella cuatro órdenes de columnas de mármol, y sobre cada columna de las esquinas estaba una estatua de la diosa de la Victoria, tan artificiosamente labradas, con sus rostros, alas y plumas, que parecía que querían volar. De la otra parte estaba la estatua de la diosa Diana, hecha de mármol muy blanco, enfrente de la entrada de la puerta. Estaba esta diosa tan pulidamente labrada, que parecía que el aire llevaba su vestidura y que se movía y

andaba, y en su presencia mostraba gran majestad. Alrededor de ella estaban sus lebreles, hechos del mismo mármol, que parecía que amenazaban con los ojos, las orejas alzadas, las narices y las bocas abiertas. A las espaldas de esta diosa estaba una piedra muy grande, cavada a manera de cueva, en la cual había esculpidas hierbas de muchas maneras, con sus troncos y hojas, pámpanos y parras, y otras flores que resplandecían dentro de la cueva con la claridad de la estatua de Diana, que era de mármol muy claro, y resplandeciente. En el margen, debajo de la piedra había manzanas y uvas, que colgaban labradas muy artificiosamente. Pensaras que viniendo el tiempo de las uvas, cuando ellas maduran, podrás coger de ellas para comer. Y si miraras las fuentes que a los pies de la diosa corrían como un arroyo, creyeras que los racimos que cuelgan de las parras eran verdaderos, que aún no carecen de movimiento dentro en el agua. En medio de estos árboles y flores estaba la imagen del rey Acteón; estaba mirando cómo ella se lavaba en la fuente y cómo él se tornaba ciervo montés.

Andando yo mirando esto con mucho placer, dijo aquella Birrena, mi tía:

—Tuyo es todo lo que aquí ves.

Y diciendo esto mandó a los que allí estaban que se apartasen, que quería hablar un poco secreto; lo cuales apartados, me dijo:

—Lucio, hijo muy amado, por esta diosa que delante de nos está, que tengo mucha compasión y ansia de ti, deseando cómo proveerte y remediarte, porque no te querría ver en esta tierra, ni en otra, en peligros y trabajos que ligeramente vienen a las personas. Guárdate fuertemente de las malas artes y peores halagos de aquella Panfilia, mujer de tu huésped Milón, porque es gran mágica y maestra de cuantas hechicerías se pueden pensar, que con cogollos de árboles y pedrezuelas y semejantes

cosas, con ciertas palabras hace que la luz del día se torne nieblas, y que la mar se levante y la tierra tiemble. Y si ve algún gentilhombre que tenga buena disposición, luego se enamora de él, y le hace tales encantamientos, que le ata el cuerpo y el alma, y después que se harta de él, conviértelo en piedra o en bestia, o en otra forma que ella quiere, y a otros mata. Esto te digo temblando, porque te guardes, que es muy enamorada, y tú, como eres mozo y gentilhombre, agradarle has.

Esto me decía mi tía con harta congoja y pena que de mí tenía. Mas yo holgué mucho de saber que mi huésped era mágica, porque pretendía alcanzar algo de ella. Y disimulando con mi tía lo mejor que pude, me despedí, pidiéndome que la visitase muchas veces, ya que no quería aceptar su posada. De esta manera salí de manos de mi tía, que ya no veía la hora de verme en casa de Milón, mi huésped.

Capítulo II

Cómo Lucio Apuleyo se enamoró de Andria, la moza de su huésped Milón, y lo que pasó con ella.

DESPUÉS QUE ME APARTÉ DE MI TÍA ME IBA PARA CASA DE MI huésped; en el camino decía entre mí:

“Ea, Lucio, vélate bien, que ahora tienes entre las manos lo que tanto deseabas. Desecha de ti todo miedo, porque puedas presto alcanzar lo que desees; pero mira bien que te apartes de no hacer vileza ni ensuciar la cama y honra de tu huésped Milón. Con todo eso bien puedes requerir de amores a Andria su criada, que parece agudilla, bonita y alegre. Aun bien te debes recordar cuando anoche te ibas a dormir, cómo ella te acompañó mostrándote la cámara, y cubriéndote con

la ropa después de acostado, y te besó en la cabeza, partiéndose de allí contra su voluntad”.

Yendo yo disputando entre mí estas cosas, llegué a la casa de Milón, y, como dicen, yo por mis pies confirmé la sentencia de lo que había pensado.

Entrando en casa, ni hallé a Milón ni tampoco a su mujer, que eran idos fuera, sino a sola mi Andria, que aparejaba de comer para sus amos. Estaba vestida de blanco, su camisa limpia, y ceñida una faja blanca por debajo de las tetas; y con sus manos blancas y lindas estaba haciendo unos pasteles; y como traía alrededor la masa, ella también se movía tan apaciblemente, que yo, con lo que veía, estaba enamorado de ella; y lo más cortésmente que pude, dije:

—Señora Andria, con tanta gracia y donaire aparejas este manjar, que yo creo ser más dulce y sabroso que otro alguno. Cierto, será dichoso aquel que dejares tocar a tus vestidos.

Ella, como era viva y decidora, me dijo:

—Anda, mezquino, quítate de aquí, vete de la cocina, no te llegues al fuego, porque si un poco del mío te tocare, arderás de dentro, que nadie podrá apagarlo sino yo, que sé muy bien merecer la olla y cama.

Diciendo esto miróme y rióse; pero yo no me partí de allí hasta que le toqué con mis manos por su cuerpo, y dejadas las particularidades de su persona, porque todas eran cabales, yo me enamoré tanto de sus cabellos, que en público nunca partía los ojos de ellos, tanto les era su aficionado. Entonces tuve por cierta razón y conocí que la cabeza y los cabellos es la parte principal de la hermosura en las mujeres, por dos razones: o porque es la primera cosa que nos ocurre a los ojos, o porque adorna la cabeza de la manera que los vestidos adornan las otras partes del cuerpo. Si trasquilasen la más hermosa mujer que hubiese en el mundo, aunque fuese la diosa Venus,

acompañada de sus ninfas graciosas, con su Cupido y toda la más compañía que le sigue, con su arreo de cinta de oro y hermosas cadenas al cuello, y olores de cinamomo y bálsamo, si viniere sin cabellos, no aplacerá ni aun a su marido Vulcano. ¿Qué color puede más agradar que el natural de sus cabellos? Tanta es la gracia de ellos que, aunque una mujer esté vestida de seda y oro y piedras preciosas, si no mostrase sus cabellos, no podrá estar perfectamente ornada ni ataviada; pero en Andria, mi señora, no el atavío de su persona, mas estando revuelta como estaba, le daba más gracia. Ella los tenía espesos y largos que le llegaban abajo de la cintura, y con una redecilla de oro ligados con un nudo muy artificialmente dado, que le daba mucha gracia. De manera que yo no me pude sufrir, y tomándola por el trenzado, la empecé a besar.

Ella me dijo:

—Oye tú, escolar, dulce y amargo gusto tomas, pues mira que te aviso que, a trueque de comer de la miel, no gustes después la hiel.

Yo le respondí:

—Mi señora, por solo darte un beso a mi contento, sufriré veinte mil penas.

Y sintiendo yo que estaba ya encendida en mi amor, la abracé y besé muy a mi placer, y prometióme que esa noche se acostaría conmigo. Así que con esta promesa nos partimos por entonces.

Después, ya que era mediodía, mi tía Birrena me envió un presente de media docena de gallinas, un lechón y un barril de vino añejo. Yo lo entregué a Andria, como dispensera de la miserable casa de Milón, y díjole:

—Ves aquí, señora, el dios del amor e instrumento de nuestro placer; viene sin llamarlo, de su propia gana. Bebámoslo sin que gota quede, porque nos quite la vergüenza y nos incite

la fuerza de nuestra alegría, que esta es la vitualla o provisión que ha menester el navío de Venus; conviene, a saber, que en la noche sin sueño abunde en el candil aceite y vino en la copa.

Después que hube comido, me fui otra vez al baño; ya la noche, me recogí a casa, y convidóme a cenar mi huésped.

Sentéme a una pequeña mesilla, guardándome cuanto podía de la vista de Panfilia, su mujer, porque acordándome del aviso que me había dado mi tía, parecíame que veía el infierno cuando la miraba, y por eso empleaba los ojos en mi Andria.

En esto, como vino la noche y encendieron lumbre, la mujer de Milón, mirando el candil, dijo:

—¡Cuán grande agua hará mañana!

El marido le preguntó que cómo lo sabía.

Ella le respondió que la lumbre se lo decía.

Milón, riéndose, dijo:

—Por cierto la gran sibila profetisa mantenemos en este candil, que todas las cosas que han de ser nos dice primero.

Yo entremetíme a hablar en su plática, y dije:

—Pues sabe que éste es el principal argumento de la adivinación, y no te maravilles, porque como esta sea lumbre encendida por manos de hombres, a semejanza de aquel fuego mayor que está en el cielo, y, por tanto, se puede adivinar todo. Yo vi ahora en Corinto, antes que de allí partiese, un sabio que allí es venido, que toda la ciudad se espanta de las respuestas maravillosas que da a los que le preguntan sus venturas y caminos que han de hacer, y qué día es bueno para hacer casamientos, o para hacer viajes y otras cosas. A mí dijo, cuando venía para esta ciudad, que me acaecerían grandes cosas y que de mí se haría un cuento fabuloso, y cosas variables, y que había de escribir libros.

A esto respondió Milón riéndose:

—¿Qué señas tiene ese hombre, cómo se llama?

Yo le dije que era un hombre de buena estatura, entre rojo y negrillo, que se llamaba Diófanes.

Entonces Milón dijo:

—Ese es el que aquí en esta ciudad hacía muchas cosas semejantes a las que dices, por donde ganó hartos dineros; y estando él un día cercado de muchas gentes que le preguntaban sus venturas y suertes, acaso llegó un mozo que le abrazó, y el sabio se holgó mucho de verlo, y preguntando el mancebo cómo le había ido en el viaje de la isla Eubea, él dijo que muy mal, porque la nave, con una grande tormenta, se abrió, y ellos en un pequeño barquillo habían salido con harto trabajo a tierra.

Oyendo esto los que presentes estaban, se rieron y mofaron del sabio, diciendo que cómo conocía el hado y la suerte de los otros y era necio en lo que le importaba. Pero tú, Lucio, ¿crees que aquel sabio te dijo verdad? No lo creas, que son grandes charlatanes, y con sus mentiras roban al pueblo ignorante y rudo.

Mi amigo Milón se detenía tanto en contar estas patrañas, que yo entre mí me deshacía, porque quería ir a gozar de mi Andria.

Finalmente, que yo me despedí de él, diciendo que todo me dormía, porque aun estaba fatigado del camino. Y así me fui a mi aposento, adonde hallé muy ricamente de cenar y las copas llenas de vino. Como yo cené a mi placer, acostéme en la cama.

He aquí do viene mi Andria (que ya dejaba acostada a su señora) con una guirnalda de rosas, la cual, como llegó, me besó muy dulcemente, y tomando las rosas, las echó sobre la cama; después hinchó una taza de vino, templóla con agua caliente, y me la dio a beber, y teniéndola medio bebida, me la tomó de las manos y bebióse lo que me quedaba, mirándome y saboreando los labios, y de esta manera bebimos otra vez, hasta la tercera.

Después que estaba ya harto de beber, y no solamente con el deseo, sino también con el cuerpo aparejado a la batalla, roguéle que se apiadara de mí y se acostase, diciéndole:

—Ya ves cuánta pena me ha dado tu señora, porque estando yo con esperanza de lo que tú me habías prometido, después que la primera saeta de tu cruel amor me dio en el corazón, fue causa de que mi arco se extendiese tanto, que si no le aflojas, tengo miedo que con la mucha tensión la cuerda se rompa, y si del todo quieres satisfacer mi voluntad, suelta tus cabellos y así me abrazarás.

No tardó ella, que había alzado la mesa prestamente con todas aquellas cosas que en ella estaban, y desnudada de todas sus vestiduras, hasta la camisa, y sueltos los cabellos, que parecía la diosa Venus cuando sale de la mar, blanca y hermosa, poniéndose la mano delante de sus vergüenzas, y acostándose en par de mí, dijo:

—Ahora haz de mí lo que quisieres, que yo no entiendo ser vencida ni te he de volver las espaldas.

Así que pasamos la noche recreando nuestra fatiga con el beber de rato en rato, y de esta manera entretuvimos algunas otras noches, aguardando lo que la fortuna quería hacer de mí.

Capítulo III

Cómo Birrena convidó a su sobrino Lucio Apuleyo, y de un cuento muy gracioso que uno contó.

PASADOS ALGUNOS DÍAS EN QUE ME RECREABA CON MI ANDRIA, mi tía me rogó que fuese una noche a cenar con ella, lo cual yo le concedí, más por su ruego que por voluntad que

tenía, por no apartarme de mi Andria, a la cual primero pedí licencia, y ella me la dio diciendo que volviese temprano del convite, porque de noche andaban por las calles bandos de ladrones que cruelmente mataban a cualquier hombre; yo le prometí de volver lo más presto que pudiese, y dije que conmigo llevaba mi espada para guardarme y defenderme.

Con esto me despedí de ella y fui a la cena, donde hallé otros muchos convidados, que como mi tía era principal de la ciudad, así era el convite bien acompañado y suntuoso.

Allí había mesas ricas de cedro y marfil, cubiertas con paños de brocado; muchas copas y tazas de diversas formas, y todas de muy gran precio; las unas eran de vidrio artificialmente labrado; otras de cristal pintado; otras de plata y oro resplandeciente, adornadas de piedras preciosas, que ponían gana de beber; finalmente, que todo el suntuoso aparejo que puede ser, allí lo había. Los pajes y servidores de la mesa eran muchos y bien ataviados; los manjares, en abundancia y muy bien guisados; los vinos, añejos, muy finos y de muchas maneras.

En comenzando a cenar, comenzaron a hablar los convidados, riéndose y burlando.

Mi tía dijo entonces:

—¿Cómo te va en esta nuestra tierra, que cierto es la principal del mundo en edificios, y de mucha mercadería, seguridad y franqueza para todos los extranjeros?

A esto yo respondí:

—Por cierto, señora, así me parece; mas he miedo de las tinieblas y maldades del arte mágica, que me dicen que es aquí muy usada, y que aun los muertos no están seguros en sus sepulturas, porque de allí los sacan y toman ciertas partes de sus cuerpos y cortaduras para hacer mal a los vivos, y que las viejas hechiceras, en el punto que alguno muere, en tanto

que le aparejan las exequias, con gran cuidado procuran de tomarle alguna cosa de su cuerpo.

Diciendo yo esto, respondió uno que allí estaba:

—Antes digo que aquí tampoco perdonan a los vivos, y aún no sé quién padeció lo semejante, que tiene la cara cortada disforme y fea de toda parte.

Como aquel dijo estas palabras, comenzaron todos a dar grandes risas, volviendo las caras y mirando a uno que estaba sentado al canto de la mesa, el cual, confuso y turbado de la burla que los otros hacían de él, comenzó a reñir entre sí, y como se quiso levantar para irse, Birrena le dijo:

—Antes te ruego mi Theleforon, que no te vayas; siéntate un poco, y por cortesía que nos cuentes aquella historia que te aconteció, porque mi hijo Lucio goce de oír tu graciosa fábula.

Él respondió:

—Señora, tú me ruegas como noble y virtuosa, pero no es de sufrir la soberbia y necedad en algunos hombres.

De esta manera Theleforon, enojado, Birrena con mucha instancia le rogaba y juraba por su vida que, aunque fuese contra su voluntad, se lo recontase y dijese; así que él hizo lo que ella mandaba, y dijo de esta manera:

—Siendo yo huérfano de padre y de madre, partí de Mileto para ir a ver una fiesta olimpia, y oyendo decir la gran fama de esta provincia, deseaba mucho verla. Así que, andando toda Tesalia, llegué a la ciudad de Larisa con mal agüero de aves negras. Y andando mirando por todas partes las cosas de allí, ya que se me enflaquecía la bolsa, comencé a buscar el remedio para mi pobreza, y andando así, veo en medio de la plaza un viejo que a voces altas decía:

—Si alguno quisiere guardar un muerto, avéngase conmigo en el precio.

Yo pregunté a uno de los que pasaban:

—¿Qué cosa es ésta? ¿Suelen aquí guardar los muertos?

Respondióme aquel:

—Calla, hermano, que bien pareces extranjero, y por eso no sabes que estás en medio de Tesalia, donde las mujeres hechiceras les cortan con los dientes narices y orejas a los muertos, porque con esto hacen sus artes y encantamientos.

Yo entonces le dije:

—Dime, por tu vida, ¿y qué guarda es ésta de los difuntos?

Él me respondió:

—Primeramente toda la noche ha de velar muy bien abiertos los ojos y siempre puestos en el cuerpo del difunto, sin jamás mirar en otra parte, ni solamente volverlos de él, porque estas malas mujeres, convertidas en cualquier animal que quieran, en volviendo la cara, luego se meten y esconden, una vez hechas aves, otra vez perros y ratones y también moscas. Y como están dentro, con sus malditos encantamientos oprimen y echan sueño a los que guardan; de manera que no hay quién pueda contar cuántas maldades estas malas mujeres hacen por su mal vicio; y por este tan grande trabajo no dan de salario más de cuatro ducados de oro, poco más o menos. Lo principal se me olvidaba por decirte: que si el guardador del muerto no lo restituye entero a la mañana, como se lo entregaron, todo lo que hallaren cortado y disminuido del muerto, han de cortar en su misma carne del vivo para reharcer al muerto lo que falta.

Oyendo esto, esforcéme lo mejor que pude, y llegándome al que pregonaba, le dije:

—Deja de pregonar, que aquí está quien guardará al muerto. Dime, ¿qué salario me has de dar?

Él dijo:

—Darte han mil maravedís; pero, mira, mancebo, que este cuerpo es de un hombre principal de esta ciudad; por tanto, vélate bien por guardarlo de estas malas arpiás.

Yo le dije entonces:

—¿Para qué me dices esto? ¿No ves que soy hombre de hierro, que nunca entró sueño en mí? Cierto, más veo que un lince; estoy más lleno de ojos que Argos.

No había dicho esto, cuando me llevó a una casa, la cual tenía cerradas las ventanas; metióme dentro por un pequeño postigo; y llevóme a una cámara sin lumbre, donde estaba una dueña vestida de luto, y llegando a ella le dijo:

—Este es el hombre que ha de guardar a tu marido.

Ella me dijo:

—Mira bien, hermano, que guardes con vigilancia lo que tomas a cargo.

Yo le respondí:

—Señora, déjate de eso, y mándame dar de cenar.

Lo cual a ella le plugo, y metióme después en un aposento, donde estaba el difunto cubierto de sábanas blancas, y trajo allí siete testigos. Luego, levantando la sábana, descubrió el muerto, llorando, y enseñóme todas las partes de su cuerpo, diciendo que fuesen de ello testigos, lo cual un escribano asentaba en su registro.

Ella decía:

—¿Ves aquí la nariz entera, los ojos sin lesión, las orejas sanas, los labios sin faltarle cosa y la barba maciza? Vosotros, buenos testigos sois de todo.

Diciendo esto, me mandó proveer de un candil con aceite y un jarro de vino para acompañarme con pan y queso.

En fin, se fueron todos, y yo quedé solo y con harta tristeza; pero esforzándome lo más que pude, refregaba mis ojos,

y a ratos cantaba, paseaba y hablaba en muchas cosas por no caer en sueño, por la pena que tenía si no lo guardaba bien.

Siendo ya gran parte de la noche, a mí me vino un miedo grande; en esto entró una comadreja y púsoseme a mirar a la cara muy fuertemente. Yo, viendo un tan pequeño animal que me miraba con ahínco, indignéme contra él, y díjele:

—¡Oh!, bestia sucia y mala, ¿por qué no te vas de aquí y te encierras con los ratoncillos tus iguales, antes que experimentes el daño que te puedo hacer?

En esto la comadreja se fue. Y no tardó mucho que me vino un sueño tan profundo, como que me echaban en el centro de los abismos; de tal manera que el dios Apolo no pudiera fácilmente discernir cuál de ambos, los que estábamos en el aposento, fuese más muerto. Estando así desarmado, y habiendo menester otro que me guardase, casi que no estaba allí donde estaba. En fin, cantando el gallo, yo desperté con grande sobresalto y temor, y tomando el candil en la mano, fui a mirar con gran prisa el muerto, y con gran diligencia le caté todo el cuerpo, y hallé que todo estaba sano y entero.

En esto vino la mañana, y he aquí do entra la mujer llorando, y mostrando mucha pena entraron con ella los siete testigos que la noche antes había traído. Y echándose sobre el cuerpo, lo besaba muchas veces; y mirándolo todo y reconociéndolo, halló que estaba entero y sano. Entonces llamó a un su mayordomo que me pagase por la buena guarda que había hecho; luego me pagaron, y la dueña me dijo:

—Mira, mancebo, todo lo que te fuera menester de esta casa, mientras aquí estuvieres, pídelo; que por este buen servicio que me has hecho, se hará por ti.

Yo, como no esperaba tal ganancia, lleno de placer tomé mis ducados resplandecientes, y como pasmado los pasé de una mano u otra. Y dando las gracias a la señora de mi buena

paga, me fui hacia la plaza, y entréme a comer en un bodegón; después me salí a pasear a la misma plaza, donde estaba pensando en la miseria de este mezquino y trabajoso mundo, y la ceguedad de las malas mujeres, que con sus encantamientos y hechizos quieren buscar deleites y torpezas para cumplir sus depravados y malos apetitos, no pensando que el soberbio Plutón las ha de castigar cruelmente.

Estando en esto, he aquí do asomó el cuerpo del difunto, ya llorado y plañido, el cual pasaba por la plaza con gran pompa, acompañado de mucha gente hasta su sepultura. Como allí llegaron, vino un viejo con mucha ansia llorando y mesándose sus canas honradas, y con ambas manos trabó de la tumba donde iba el muerto, diciendo:

—Por la fe que mantenéis, ¡oh, ciudadanos!, y por la piedad de la república, que socorráis al triste muerto, y castiguéis con severidad la gran traición y maldad que esta nefanda y mala mujer hizo; porque ésta mató con hierbas ponzoñosas a este malogrado hombre, hijo de mi hermana, por complacer a su enamorado y comerle su hacienda.

De tal manera decía y se quejaba el buen viejo, que oyendo aquellas palabras el pueblo, se indignó contra la mujer; unos dicen que traigan leña y que luego la quemén, y otros que apedreada muera.

Ella, con palabras bien compuestas y antes pensadas, se excusaba jurando por los dioses.

El viejo dijo entonces:

—Pues que bien así es, pongamos la cosa en las manos de la divina Providencia, que lo descubra. Y para esto aquí está presente Zaclas, egipcio, sacerdote de Plutón y de Proserpina, el cual hace venir los muertos del infierno a dar sus razones a lo que se les pregunta.

Como el viejo dijese esto, todo el pueblo fue contento; y llamando allí al sacerdote, le rogó ahincadamente que le diese remedio para descubrirse tan gran maldad.

El viejo se llegó al cuerpo muerto, y tomando una hierba que consigo traía, se la puso en tres partes: en la boca y en el pecho y en la mano izquierda, y vuelto hacia el poniente del sol, comenzó a rezar entre sí mansamente.

Todo el pueblo estaba mirando tan grande milagro como allí se quería hacer. Yo, que deseaba mucho saber lo que pasaba acerca de mi muerto, lleguéme cuanto pude a la tumba y aun hallé una piedra en que puse los pies, de manera que yo lo veía muy bien todo.

Comenzó el muerto a vivir poco a poco, hasta que se levantó, y empezó a hablar, diciendo:

—¿Por qué me haces tornar a este mundo, después de haber bebido del río Leteo, y haber pasado por el lago Estigio? Déjame, déjame estar en mi reposo.

Como esto dijo el ánima del muerto, el sacerdote le dijo:

—¿Por qué no manifiestas al pueblo y declaras la causa de tu muerte? ¿No sabes tú que con mis encantamientos puedo llamar las furias infernales, que te atormenten los miembros?

Entonces el difunto se levantó en el lecho donde iba, y de allí empezó a hablar al pueblo de esta manera:

—Yo fui muerto por astucia y engaños de mi mujer, por complacer a un adúltero que ensuciaba mi lecho.

Entonces la mujer le respondió con grande ánimo, y altercaba con el marido resistiendo a sus argumentos.

El pueblo, cuando esto oyó, alteróse en diversas opiniones: unos decían que aquella pésima mujer la debían enterrar viva juntamente con el marido, y otros que no se había de dar cré-

dito al cuerpo muerto. Pero estas alteraciones atajó el cuerpo del difunto, el cual, dando un gran gemido, dijo:

—Yo os daré muy clara señal de mi entera verdad, y manifestaré lo que no sabe otro ninguno.

Entonces, demostrándome con el dedo, prosiguió diciendo:

—Sabed que a este muy sagaz y astuto guardador de mi cuerpo, que me velaba muy bien y con diligencia, las hechiceras que deseaban cortarme las narices y orejas, no pudiendo engañar su industria y buena guarda, le echaron un gran sueño, y estando él como muerto comenzaron a llamar mi nombre, y como mi cuerpo estaba finado, no pude tan presto responder al servicio de la arte mágica; pero él, como estaba vivo, aunque sepultado en el sueño, y se llamaba como yo, levantóse a su llamada sin saber quién lo llamaba de manera que él, de su propia voluntad, andando como ánima de muerto por la casa, aunque las puertas estaban cerradas, por un agujero le cortaron las narices y las orejas; en fin, que recibió en sí la carnicería que se había de hacer en mí. Y porque el engaño no pareciese, pegáronle allí, con mucha sutileza, cera, formada a manera de orejas, y la nariz semejante a la suya. Y ahora está aquí el mezquino gozoso por la buena paga que le hicieron, no por su guarda y vigilancia, mas por la pérdida y lesión de sus narices y orejas.

Como esto dijo el muerto, yo, espantado luego, me eché mano a las narices y trájelas en la mano; trabé de las orejas y cayéronseme. Cuando esto vieron los que estaban alrededor, comenzaron todos a mirarme haciendo gestos con la cabeza. En tanto que ellos se reían, yo, bajando mi cabeza, como mejor pude me fui de allí, y desde entonces nunca más volví a mi tierra, por estar así lisiado. Así que con los cabellos largos

encubro la falta de mis orejas, y con este paño la fealdad de mis desventuradas narices.

Cuando Theleforon acabó de contar su historia, los que estaban a la mesa, ya alegres del vino, comenzaron otra vez a dar grandes risas y a beber largamente.

Mi tía me dijo:

—Mañana se hace la fiesta del dios de la risa, la cual nosotros, los de esta ciudad, festejamos con mucho placer; esta fiesta será más alegre y placentera con tu presencia; por tanto, querría que nos ayudases con alguna invención a ella.

Yo le respondí:

—Señora, mucho holgaría de ser parte para hacerle algún regocijo.

Y con esto me despedí de mi tía y de los demás convidados. En el medio de la plaza un aire grande apagó el hacha que llevaba mi criado, de manera que con la obscuridad, tropezando me fui a casa, y llegando junto a la puerta, vi tres hombres que hacían fuerza por entrar, y aunque nos veían, no por eso dejaban de forcejearla.

Yo que esto vi, eché mano a mi espada, y dando en ellos con buen corazón, los derroqué en el suelo uno a uno. Al ruido que yo hice bajó Andria y abrióme la puerta; yo me entré de prisa por sentir gente que por la calle venía, y como estaba cansado y bien cenado, luego me eché a dormir sin curar más nada.



LIBRO TERCERO

Argumento

Luego que fue de día, la justicia con sus ministros fueron a la posada de Apuleyo, y como a hombre homicida lo llevaron ante los jueces. – Y cuenta del gran pueblo y gente que se juntó a verlo. – Y de cómo el promotor fiscal le acusó como a hombre matador, y cómo él defendía su parte por argumentos de grande orador, y cómo vino una vieja que parecía ser madre de aquellos muertos a los cuales descubrió Apuleyo por mandato de los jueces, y hallaron tres odres, de donde se levantó tan gran risa entre todos, que con esto fue celebrada la fiesta del dios de la risa. – Cómo Andria, su amiga, le descubrió la causa de los odres. – Y cómo le mostró a la mujer de Milón cuando se untaba para tornarse en ave, de lo cual le tomó gran deseo, y por yerro de la bujeta del unguento, por tornarse ave se volvió en asno; en fin, cuenta cómo robaron a Milón, de donde hecho asno le llevaron cargado, con otras bestias, de las riquezas de Milón su huésped.

Capítulo I

Cómo Lucio Apuleyo fue preso y llevado al teatro público, a donde fue acusado de la muerte de tres hombres.

OTRO DÍA, DE MAÑANA YO DESPERTÉ Y COMENCÉ A PENSAR en lo que había hecho anteanoche, y lloraba muy reciamente, diciendo:

“¿Qué juez puedo yo hallar que me haya de dar por inocente siendo homicida de tantos hombres? Esta es aquella prosperidad de mi camino que el sabio Diófanos me decía”.

Esto y otras cosas diciendo, lloraba mi ventura, cuando entraron los alcaldes y alguaciles en casa y echaron mano en mí para llevarme por fuerza, a lo que yo no resistí.

Y yendo yo preso, toda la ciudad me salió a mirar, y volviendo a un lado vi una gran maravilla, y fue que entre tanto pueblo como allí estaba, ninguno había que no rompiese las entrañas de risa. Finalmente, habiéndome llevado por todas las calles públicas, de la manera que purgan la ciudad cuando hay algunas malas señales o agüeros, que traen la víctima o animal que han de sacrificar por la calles y rincones de la ciudad; después de haberme traído por los rincones de ella, pusiéronme delante de la silla de los jueces, que era un cadalso muy alto donde estaban sentados.

Ya el pregonero de la ciudad pregonaba que todos callasen y tuviesen silencio, cuando todos a una voz dicen que por la muchedumbre de la gente que peligraba por la estrechura y apretamiento del lugar, que este juicio se fuese a juzgar al teatro. Y luego sin más tardanza, todo el pueblo fue corriendo al teatro, que en muy poco espacio fue lleno de gente, de manera que las entradas y tejados todo estaba lleno. Unos estaban abrazados con las columnas, otros colgados de las estatuas, y otros a las ventanas y azoteas medio asomados, tanto, que por la gana que tenían de ver se ponían a peligro de su salud. Entonces lleváronme por medio del teatro los ministros de la justicia como a un carnero que quieren sacrificar, y pusiéronme delante del asiento de los jueces. El pregonero, a grandes voces, comenzó a pregonar al acusador, y luego se levantó un viejo para acusarme, y para el término de la acusación pusiéronme

allí un reloj de arena; en cuanto caía la arena por un sutil agujero, el viejo comenzó a hablar al pueblo de esta manera:

—Ciudadanos nobles y honrados, no penséis que se tratan aquí cosas de poca sustancia; mayormente, que toca a la paz y bien común de toda la ciudad y al buen ejemplo; yo soy capitán de la guardia que se hace en la noche, y creo que ninguno habrá que culpe mi diligencia. Andando yo anoche casi a las once horas, con mucha diligencia cercando y rondando la ciudad de puerta en puerta, vi este cruelísimo hombre con una espada en la mano, matando cuantos podía, y tenía a sus pies tres muertos, que aun estaban expirando, llenos de sangre, y él, como me sintió y vio el mal que tenía hecho, metióse en una casa con mucha prisa, y como estaba obscuro, fácilmente se me pudo esconder, mas la providencia de los dioses, que no permite que los malhechores queden sin castigo, quiso que esta mañana lo hallase y lo prendiese, y lo presentase ante la majestad de vuestro juicio; de manera que aquí tenéis este culpado de tantas muertes, que fue tomado en el delito y es extranjero. Así que, con mucha constancia y severidad, pronunciad la sentencia contra este hombre extraño que mató a tres de vuestros ciudadanos.

De esta manera hablando aquel recio acusador, en fin acabó su razón, y luego el pregonero me dijo si quería responder alguna cosa, a lo que aquel decía que comenzase; pero yo en aquel tiempo ninguna otra cosa podía, salvo llorar, y no tanto por oír aquella cruel acusación, como por ser yo matador. Con todo esto Dios me dio un poco de osadía, con que respondí de esta manera:

—No ignoro yo, señores, cuán recia y ardua cosa sea, estando muertos tres ciudadanos, aquel que es acusado de su muerte (aunque diga verdad confesando el delito), cómo po-

drá persuadir a tanta muchedumbre de pueblo ser inocente y sin culpa; mas si vuestra humanidad me quiere dar un poco de audiencia pública, fácilmente os mostraré que este peligro en que ahora estoy puesto, no por mi culpa y merecimiento, mas por caso fortuito, con mucha razón que tuve, lo padezco. Porque viniendo anoche un poco tarde de cenar y habiendo bebido, y muy bien, lo cual como crimen verdadero no dejaré de confesar, llegando ante las puertas de mi posada, que es en casa de Milón, vuestro ciudadano, vi unos crudelísimos ladrones que tentaban de entrar en su casa y procuraban arrancar las puertas de sus quicios, determinados ya de matar a los que hallaran dentro de ella, de los cuales ladrones, el principal de ellos, así en cuerpo como en fuerzas, incitaba a los otros con estas palabras: “Ea, mancebos, con esfuerzo salteemos a estos que duermen; apartad toda pereza de vosotros; con las espadas en las manos andemos matando por toda la casa al que halláramos durmiendo, y así, matando a todos, nos iremos en salvo si ninguno dejamos vivo en casa”. Yo, señores, confieso que pensando hacer oficio de buen ciudadano, y también temiendo no robasen a mis huéspedes y a mí, eché mano a mi espada, que para semejantes peligros conmigo traía, y arremetí a ellos por hacerlos huir. Ellos, como hombres bárbaros y crueles, no quisieron, antes, aunque me vieron con la espada en la mano, pusiéronse a resistirme con grande pertinacia; el capitán de ellos arremetió conmigo con mucha valentía, y con ambas manos me trabó de los cabellos, y volviéndome atrás la cabeza, quería darme con una piedra, y en tanto que la pedía dile una estocada que luego cayó muerto; a otro que me mordía los pies le di por las espaldas; al tercero, que sin discreción vino contra mí, le di por los pechos, y así los despaché a todos, tres. En esta manera hice paz, aseguré la casa de mi huésped y defendí las vidas a todos, y

no pensaba que por esto me darían pena, antes me galardonarían, porque hasta hoy no se hallará que en cosa alguna yo haya hecho ni cometido crimen, antes siempre fui tenido en honra, y en mi tierra siempre la virtud antepuse a todos otros provechos y utilidades, ni puedo hallar qué razón haya para acusarme de tan justa venganza como fue la que hice contra unos ladrones tan malignos, mayormente, que no se podría mostrar que yo tuviese enemistad con ellos antes de ahora, ni que yo los conociese ni hubiese visto.

Habiendo hablado de esta manera, con las manos alzadas y los ojos llenos de lágrimas, a todos pedía la debida misericordia.

Y como creyese que ya todos estaban conmovidos, habiendo mancillado mis lágrimas, alcé un poco la cabeza, y veo que todo el pueblo quería reventar de risa, y también mi huésped Milón, que se deshacía riendo.

Cuando yo esto vi, dije entre mí:

“¡Mirad qué fe y qué proximidad; yo, por la defensa de mi huésped, soy acusado de homicidio, y él, en pago de esto, está riéndose de mí!”

Capítulo II

Cómo estando Apuleyo para recibir sentencia, llega al teatro una vieja que de nuevo lo acusó, y el donoso cuento en que esto paró.

HACIENDO TODOS, COMO DIJE, GRANDES FIESTAS, CON MUCHA risa, he aquí do viene al teatro una mujer llorando, cubierta de luto, y con un niño en los brazos; tras ella venía una vieja llorando como la otra, las cuales, poniéndose alrededor del lecho donde los muertos estaban cubiertos con una sábana, alzaron grandes gritos, y llorando amargamente, decían:

—¡Oh señores, por la misericordia que debéis a todos y por el bien común de esta ciudad, tened piedad de estos tres mancebos muertos y de nuestra viudez y soledad, y para nuestra consolación, dadnos venganza sacrificando por la paz y sosiego de esta república la sangre de este ladrón, según vuestras leyes y derechos!

Levantóse uno de los jueces más antiguos, y comenzó a hablar al pueblo de esta manera:

—Sobre tan grave crimen como este resta hacer una diligencia, y es que sepamos quiénes fueron los compañeros de tan gran hazaña, porque no es cosa de creer que un hombre solo matase a tres tan valientes mancebos. Por tanto, mi parecer es que la verdad se sepa por cuestión de tormento, porque quien le acompañaba, huyó.

Diciendo esto el juez, no tardó mucho que, a la manera de Grecia, luego trajeron allí un carro de fuego y todos los otros artificios del tormento. Acrecentóseme con esto la tristeza, porque a lo menos no me dejaban morir entero sin despedazarme con tormentos; pero aquella vieja que con lloros lo turbaba todo, dijo:

—Señores, antes que pongáis en la horca a este ladrón, matador de mis tristes hijos, permitid que sean descubiertos sus cuerpos muertos, que aquí están, porque vista su edad y disposición, más justamente os indignéis a vengar este delito.

A esto que la vieja dijo, accedieron, y luego uno de los jueces me mandó que con mi mano descubriese los muertos que estaban en el lecho.

Excusándome yo que no lo quería hacer, porque parecía que con la nueva demostración renovaba el delito pasado, los ministros me compelieron que por fuerza y contra mi voluntad lo hubiese de hacer; finalmente, que yo, constreñido de

necesidad, obedecí su mandato, y aunque contra mi voluntad, arrebatada la sábana, descubrí los cuerpos muertos.

¡Oh, buenos dioses, qué cosa vi, qué monstruo y cosa nueva, porque los cuerpos de aquellos tres hombres eran tres odres hinchados, y acordándome de la pendencia de anteanoche, estaban abiertos y heridos por las partes que yo había dado a los ladrones!

Entonces, de industria de algunos, detuvieron un poco la risa, y luego comenzó el pueblo a reír tanto, que unos con la gran alegría daban voces, otros se ponían las manos en la barriga, que les dolía de risa, y todos, llenos de placer y alegría, mirándome muchas veces, se partieron del teatro.

Yo, luego que alcé la sábana y vi los odres, quedé ni más ni menos como una piedra, estatua o columna de las que estaban en el teatro, y no volví en mí hasta que mi huésped Milón llegó y tiró de mí para llevarme, y renovadas otra vez las lágrimas y sollozando muchas veces, me llevó consigo, aunque no quise, por unas callejas malas y sin gente, y por unos rodeos fuimos a casa, consolándome con muchas palabras; y estando así con mucha tristeza, llegaron allí los senadores y jueces, y comienzan a hablarme de esta manera:

—No ignoramos, Lucio, tu dignidad y el noble linaje de donde vienes; esto porque ahora te quejas, no lo recibiste por injuria, porque esta fiesta celebramos cada año al gratísimo dios de la risa con alguna novedad; por tanto, aparta de tu corazón toda tristeza y fatiga, y este pueblo te agradece mucho el placer que le has dado, y desde ahora te asentarán en sus libros para tener memoria de ti.

A esto que me decían yo no pude responder, porque aun me parecía que esperaba la sentencia, y como mejor pude les di las gracias de su visitación, y al fin se partieron de mí.

Capítulo III

Cómo Andria descubrió a Lucio Apuleyo que su ama Panfilia fue causa del ser afrentado en la fiesta de la risa.

DE ESTA MANERA ESTABA CON HARTA PASIÓN AFRENTADO Y con dolor de cabeza, por las muchas lágrimas que había derramado. Mi huésped Milón me convidaba a cenar, mas yo me excusé porque no estaba para ello; y así me fui a acostar con harta tristeza, pensando en todas las cosas que aquel día habían pasado.

Estando así pensativo, llegó mi amiga Andria, la cual venía más desemejada que antes era, la cara no alegre, ni con habla graciosa; mas con mucha pena empezó a decir:

—Yo soy culpada en tu afrenta y enojo; lo que a causa de otro a mí me mandaron que hiciese, por mi desdichada y mala suerte se tornó y cayó en tu injuria.

Entonces yo le rogué me dijese en qué manera aquel su yerro se convirtió en mi daño.

Ella me respondió:

—Señor, ruégote que esperes; cerraré la puerta de la cámara, porque no haya algún escándalo de lo que aquí hablaremos.

Diciendo esto, echó la aldaba a la puerta, y tornada a mí, con voz muy baja me dijo:

—Gran temor tengo de descubrirte los secretos de esta casa y cosas ocultas de mi señora; pero confiada de tu discreción y saber, me atrevo a decirte cosas que a persona del mundo no dijera. Ya sabrás todo el estado de nuestra casa, y también los secretos maravillosos que mi señora sabe, por los cuales la obedecen los muertos, las estrellas se turban, los dioses son apremiados, los elementos la sirven y en cosa alguna no usa tanto de este arte como cuando ve algún gentilhombre que

le agrada, lo cual le suele acontecer a menudo, que aun ahora está muerta de amores por un mancebo hermoso y de buena disposición, contra el cual apareja todas sus artes, manos y artillería. Yo le oí decir ayer a vísperas, amenazando el sol, que si presto no se pusiese, y diese lugar que la noche viniese para hacer las artes de sus hechicerías, que lo haría cubrir de una niebla obscura que en diez días no alumbrase. Este mancebo que digo, viniendo ella el otro día del baño, vióle estar en casa de un barbero que lo afeitaba, y como ella lo viese, mandóme a mí que secretamente tomase de los cabellos que le habían cortado, que estaban en el suelo caídos, los cuales, como yo comencé a coger a hurto, el barbero me vio, y como nosotras somos conocidas e infamadas de hechiceras, arrebatóme de las manos los cabellos y aun me quiso dar unas bofetadas si yo no me desviara. Conociendo yo las costumbres de mi señora, que cuando no le llevaba lo que quería se enojaba mucho conmigo, y aun me daba de palos, yendo así triste, pensando qué haría, acaso veo estar un odrero trasquilando tres cueros de cabrón, los cuales, como yo los viese estar colgados, tiesos e hinchados, tomé algunos de los pelos que estaban por el suelo, y como eran rojos, parecían a los cabellos de aquel Beocio gentilhomme, de quien mi ama estaba enamorada, a la cual se los di, encubriéndole la verdad. Mi señora Panfilia, en el principio de la noche, antes que volvieses de cenar, con la pena y ansia que tenía en el corazón, subióse a un aposento alto, donde ella tiene sus hechicerías. Y ante todas las cosas, según su costumbre, aparejó sus instrumentos mortíferos, conviene a saber: todo genero de especias odoríferas, láminas de cobre con ciertos caracteres que no se pueden leer, clavos y tablas de navíos que se perdieron en la mar y fueron llorados. Asimismo, tenía allí delante de sí muchos miembros y pedazos de cuerpos muertos, así como narices, dedos y clavos

de los pies de hombres ahorcados. También tenía sangre de muertos a hierro, huesos de cabeza y quijadas sin dientes de bestias fieras. Entonces abrió un corazón, y vistas las venas y fibras cómo bullían, comenzó a rociarlo con diversos licores, con agua de fuente, ora con leche de vacas, ora con miel silvestre; añadió mulsa, que es hecha de muchos materiales. De esta manera, aquellos pelos retorcidos y con muchos olores perfumados, puso en medio las brasas para quemar. Entonces con la fuerza de la nigromancia y hechizos, apremiados por los espíritus aquellos cuerpos, cuyos pelos están en el fuego, vienen muy recios en aquella parte do son llamados; esto hicieron los odres, y vinieron a la puerta porfiando de entrar. Y tú, engañado con la obscuridad de la noche, y con el vino que habías bebido, con gran osadía, como aquel Ayaces griego, no matando ovejas, cuando mató a muchos, pero muy más esforzadamente mataste tres odres hinchados. De manera que vencidos los enemigos sin sangre, te abrazaré no como a matahombres, mas como a mataodres.

Siendo yo de esta suerte burlado y escarnecido de mi Andria, le dije:

—Pues que así es, yo podré muy bien contar esta primera historia, comparándola a los doce trabajos de Hércules, que como él mató a Cerión, que era de tres cuerpos, o al Cancerbero del infierno, que era de tres cabezas, así yo maté otros tantos odres. Pero por el amor que te tengo, te ruego me enseñes a tu señora cuando hace alguna cosa del arte mágica o cuando se muda en otra forma.

Andria me respondió:

—Mucho deseo, mi Lucio, en todo hacer tu voluntad, pero mi señora siempre se aparta a solas a hacer sus hechizos; mas por tu amor, yo buscaré tiempo y parte en que la puedas ver,

con condición que, como te dije al principio, tengas silencio en todo lo que vieres.

En esta manera, hablando y burlando, nos dormimos, y así pasamos la noche, olvidando los enojos del dios de la risa.

Capítulo IV

Cómo Andria mostró a Lucio Apuleyo a su ama Panfilia cuando se untaba para convertirse en búho, y él, queriéndose untar por experimentar el arte, fue, por yerro de la bujeta del ungüento, convertido en asno.

DE ESTA MANERA, PASADAS ALGUNAS NOCHES DE PLACER, UN día vino a mí corriendo Andria, medrosa y alterada, y díjome que, viendo su señora cómo con todas las otras artes que hacía no le aprovechaban para sus amores, deliberaba aquella noche tornarse en un ave con plumas, y así volar a su amigo deseado, por ende que yo me aparejase cautamente para ver cosa tan grande y maravillosa. Así que a la prima de la noche tomóme de la mano, y con pasos muy sutiles, y sin algún ruido, llevóme a la cámara alta, donde la señora estaba, y mostróme una hendidura de la puerta por donde viesse lo que hacía. Lo cual Panfilia hizo de esta manera: primeramente ella se desnudó, y, abierta una arquilla pequeña sacó muchas bujetas, de las cuales, tirando la tapadera a una, sacó de ella un ungüento, con que se untó desde las puntas de los pies hasta la cabeza, y diciendo entre sí ciertas palabras, comenzóse a sacudir todos sus miembros, de los cuales salieron poco a poco plumas; luego le salen las alas y el pico, y las uñas se encorvaron: en fin, que se tornó en perfecto búho, y luego em-

pezó a cantar aquel triste canto que ellos cantan, y después se salió volando por la ventana fuera.

Yo, que mirando estaba esto, quedé como hombre loco y pensaba entre mí si estaba durmiendo o si estaba encantado, porque tan gran hazaña me espantó mucho.

Tornando en mi seso, viendo lo presente cómo había pasado, rogué a mi Andria que me untase con aquel unguento para tornarme en búho o en otra cualquier ave.

Ella dijo:

—¿Para qué me pides eso? ¿Quieres que yo misma encienda el fuego en que me quemes? Veamos: tú hecho ave, ¿a dónde te iré a buscar?, o ¿cuándo te veré?

Yo le respondí:

—Los dioses me guarden de hacer contra ti cosa que te dé enojo. ¿Cómo, y aunque volase y subiese tan alto como el águila, no volvería muchas veces a mi nido? Yo te juro por este trezado de tus cabellos, con el cual ataste mi corazón, que a persona del mundo no quiero más que a ti; por tanto, no reces de tornarme en ave, porque yo sabré muy bien tornar a ti. Mas te quiero preguntar si después de tornado en ave he de volver a ser Lucio como de antes.

Ella respondió:

—De eso no tengas temor, porque mi señora me enseñó todo lo que es menester para los que toman estas figuras poder tornar a su natural y forma primera, y esto no pienses que me lo mostró por quererme bien, sino porque cuando ella tornase le pudiese dar medicina con que vuelva a su primera forma. Y mira con cuán poca cosa y cuán liviana se remedia tan gran cosa, con un poco de eneldo y hojas de laurel echados en agua de fuente, y con esto lavarla y darle a beber un poco; luego se convierte en su propia forma.

Estas y otras cosas me decía Andria, por lo cual me daba cada vez más gana de hacerme ave, por probar estos hechizos. Mas Andria decía que yo me perdería y que no sabría volver, y otras muchas cosas me ponía delante. Yo le decía que sí volvería y que no recelase de hacerlo.

Ella, con mucha prisa y temor, se metió en la cámara y sacó una de las bujetas. Así que prestamente yo me desnudé, y con mucha ansia metí la mano en la bujeta y tomé un buen pedazo de aquel unguento, con el cual refregué todos los miembros de mi cuerpo.

Ya que yo con buen esfuerzo sacudí los brazos, pensando tornarme en ave semejante que Panfilia se había tornado, no me nacieron plumas, ni los cuchillos de las alas, antes los pelos de mi cuerpo se tornaron sedas y mi piel delgada se tornó cuero duro, y los dedos de las partes extremas de pies y manos, perdido el número, se juntaron y tornaron en sendas uñas, y del fin de mi espinazo salió una grande cola; pues la cara muy grande, el hocico largo, las narices abiertas, los labios colgando y las orejas alzábanseme con unos ásperos pelos, y en todo este mal veía que también me crecía mi natura. Así que estando considerando tanto mal como tenía, vime tornado, no en ave, mas en asno. Y queriéndome quejar de lo que Andria había hecho, ya no podía, porque estaba privado de gesto y voz de hombre; y lo que solamente pude era que, caído los bezos, los ojos hundidos, mirando un poco de través a ella, callando la acusaba y me quejaba, la cual, como así me vio, abofeteando su cara y arañándose, lloraba diciendo:

—Mezquina de mí que soy muerta: el miedo y la prisa que tenía me hicieron errar, y la semejanza de las bujetas me engañó; pero bien está, que fácilmente tendremos el remedio para reformarte como antes. Porque solamente mascando

unas pocas de rosas te desnudarás de asno y luego te tornarás mi Lucio. Pluguiera a Dios que, como otras veces yo he hecho, esta tarde hubiera aparejado guirnaldas de rosas, porque solamente no estuvieras en esa pena espacio de una noche; pero luego en la mañana te será dado el remedio prestamente.

En esta manera ella lloraba; yo, como quiera que estaba hecho perfecto asno, y por Lucio era bestia; pero todavía retuve el sentido de hombre. Finalmente, yo estaba en gran pensamiento y deliberación, si mataría a coces y bocados aquella maligna y falsa hembra; pero de este pensamiento temerario me aparté, porque si matara a Andria, por ventura también matara y acabara el remedio de mi salud. Así que, bajada mi cabeza y murmurando entre mí, disimulaba esta temporal injuria, obedeciendo a mi dura y adversa fortuna, me voy al establo, donde estaba mi buen caballo que me había traído, donde asimismo hallé otro asno de mi huésped Milón, que estaba con él.

Entonces yo pensaba entre mí si algún natural instinto o conocimiento tuviesen los brutos animales, que aquel mi caballo, revestido de alguna mancilla, me hospedara y diera el mejor lugar del establo; mas él y el otro asno juntaron las cabezas, como que hacían conjuración contra mí para destruirme, temiendo que les comiese la cebada; apenas me vieron llegar al pesebre, cuando, bajadas las orejas, con mucha furia me siguen echando pernadas, de manera que me hicieron apartar de la cebada, que yo poco antes les había echado. En esta manera maltratado y desterrado me aparté en un rincón del establo.

Capítulo V

Cómo estando Lucio Apuleyo convertido en asno, vinieron súbitamente ladrones a robar la casa de Milón, y cargado el robo en el caballo y asno, cargaron también a él y se partieron para la posada de los ladrones, que era una cueva, y lo que más pasó.

DE ESTA MANERA ESTABA HECHO ASNO, PENSANDO EN LA SOBERBIA de mis compañeros, y también las cosas que a la mañana había de hacer para volverme Lucio, y la venganza que había de tomar en mi caballo. Estando pensando esto miré a una columna, sobre la cual se sustentaban las vigas de la casa, y vi en ella estar una imagen de la diosa Hipona, la cual estaba adornada de rosas frescas. Finalmente, que conocido mi saludable remedio, lleno de esperanza me alcé cuanto pude con los pies delante todos, y levantéme esforzadamente, y tendido el pescuezo, alargando los bezos con cuanta fuerza yo podía, procuraba llegar a las rosas. Lo cual yo con mala dicha procuraba alzándome muchas veces; mas un mi criado que tenía cuidado de dar pienso al caballo, viéndome levantar, se vino a mí con grande enojo, y dijo:

—¿Quién trajo aquí esta jaca castrada? De antes quería comer la cebada a los otros, y ahora quiere hacer enojo a la imagen de la diosa; por cierto que a este asno sacrílego yo le quiebre las piernas y lo amanse.

Y luego, buscando un palo topó con un haz de leña que allí estaba, del cual sacó un valiente leño nudoso y más grueso de cuantos allí había, y comenzó a sacudirme tantos palos, que no acabó hasta que sonó un gran ruido y golpes en las puertas de casa, y con temor de la vecindad, que daba voces: ¡Ladro-

nes, ladrones! De esto él, espantado, huyó. Y sin más tardar, súbitamente abiertas las puertas, entró un montón de ladrones, los cuales, armados, cercaron la casa por todas partes, resistiendo a los que venían a socorrer de una parte y de otra, porque ellos venían todos bien armados, con sus espadas y armas, y con hachas en las manos que alumbraban la noche, de manera que el fuego y las armas resplandecían como rayos del sol. Entonces llegaron a un almacén que estaba en medio de la casa, bien cerrado con fuertes candados, lleno de todas las riquezas de Milón, y con fuertes hachas quebraron las puertas, el cual abierto, sacaron de él todo cuanto allí había, y muy prestamente, hechos líos de todo ello, repartiéronlos entre sí; pero la mucha carga excedía el número de las bestias que la habían de llevar. Entonces ellos, puestos en necesidad por la abundancia de la gran riqueza, sacaron del establo a nosotros, ambos los asnos y a mi caballo, y cargáronnos con cuantas mayores cargas pudieron, y dejando la casa vacía y metida a saco mano, dándonos de palos nos llevaron, y para que les avisase de la pesquisa que se hacía de aquel delito, dejaron allí uno de sus compañeros, y dándonos mucha prisa y palos nos llevaron fuera de camino por esos montes.

Yo, con el gran peso de tantas cosas como llevaba, y con las cuestras de aquellas sierras y el camino largo, casi no había diferencia de mí a un muerto. Yendo así vínome al pensamiento, como quiera que tarde, pero de veras, de llamar el ayuda y socorro de la justicia, para que, invocando ella el nombre del emperador César, me pudiese librar de tanto trabajo. Finalmente, como ya fuese bien claro el día, pasando por una aldea bien llena de gente, porque había allí feria aquel día, entre aquellos griegos y gentes que allí andaban intenté invocar

el nombre de Augusto César en lenguaje griego, que yo sabía bien por ser mío de nacimiento. Y comencé valientemente y muy claro a decir: “¡Oh, oh!”. Lo otro que restaba del nombre de César nunca lo pude pronunciar.

Los ladrones, cuando esto oyeron, enojados de mi áspero y duro cantar, sacudiéronme tantos palos hasta que hicieron del triste de mi cuero tal, que aun para cribas no era bueno.

Al fin, Dios me deparó remedio no pensado, que como pasamos por muchas aldehuelas vi estar un huerto muy hermoso y deleitable donde había rosas muy hermosas y llenas del rocío de la mañana; yo, como las vi, con gran deseo y ansia esperando la salud, alegréme, y muy gozoso lleguéme cerca de ellas, y ya que movía mis labios para comer, vínome a la memoria otro consejo muy más saludable, creyendo que si comía de aquellas rosas y de improviso dejase de ser asno y me tornase hombre, manifiestamente me ponía en gran peligro de morir por las manos de los ladrones, porque sospecharían que yo era nigromántico o que los había de descubrir y acusar del robo. Entonces, con este pensamiento me aparté de ellas, padeciendo mi desdicha presente en figura de asno, royendo heno y cebada como los otros animales, esperando la ventura.



LIBRO CUARTO

Argumento

Apuleyo, tornado asno, cuenta elocuentemente las fatigas y los trabajos que padeció en su larga peregrinación andando en forma de asno y reteniendo el sentido de hombre. – Entremete a su tiempo diversos casos de los ladrones. – Asimismo escribe de un ladrón que se metió en un cuero de osa para ciertas fiestas que se habían de hacer, y de una doncella que robaron.

Capítulo I

Lucio Apuleyo cuenta lo que pasaron los hombres desde la ciudad de Hipata hasta llegar a la cueva de su morada.

ANDANDO NUESTRO CAMINO, SERÍA CASI MEDIODÍA, QUE YA el sol ardía, llegamos a una aldea, donde hallamos ciertos ladrones amigos de nuestros amos, lo que yo bien conocí, aunque era uno, porque en llegando hablaron como amigos y se abrazaron, y también porque les dieron algunas cosas de las que llevaban.

Allí nos descargaron de todo y nos echaron en un prado cerca, para que a nuestro buen placer paciésemos, pero la compañía de pacer con el otro asno y con mi caballo, no pudo detenerme allí, porque yo no era usado de comer heno; mas

como estaba perdido de hambre, vi tras de la casa un huertezuelo, en el cual me lancé. Y como quiera que de coles crudas, pero abundantemente, henchí mi barriga.

Andando así en el huerto, miraba por todas partes, rogando a los dioses, por ventura, si en los otros huertos que estaba junto a este hubiese algún rosal, a lo cual me daba buena confianza la soledad que por allí había, y estando fuera de camino y escondido, en tomando el remedio que deseaba de tornarme de asno en hombre, lo podría hacer sin que nadie me viese. Así que, andando en este pensamiento vacilando, vi un poco lejos un valle con árboles y sombra, en el cual, entre otras hierbas, resplandecían rosas coloradas y frescas; ya en mi pensamiento, que del todo no era de bestia, pensaba que aquel lugar fuese de la diosa Venus y de sus ninfas, cuyas flores y rosas relucían entre aquellas arboledas y sombras. Entonces, invocado por mí el alegre y próspero evento, comencé a correr cuanto pude, que, por Dios, yo no parecía ser asno, sino un caballo corredor y ligero; pero aquel mi osado y buen esfuerzo no pudo huir de la crueldad de mi fortuna; ya que llegaba cerca, veo que no eran rosas tiernas y amenas rociadas del rocío de la aurora, mas antes eran unos árboles, los cuales tienen la hoja larga de manera de laureles, y las flores sin olor, que son unas campanillas un poco coloradas, que llaman los rústicos, o el vulgo, rosas de laurel silvestre, cuyo manjar mata cualquier animal que lo come.

Con tales desdichas fatigado ya, y desesperado de mi remedio, quería de mi voluntad propia comer de aquella ponzoña, pero con poca gana y alguna tardanza; cuando quise llegar a morder en ellas un mancebo, que me pareció ser el hortelano del huerto que yo había destruído y comido las coles, como vio haberle hecho tanto daño, arrebató un palo y con mucho enojo fue hacia mí y dióme tantos palos que casi

me puso en peligro de muerte si yo, sabia y discretamente, no buscara remedio; así que yo alcé mis ancas y los pies en alto y sacudíle muy bien de coces, de manera que, él bien castigado y caído en el suelo, eché a huir contra una sierra muy alta que estaba allí junto; mas luego una mujer, que parece debía ser del hortelano, como lo vio que estaba tendido en el suelo, medio muerto y sin sentido, vino corriendo, llorando y dando voces, porque oyéndola la gente de alrededor viniese contra mí por matarme.

Entonces los villanos, alborotados con los gritos, comenzaron a llamar los perros y echármelos para que me despedazasen; entonces, como me vi sin alguna duda cerca de la muerte y los perros que venían contra mí, dejé de subir a la sierra arriba y torné para casa, corriendo cuanto más podía, y metíme en el establo de donde había salido. Ellos, desde que hubieron pacificado a los perros, tomáronme con un cabestro bien recio y atáronme a una argolla, dándome tantos palos que cierto me mataran, si no que fuera que con el dolor de los palos, como tenía la barriga tiesa y llena de coles crudas, vínome flujo y suelto un chisquete con que los rocié muy bien; por esto y por el gran hedor se apartaron de mis espaldas.

No tardó mucho que nos cargasen, y volviendo a nuestro viaje, andando un buen pedazo, yo iba muy desfallecido con el largo camino y con el peso de la gran carga y los continuos palos que me daban; también iba cojo y muy maltratado, porque llevaba los pies y manos desportillados.

Llegando cerca de un arroyo que corría mansamente, parecióme haber hallado con mi buena dicha sutil ocasión para lo que pensaba, lo cual era derrengarme por las ancas y echarme en tierra muy obstinado de no levantarme para pasar el arroyo, aunque me diesen veinte mil palos y aunque me diesen con una espada, antes morir que no levantarme, porque como a cosa

vieja y doliente me diesen carta de horro, y también pensaba que por no detenerse los ladrones, yendo de huida con su robo, quitarían la carga de mis cuestras y la repartirían por los otros mis compañeros y me dejarían allí para que me comiesen lobos y buitres.

Pero mi desdichada suerte no quiso que tan buen consejo me aprovechase, porque el otro asno, adivinando mi pensamiento, se dejó caer con su carga en tierra como muerto, y aunque le daban muchos palos y le metían agujijones, y le alzaban por la cola, y le hacían otros muchos remedios, ni les aprovechaba alzarle las piernas, ni aunque le revolvían el cuerpo de una parte a otra, nunca probó a levantarse, hasta que finalmente los ladrones (y con la postrimera esperanza), habiendo hablado entre sí, porque no estuviesen tanto sirviendo a un asno muerto, y más, en verdad, se podía decir de piedra, y no detuviesen su huida, quitáronle la carga y repartieronla entre mí y mi caballo, y a él con sus espadas cortáronle las piernas y apartáronle un poco del camino, y medio vivo lanzáronlo de una altura abajo en un valle muy hondo.

Entonces yo, pensando entre mí la desdicha del triste de mi compañero, acordé, apartados de mí todos fraudes y engaños, como buen asno provechoso, servir a mis señores, cuanto más que, según lo que yo les oía estar hablando, cerca de allí estaba su casa, donde habíamos de descansar y reposar del fin de nuestro camino, porque allí era su morada.

Finalmente, pasada una cuestezuela no muy áspera, llegamos al lugar donde íbamos. En llegando, luego nos descargaron y metieron lo que traíamos dentro de casa. Yo, aliviado del peso de la carga, por refrescarme del cansancio, en lugar de baño comencé a revolcarme en el polvo.

Capítulo II

Lucio cuenta cómo llegaron a la cueva, y el sitio de ella; y otras cosas de gusto.

BREVEMENTE CONTARÉ DEL SITIO DONDE HABITABAN ESTOS ladrones. Era allí una montaña bien alta, muy horrible y umbrosa, de muchos árboles silvestres; de esta montaña descendían ciertos cerros llenos de muy ásperos riscos y peñas, que no había persona que pudiese llegar a ellos, los cuales la ceñían; abajo había muchas y hondas lagunas, en aquellos valles llenos de espinas y zarzas, que naturalmente fortalecían aquel lugar. De encima del monte descendía una fuente de agua muy hermosa y muy clara, que parecía color de plata, y corría por tantas partes, que henchía los valles que abajo estaban a manera de un mar o de un gran río o lago que está quedo. Aquí estaba la cueva de estos ladrones, a donde nos descargaron, y ellos, cargados de lo que nosotros traíamos, lanzáronse en la cueva y a nosotros no ataron con cabestros bien recios a la puerta.

Luego empezaron a reñir con una vejezuela, la cual sola tenía cargo de la salud de tantos mancebos, diciendo:

—¡Oh, sepulcro de la muerte, deshonra de la vida, enojo del infierno, así nos has de burlar, estándote sentada, no haciendo nada, que no nos tengas aparejado algún solaz por tantos trabajos como hemos pasado, que tú días y noches no entiendes en otra cosa sino echar vino en ese tu vientre sediento que nunca se harta!

La vieja, con su voz medrosa, temblando, respondió:

—¡Oh, señores valientes mancebos, todo está presto y aparejado abundantemente; yo tengo guisado de comer muy

sabroso, mucho pan y vino puesto en sus copas, y también agua cocida para que todos os lavéis!

Acabando la vieja de decir esto, ellos se desnudaron luego, y lavados con agua caliente, se untaron con aceite. Y puestas las mesas con sus manjares, sentáronse a comer.

Luego, en aquel tiempo que se sentaron a la mesa llegaron otros mancebos, los cuales en viéndolos, quienquiera diría que eran ladrones como los otros, porque también traían muchos vasos y monedas de oro y plata, y ricas vestiduras. Así que, lavados y refrescados, sentáronse a comer con sus compañeros. Ellos comían y bebían sin orden los manjares a montones; el beber sin cuenta ni razón; burlaban unos con otros, cantaban y reían motejándose.

Entonces un mancebo de aquellos, que parecía más valiente que los otros, dijo:

—Nosotros batimos esforzadamente la casa de Milón, de Hipata, y demás de la presa y grandes riquezas que por nuestro esfuerzo ganamos, tornamos todos a nuestra casa sin que uno faltase, y aun si hace al caso, digo que vinimos ocho pies más acrecentados. Pero vosotros que habéis andado por las ciudades de Beocia, donde perdisteis a vuestro capitán Lamaco y habéis disminuido el número de vuestra compañía. Cierto, yo más quisiera su salud y vida que todo cuanto trajisteis en estos líos y fardos; pero como él haya muerto con esfuerzo y valentía, la memoria y la fama lo harán vivir para siempre. Que, hablando verdad, vosotros sois ladrones medrosos y para hurtos pequeños, andando por casillas de viejas y otras pobres.

A esto respondió uno de aquellos:

—¿Cómo ahora sabes que las casas mayores son más fáciles de robar que las otras pequeñas? Porque como quiera que en las casas grandes haya muchos servidores, cada uno cura más de su salud que de la hacienda de su señor. Pero los hombres

de bien, solitarios y modestos sus bienes, pocos o muchos, disimuladamente los encubren, y reciamente defienden, y con peligro de su sangre y vida los fortalecen. El mismo negocio que ahora pasó, os hará creer lo que digo. Casi como llegamos a Tebas, ciudad de Beocia, que es la más principal para el trato de nuestro arte, andando con diligencia buscando lo que habíamos de robar entre los populares, no se nos pudo esconder Criseros, un cambiador muy rico y señor de gran dinero, el cual, por miedo de los tributos y pechos de la ciudad, con grandes artes disimulaba y encubría gran riqueza. Finalmente, que él, solo y solitario en una pequeña casa, aunque bien fortalecida, contento, sucio y mal vestido, dormía sobre los zurrones de oro. Así que todos de un voto acordamos que el primer ímpetu y combate fuese en esta casa, porque todos a una, comenzada la batalla, sin dificultad pudiésemos apañar los dineros de aquel cambiador rico. Lo cual, puesto en obra al principio de la noche, fuimos a las puertas de su casa, las cuales ni pudimos alzar, ni mover, ni quebrar, porque, como eran fuertes, al ruido de ellas despertó la vecindad toda en daño nuestro. Entonces aquel esforzado nuestro capitán y alférez Lamaco, con la furia de su gran esfuerzo y valentía, metió la mano poco a poco por aquel agujero que se mete la llave para abrir la puerta y procurara arrancar el pestillo o cerradura; pero aquel Criseros, malvado y maligno más que hombre del mundo, estaba vestido, y, sintiendo lo que pasaba, vino hacia la puerta muy pacífico, que casi no resollaba, y traía en su mano un gran clavo y martillo, con el cual, súbitamente, con gran golpe clavó la mano de nuestro capitán en la tabla de la puerta, y dejado allí cruelmente clavado, como quien lo deja en la horca, subióse encima de una azotea de su casa, y de allí, con grandes voces llamaba a los vecinos muy ahincadamente. Cuando los vecinos oyeron esto, cada uno espantado

del peligro que podía venir a su casa por la del cambiador, venían corriendo a socorrerle. Entonces nosotros, puestos en uno de dos peligros: o de matar nuestro compañero o desampararlo, acordamos un remedio terrible, queriéndolo él, y fue que le cortamos el brazo por la coyuntura del hombro, y dejado allí el brazo, atada la herida con muchos paños, porque la sangre no hiciese rastro por donde nos siguiesen, arrebatamos a Lamaco, y llevámoslo como pudimos, y como íbamos huyendo, ni él nos podía seguir, ni nos lo podíamos llevar, ni podía quedar seguro, y como era valiente, animoso y esforzado, viendo que no podía escapar de las manos enemigas, con mucha instancia nos rogaba, por la diestra del dios Marte y por el juramento que entre nos había, que lo matésemos, diciendo asimismo que cómo había de vivir un hombre teniendo el brazo cortado, con el cual solía robar y degollar, que él se tendría por bien aventurado si muriese a manos de sus compañeros. Así que después que vio que a ninguno de nosotros pudo persuadir que lo matase, tomó con la otra mano un puñal que traía y metióselo por los pechos. Nosotros, alabando el esfuerzo de tal varón, tomando su cuerpo envuelto en una sábana lo echamos en la mar. Y así quedó allí nuestro capitán Lamaco, el cual hizo fin conforme a su oficio. Pues el nuestro compañero Alcimo, que tenía muy astutos principios, no pudo huir la sentencia de la cruel fortuna, el cual después de entrado en casa de una vejezuela, que estaba durmiendo, subió a la cámara donde dormía, y pudiera muy bien ahogarla si quisiera, pero quiso primero echar por una ventana a la calle todas las cosas que tenía, y ya que tenía todo echado, no quiso perdonar a la cama en que la vieja dormía. La mala vieja, viendo esto, le dijo llorando:

—Hijo, ruégote que me digas por qué echas mis cosas pobres al vecino rico, sobre cuya huerta cae esta ventana.

Alcimo, medio turbado, llegóse a la ventana por ver si era así, mas la vieja, que lo vio medio salido de la ventana, mirando a una parte y a otra, súbitamente lo empujó, y dio con él abajo, donde se le abrió la cabeza, y contándonos el engaño que le hizo la vieja acabó de morir, al cual dimos sepultura en la mar, como a nuestro capitán Lamaco.

Capítulo III

Cómo aquel ladrón cuenta que robaron a un hombre rico con una graciosa industria de una osa.

DESPUÉS DE LA PÉRDIDA DE ESTOS DOS COMPAÑEROS, NOSOTROS, tristes y con pena, pareciónos que debíamos dejar de entender en las cosas de aquella provincia de Tebas, y acordamos de venirnos a una ciudad que estaba cerca, que ha nombre Plateas; en la cual hallamos gran fama de un hombre que moraba allí, llamado Demócares, el cual celebraba grandes fiestas al pueblo, porque él era más principal en la ciudad, hombre muy rico y liberal, y hacía estos placeres y fiestas al pueblo por mostrar la magnificencia de sus riquezas. ¿Quién podría ahora explicar y tener idóneas palabras para decir tanta facundia de ingenio, tantas maneras de aparatos como tenía? Los unos eran jugadores de esgrima afamados de sus manos; otros cazadores muy ligeros para correr; en otra parte había hombres condenados a muerte, que los engordaban para que los comiesen las bestias bravas. Había asimismo torres hechas de madera a la manera de unas casas movedizas, que se traen de una parte a otra, las cuales eran muy bien pintadas, para acogerse a ellas cuando corrían toros u otras bestias en el teatro. Demás de esto, ¿cuántas maneras de bestias había

allí y cuán fieras y valientes? Tanto era su estudio de hacer magníficamente aquellos juegos, que buscaba hombres de linaje que fuesen condenados a muerte, para que peleasen con las bestias; pero sobre todo el aparato que buscaba para estas fiestas principalmente y con cuanta fuerza de dineros podía, procuraba tener número de grandísimas osas, además de las que él hacía cazar, de las que a poder de dinero compraba.

Mas este tan claro y magnífico aparejo de placer y fiesta popular, no pudo huir los ojos mortales de la envidia. Porque con la fatiga de estar mucho tiempo presas, y con el gran calor del verano, y también por estar flojas y perezosas por no andar ni correr, dio tan gran pestilencia en ellas, que casi ninguna quedó. Estaban por estas plazas muchas de ellas muertas con tanto estrago, que parecía haber hecho naufragio de bestias.

Aquellos pobres del pueblo, a los cuales la pobreza y la necesidad constriñen buscar algo para henchir el vientre, sin escoger manjares andaban tomando de la carne de aquellos animales que por allí estaban, para hartarse.

Cuando yo y este nuestro compañero Bardulo vimos aquello, inventamos del mismo negocio un muy sutil consejo, y era que estaba allí una osa muerta mayor que todas las otras, la cual de noche llevamos a nuestra estancia, y allí la desollamos muy bien, no tocándose en las uñas ni en la cabeza. Tomamos el cuero, y polvoreado por encima, pusímoslo a secar al sol. Nosotros nos conjuramos para el negocio, e hicimos juramento que uno de nosotros, el más valiente, se metiese dentro en aquella piel y se hiciese osa, y la llevaríamos de noche a casa de Demócaries, para que nos abriese las puertas cuando todos durmiesen. Y para esto escogimos por todos a Trasileón, el cual con gran ánimo se metió en el cuero y comenzó a tratarlo y ablandarlo, para ejercitar en lo que había de hacer. Y nosotros rehenchimos algunas partes de él con lana para igualarlo todo; cosímoslo, y

con los pelos de una parte y otra cubrimos la costura muy bien; hicimos a Trasileón que juntase su cabeza con la de la osa cerca del pescuezo, y por las narices y los ojos de la osa abrimos ciertos agujeros por donde pudiese mirar y resollar. Así que nuestro valiente compañero hecho bestia, metímoslo en una jaula.

De esta manera, prosiguiendo en nuestro negocio, supimos como este Demócares tenía un gran amigo en Tracia, del cual fingimos carta que le escribía, diciendo que por honrar sus fiestas le enviaba aquel presente, que era la primera bestia que había cazado. Y siendo ya noche, aprovechándonos del ayuda de ella, presentamos la jaula, con Trasileón dentro, a Demócares, y dímole la carta falsa. El cual maravillándose de la grandeza de la bestia, y muy alegre con la liberalidad de su amigo, nos mandó luego dar diez ducados.

Todos venían a ver la osa y decían no haber visto cosa tan grande; mas Trasileón daba muchas vueltas, saltando de una parte a otra, porque no viesen en alguna señal el engaño. Y así, todos a una voz decían que era muy espantable; ligera y grande. Así que Demócares mandaba llevar la osa a un buen pasto donde tenía otras; mas yo le dije:

—Mira, señor, lo que haces, porque esta bestia viene fatigada del camino; no debía echarse con las otras fieras, mayormente que me dicen que están todas dolientes, antes sería bueno que la dejases en este patio, donde corre este caño de agua, para que de noche se recree.

Con estas palabras, Demócares, habiendo miedo de que se le muriese aquélla, como las otras muchas que se le habían muerto, fácilmente consintió a nuestras persuasiones, y mandó que pusiésemos la jaula o caja donde a nosotros pareciese; demás de esto yo dije que si él mandaba, que estábamos prestos de velar algunas noches cerca de la jaula para dar de co-

mer y beber a la bestia cuando menester fuese, porque presta-
mente se le quitase la fatiga del sol y el cansancio del camino.

A esto respondió Demócates:

—No es menester que os pongáis en ese trabajo, por que
todos los de mi casa, por la larga costumbre, están bien ejerci-
tados para saber curar estas bestias.

Dicho esto, tomamos licencia y nos fuimos. Saliendo por
la puerta de la ciudad vimos estar un enterramiento aparta-
do y escondido del camino; allí abrimos algunos de aquellos
sepulcros medio abiertos, donde moraban aquellos muertos
hechos ceniza y comidos de carcoma, para esconder allí lo
que robásemos.

Después, al principio de la noche, según es costumbre de
ladrones, al primer sueño, cuando más gravemente carga los
cuerpos humanos, con toda nuestra gente armada nos fuimos
a poner ante las puertas de Demócates para robarlo, como
cuando vamos citados a juicio.

No menos fue perezoso Trasileón, que como vio la oportu-
nidad de la noche, saltó fuera de la jaula, abriéndonos las puertas,
y como nosotros prestamente nos metiésemos en casa, mos-
trónos un almacén donde aquella noche sagazmente él vio
meter y encerrar mucha plata, al cual, quebradas las puertas
por fuerza, mandó a cada uno de los compañeros que entrasen
y cargasen cuanto pudiesen llevar de aquel oro y plata, y pres-
tamente lo llevasen a esconder en las casas de aquellos fieles
muertos, y que luego corriendo tornasen por más, y que para
lo demás yo quedaría allí al umbral de las puertas, a resistir si
alguno viniese, y para espiar solícitamente hasta que tornasen.

De más de esto la osa andaba por casa aparejada para ma-
tar a los que despertasen, porque, en la verdad, ¿quién podría
ser tan fuerte y esforzado que viendo una forma de bestia tan
fiera, y mayormente de noche, que, vista, no se pusiese en

huir aceleradamente, o que no echase la aldaba a la puerta de su cámara y se encerrase de miedo?

Estas cosas así, prósperamente dispuestas, sucedió en ellas fin desdichado, porque en tanto que yo estaba esperando a mis compañeros que tornasen, entonces un esclavo de la propia casa, como vio la osa que andaba por toda la casa, vase muy pasico de cámara en cámara, diciendo a todos lo que había visto.

No tardó mucho que todos no salieron con candiles y mechones encendidos, y con lanzas y espadas se pusieron a guardar las puertas de casa. Demás de esto llamaron los perros de monte, grandes y bravos, y echáronlos a la osa.

Cuando yo esto vi, y que crecía el ruido y tumulto, apartéme de allí y púseme detrás de la puerta, de donde vi a Trasileón pelear maravillosamente contra los perros, el cual, como estaba en lo último de su vida, hacía cosas de espanto; ora huyendo, ora resistiendo, daba saltos sin compás; en fin, no pudiendo más, vínose retrayendo a la calle, en donde se juntaron muchos más perros, los cuales cercaron a Trasileón y lo despedazaban y mordían cruelmente.

Entonces yo, no pudiendo sufrir tanto dolor, metíme en medio de la gente, y en lo que podía ayudaba a nuestro buen compañero, diciendo a todos de esta manera:

—¡Oh, qué pérdida y mal hacemos! ¿Para qué queremos hacer morir una tan preciada y hermosa bestia?

Pero todas estas artes y cautelas no aprovecharon para que el triste y desdichado de mi compañero viviese, porque un hombre de aquellos, indignado contra la osa, le arrojó una lanza, que le atravesó todo el cuerpo, y los más cargaron sobre la osa con sus espadas hasta que la mataron.

De esta manera acabó Trasileón, gloria y honra de nuestra capitania. Y era tanto el miedo que todos tenían de la osa, que hasta el otro día bien tarde ninguno fue osado llegar a

ella, hasta que uno de estos que andaban a desollar bestias, se le llegó, y empezando a desollar la piel, halló dentro a aquel magnífico ladrón.

Entonces nosotros cogimos nuestros líos que tenían en guarda aquellos fieles muertos, y cuan presto pudimos nos vinimos cargados con esta prisa que veis.

Acabada la habla, tomaron sus tazas y bebieron el vino puro, y en memoria de sus compañeros cantaron ciertas canciones al dios Marte, y después se fueron a dormir.

Capítulo IV

Cómo los ladrones trajeron una doncella robada, la cual llora su desdicha.

AQUELLA BUENA VIEJA PROVEYÓ MUY BIEN A NOSOTROS DE cebada, sin tasa ni medida, tanto que mi rocín, como vio tanta abundancia y hartura para sí solo, creía que hacía carnestolendas, y como quiera que otras veces hubiese yo comido cebada, tragándola con pena por ser para mí manjar dañoso y desabrido; pero entonces miré a un rincón, donde habían puesto los pedazos del pan que habían sobrado de aquellos ladrones, y comencé a ejercitar mis quijadas, que tenían telarañas de mucha hambre.

Venida la noche, que ya todos dormían, los ladrones despertaron con gran ímpetu y comenzaron a mudar su real, armados con sus espadas y lanzas que parecían diablos, y salieron por la puerta afuera muy aprisa. Pero ni todo esto ni aun el sueño, que bien me era menester, pudo impedir el tragar y comer que yo hacía, y como quiera que cuando era Lucio con uno o dos panes me hartaba y levantaba harto de la mesa,

mas entonces, contentando a un vientre de asno tan ancho y profundo, ya entraba rumiando por el tercer canastillo de pan, cuando estando atónito en esta obra me tocó el día claro.

Entonces yo, como asno empachado de vergüenza, salíme de casa y fui a un arroyo a hartarme de agua; no tardó mucho que no viniesen los ladrones, los cuales traían una doncella muy linda hurtada, y según en su gesto y hábito mostraba, debía ser alguna hijadalgo, que cierto yo, aunque era asno, la deseaba. La triste venía llorando y mesando sus cabellos.

Después que la metieron en su cueva, comenzaron a consolarla, diciendo:

—Tú, pues, estás aquí segura de la vida, y ahora ten paciencia, porque la necesidad y la pobreza nos hacen seguir este trato; tu padre y madre, aunque sean avarientos, no dejarán de rescatarte.

Con estas palabras y otras la consolaban, pero no dejaba su llanto.

Entonces los ladrones mandaron a la vieja que se sentase a par de ella y la consolase con blandas palabras mientras ellos iban a hacer su oficio; la vieja, movida de piedad, le decía muchas cosas; mas todo no aprovechaba, porque lloraba y decía palabras lastimosas, y de cansada se durmió.

Ya que había dormido un poco, despertó con un sobresalto como mujer sin seso, y comenzó de nuevo a hacer mayores llantos; como la vieja vio que otra vez de nuevo comenzaba, le rogó con mucha instancia le contase por qué causa lloraba más fuertemente después de haber dormido.

La doncella, aunque llena de lágrimas, le dijo de esta manera:

—Pocos días ha que yo fui desposada con un mancebo muy rico y de buena disposición, con el cual desde niña me crié, y siempre nos tuvimos grande amor, como si fuéramos hermanos. Así que estando para velarnos, de consentimiento de

nuestros padres, con la casa aderezada y enramada de laureles, con cantares y otras cosas de bodas, estándome mi madre ataviando para semejante fiesta, he aquí donde entra súbitamente un escuadrón de ladrones con gran ímpetu, con las espadas desnudas, y no curaron de robar alguna cosa ni matar a nadie, sino todos juntos, sin los familiares de casa podérselo estorbar, me arrebataron y trajeron aquí. Pero ahora soñaba que mi querido esposo venía por librarme y que cruelmente le mataban estos hombres espantables y temerarios, y por esta causa me afligía más que antes.

Entonces la vieja, suspirando, le dijo:

—Hija, esfuérzate y ten buen corazón; no te espantes con unas ficciones de sueños, porque además de tener por cierto que los sueños del día son falsos, aun los de la noche traen los fines y salidas al contrario: porque llorar, ser herido o muerto, traen el fin próspero y de mucha ganancia; y, por el contrario, reír, o comer cosas sabrosas, o hallarse en placeres, significa tristeza de corazón o enfermedad del cuerpo y otros daños y fatigas. Pero yo te quiero consolar y decir una novela muy linda, con que olvides esta pena y trabajo.

La cual luego comenzó de esta manera:

Capítulo V

Cómo la vieja madre de los ladrones cuenta a la doncella un cuento muy elegante y lleno de doctrina.

“**H**ABÍA EN UNA CIUDAD UN REY Y UNA REINA QUE TENÍAN tres hijas: las dos mayores eran muy hermosas y bien apuestas; pero la más pequeña, era tanta su hermosura, que no bastan palabras humanas para poderlo decir. Muchos de

otros reinos y ciudades, oyendo la fama de su gran beldad y hermosura, venían a verla, y luego, poniendo las manos en la boca y los dedos extendidos, así como a la diosa Venus, con sus religiosas adoraciones la honraban y adoraban.

”Ya la fama corría por todas las ciudades y tierras cercanas, que ésta era la diosa Venus, que por influjo de las estrellas del cielo había nacido otra vez, no en la mar, pero en la tierra, conversando con todas las gentes, adornada de la flor de la virginidad. De esta manera su fama crecía más cada día, y de muchas partes venían por mar y tierra, por ver este glorioso espectáculo que había nacido en el mundo. Y nadie quería ir a ver a la diosa Venus, que estaba en la ciudad de Pafos, ni a la isla de Gnido, ni al monte Citerón, donde solían sacrificar. Sus templos eran ya destruidos, sus ceremonias menospreciadas, sus estatuas sin honra. Todos a esta doncella suplicaban, y siendo humana la adoraban por tan gran diosa; y cuando de mañana se levantaban, todos le sacrificaban con manjares y otras cosas; cuando iba por la calle, todo el pueblo, con flores y guirnaldas de rosas, le suplicaban y honraban.

”Esta honra que se daba a esta doncella encendió mucho en ira a la propia diosa Venus, y riñendo entre sí, dijo:

“Yo, que soy madre de todas las cosas criadas; yo, que soy principio y nacimiento de los elementos; yo, que soy Venus poderosa, ¿he de sufrir que se dé la honra debida a mi majestad a una moza mortal, y que mi nombre, puesto en el cielo, se haya de profanar en la tierra, y que en cada parte tengan duda si me han de sacrificar y adorar a mí o a esta doncella, y que tenga tal gesto que piensen que soy yo? Según esto, por demás me juzgó aquel pastor que por mi gran hermosura me prefirió a tales diosas, cuyo juicio aprobó aquel gran Júpiter. Mas a ésta que mi honra ha robado, yo haré que se arrepienta de esto y de su hermosura”.

”Luego llamó a su hijo Cupido, al cual, con sus palabras, encendido mucho, le llevó a aquella ciudad donde estaba esta doncella, que se llamaba Psiquis, y mostrósele, diciendo con mucho enojo y casi llorando toda la historia de la semejanza envidiosa de su hermosura, diciéndole de esta manera:

“¡Oh, hijo, yo te ruego por el amor que tienes a tu madre y por las dulces llagas de tus saetas y por los sabrosos fuegos de tus amores, que des cumplida venganza a tu madre contra la hermosura rebelde y contumaz de esta mujer; y sobre todo te ruego que esta doncella sea enamorada de muy ardiente amor del más bajo y vil hombre que en todo el mundo se halle!”

”Después que Venus hubo dicho esto, besó y abrazó a su hijo, y fuese a la ribera de un río que estaba cerca, donde con sus hermosos pies holló el rocío de las ondas de aquel río, y de allí se fue a la mar, adonde todas las ninfas le vinieron a servir.

”Allí vinieron las hijas de Nereo cantando, y el dios Neptuno con su áspera barba del agua de la mar y con su mujer Salacia, y Palemón, que es guiador del Delfín, y las compañías de los Tritones, saltando por la mar, unos tocando trompetas, otros traían un palio de seda porque el sol no le tocase; otros llevan el espejo delante de la diosa. De esta manera, nadando con sus carros por la mar, todo este ejército acompañó a Venus hasta el Océano.

”Entretanto, la doncella Psiquis, con su hermosura para sí, ningún fruto recibía de ella. Todos la miraban y alababan, pero ningún rey, ni otro alguno, la pedía por mujer. Maravillábanse de ver su divina hermosura, pero era como quien ve una estatua de una diosa pulidamente fabricada.

”Las dos hermanas mayores, como eran medianamente hermosas, no eran tanto divulgadas por los pueblos, y habían sido casadas con dos reyes que las pidieron: ya estaba cada una en su casa, reina y señora. Mas esta doncella Psiquis estaba en casa de

su padre, llorando su soledad, y siendo virgen era viuda, por la cual causa estaba enferma en el cuerpo y llagada en el corazón. Aborrecía su hermosura, porque todos pasmaban de verla”.

El mezquino padre, sospechando que alguna ira y odio tuviesen los dioses contra su desventurada hija, acordó de ir a consultar el oráculo antiguo del dios Apolo, que estaba en la ciudad de Miliesia, y con sus sacrificios y ofrendas suplicó a aquel dios que diese casa y marido a la triste de su hija. Apolo le respondió de esta manera:

“Pondrás esta moza, adornada de todo aparato de llanto y luto en el más alto peñasco que hallares, y déjala allí. No esperes yerno que sea nacido de linaje mortal, mas espéralo fiero y cruel y venenoso como serpiente, el cual, volando, fatiga con sus saetas a todos”.

El rey, que siempre fue próspero y favorecido, como oyó esto, triste y de mala gana se tornó para su casa. Y dijo a su mujer el mandamiento que el dios Apolo había dado a su desdichada suerte, por lo cual lloraron y gimieron algunos días.

”En esto ya se llegaba el tiempo en que habían de poner en efecto lo que Apolo mandaba; de manera que comenzaron a aparejar todo lo que la doncella tenía menester para sus mortales bodas. Encendieron las lumbres de las hachas negras con hollín, y los alegres instrumentos músicos se mudaron en lloro y amargura, los cantares en luto y lloro. De manera que el triste hado de esta casa hacía entristecer a toda la ciudad. El padre, por la necesidad que tenía de cumplir lo que Apolo había mandado, procuraba de llevar a la mezquina de Psiquis a la pena que le estaba profetizada; mas por otra parte, movido de piedad, detenía el negocio, llorando amargamente.

”Entonces la hija dijo al padre y a la madre de esta manera:

”¿Por qué, señores, atormentáis vuestra vejez con tan continuo llorar? ¿Por qué fatigáis vuestro espíritu con tantos au-

llidos? ¿Por qué ensuciáis esas caras con lágrimas que poco aprovechan? ¿Por qué apuñáis vuestros pechos con tanta fuerza? ¿Este será el premio y galardón de mi hermosura? Vosotros estáis heridos mortalmente de la envidia, y sentís tarde el daño. Cuando las gentes y los pueblos nos honraban y celebraban con divinos honores; cuando todos a una voz me llamaban la nueva diosa Venus, entonces os había de doler, y llorar. Entonces me habíais ya de tener por muerta. Ahora veo y siento que sólo este nombre de Venus ha sido causa de mi muerte: llevadme ya a aquel risco donde Apolo manda, porque ya querría ver acabadas estas tristes bodas”.

”Acabado de hablar esto la doncella, cayó en tierra, y como ya venía todo el pueblo para acompañarla, metióse en medio de ellos y fueron su camino a un lugar donde estaba un risco muy alto sobre un monte, encima del cual pusieron la doncella, y allí la dejaron, poniendo en su compañía las hachas negras que delante de sí llevaban ardiendo. El pueblo, lleno de lágrimas, bajando sus cabezas, volvieron a sus casas, acompañando al rey y a la reina, los cuales, cubiertos de luto y cerrando las ventanas del palacio, se pusieron en perpetuo llanto.

”Psiquis, estando temerosa en aquella peña, vino un manso viento y muy quietamente la puso en un delicioso prado, donde la dejó”.



LIBRO QUINTO

Argumento

En este libro se contiene los palacios que Psiquis halló, y los amores secretos que con ella tuvo el dios Cupido, y de cómo vinieron a visitar a Psiquis sus mismas hermanas, y la envidia que de ella tuvieron; por cuya causa, creyendo Psiquis que le aconsejaban, quiso herir a su marido Cupido; por lo cual cayó de la cumbre de su felicidad y fue puesta en tribulación. – Y cómo las hermanas hubieron el castigo que merecían por tan mal consejo como a su hermana dieron. – Y cómo Venus persigue a Psiquis, buscándola por todas partes.

Capítulo I

Cómo la vieja cuenta a la doncella de cómo Psiquis fue llevada a unos palacios muy poderosos, donde holgó con su nuevo marido.

“**H**ALLÁNDOSE PSIQUIS EN AQUEL PRADO HERMOSO Y FLORIDO, alivióse algún tanto de la pena que en su corazón tenía. Y mirando a todas partes vio una floresta con muy grande arboleda, y una fuente muy clara y apacible, y allí junto estaba una casa real, la cual no parecía edificada por mano de hombres, sino por los dioses. A la entrada de la casa estaba un palacio tan rico y hermoso, que parecía morada de algún dios, porque el zaquizamí y la cobertura de madera era de cedro y marfil maravillosamente labrado. Las columnas eran de

oro, y todas las paredes eran de plata. Y todos los aposentos y cámaras relucían con el oro, y daban tanta claridad, que era cosa más celestial que humana.

”Psiquis, convidada con la hermosura de tal lugar, llegóse cerca, y con osadía entró dentro, maravillándose de lo que veía. Y dentro en la casa vio muchos palacios y salas tan perfectamente adornados y aderezados, que ninguna cosa había en el mundo que allí no hubiese; pero sobre todo, de lo que más se maravilló fue de ver los aposentos tan llenos de oro y riquezas, y sin cerradura ni guarda.

”Andando ella con gran placer mirando estas cosas, oyó una voz que le decía: ‘¿por qué, señora, te espantas de tantas riquezas? Tuyo es todo esto que aquí ves; por tanto, entra en la cámara y descansa en la rica cama, y cuando quisieres pide agua para bañarte, que nosotras, cuyas voces oyes, somos tus sirvas, y en todo lo que mandares te serviremos, y luego vendrá la comida, que bien aparejada está para esforzar tu cuerpo’.

”Cuando esto oyó Psiquis, entendió que aquello era ordenado por algún dios, y descansando de su fatiga durmió un poco, y después que despertó levantóse y lavóse, y viendo que la mesa estaba puesta y aparejada, se fue a sentar a ella; luego vinieron muchos manjares y un vino que se llama néctar, del que los dioses beben, lo cual todo no parecía quién lo traía, solamente parecía que venía en el aire, ni tampoco la señora podía ver a nadie, mas solamente oía las voces que la hablaban. Después que hubo comido le vinieron a cantar y tañer muy suavísimamente sin ser vistos los músicos.

”Acabado este placer, ya que era noche, Psiquis se fue a dormir, temiendo la guarda de su virginidad. Y estando con este miedo vino el marido no conocido, y acostándose junto a ella se confirmó el matrimonio; y antes que fuese de día se partió

de allí, y luego aquellas voces fueron oídas en la cámara y comenzaron a curar de la novia.

”De esta manera pasó algún tiempo sin ver a su marido; ella, por la mucha continuación de las voces y del servicio que le hacían, lo tenía ya por deleite y pasatiempo.

”Entretanto su padre y su madre se envejecían en llanto y luto continuos, y la fama de este negocio cómo había pasado, llegó adonde estaban las hermanas mayores casadas, las cuales con mucha tristeza, cargadas de luto, dejaron sus casas y vinieron a ver a sus padres para hablarles y consolarles.

”Aquella misma noche el marido habló a su mujer Psiquis, que aunque no lo veía, bien lo oía y con sus manos palpaba, y le dijo de esta manera:

‘¡Oh, señora mía y muy amada mujer, la fortuna cruel te amenaza con un peligro de muerte, del cual yo querría que te guardases; con mucha cautela tus hermanas, turbadas, pensando que tú eres muerta, han de venir a aquel risco en donde tú aquí viniste; si tú, por ventura, oyeres sus voces y llantos, no les respondas en ningún modo, porque si lo haces, darásme gran dolor y para ti causarás un grandísimo mal que te será casi la muerte!’

”Ella prometió de hacer todo lo que el marido le mandase; pero como la noche fue pasada y el marido de ella partido, todo aquel día la doncella consumió en llantos y en lágrimas, diciendo que estaba en una hermosa cárcel apartada de toda conversación humana, y que no podía ver a sus hermanas, ni aun responderlas. De esta manera, aquel día ni quiso lavarse, ni comer, ni holgarse con cosa alguna, sino llorando con muchas lágrimas, se fue a dormir.

”Luego vino el marido, y acostándose en la cama la comenzó a reprender de esta manera:

¡Oh, mi señora Psiquis! ¿Esto es lo que tú me prometiste? ¿Qué te puedo yo aconsejar, siendo tu marido, que no sea tu provecho? Anda ya, y haz lo que te pareciere. Porque cuando te viniere el mal, te acordarás de lo que te he amonestado’.

”Entonces ella, con muchos ruegos, le hizo conceder que ella hable a sus hermanas y les dé todas las piezas de oro y joyas que quisiere. Pero muchas veces le amonestó que no curase de sus palabras ni curase de saber la cara y figura de su marido, porque si esto pretendiese, que caería de tanta felicidad como tenía.

”Ella le dijo que todo lo cumpliría, y con muchos besos y abrazos que le daba, juntamente le pidió que mandase al viento que trajese allí a sus hermanas, así como a ella había traído, todo lo cual él le otorgó, y viniendo la mañana se partió del lecho.

”Las hermanas preguntaron por aquel risco o lugar donde habían dejado a Psiquis, y luego se fueron para allá, donde comenzaron a llorar y dar grandes voces, hiriéndose en los pechos, tanto, que a las voces que daban acudió Psiquis, diciéndoles: ‘¿Por qué os afligís con tantas lágrimas y tristes voces? Dejad, hermanas, el llanto, y venid a ver y abrazar a quien lloráis’.

”Entonces llamó al viento cierzo, y mandóle que hiciese lo que su marido le había mandado. Él, sin más tardar, obedeciendo a su mandamiento, trajo luego a sus hermanas muy mansamente, sin fatiga ni peligro alguno, y como llegaron, començáronse a abrazar y a besar unas a otras con grandísimo contentamiento. Y Psiquis les dijo que entrasen en su casa alegremente y descansasen con ella de su pena y fatiga, deleitándose en ver tan suntuoso y rico palacio y frescos jardines”.

Capítulo II

Cómo prosiguiendo la vieja en su cuento, dice cómo las dos hermanas de Psiquis la vinieron a ver y le tuvieron envidia.

“**D**ESPUÉS QUE ASÍ LES HUBO HABLADO, MOSTRÓLES LA CASA y las grandes riquezas de ella, y la mucha familia de los que le servían, oyéndolos solamente. Después las mandó a un baño muy rico y hermoso, y luego vinieron a comer, donde había muchos manjares abundantemente. En tal manera, que la hartura y abundancia de tantas comidas y riquezas (más de los dioses que humanas), criaron envidia en sus corazones contra ella. Finalmente, le comenzaron a preguntar curiosamente les dijese quién era el señor de aquellas riquezas celestiales. Pero Psiquis, disimulando, les dijo que su marido era un mozo hermoso que le apuntaba la barba, el cual andaba ocupado en la caza de montería. Y por no tratar más en este negocio, les dio mucho oro y piedras preciosas, y mandó al viento que las tornase a llevar de donde las había traído.

”Lo cual hecho, las hermanas, tornándose a casa, iban ardiendo con la hiel de la envidia que les crecía, y una y otra hablaban sobre ello muchas cosas, entre las cuales la una dijo esto:

‘Mirad ahora qué escasa es la fortuna, ciega malvada; ¿parecete bien que seamos todas hijas de un padre y madre, y que tengamos diversos estados; nosotras que somos mayores que ella, seamos esclavas de maridos advenedizos, y que vivamos como desterradas fuera de nuestra tierra, y apartadas muy lejos de la casa y reino de nuestros padres, y esta nuestra hermana, última de todas, que haya de poseer tantas riquezas, y

tener un dios por marido, y aun cierto ella no sabe bien usar de tanta muchedumbre de riquezas como tiene? ¿No viste tú, hermana, cuántas cosas están en aquella casa, cuántos collares de oro, cuántas vestiduras resplandecientes, y cuántas piedras preciosas relumbran por ella? Por cierto, si ella tiene el marido hermoso mancebo como nos dijo, ninguna más bienaventurada que ella. Y además de esto, manda a los vientos y tiene por servidoras las voces. Yo, mezquina, lo primero que puedo decir es que fui casada con un marido más viejo que mi padre y más calvo que una calabaza, y más flaco que un niño, guardando de continuo la casa’.

”La otra dice:

‘Pues yo sufro a otro marido gotoso y aun corcovado, por lo cual nunca tengo placer con él, fregándole de continuo sus dedos, endurecidos como piedras, con medicinas hediondas, que ya estoy harta de tantos trabajos como paso con él; pero tú, hermana, paréceme que sufres esto con ánimo paciente, mas yo en ninguna manera puedo sufrir que tanta riqueza y bienaventuranza tenga esta melindrosilla. ¿No te recuerdas cuán soberbiamente y con cuánta arrogancia se hubo con nosotras, las piezas que nos mostró con tanta vanidad, y de tantas riquezas como allí había no nos dio más de esto poquito, y luego mandó al viento que nos llevase luego fuera? Pues no me tendría yo por mujer si no la echase de tantas riquezas. Tomemos yo y tú algún buen consejo para esto que digo, y estas cosas que llevamos que ella nos dio, no las mostremos a nuestros padres ni digamos cosa alguna de su salud y vida, ni publiquemos las muchas riquezas que vimos, porque no se pueden llamar bienaventurados aquellos cuyas riquezas no son sabidas: ahora dejemos esto y tornemos a nuestros mari-

dos, y después, instruidas con mayor acuerdo y consejo, tornaremos más fuertes para castigar su soberbia’.

”Este mal consejo parecía bueno a las dos malas hermanas; y escondidas las joyas y dones que Psiquis les había dado, tornáronse desgreñadas como que venían llorando, y rascándose las caras, fingiendo de nuevo grandes llantos. En esta manera dejaron a sus padres, refrescándoles su pena y dolor, y fuéronse a sus casas”.

Capítulo III

Cómo Cupido avisa a su mujer que en ninguna manera oiga a sus hermanas, porque la quieren echar a perder.

”VIENDO CUPIDO LOS ENGAÑOS Y LOS MALDADES QUE LAS hermanas ordenaban, habló a Psiquis de esta manera:

‘¿No ves cuánto peligro te está aparejado de la cruel e inconstante fortuna, por medio de tus hermanas? Por eso, si tú de lejos no te apercibes, yo creo que te derrocará y hará mucho mal. Aquellas lobas tejen una desleal y mala tela para tu perdición. Te quieren persuadir que tú veas mi cara, la cual, como muchas veces te he dicho, tú no verás; mas si intentares verla, ya aquellas malas brujas vienen armadas con sus malignos corazones encendidos de envidia por echarte a perder: tú no hables con ellas ni las admitas a que te vengan a ver. Y si por tu liviandad y amor que les tienes no te pudieres sufrir sin hablarles, no les respondas ni les des oídos a todo lo que hablen acerca de tu marido, porque haciéndolo de esta manera acrecentaremos nuestro linaje, que este tu vientre un

niño trae ya, y si tú encubres y guardas lo que te digo, ese niño que parieres será inmortal; haciéndolo de otra manera, yo te digo que será mortal’.

”Psiquis, cuando esto oyó, alegróse mucho con la divina generación, y prometió a su marido hacer lo que él decía. Pero aquellas furias espantables de sus hermanas ya deseaban echar de sí el veneno de serpientes: y con este deseo aceleraban su camino por la mar cuanto podían.

”En esto el marido de Psiquis de nuevo la tornó a amonestar diciéndole las mismas palabras que de antes le había dicho.

”Ella, entonces, llorando, le dijo:

‘Bien sabes tú, señor, que yo no soy parlera; ya el otro día me enseñaste la fe que te había de guardar y lo que había de callar; así que ahora tú no verás que yo mude la constancia y firmeza de mi ánimo; solamente te ruego que mandes al viento que haga su oficio y que sirva en lo que le mandare, y en lugar de tu vista, pues, me la niegas, a lo menos consiente que yo goce de la vista de mis hermanas. Esto, señor, te suplico por estos tus cabellos lindos y olorosos y por el amor que te tengo, aunque no te conozco de vista. Así conozca tu cara en este niño que traigo en el vientre, que concedas a mis ruegos, haciendo que yo goce de ver y hablar a mis hermanas. Y de aquí adelante no curaré más de querer conocer tu cara, y no me curo que las tinieblas de la noche me quiten tu vista, pues, yo tengo a ti, que eres mi lumbre’.

”Con estas palabras, abrazando a su marido y llorando, limpiaba las lágrimas con sus cabellos, tanto, que él fue vencido y prometió de hacer todo lo que ella quería, y luego, antes que amaneciese, se partió de ella, como acostumbraba.

”Las hermanas, con su mal propósito, en llegando no curaron de ver a sus padres, sino en saliendo de las naos, derechas se fueron a aquel risco, adonde con el ansia que tenían

no esperaron que el viento les ayudase, antes con temeridad y osadía se echaron de allí abajo; pero el viento, recordándose de lo que su señor le había mandado, recibiólas en sus alas y púsolas muy mansamente en el suelo.

”Ellas se metieron luego en casa, y van a abrazar a la que querían perder, y comenzaronla a lisonjear de esta manera:

‘Hermana Psiquis, ya nos parece que estás preñada. ¡Oh, cuán bienaventuradas somos nosotras, pues tenemos hermana que posee tantas riquezas, y más bienandante serás tú cuando te naciere el hijo, porque si él te pareciere, será el segundo dios Cupido!’

”Con estas palabras maliciosas ganaban la voluntad de su hermana.

”Ellas las mandó lavar en el rico baño, y después de lavadas sentáronse a la mesa, donde les fueron dados manjares reales en abundancia, y luego vino la música y comenzaron a cantar y tañer muy suavemente, que parecía celestial. Pero con todo esto no se amansaba la maldad de las falsas mujeres, antes procuraban armar su lazo de engaños que traían pensado. Y comenzaron disimuladamente a meter palabras, preguntándole qué tal era su marido, de qué nación y ley venía.

”Psiquis, habiendo olvidado lo que su marido le encomendara, comenzó a fingir una nueva razón, diciendo que su marido era de una gran provincia, y que era mercader de muy gruesa mercadería, y que era hombre de media edad.

”No tardó mucho en esta habla, que luego las cargó de joyas y ricos dones, y mandó al viento que las llevase.

”Después que fueron idas, entre sí iban hablando de esta manera:

‘¿Qué diremos de esta loca? La otra vez nos dijo que era su marido mancebo desbarbado, y ahora nos dice que es de media edad. ¿Quién será éste que tan presto se hizo viejo?’

‘Cierto, hermana; o esta mala hembra nos miente, o ella no conoce a su marido, y cualquier cosa de éstas que sea, nos conviene que la echemos de estas riquezas. Ahora volvámonos a casa de nuestros padres y callémonos esto, encubriéndolo con el mejor modo que pudiéremos’”.

Capítulo IV

Cómo vinieron las hermanas tercera vez a Psiquis, y del mal consejo que le dieron, y lo que acaeció a Psiquis.

“**A**L OTRO DÍA, SIN PODER TOMAR REPOSO, LUEGO LAS DOS hermanas fueron al risco o peñasco, de donde, con la ayuda del viento acostumbrado, volaron hasta casa de Psiquis, y con unas pocas lágrimas que por fuerza y apretando los ojos sacaron, comenzaron a hablar a su hermana de esta manera:

‘Tú piensas que eres bienaventurada y estás segura y sin ningún cuidado, no sabiendo cuánto mal y peligro tienes; pero nosotras, que con grandísimo cuidado velamos sobre lo que te cumple, mucho somos fatigadas con tu daño, porque has de saber que hemos hallado por verdad que este tu marido que se echa contigo es una serpiente grande y venenosa; lo cual, con el dolor y pena que de tu mal tenemos, no te podemos encubrir, y ahora se nos recuerda de lo que el dios Apolo dijo cuando le consultaron sobre tu casamiento, que tú eras señalada para casarte con una cruel bestia. Y muchos de los vecinos de estos lugares, que andan a cazar por estas montañas, dicen que han visto este dragón por aquí cerca, y que se echa a nadar por este río para pasar acá, y todos afirman que

te quiere engordar con estos regalos y manjares que te da; y cuando esta tu preñez estuviere más crecida, y tú estuvieres bien llena, por gozar de más hartura, que te ha de tragar. Tú, ahora, hermana, mira bien lo que te decimos, porque mejor será que vivas entre los tuyos, que no estar aquí solitaria en peligro tan grande’.

”Psiquis, como era muchacha y de noble condición, creyó lo que le dijeron, y con palabras tan espantables, salió casi de seso, por lo cual olvidó las amonestaciones de su marido; y así, turbada, les dijo:

‘Vosotras, hermanas, hacéis lo que debéis a virtud, y eso que decís trae camino, porque yo hasta hoy nunca pude ver la cara de mi marido; solamente le oigo hablar de noche, y así paso con marido incierto que huye de la luz, y siempre me amenaza que me vendrá gran mal si porfio ver su cara’.

”Cuando las malas mujeres hallaron el corazón de su hermana descubierto, dejados los engaños secretos, comenzaron con las espadas desenvainadas públicamente a combatir el pensamiento temeroso de la simple mujer, y la una de ellas dijo de esta manera:

‘El mejor camino que yo veo en este negocio es que has de esconder secretamente en la cama, donde te sueles acostar, una navaja bien aguda, y pondrás un candil lleno de aceite, encendido, debajo de alguna cobertura al canto de la cámara, y con este aparejo, disimuladamente, cuando viniere aquella serpiente a acostarse como suele, desde que ya tú veas que él duerme, salta de la cama, y muy pasito, saca el candil de debajo de donde está escondido, y con la navaja en la mano, con el mayor esfuerzo que pudieres, dale en el nudo de la cerviz de aquella serpiente venenosa, y córtale la cabeza; y no pienses

que te faltará nuestra ayuda y favor, porque después de esto hecho te llevaremos en nuestra compañía con todas estas riquezas, y te casaremos con quien mereces’.

”Con estas palabras encendieron tanto las hermanas a Psiquis, que la dejaron ardiendo; y ellas, temiendo del mal consejo que le daban no les viniese algún gran mal por ello, se partieron luego; y con el viento acostumbrado, se fueron hasta encima del risco, de donde se fueron lo más presto que pudieron, y entráronse en sus naos, y fuéronse a sus tierras.

”Psiquis quedó sola, y llorando pensaba cómo había de hacer aquel negocio; por una parte osaba, y por otra temía. En fin, lo que más le fatigaba era que en un mismo cuerpo aborrecía la serpiente y amaba a su marido.

”Ya que la noche venía, comenzó a aparejar el candil y navaja, para su mal. Siendo de noche, vino el marido a la cama, el cual, desde que hubo burlado con ella, comenzó a dormir suavemente. Entonces, Psiquis se levantó de la cama, y sacado el candil de debajo de donde estaba, tomó la navaja en la mano, y como alumbrase con el candil, y descubriese todo el secreto de la cama, vio una bestia la más mansa y dulce de todas las fieras; digo que era aquel dios del amor, que se llama Cupido, el cual estaba acostado muy hermosamente, y con su vista alegrándose, la lumbre del candil creció, y la aguda y sacrílega navaja resplandeció.

”Cuando Psiquis vio tal cosa, espantada y fuera de sí, se cortó y cayó sobre las rodillas, y la navaja se le cayó de las manos. Estando así fatigada y desfallecida, cuanto más miraba la cara divina de Cupido, tanto más se recreaba con su hermosura. Ella le vio los cabellos como hebras de oro, llenos de olor divino; el cuello blanco como la leche; la cara blanca y roja, como rosas coloradas, y los cabellos de oro colgando por todas partes que resplandecían como el sol, y vencían la lumbre del can-

dil. Tenía en los hombros péñolas de color de rosas y flores; y todo lo demás del cuerpo estaba hermoso, como convenía a hijo de la diosa Venus, que lo parió sin arrepentirse por ello.

”Estaban ante los pies de la cama el arco y las saetas, que son armas del dios del amor; lo cual todo estando mirando Psiquis, no se hartaba de mirarlo; maravillándose de las armas de su marido, saca del carcax una saeta, y estándola tentando con el dedo, a ver si era tan aguda como decían, hincósele un poquito de la saeta, de manera que tiró sangre de color de rosas, y de esta manera Psiquis, no sabiéndolo, cayó y fue presa en amor del dios del amor. Entonces, con mayor ardor de amor se abajó sobre él y lo comenzó a besar con tan gran placer, que temía no despertase tan presto.

”Estando ella en este placer herida del amor, el candil que tenía en la mano, o por no serle fiel, o de envidia mortal, o por ventura que él también quiso tocar el cuerpo de Cupido, echó de sí una gota de aceite hirviendo, y cayó sobre el hombro derecho de Cupido.

”De esta manera el dios Cupido, quemado, saltó de la cama, y conociendo que su secreto era descubierto, callando, desapareció y huyó de los ojos de Psiquis, la cual se pegó a una de sus piernas cuando se levantaba, y así fue colgando de sus pies por las nubes del cielo, hasta tanto que, cansada, cayó en el suelo. Pero el dios del amor no la quiso desamparar en la caída, y vino volando a sentarse en un ciprés que allí estaba, de donde la empezó a reprender, diciendo:

¡Oh, Psiquis, mujer simple! Yo, no recordándome de los mandamientos de mi madre Venus, la cual me había mandado que te hiciese ser enamorada del más miserable hombre del mundo, te quise bien y fui tu enamorado; pero esto que hice, bien sé que fue hecho livianamente, y yo mismo, que tiro a los otros con mis saetas, me herí a mí, y te tomé por mi

mujer, y tú querías cortar mi cabeza. ¿No sabes tú cuántas veces te decía que te guardases de querer ver mi cara? Pero aquellas malas y envidiosas de tus hermanas presto me pagarán el consejo que te dieron’.

“Diciendo esto, levantóse con sus alas y voló en alto hasta el cielo; Psiquis quedó echada en tierra, y cuanto podía con la vista, miraba cómo su marido iba volando, y afligía su corazón con muchos lloros y gemidos.

”Después que su marido desapareció, desesperada, se echó en un río que allí cerca estaba; pero el río, por honra del dios del amor, cuya mujer ella era, tomola encima de sus ondas sin hacerle algún mal, y púsola sobre las flores y hierbas del campo.

”Acaso el dios Pan, que es dios de las montañas, estaba sentado en un otero cerca del río, enseñando a tañer una flauta a la ninfa Caña, y viendo a Psiquis tan desmayada y llena de dolor, llamola, y halagándola con buenas palabras, le dijo:

‘Doncella hermosa, bien veo que andas fatigada de dolor; mas no se puede resistir a los crueles hados; por tanto, ten paciencia, y no vuelvas a echarte en el río ni te mates con ningún otro género de muerte. Antes procura aplacar con plegarias al dios Cupido, que es el mayor de los dioses, y trabaja por merecer su amor, con servicios y halagos, porque es mancebo delicado y muy regalado’”.

Capítulo V

Cómo Psiquis fue a sus hermanas a quejarse de su desdicha mala, y del castigo que sus hermanas hubieron.

”**H**ABLANDO DE ESTA MANERA EL DIOS PAN A PSIQUIS, ELLA, sin responderle palabra, comenzó a caminar por una

senda que allí vio, y tanto anduvo, hasta que llegó a una ciudad, adonde era el reino de una de sus hermanas. La cual hermana, como supo que estaba allí Psiquis, mandóla entrar. Y después que se hubieron abrazado ambas a dos, preguntóle qué era la causa de su venida. Psiquis le respondió:

‘¿No te recuerdas tú, señora hermana, el consejo que me disteis ambas a dos, que matase aquella grande bestia que conmigo se acostaba, antes que me tragase, para lo cual me diste una navaja? Y como yo quisiese poner por obra vuestro consejo, saqué el candil, y luego que miré su gesto y cara, veo una divina y maravillosa, al hijo de la diosa Venus, digo al dios Cupido, aquel dios del amor que estaba hermosamente durmiendo, y como yo estaba pasmada de ver un dios tan hermoso y tan resplandeciente, acaso cayó una gota de aceite hirviendo del candil sobre su hombro, y con el dolor despertó; y como me vio armada con hierro y fuego, díjome:

‘¿Cómo has hecho tan gran maldad y traición? Anda, vete luego de mi casa, que yo casaré con una de tus hermanas y la dotaré de más ricas piezas que a ti’.

‘Y diciendo esto, mandó al viento cierzo que me pusiese muy lejos de su casa.’

”No había acabado Psiquis de hablar estas palabras, cuando la hermana, incitada de mortal envidia, compuesta una mentira para engañar a su marido, diciendo que había sabido de cómo su padre estaba a la muerte, metióse en una nao, y fue navegando hasta que llegó a aquel risco, en el cual, subida, dijo:

‘¡Oh, Cupido! Recíbeme, que soy digna de ser tu mujer, y tú, viento cierzo, recibe a tu señora’.

”Con estas palabras dio un salto grande del risco abajo, pero ella ni viva ni muerta pudo llegar al lugar que deseaba, porque se hizo por aquellas peñas pedazos, como merecía.

”Tras de esta no tardó mucho la pena y venganza de la otra hermana, porque yendo Psiquis por su camino más adelante, llegó a otra ciudad, en la cual moraba la otra su hermana, a la cual asimismo engañó con decirle lo que había dicho a la otra. Y queriendo el casamiento que no le cumplía, fuese a aquel risco, de donde fue despeñada.

”Entretanto, Psiquis andaba muy congojosa en busca de su marido Cupido por todos los pueblos y ciudades; pero él, herido de la llaga que le hizo la gota de aceite del candil, estaba echado enfermo, gimiendo, en la cámara de su madre.

”Entonces, un ave blanca que se llama gaviota, zambullóse dentro en la mar, y halló allí a la diosa Venus, que se estaba lavando, nadando y holgando, a la cual se llegó y le dijo cómo su hijo Cupido estaba malo de una llaga de fuego que le daba mucho dolor; diciéndole más: que él se había estado apartado de las gentes, metido en una sierra con una doncella muy hermosa, la cual le había hecho la llaga, y que en el mundo ya no había amor ni policía alguna, ni nadie se casaba, ni se amaban los casados, sino todo andaba al contrario, feo y enojoso para todos.

”Cuando aquella ave parlera dijo estas cosas a Venus, llena de ira y enojo contra su hijo Cupido, exclamó diciendo estas palabras:

‘Paréceme que ya aquel bueno de mi hijo tiene alguna amiga; hazme tanto placer tú, que me sirves con más amor que ninguna, que me digas el nombre de aquella que engañó a este muchacho sin barbas y de poca edad, ora sea alguna de las ninfas o del número de las diosas, ora sea del coro de las musas o del ministerio de mis gracias’.

”Aquella ave parlera no calló lo que sabía, diciendo:

‘Por cierto, señora, no sé bien cómo se llama, mas pienso, si bien me recuerdo, que la que tu hijo ama se llama Psiquis’.

”Entonces, Venus, indignada, comenzó a dar voces, diciendo:

‘Ciertamente, él debe amar a aquella Psiquis, que pensaba tener mi gesto y era envidiosa de mi nombre; de lo que más tengo enojo en este negocio, es que me hizo a mí alcahueta, porque yo le mostré y enseñé por dónde conociese a aquella moza’.

”De esta manera, riñendo y gritando, prestamente se salió de la mar y fuése luego a su cámara, a donde halló a su hijo malo, según lo había oído, y desde la puerta comenzó a dar voces, diciendo de esta manera:

‘Honesto cosa es, y que cumple mucho a nuestra honra y fama, lo que tú has hecho. ¿Parécete buena cosa menospreciar y tener en poco los mandamientos de tu madre, dándome pena con los amores de mi enemiga que tenía robada en el mundo mi honra y honor? ¿Piensas tú que tengo yo de sufrir, por amor de ti, nuera que sea mi enemiga? Pero tú, mentiroso y corrompedor de costumbres, presumes que tú solo eres engendrado para los amores, y que yo no podré parir otro Cupido; pues quiero ahora que sepas que yo podré engendrar otro hijo mucho mejor que tú; y aun porque más sientas la injuria, adoptaré por hijo a alguno de mis esclavos y servidores, y darle he alas y llamas de amores, con el arco y las saetas y todo lo otro que a ti di’.

”Después que Venus hubo dicho esto, salióse muy enojada, diciendo palabras de enojo; pero la diosa Ceres y Juno, como la vieron enojada, la fueron a acompañar, y le preguntaron qué era la causa porque traía el gesto tan turbado, y los ojos, que resplandecían de tanta hermosura, traía tan revueltos mostrando su enojo.

”Ella respondió:

‘A buen tiempo venís para preguntarme la causa de este enojo que traigo, aunque no por mi voluntad, sino porque

otro me lo ha dado; por ende, yo os ruego que con todas vuestras fuerzas busquéis a aquella huidora de Psiquis doquier que la hallareis, porque yo bien sé que vosotras sabéis toda la historia de lo que ha acontecido en mi casa con este hijo que no oso decir que es mío’.

”Ellas, sabiendo las cosas que habían pasado, deseando amansar la ira de Venus, comenzáronle a hablar de esta manera:

‘¿Qué tan gran delito pudo hacer tu hijo, que tú, señora, estés contra él enojada con tan gran pertinacia y melancolía, y que a aquella que él mucho ama tú la desees destruir? Rogámoste que mires bien si es crimen para tu hijo que le pareciese bien una doncella; ¿no sabes tú que es hombre? ¿Hásete ya olvidado cuántos años tiene tu hijo, o porque es mancebo y hermoso tú piensas que es todavía muchacho? Tú eres su madre y mujer de seso, y siempre has experimentado los placeres y juegos de tu hijo, ¿y tú culpas en él y reprendes sus artes y amores, y quieres cerrar la tienda pública de los placeres de las mujeres?’”

De esta manera ellas querían satisfacer por el dios Cupido, por miedo de sus amorosas saetas. Mas Venus, viendo que burlaban de ella, las dejó con la palabra en la boca y se volvió a la mar, de donde había salido.



LIBRO SEXTO

Argumento

Después de haber Psiquis con mucha fatiga buscado a Cupido, se ofreció a Venus, y con cuánta soberbia fue tratada de ella; mandóle hacer cosas imposibles; conviene a saber: que apartase de un montón grande todas las simientes, cada linaje de granos por su parte, y que le trajese el fleco del vellocino de oro, y del agua estigia infernal le trajese un jarro lleno. – Asimismo le trajese una bujeta llena de la hermosura de Proserpina. – Todas las cuales cosas hechas por ayuda de los dioses, Psiquis casó con su marido Cupido en el Concilio de los Dioses, y sus bodas fueron celebradas en el cielo, del cual matrimonio nació el deleite.

Capítulo I

Cómo Psiquis fue al templo de la diosa Ceres y al de Juno a demandarles socorro y ayuda para su fatiga, y ninguna se lo dio por no enojar más a Venus, que estaba enojada.

“**L**A DESDICHADA PSIQUIS ANDABA POR DIVERSAS PARTES Y caminos buscando a su marido, y tanto más le crecía el deseo de hallarlo, cuanta era la pena que traía en buscarle. Y deliberaba entre sí que si no le pudiese con sus halagos como mujer amansar, que a lo menos con sus ruegos y oraciones lo aplacara.

”Yendo así pensando en esto, vio un templo encima de un alto monte, y dijo:

‘¿Qué sé yo ahora si por ventura mora mi señor en este templo? Y luego se fue hacia allá; y habiendo subido a aquel monte, llegó al templo y entró, donde vio muchas espigas de trigo y cebada derramadas por el suelo sin ningún orden ni concierto. Psiquis, como vio estas cosas derramadas, comenzó a apartar cada cosa por su parte, y a componerlo y a ataviarlo todo’.

”Estando en esta obra, entró la diosa Ceres, y como la viese, comenzóle a decir:

‘¡Oh, Psiquis, desventurada, la diosa Venus anda por todo el mundo con grandísima ansia buscándote, y pretende traerte a la muerte, y tú ahora estás aquí teniendo cuidado de mis cosas!’.

”Entonces Psiquis echóse a sus pies y comenzólos a regar con sus lágrimas, suplicándole y pidiéndole perdón, diciendo:

‘Ruégote, señora, por la tu diestra mano, sembradora de los panes, y por las ceremonias alegres de las sementeras, y por las aradas y barbechos de Sicilia, y por los sacrificios que se hacen en la ciudad Eleusina, que tú socorras a la triste ánima de tu sierva Psiquis, y consiente que entre estos montones de espigas me pueda esconder algunos pocos días hasta que pase la cruel y vengativa ira de tan gran diosa como es Venus’.

”Ceres le respondió:

‘Ciertamente, yo me he conmovido a compasión por ver tus lágrimas y lo que me ruegas, y deséote ayudar, pero no quiero incurrir en desgracia de mi cuñada, con la cual tengo antigua amistad. Así que tú parte luego de mi casa, y recibe en gracia que no fuiste presa por mí, ni retenida’.

”Cuando Psiquis esto oyó, llena de mayor dolor, tomó su camino adelante, y habiendo andado un gran rato, vio un hermoso templo que estaba en una selva de mucha arboleda, edificado muy pulidamente, en el cual entró y vio en él muy ricos dones de ropas y vestiduras colgadas de los troncos y ramas de los árboles con letras de oro que decían la causa por que eran allí ofrecidas, y el nombre de la diosa a quien se daban.

”Entonces Psiquis, hincando las rodillas en el suelo y con las manos tocando el altar y limpiándolas con lágrimas de sus ojos, comenzó a decir de esta manera:

‘¡Oh, tú, Juno, mujer y hermana del gran Júpiter, o estés en el antiguo templo de la isla de Samas, la cual se glorifica porque tú naciste y te criaste allí; o estés en la silla de la alta ciudad de Cartago, la cual te adoró como doncella que fuiste llevada al cielo encima de un león; o estés en la ribera del río Inaco, el cual hace memoria de ti, que eres casada con Júpiter y reina de las diosas; o estés en las ciudades de los griegos, a donde todos te honran como a diosa de los casamientos; dondequiera que estés, te ruego que socorras mis extremas necesidades y peligros!’

”Acabado de decir esto, luego le apareció la diosa Juno, y díjole:

‘Yo te quisiera remediar con mi ayuda y favor, pero contra la voluntad de Venus, mi nuera, la cual siempre tuve en lugar de hija, no lo puedo hacer, porque la vergüenza me resiste. Además de esto, las leyes prohíben que nadie pueda recibir los esclavos fugitivos contra la voluntad de sus señores; por tanto, vete luego de aquí’.

Capítulo II

Cómo Psiquis se fue a presentar ante Venus por demandarle perdón, y los trabajos que con ella hubo.

”DE ESTA MANERA ESPANTADA, PSIQUIS, VIÉNDOSE DESECHADA del favor de las diosas, determinó presentarse ante la diosa Venus, pensando que con esta humildad y obediencia la aplacaría. En este medio tiempo, Venus, enojada de andar a buscar a Psiquis por la tierra, determinó subir al cielo, y mandó aparejar su carro, el cual, Vulcano, su marido, muy sutil y pulidamente había fabricado y se lo había dado en arras de su casamiento, y luego a la hora salieron de su cámara cuatro palomas muy blancas, pusiéronse en orden para llevar el carro, y como Venus subió encima, comenzaron a volar alegremente, y tras el carro comenzaron a volar muchos pajaritos y aves que cantaban muy dulcemente, haciendo saber cómo Venus venía.

”En esta manera llegó al palacio real de Júpiter, y con mucha osadía pidió que le mandase al dios Mercurio le ayudase con su voz, que había menester para cierto negocio.

”Júpiter se lo otorgó, y mandó que así se hiciese.

”Entonces, ella, alegremente, acompañándola Mercurio, se partió del cielo y de esta manera habló a Mercurio:

‘Hermano de Arcadia, tú sabes bien que tu hermana Venus nunca hizo cosa alguna sin tu ayuda y presencia, y ahora tú no ignoras cuánto tiempo ha que yo no puedo hallar a aquella mi sierva que se anda escondiendo de mí; así que ya no tengo otro remedio sino que públicamente tú pregones que le será dado gran premio a quien la descubriere. Por ende te ruego que hagas prestamente lo que te digo, y en tu pregón da las señas e indicios por donde manifiestamente se pueda conocer’.

”Diciendo esto, se fue a su casa.

”No olvidó Mercurio lo que Venus le mandó hacer, y luego se fue por todos los lugares y ciudades pregonando que si alguno mostrare o prendiere a Psiquis, hija del rey y sierva de Venus, que anda huida, que le dará por ello muy grande premio.

”De esta manera pregonando Mercurio, todos buscaban a Psiquis por ganar el hallazgo, la cual cosa oída por ella, luego a mucha prisa se fue a presentar al templo de Venus, y como llegó a las puertas del templo, salió a ella una doncella de Venus, que había nombre Costumbre, y como la vio, comenzó a dar grandes voces diciendo:

‘Vos, dueña, mala esclava, ya sentís que tenéis señora; no sabéis cuánto trabajo nos habéis dado, que andamos por todas las partes a buscaros. Pero bien está, pues caísteis en mis manos; haced cuenta que caísteis en la cárcel del infierno, de donde para siempre jamás nunca podréis salir, y muy prestamente recibiréis la pena de vuestra gran contumacia y fiera rebeldía.’

”Diciendo esto arremetió a ella, y tomándola por los cabellos, la llevó ante Venus, la cual, como la vio, comenzó a reír, y meneando la cabeza, rascándose en la oreja, comenzó a decir:

‘Basta, que ya fuiste contenta de hablar a tu suegra; mas antes creo que lo hiciste por ver a tu marido, que está a la muerte de la llaga que tú le causaste; pero está segura que yo te recibiré como conviene a buena nuera.’

”Y como esto dijo, llamó a sus criadas la Costumbre y la Tristeza, a las cuales mandó que azotasen cruelmente a Psiquis. Ellas, obedeciendo el mandamiento de su señora, dieron tantos azotes a la mezquina Psiquis, que la atormentaron muy malamente, y luego la tornaron a presentar otra vez ante su señora. Venus, como la vio, se comenzó otra vez a reír, y dijo:

‘¿No veis cómo aun en el vientre que trae hinchado nos conmueve a misericordia? Piensa hacerme abuela, bien dicho-

sa con lo que saliere de esta su preñez. Dichosa yo que en la flor de mi edad me llamarán abuela, y el hijo de una bellaca oirá que le llamen nieto de la diosa Venus; pero necia soy en decir esto, porque mi hijo no es casado, por cuanto las personas no son iguales, y lo que hicieron entre sí no es válido, que fue en un monte escondido y sin testigos, ni con consentimiento de padre ni madre’.

”Y diciendo esto, tomó trigo y cebada, mijo y centeno, garbanzos y lentejas, lo cual todo mezclado y hecho un gran montón, dijo a Psiquis:

‘Tú me pareces mujer de gran cuidado: yo quiero experimentar tu servicio; por tanto, aparta todos los granos de estas simientes que están juntos en este montón, y cada simiente apartada me la has de dar antes de la noche’.

”Y diciendo esto, se fue a comer a las bodas de sus dioses.

”Psiquis, embarazada con la grandeza de aquel mandamiento, estaba callando como una muerta, que nunca alzó la mano a comenzar tan grande obra para nunca acabar.

”Entonces aquellas pequeñas hormigas del campo, teniendo compasión de tan gran trabajo y dificultad como era el de la mujer del dios del amor, discurrieron prestamente por esos campos, y llamaron todas las huestes de hormigas, diciéndoles:

‘¡Oh, sutiles hijas, criadas de la tierra, madre de todas las cosas, habed lástima de una moza hermosa, mujer del dios del amor, y socorredla presto, que está en gran peligro!’

”Entonces, como ondas de agua, venían infinitas hormigas, cayendo unas sobre otras, y con mucha diligencia apartaron todo el montón, grano a grano. Después de apartados y divisos todos los géneros de simiente, prestamente se fueron de allí.

”Luego, al comienzo de la noche, Venus llegó, y vista la diligencia de la obra, dijo:

‘¡Oh, mala, no es tuya ni de tus manos esta obra sino de aquel a quien tú más has aplacido!’

”Y diciendo esto, echóle un pedazo de pan para que comiese, y se fue a acostar”.

Capítulo III

Cómo Venus mandó a Psiquis cosas muy dificultosas, las cuales acabó con ayuda de los dioses.

”**Y**AL OTRO DÍA, LUEGO QUE AMANECIÓ, MANDÓ VENUS llamar a Psiquis, y díjole de esta manera:

‘¿Ves tú aquella floresta por donde pasa aquel río que tiene aquellos grandes árboles alrededor, y ves aquellas ovejas resplandecientes y de color de oro, que andan por allí paciendo, sin que nadie las guarde? Pues ve allá luego, y tráeme la flor de su precioso vellocino, en cualquier manera que lo puedas haber’.

”Psiquis de muy buena gana se fue allá, no con pensamiento de hacer lo que Venus le había mandado, mas por dar fin a sus males, echándose de un risco de aquellos dentro en el río. Y llegando cerca del río, una caña verde, que es madre de la suave música, meneada de un dulce aire, por inspiración divina le habló de esta manera:

‘Psiquis, tú que has sufrido tantas tribulaciones, no me quieras ensuciar mis muy santas aguas con tu misérrima muerte, ni tampoco llegues a esta espantosas ovejas; porque tomado el calor del sol, suelen ser muy rabiosas, y con los cuernos agudos y las frentes de piedra, y aun mordiendo con los dientes ponzoñosos, matan a muchos hombres. Pero después que pasare el ardor del mediodía y las ovejas se vayan a reposar a

la frescura del río, podrás esconderte debajo de aquel alto plátano, y como tú vieres que las ovejas, dejada toda su ferocidad, comienzan a dormir, sacudirás las ramas y hojas de aquel monte que está cerca de ellas, y allí hallarás las guedejas de oro, que se pegan por aquellas varas cuando las ovejas pasan’.

”En esta manera la caña, por su virtud y humanidad, enseñó a la mezquina de Psiquis cómo se había de remediar. Ella, cuando esto oyó, no fue negligente en cumplirlo; y así, haciendo todo lo que le dijo, hurtó el oro con la lana de aquellos montes, y trájola a Venus. Mas con todo esto, nunca se aplacó su ira, y con una risa falsa le dijo:

‘Tampoco creo yo ahora que en esto que tú hiciste faltó quien te ayudase; pero yo quiero experimentar si por ventura tú lo haces con esfuerzo tuyo y prudencia o con ayuda de otro: por ende, mira bien aquella altura de aquel monte, donde están aquellos riscos muy altos, de donde sale una fuente de agua muy negra, que descende por aquel valle donde hace aquellas lagunas hondas y turbias, y de allí salen algunos arroyos infernales, feos y temerosos a la vista de todos. De allí, de la altura donde sale aquella fuente, tráeme este vaso lleno de agua’.

”Y diciendo esto, le dio un vaso de cristal, amenazándola si no lo traía lleno como le decía:

”Psiquis, cuando esto oyó, aceleradamente se fue hacia aquel monte, para subir encima de él, y desde allí echarse, para dar fin a su amarga vida. Pero como llegó alrededor de aquel monte, vio una mortal dificultad para llegar a él, porque estaba allí un risco muy alto que parecía llegar al cielo, y tan liso, que no había quien por él pudiese subir, de encima del cual salía una fuente de agua muy negra y espantable, que

corría por aquellos riscos abajo, venía a un valle grande, que estaba cercado de una parte y de la otra de grandes riscos, donde moraban dragones espantables, con los cuellos alzados y los ojos tan abiertos para velar, que jamás los cerraban ni pestañeaban; y como ella llegó allí, las mismas aguas le hablaron, diciéndole muchas veces que se apartase de allí, o si no, que moriría.

”Cuando Psiquis vio la imposibilidad que había de llegar a aquel lugar, fue tornada como una piedra, en tal manera, que con el gran miedo del peligro estaba tan muerta, que carecía del último consuelo y solaz de las lágrimas; pero no pudo esconderse a los ojos de la divina Providencia tanta fatiga y tribulación de la inocente Psiquis, la cual, estando en esta fatiga, aquella ave real de Júpiter que se llama águila, abiertas las alas, vino volando súbitamente, recordándose del servicio que antiguamente hizo Cupido a Júpiter, cuando por su diligencia arrebató a Ganimedes el troyano para su copero; queriendo dar ayuda y pagar el beneficio recibido y ayudar a los trabajos de Psiquis, mujer de Cupido, dejó de volar por el cielo, y vínose a la presencia de Psiquis, y díjole de esta manera:

‘¿Cómo tú eres tan simple y necia de tales cosas, que esperas poderte hartar, ni solamente tocar a una sola gota de esta fuente, no menos cruel que santísima? ¿Tú nunca oíste alguna vez que estas aguas estigias son espantables a los dioses y aun al mismo Júpiter? Además de esto, vosotros los mortales juráis por los dioses, pero los dioses acostumbran a jurar por la majestad del lago Estigio; pero dame ese vaso que traes’.

”El cual ella le dio, y el águila se lo arrebató de la mano muy presto, y volando entre las bocas y los dientes crueles y las lenguas de tres órdenes de aquellos dragones, fue al agua

e hinchó el vaso, consintiéndolo la misma agua, y aun amonestándole que prestamente se fuese, antes que los dragones la matasen.

”El águila fingió que por el mandamiento de la diosa Venus, y para su servicio, había venido por aquella agua; por la cual causa más fácilmente llegó a henchir el vaso y salir libre con ella. En esta manera tornó con mucho gozo, y dio el vaso a Psiquis, lleno de agua; la cual llevó luego y la dio a Venus; pero con todo esto, nunca pudo aplacar ni amansar algo su crueldad; antes con su risa mortal, como solía, le habló, amenazándola con mayores tormentos, diciendo:

‘Ya tú me pareces una gran hechicera, porque muy bien has remediado mis mandamientos; mas tú, lumbre de mis ojos, aun te resta otra cosa que has de hacer. Toma esta bujeta (la cual luego le dio) y vete a los palacios del infierno, y darás esta bujeta a Proserpina, diciéndole: ‘Venus te ruega que le des aquí una poca de tu hermosura, que baste siquiera para un día, porque todo lo hermoso que ella tenía lo ha perdido y consumido curando a su hijo Cupido, que está muy malo; y torna presto con ella, porque tengo necesidad de lavarme la cara con esto para entrar en el teatro y fiesta de los dioses’.

”Entonces Psiquis abiertamente sintió su último fin, pues la mandaban ir al infierno, donde estaban las ánimas de los muertos. Con este pensamiento se fue a una torre muy alta para echarse de allí abajo, por así acabar su vida y descender muy presto al infierno. Pero la torre le habló de esta manera:

‘¡Mezquina de ti! ¿Por qué te quieres matar echándote de aquí abajo? Pues que ya éste es el último peligro y trabajo que has de pasar, porque si una vez tu alma fuere apartada de tu cuerpo, bien podrás ir de cierto al infierno; pero créeme que en ninguna manera podrás tornar a salir de allí. No está muy lejos de aquí una noble ciudad de Achaya, que se llama La-

cedemonia; cerca de esta ciudad busca un monte que se llama Ténaro, el cual está apartado en lugares remotos. En este monte hay una puerta del infierno, y por la boca de aquella cueva va un triste camino por donde, si tú entras, podrás ir por aquella solitaria vía derechamente a los infiernos, donde están los palacios del rey Plutón; pero no entiendas que has de llevar las manos vacías, porque te conviene llevar en cada una de las dos una sopa de pan mojada en meloja, y en la boca has de llevar dos monedas, desde que ya hubieres andado buena parte de aquel camino de la muerte, hallarás un asno cojo cargado de leña, con él un hombre, también cojo, el cual te rogará que le des ciertas chamizas para echar en la carga que se le cae; pero tú pásate callando sin hablarle palabra, y después, como llegares al río donde está Carón, él te pedirá portazgo, porque así pasa él en su barca de la otra parte a los muertos que allí llegan, porque has de saber que hasta allí entre los muertos hay avaricia; que ni Carón ni aquel gran rey Plutón hacen alguna cosa de gracia, y si algún pobre muere, cúmplele buscar dineros para el camino, porque si no los llevare en la mano no le pasarán de allí. A este viejo le darás, en nombre de flete, una moneda de aquellas que llevares, pero ha de ser que él mismo la tome con su mano de tu boca. Después que hubieres pasado este río muerto, hallarás otro viejo muerto y podrido, que anda nadando sobre las aguas de aquel río, y alzando las manos te rogará que lo recibas dentro en la barca; tú no cures de usar piedad, que no te conviene. Pasado el río y andando un poco adelante hallarás unas viejas tejedoras que están tejiendo una tela, las cuales te rogarán que les toques la mano; pero tú no lo hagas, porque no te conviene tocarles en manera alguna; porque has de saber que todas estas cosas y otras muchas nacen de las asechanzas de Venus, que quería que te pudiesen quitar de las manos una de aquellas sopas, lo

cual te sería muy grave daño, porque si una de ellas perdieses, nunca jamás tornarías a esta vida. Además de esto, sepas que está un poco más adelante un perro muy grueso y grande que tiene tres cabezas, el cual es muy espantable, y ladrando con aquellas bocas abiertas, espanta a los muertos, a los cuales ya ningún mal puede hacer, y siempre está velando ante la puerta del obscuro palacio de Proserpina, guardando la casa vacía de Plutón. Cuando aquí llegares, con una sopa que le echés lo tendrás enfrenado y podrás luego pasar fácilmente, y entrarás a donde está Proserpina, la cual te recibirá benigna y alegremente, y te mandará sentar y dar muy bien de comer; pero tú siéntate en el suelo y come de aquel pan negro que te dieran, y pide luego de parte de Venus aquello porque eres venida, y recibido lo que te dieran en la bujeta, cuando tornares amansarás la rabia de aquel perro con la otra sopa, y después cuando llegares al barquero avariento, le darás la otra moneda que guardaste en la boca, y pasando aquel río, tornarás por las mismas pisadas por donde entraste, y así vendrás a ver esta claridad celestial. Pero, sobre todo, te aviso que de ninguna manera cures de abrir ni mirar lo que traes en la bujeta’.

”De esta manera aquella torre, habiendo compasión de Psiquis, le declaró lo que le era menester.

”No tardó Psiquis, que luego se fue al monte Ténaro, y tomando aquellos dineros y aquellas sopas como le mandó la torre, entróse por aquella boca del infierno, y pasando callando aquel asnero cojo y pagado a Carón su flete por que la pasase, y menospreciando asimismo el deseo de aquel viejo muerto que andaba nadando, y también no curando de los engañosos ruegos de las viejas tejedoras, y habiendo amansado la rabia de aquel temeroso perro con el manjar de aquella sopa, llegó, pasando todo esto, a los palacios de Proserpina; pero no quiso aceptar el asiento y manjar que Proserpina le

mandaba dar, mas contenta con un pedazo de pan, le dio la embajada que de Venus traía, y luego Proserpina le hinchó la bujeta secretamente de lo que pedía.

”Psiquis luego partió, y aplacado el perro bravo con la sopa que le quedaba, y habiendo dado la otra moneda a Carón el barquero porque la pasase, tornó del infierno más esforzada de lo que entró. Y como éste era el postrer servicio que a Venus había de hacer, vínole al pensamiento una temeraria curiosidad, diciendo:

‘Bien soy yo necia, trayendo conmigo la divina hermosura, que no tome de ella siquiera un poquito para mí, para poder aplacer a aquel mi hermoso enamorado’.

”Diciendo esto abrió la bujeta, dentro de la cual ninguna cosa había, sino un sueño infernal y profundo, el cual cubrió a Psiquis de una niebla de sueño grueso que la hizo dormir como cosa mortal.

”Pero Cupido, ya que convalecía de su llaga, no pudiendo sufrir la larga ausencia de su amiga, salióse por una ventana de su cámara y fue a socorrer a su amiga Psiquis, y apartado de ella el sueño, y metiéndolo otra vez en la bujeta, la despertó, reprendiéndola de su curiosidad, y díjole más, que llevase la embajada a su madre, que entretanto él proveería lo que fuese menester.

”Dicho esto, levantóse con sus alas y se fue volando.

”Psiquis llevó lo que traía de Proserpina, y diólo a Venus.

”Entretanto Cupido, que andaba muy fatigado del gran amor, la cara amarilla, temiendo la severidad de su madre, tornóse almario de su pecho, y con sus ligeras alas, volando se fue al cielo y suplicó al dios Júpiter que le ayudase, y recontóle toda su causa.

”Entonces Júpiter tomólo por la barba, y trayéndole la mano por la cara, comenzólo a besar, diciendo:

‘Como quiera que tú, señor hijo, nunca me guardaste la honra que se debe a los padres por mandamiento de los dioses, pero aun este mi pecho, en el cual se encierran y disponen todas las leyes de los elementos, y a las veces el de las estrellas, muchas veces lo llagaste con continuos golpes de tu amor y lo ensuciaste con muchos lazos de terrenal lujuria, y lisiaste mi honra y fama con adulterios torpes y sucios contra las leyes, especialmente contra la ley Julia y la pública disciplina, transformando mi cara y hermosura en serpientes, en fuegos, en bestias fieras, en aves y en cualquier otro animal; con todo esto, recordándome de mi mansedumbre y que tú creciste entre estas mis manos, yo haré todo lo que tú quisieres, y tú te sepas guardar de otros que desean lo que tú deseas. Esto sea con una condición: que si tú sabes de alguna doncella hermosa en la tierra, por este beneficio que de mí recibes has de pagarme con ella la recompensa’.

”Después que esto hubo hablado, mandó a Mercurio que llamase a todos los dioses a concilio, y si alguno de ellos faltase, que pagase diez mil talentos de pena. Por el cual miedo todos vinieron, y fue lleno el palacio donde estaba Júpiter, el cual, sentado en la silla alta, comenzó a decir de esta manera:

¡Oh, dioses escritos en el banco de las musas! Vosotros todos sabéis cómo a este mancebo, que yo crié en mis manos, procuré de refrenar los ímpetus y movimientos ardientes de su primera juventud. Pero harto basta que él es infamado entre todos de adulterio y de otras corruptelas, por lo cual es bien que se quite toda ocasión, y para esto me parece que su licenciosa juventud se debe atar con lazo de matrimonio. El ha escogido una doncella, a la cual privó de su virginidad; téngala y poséala siempre y use de sus amores’.

”Y diciendo esto, volvió la cara a Venus y expresóle:

‘Tú, hija, no te entristezcas por esto; no temas a tu linaje, porque yo haré que este matrimonio sea igual al de los dioses’.

”Luego mandó a Mercurio que subiese a Psiquis al cielo; y como Mercurio la trajo, le dio Júpiter a beber del licor de los dioses, diciéndole:

‘Toma, Psiquis, bebe esto y serás inmortal; Cupido nunca se apartará de ti, y este matrimonio durará siempre’.

”Dicho esto, no tardó mucho cuando vino la cena muy abundante, como a tales bodas convenía. Estaba sentado a la mesa Cupido junto a Júpiter, con su amada Psiquis, y por su orden todos los dioses. Ganimedes echaba el vino a Júpiter, como copero suyo, y a los otros Baco. Vulcano cocinaba la cena; las ninfas henchían de flores y rosas la sala donde cenaban; las musas cantaban muy dulcemente, y también Apolo con su vihuela.

”De esta manera vino Psiquis en poder de su marido Cupido, y estando ya Psiquis en el tiempo del parir, nacióles una hija, la cual llamamos Placer”.

En esta manera contaba la vieja a la doncella cautiva esta conseja; pero yo, como estaba allí cerca, oíalo todo, y dolíame que no podía con mis manos de asno escribir y notar tan linda y hermosa novela.

Capítulo IV

Cómo vinieron los ladrones de robar, y lo que acaeció a Lucio y a la doncella.

MUY DE PRISA ENTRARON LOS LADRONES EN SU CUEVA, diciendo que habían peleado muy fuertemente. Y dejan-

do en casa a algunos de los heridos para que se curasen, los más esforzados, comiendo de prisa unos bocados, sacaron del establo a mí y a mis compañeros y lleváronnos a una cueva lejos de allí y cerca de un pueblo, donde nos cargaron de muchas cosas, y luego a gran prisa nos hicieron caminar con tantos palos y rempujones, que me hicieron caer, y para levantarme me dieron tantos golpes, que me lisiaron en un pie, que como yo iba cojeando, uno de aquellos ladrones dijo:

—¿Hasta cuándo hemos de mantener de balde a este asnillo cansado y ahora cojo?

A esto respondió otro:

—Después que éste entró en nuestro poder, siempre anduvo de mal en peor. ¡Oh!, yo os prometo que cuando llevare estas cargas, lo hemos de despeñar.

Como yo esto oí, con el miedo hice alas de los pies, caminando cuanto podía. Cuando llegamos, luego prestamente nos quitaron de encima lo que llevábamos, y no curando de nuestra salud ni tampoco de mi muerte, llamaron a sus compañeros que habían quedado en casa heridos, y, según lo que ellos decían, era para contarles el enojo que habían habido de nuestra tardanza.

En todo esto no tenía yo poco miedo a la muerte de que me habían amenazado, y, pensando en ella, decía entre mí de esta manera:

—¿En qué estás, Lucio?; ¿qué cosa más extrema puedes esperar? Esta muerte muy cruel te está aparejada por deliberación y acuerdo de estos ladrones, y en el cierto peligro, poco aprovecha el esfuerzo. Ya ves estos riscos y peñas muy agudas; a cualquier parte que cayeres por ellas, te desmembrarán y harán pedazos, porque el arte mágica que tú andabas a buscar no te dio tan solamente la cara y las fatigas y trabajos de asno; más aún: cercóte de un cuero grueso como

de asno. Pues que así es, ¿por qué no te esfuerzas, y en tanto que puedes aconsejas a tu salud? Ahora tienes muy buena oportunidad para huir, en tanto que los ladrones no están en casa. ¿Has de temer, por ventura, la guarda de una vieja medio muerta, la cual puedes matar con una coz de tu pie cojo? Pero, ¿hacia dónde podré huir, o quién me acogerá en su casa? Este pensamiento, ciertamente, me parece necio y de asno, porque, ¿qué caminante me hallará en el camino que no cabalgue encima de mí y me lleve consigo?

Diciendo esto, con muy alegre esfuerzo quebré el cabestro con que estaba atado, y eché a correr cuanto más presto pude, por huir los ojos de milano de aquella falsa vieja, la cual, como me vio suelto, tomando un grande ánimo y esfuerzo, más que la edad y condición le podían dar, arrebatóme por el cabestro y porfióme a quererme tornar por fuerza al establo; pero yo, recordándome del propósito mortal de aquellos ladrones, no me moví a piedad alguna; antes, alzando los pies, le di un par de coces en los pechos, que di con ella en tierra.

La vieja, como quiera que estaba en tierra, todavía me tenía fuertemente por el cabestro; de manera que, aunque yo corría, la llevaba arrastrando, la cual luego comenzó con grandes voces y gritos a pedir ayuda de otra más fuerza que la suya. Pero en balde llamaba ayuda con sus voces, porque nadie había que le pudiese socorrer, salvo aquella doncella que allí estaba presa, la cual, a las voces que la vieja daba, salió y vio un aparato para reír; conviene saber: la vejezuela trabada, no de un toro, mas de un asno; y como aquello vio, tomada en fin fuerza y ánimo de varón, osó hacer una hazaña maravillosa. Primeramente trabóme del cabestro, y con palabras de halagos comencóme a detener un poco, y luego saltó encima de mí. Desde que se vio encima incitábame a que corriese, y yo, por la gana que tenía de huir, como por librar a aquella

doncella, corría como un caballo, y aun tentaba de responder a las palabras que la delicada doncella decía, y muchas veces, fingiendo quererme rascar en el espinazo, volvía la cabeza y besaba los hermosos pies de la moza.

Entonces ella, suspirando, decía:

¡Oh, soberanos dioses, dad ayuda y favor a mis extremos peligros, y tú, cruel fortuna, deja ya de perseguirme! Y tú, asno, remedio de mi libertad, si me llevares en salvo a mi casa y me tornares a mis padres y hermoso marido, ¡cuántas gracias te daré y de cuántas comidas te hartaré! Esas tus crines muy bien peinadas, te adornaré las cerdas de tu cola, que por negligencia están revueltas, con mucho cuidado las puliré y ataviaré. Tú serás comparado a los antiguos milagros, porque por tu ejemplo creeremos que Frixo pasó la mar encima de un carnero, y Arión escapó encima de un delfín, y Europa huyó encima de un toro; porque si fue verdad que Júpiter se transfiguró en buey, bien puede ser que este mi asno esconda la figura de algún hombre y la imagen de algún dios.

Entretanto que la hermosa doncella esto decía, llegamos adonde se apartaban tres caminos. Cuando allí llegamos, ella, tirándome del cabestro con toda cuanta fuerza podía, tiraba y porfiaba de enderezarme por el camino de mano derecha, porque aquella era la vía para ir a casa de sus padres. Mas, yo, sabiendo que aquellos ladrones habían ido por allí a hacer otros robos, resistíale fuertemente, y entre mí decía de esta manera:

“¿Qué haces, moza desventurada? ¿Por qué quieres perder a ti y a mí? ¿No sabes que este es el camino de los ladrones?”

Estando nosotros altercando cada uno en su porfía, conteniendo sobre el camino que habíamos de tomar, he aquí que los ladrones, cargados de lo que habían robado, nos tomaron a manos, y como con la claridad de la luna nos cono-

cieron un poco de lejos, con una risa falsa y cruel nos comenzaron a saludar, y uno de ellos dijo de esta manera:

—¿Hacia dónde tan de prisa trasnocháis este camino, que no teméis las brujas y fantasmas de la soledad de la noche; y tú, muy buena doncella, das mucha prisa en ir a ver a tus padres? Pues que así es, nosotros socorreremos a tu soledad y te mostraremos el camino bien ancho para ir a tus padres.

Y, sirviéndola con las palabras y no con el hecho, echó mano del cabestro y tornóme para atrás, dándome buenos palos y guinchones con un palo nudoso que traía en la mano.

Entonces yo, contra mi voluntad tornado a la muerte que me estaba aparejada, acordéme del dolor de la uña, y comencé cabeceando a cojear; pero aquel que me tornó para atrás, dijo:

—¿Y cómo tú otra vez vas titubeando y vacilando, y estos tus pies podridos pueden huir y no saben andar, y ahora poco ha vencías la celeridad de Pegaso, aquel caballo que volaba?

En tanto que este compañero muy sabroso jugaba conmigo de esta manera, sacudiéndome muy buenas varadas, ya llegábamos al cantón de su casa, cuando vimos aquella vejezuela que estaba ahorcada con una soga de la rama de un alto ciprés, a la cual los ladrones descolgaron, y así, con su cuerda al pescuezo, la lanzaron por las peñas abajo, y entrando en casa, después que hubieron atado la doncella con sus cordones, dieron en la cena que la desventurada vieja en su última diligencia había aparejado, y después que con sus ánimos bestiales y ferocidad tragaron todo lo que allí había, comenzaron entre sí a platicar de nuestra pena y de su venganza, y como suele acontecer entre gente turbulenta, fueron diferentes las sentencias que cada uno daba.

El primero dijo que le parecía que era bueno y que debían quemar viva aquella doncella; el segundo, que la echasen a las bestias fieras; el tercero, que la debían de ahogar; el cuarto,

que con tormentos la despedazasen. Ciertamente por dicho de todos, como quiera que fuese, la muerte le estaba aparejada.

Entonces uno de aquellos mandó callar a todos, y con palabras agradables comenzó a hablar de esta manera:

—No conviene a la secta de nuestro colegio, ni a la mansedumbre de cada uno, ni aun tampoco a mi modestia, sufrir que vosotros seáis crueles más de lo que el delito merece, ni debéis traer para esto bestias fieras, ni horca, ni fuego, ni tormentos, ni aun tampoco muerte apresurada. Así que vosotros, si tomáis mi voto, habéis de dar vida a la doncella, pero aquella vida que merece. No creo yo que se os ha olvidado lo que determinabais hacer de este asno perezoso y gran comilón, y aun ahora mentiroso, fingiendo que estaba cojo; era ministro y medianero de la huida de esta doncella. Así, pues, me parece que mañana degollemos a este asno, y sacadas de él todas las entrañas por medio de la barriga, cosámsle dentro esta doncella, y solamente le quede la cara afuera; y después me parece se debe poner este asno, así relleno y cosido, encima de un risco de estos, adonde le dé el ardor del sol, y de esta manera sufrirán ambos todas las penas que vosotros derechamente habéis sentenciado, porque el asno recibirá la muerte que hace días ha merecido, y la doncella vivirá muriendo, pasando grandes penas, así del ardor del sol que la quemará, como de hambre y sed, y los bocados que los tigres y buitres le han de dar, le darán mayores dolores y fatigas.

Cuando este mal ladrón acabó de hablar, todos confirmaron su parecer y sentencia; lo cual oyendo con mis grandes orejas, ¿qué otra cosa podía hacer, sino llorar mi muerte que había de ser al otro día?



LIBRO SÉPTIMO

Argumento

Lucio Apuleyo cuenta cómo de mañana, uno de aquellos ladrones vino de fuera y decía a los otros en qué manera culpaban a Apuleyo y le imputaban el robo de la casa de Milón; que no culpaban a ninguno de los ladrones, salvo a Apuleyo, que nunca más había parecido; el cual, oyendo esto, y estando hecho asno, gemía entre sí por culpársele de este gran crimen. – Cómo la doncella fue libre por su esposo Lepolemo. Cuenta muchas desventuras y trabajos que pasó siendo asno. – También refiere muchos cuentos y fábulas graciosas, y la maldad de un muchacho que traía leña con él, y otras muchas cosas de gusto.

Capítulo I

Cómo viniendo un ladrón de la ciudad de Hipata cuenta a los otros cómo no culpaban a nadie del robo de la casa de Milón, sino a Lucio Apuleyo, y cómo fue admitido a la compañía de los ladrones un mancebo.

AL OTRO DÍA, DE MAÑANA, DESPUÉS DE SALIDO EL SOL, UNO DE la compañía de aquellos ladrones, según yo conocí en sus palabras, entró por la puerta, y como llegó a la entrada de la cueva, sentóse allí para cobrar resuello, y comenzó a hablar a sus compañeros de esta manera:

—Cuanto toca a la casa de Milón, el de la ciudad de Hipata, la cual poco ha robamos, ya podemos estar seguros, porque yo lo he bien solicitado, que después que vosotros con vuestras fuerzas robasteis todo lo de aquella casa, y os partisteis para esta nuestra estancia, mezcléme entre aquella gente popular de aquella ciudad, haciendo parecer que me dolía y me pesaba de aquel negocio; donde andaba mirando qué consejo tomaban sobre buscar quién había hecho aquel robo y en qué manera y cómo querían hacer la pesquisa para buscar los ladrones, lo cual todo yo miraba para deciros, como me mandasteis. Y no solamente por dudosos argumentos, mas por razones probadas, todos los de aquella ciudad, y de consentimiento de todos, pedían no sé qué Lucio, diciendo ser el autor manifiesto de tan gran crimen. El cual, pocos días antes con ciertas cartas fingidas y fingiendo ser hombre de bien, había hecho amistad estrechamente con aquel Milón, en tanto que lo recibió por huésped en su casa y por muy su amigo, y él se detuvo algunos días en su casa, fingiendo tener amores con una criada de Milón, y espío muy bien las cerraduras de la puerta y los cuartos donde Milón tenía todo su patrimonio, para lo cual no pequeño indicio se halla contra aquel mal hombre, porque aquella misma noche, y en el momento de aquel robo, él huyó, y desde entonces acá nunca más pareció, y porque tuviese ayuda muy prestamente y muy lejos se escondiese, dejando atrás a los que le seguían, tuvo buen remedio que llevó consigo, en que fue cabalgando, aquel su caballo blanco en que había venido, dejando en la posada a su mozo, el cual fue hallado allí, y por la justicia de la ciudad lo mandaron echar en la cárcel como testigo que sabía de las maldades y consejos de su señor. Y otro día, puesto a cuestión de tormento, lo quebrantaron y desmembraron hasta que llegó a punto de muerte, mas nunca confesó cosa ninguna de

todo lo que al pobre hombre le preguntaban, por la cual causa enviaron muchos de aquella ciudad a la tierra de aquel Lucio para hacerle pagar la pena del delito que había cometido.

Contando él estas cosas yo gemía y lloraba dentro de mis entrañas, viéndome hecho asno, que no podía volver por mí ni defender mi honra. Veníanme al pensamiento los varones antiguos, que no sin causa pintaban a la fortuna ciega y sin ojos, la cual trataba bien y daba sus riquezas y honras a hombres malos y que no las merecían, y los trabajos, miserias y deshonras, a los buenos. Así que yo, a quien su cruel ímpetu trajo y reformó en una bestia de cuatro pies, de la más vil suerte de todas las bestias, sobre todo era ahora acusado de crimen de ladrón contra mi huésped Milón, que tanta honra me hizo en su casa, el cual crimen no solamente se podía llamar latrocinio, pero más justamente se llamaría parricidio.

Estando pensando en esto lleno de enojo, quise responder a los ladrones, diciendo que no hice tal cosa, pero nunca pude pronunciar más de una sílaba, la cual dije muchas veces, rebuznando siempre: “No, no, no”. ¿Qué más me puedo yo quejar de la cruel fortuna sino que aun no hubo vergüenza de juntarme y hacerme compañero de mi caballo, que me trajo a cuestras?

Estando yo entre mí imaginando estas cosas, vínome al pensamiento otro mal mayor, y era acordarme que estaba sentenciado para ser sacrificio del ánima de aquella doncella, y mirando muchas veces mi barriga, me parecía que ya tenía la doncella dentro. Mas si os place, aquel ladrón que trajo la falsa relación del hurto, sacados de su seno mil ducados que allí traía cosidos, los cuales —según él decía— había sacado a muchos caminantes, echándolos dentro en el arca para provecho común de todos, comenzó a inquirir y preguntar por todos los compañeros, y sabido cómo algunos de los más

esforzados eran muertos en diversos casos, persuadiólos que entretanto no robasen en los caminos ni en otra parte, hasta que entendiesen en buscar compañeros, y con la milicia de otros mancebos fuese restituído el número de su compañía como antes estaba, porque haciéndolo así podrían compeler, poniendo miedo a los que no quisiesen. Que no habría pocos que, renunciando la vida pobre y servil, no quisiesen más seguir su opinión y fuerte compañía, la cual parecía que era cosa de grande estado y poderío, diciendo que él había hablado de su parte con un hombre hacía poco, alto de cuerpo y mancebo esforzado, y le había persuadido, y finalmente acabado con él, que tornase a ejercitar las manos, que traía embotadas de la larga paz, y que mientras pudiese usase de los bienes de la fortuna, y no quisiese ensuciar sus esforzadas manos, pidiendo por amor de Dios, sino que se ejercitasen juntando oro a manos llenas.

Cuando aquel mancebo hubo dicho estas cosas, todos los que allí estaban consintieron en ello, diciendo que tal hombre como aquel, que era ya probado en las armas, que debería ser luego llamado, y buscar otros para suplir el número de los compañeros. Entonces aquél salió fuera de casa y tardó un poco. El cual trajo consigo un mancebo grande y esforzado, como había prometido, que no se podía comparar a ninguno de los que estaban presentes, porque además de la grandeza de su cuerpo, sobrepujaba en altura a todos los otros, y entonces le apuntaban los pelos de las barbas; como quiera que venía muy mal vestido y con un sayo vil y roto, por el cual se le parecía el pecho y vientre con las costras y los callos duros y fuertes. De esta manera, como entró en casa, dijo:

—Dios os salve, servidores del fortísimo dios Marte y mis fieles compañeros: recibid, queriendo de vuestra voluntad y gana, a un hombre muy valiente de un gran corazón, que quie-

re estar en vuestra compañía, que de mejor gana recibe heridas en el cuerpo que dinero en la mano, y es mejor que la muerte, la cual otros temen. Y no penséis que soy pobre y desdichado, ni estiméis mis paños rotos, porque yo fui capitán de un ejército, que casi destruimos a toda Macedonia; yo fui aquel ladrón famoso que ha por nombre Hemo de Tracia, del cual todas las provincias temen. Yo soy hijo de aquel Terón que fue muy famoso ladrón. Yo fui criado con sangre de hombre, y crecía entre los hombres de guerra, y fui heredero imitador de la virtud de mi padre, pero en espacio de poco tiempo perdí aquellas grandes riquezas, y aquella primera muchedumbre de mis fuertes compañeros, porque demás de yo haber sido procurador del emperador César, fui también su capitán de doscientos hombres, de donde la mala fortuna me derribó y fue causa de todo mi mal. Dejado esto aparte, como ya en vuestra presencia había comenzado, tomaré la orden de contar el negocio para que conozcáis y sepáis cómo pasa.

En el palacio del emperador César había un caballero muy noble y privado del emperador, al cual la cruel envidia, por malicia de algunos acusados, desterró del palacio. Su mujer, dueña de mucha fidelidad y prudencia, menospreciando los placeres y reposo de la ciudad, le acompañó en su destierro; la cual, cortados los cabellos, en hábito de hombre, ceñida una cinta de oro, pasó muchos trabajos con ánimo viril en compañía de su marido. En fin, que aportando una vez al puerto de Acciaco, por donde nosotros andábamos robando toda Macedonia, ya que era noche se aposentó en un mesón adonde nosotros llegamos, y le robamos todo cuanto traía, y no con poco peligro de nuestras personas nos partimos de allí, porque como aquella dueña oyó el sonido de la puerta cuando la abríamos, metióse en su cámara dando grandes gritos y voces, que despertó a todos sus criados y criadas y vecinos; y

si no fuera porque nosotros, como éramos muchos, teníamos atajados los pasos a todos, cierto que lo pasáramos mal. Pero a los pocos días aquella dueña suplicó a la majestad del emperador, y alcanzó que su marido tornase a palacio; asimismo impetró que se hiciese pesquisa general sobre los ladrones, por donde fueron destruidos y muertos casi todos; y así se deshizo el colegio y compañía de Hemo. Y como era desbarbado, escapé de la furia del emperador vestido en traje de mujer con un asno cargado de paja. Pero con todo esto, yo nunca me aparté ni disminuí la gloria de mi padre, ni de mi esfuerzo y virtud. Verdad es que casi con miedo, pasando cerca de los Caballeros de la pesquisa, cubierto con el engaño del hábito de mujer, yo solo me iba por esas villas y castillos donde apañaba lo que podía para provisión de mi camino.

Diciendo esto, descosió aquellos paños rasgados que traía vestidos, y sacó dos mil ducados de oro, diciendo:

—Veis aquí esta pitanza, y aun digo, que en dote los doy de buena gana para vuestro colegio y esforzada compañía, y me ofrezco por vuestro capitán fidelísimo, que yo sé muchas provincias y ciudades, y conozco a los hombres ricos y pobres, y otras muchas cosas con que os holgaréis; y si vosotros no rehusáis esto, yo me obligo a hacer que en espacio de breve tiempo esta vuestra casa, que ahora es de piedra, se torne toda de oro.

No tardaron más los ladrones todos, que de un voto le hicieron su capitán, y le vistieron luego una vestidura de seda como convenía a tal capitán, quitándole primero el sayo roto, aunque rico, que traía.

En esta manera reformado, dio paz, y abrazó a cada uno de ellos, y sentado en más alto lugar que ninguno, comenzaban a hacer fiesta con su cena de muchos manjares y vinos.

Capítulo II

Cómo aquel mancebo, recibido en la compañía por Hemo, afamado ladrón, fue descubierto ser Lepolemo, esposo de la doncella, el cual la libertó con su buena industria, y la llevó a su tierra.

PUES HABLANDO ENTONCES UNOS CON OTROS, COMENZARON a decir de la huida de la doncella y de cómo yo la llevaba a costas, y diciendo asimismo de la monstruosa y no oída muerte que para entrambos nos tenían aparejada; lo cual todo por él oído, preguntó dónde estaba aquella moza, y lleváronlo adonde estaba, y como la vio en prisión cargada de hierro, comenzó a despreciarla haciendo un sonido con las narices, y salióse luego de la cámara, y desde que se tornó a sentar, dijo luego a los ladrones:

—Yo, señores, no soy tan bruto ni temerario que quiera re-frenar vuestra sentencia y acuerdo; pero yo pensaría que tenía dentro de mi corazón pecado de mala conciencia, si disimulase lo que me parece que es bueno y provechoso; mas una cosa habéis de pensar, que esto que yo digo es por vuestra causa y provecho. Por ende, si esto que os dijere no os placiere, digo que tengáis libertad para tornarlos al asno; porque yo, señores, pienso que los ladrones saben que ninguna cosa más debe anteponerse a su ganancia. También esta venganza es dañosa muchas veces a ellos, y a otros. Pues si matareis la doncella en el asno, no haréis otra cosa sino ejercitar vuestro enojo sin ningún provecho ni ganancia. Por ende, me parece que esta doncella deberíais llevarla a alguna ciudad, porque no sería liviano el precio que por ella se diese, según su edad, que aun yo tengo conocido días ha algunos rufianes, de los cuales uno podría —según yo pienso— comprar esta moza con muchos

talentos de oro, para ponerla al partido en el burdel, como ella merece por su huida, y vosotros quedáis bien vengados.

De esta manera, aquel abogado del fisco de los ladrones proponía nuestro pleito, como buen defensor de la doncella y del asno.

Todos se llegaron al consejo del nuevo ladrón, y luego soltaron a la doncella de las cadenas en que estaba; la cual, como vio aquel mancebo, y oyó hacer mención del burdel y del rufián, secretamente se reía, y estaba llena de placer; tanto, que a mí me vino al pensamiento que no hay que fiar en mujeres, pues aquella se alegraba con oír hablar de tan infame cosa.

Aquel mancebo, tornando a hablar, dijo:

—Pues, ¿por qué no aparejamos de hacer sacrificio a nuestro dios Marte, que nos dé buena mano derecha en nuestro oficio? Mas paréceme que no tenemos aquí animal que sacrificar; por tanto, vengan conmigo algunos compañeros, e iré al primer pueblo a comprar lo necesario.

Dicho esto, partieron de allí, y antes de mucho tiempo vinieron unos cargados con cueros de vino, otros con pan, otros traían un rebaño de ganado, de donde escogieron un hermoso cabrón, que sacrificaron al dios Marte, y luego fue aparejada la comida abundantemente.

Entonces aquel nuevo mancebo, por ser a todos agradable, empezó a cocinar muchos y sabrosos manjares; después daba de beber a todos en grandes tazas; servíalos a la mesa, repartiendo los guisados por entre todos. Y algunas veces, fingiendo que iba por las cosas necesarias para la mesa, entraba donde estaba la moza, y traíale algunas cosas de comer, y aun la besaba muchas veces, lo que ella consentía de buena voluntad, la cual cosa a mí mucho me desplacía, y decía entre mí:

“¡Oh, moza doncella, tan presto te has olvidado de tu desposorio y de aquel tu amado esposo, por quien tanto llorabas, y ahora besas a un advenedizo y cruel matador, ladrón corsario! ¿No te acusará la conciencia, no te acusará la fe que debes a tu esposo? ¿Qué será si esto entienden los otros ladrones? ¿Piensas que no tornarás otra vez al asno, y otra vez me causarás la muerte?”

Entretanto que yo, en mi triste y desventurado pensamiento, falsamente acusaba y deponía contra la casta doncella estas cosas, y disputaba de ellas con gran enojo, conocí de sus mismas palabras, algo mansas y dudosas, aunque no muy obscuras para asno discreto, que aquel mancebo no era Hemo, ladrón famoso, mas que era Lepolemo, esposo de la doncella. Porque procediendo en sus palabras, que ya un poco más claramente hablaba, no curando de mi presencia, estuvieron hablando muy quedo, y él le dijo:

—Tú, señora Carites, mi dulcísima esposa, ten buen esfuerzo, que todos estos tus enemigos te los daré presos y cautivos en las manos.

Y diciendo esto, no cesaba de darles el vino, ya mezclado y algo tibio, con grande instancia, de manera que ellos estaban ya de buena manera. Él se abstenía de beber; y por Dios que a mí me dio sospecha que les había echado dentro los cántaros del vino algunas hierbas para hacerles dormir.

Finalmente, que todos, sin que uno faltase, estaban sepultados en vino, y algunos de ellos aparejados para la muerte.

Entonces Lepolemo, sin ninguna dificultad y trabajo, puestos ellos en prisiones y atados en ellas como a él le pareció, puso encima de mí la doncella; enderezó el camino para su tierra, a la cual, como llegamos, toda la ciudad salió a ver lo que

mucho deseaban. Salieron su padre y madre y parientes, cuñados y esclavos, las caras llenas de gozo, que quien lo viera pudiera ver muy bien una gran fiesta de personas de todo linaje y edad, que por Dios que era un espectáculo digno de gran memoria ver una doncella triunfante encima de un asno.

Yo también muy alegre como hombre varón, porque no pareciese que era ajeno del presente placer, alzadas las orejas e hinchadas las narices, rebuzné muy fuertemente, y aun puedo decir que canté con clamor alto y grande.

Capítulo III

Cómo, celebradas las bodas de la doncella, se pusieron a pensar con gran consejo qué premio se daría a Lucio, asno, en recompensa de su libertad. – Donde cuenta grandes trabajos que padeció.

DESPUÉS QUE LA DONCELLA ENTRÓ EN CASA, LOS PADRES LA recibieron y regalaron como mejor pudieron. Lepolemo tornó a mí con otra muchedumbre de asnos y acémilas de la ciudad, y tornóme para atrás, adonde yo iba de buena gana, porque tenía mucha gana y deseo de tornar a ver la prisión de aquellos ladrones, a los cuales hallamos bien atados con el vino más que con cadenas. Así que nosotros, cargados de oro y plata y otras cosas suyas, que nada les dejaron, tomaron a los ladrones atados como estaban, y a los unos, envueltos, los echaron de esos riscos abajo; otros, degollados con sus espadas, se los dejaron por ahí.

Con esta tal venganza, alegres y con mucho placer, nos tornamos a la ciudad, adonde pusieron todas aquellas riquezas en el Tesoro y arca pública de ella, y la doncella diéronla a Lepolemo, su esposo, como era razón y derecho.

Desde allí la dueña, que ya era casada, me nombraba a mí como a su guardador, que le había librado de tanto peligro; y ese mismo día de las bodas me mandó henchir el pesebre de cebada, y poner heno, tan abundantemente, que bastara para un camello.

¡Cuántas maldiciones podría yo echar ahora a mi Andria, que es merecedora de ellas, porque me tornó en asno y no en perro!; porque veía por allí los perros hartos de aquellas reliquias y sobras de la boda, muy abundantes.

Después de pasada la primera noche de la boda, la recién casada no se olvidó del beneficio que de mí tenía recibido, y llamando a su padre y madre y marido, me encomendó mucho a todos y les preguntó cómo se podrían remunerar al asno tan grandes servicios.

El uno dijo que si me tuviesen encerrado en casa, sin que cosa alguna hiciese, y me engordasen con cebada y habas y buena cama; pero venció a este otro, que miró más a mi libertad, diciendo que me echasen al campo con las yeguas, y que allí andando a mi placer holgando entre ellas, daría a mis señores muchas y buenas mulas. Así que, llamando al yeguarizo, habláronle muy largamente, encomendándome mucho, y entregáronme a él que me llevase. Adonde, por cierto, yo iba muy alegre y gozoso, creyendo que ya había renunciado el trabajo y cargas que me solían echar. Demás de esto, me gozaba que me habían dado aquella libertad en principio del verano, cuando los prados estaban llenos de hierbas y flores, donde pensaba hallar algunas rosas; porque me venía un continuo pensamiento: que habiéndome hecho tanta honra siendo asno, tornándome hombre más me gratificaran y honraran.

Mas después que el yeguarizo me llevó, ninguna libertad ni placer tuve, porque su mujer, que era mala hembra, me puso a moler en una tahona, y con un palo nudoso me casti-

gaba de continuo, ganando con mi cuero pan para sí y para los suyos; y no solamente era contentada de fatigarme y trabajar por causa de su comer, pero matábame moliendo continuamente, por dineros, el trigo de sus vecinos; y por todos estos trabajos y fatigas no me daba a comer la cebada que habían señalado para mí, mezquino, la cual tostaba ella, y me la hacía moler con mis continuas vueltas, y la vendía a sus vecinos cercanos; y a mí, que andaba atento todo el día al continuo trabajo de la tahona, me ponía unos pocos salvados sucios y por cer-ner, llenos de piedras, que no había quien los pudiese comer.

Estando yo bien domado con tales penas y trabajos, la cruel fortuna me trajo a otro mayor tormento; con viene a saber: aquel buen pastor que tarde escuchó el mandado de su señor, plúgole ya de echarme las yeguas. Finalmente, de que yo me veía asno libre, alegre y saltando con mis pasos blandos, y a mi placer andaba escogiendo las yeguas que mejor me parecían, creyendo que habían de ser mis enamoradas; pero aquí aun la alegre esperanza que tenía se me volvió en gran tristeza, porque los garañones, como estaban hartos y gruesos y muy terribles, por haber muchos días que andaban al pasto, eran cierto muy más fuertes que ningún asno, y temíanse de mí, guardando que hiciese adulterio monstruoso con sus amigas; no guardando la amistad que Júpiter mandó tener con los huéspedes, comenzaron a perseguirme con mucha furia y odio.

El uno, alzados sus grandes pechos en alto, su cabeza alta y con las manos sobre mi cabeza, peleaba con sus uñas contra mí; el otro, con sus ancas redondas y gruesas, volviéndolas hacia mí, me daba de coces; otro, amenazándome con sus malditos relinchos y bajadas las orejas y descubiertos los dientes, me mordía. Así lo había yo leído en la historia del gran rey de Tracia, que daba a sus caballos los mezquinos de

los huéspedes que acogía, para despedazarlos y comer. Tanto era aquel tirano escaso de la cebada, que con abundancia de cuerpos humanos ensuciaba el hambre de sus rabiosos caballos.¹ De aquella misma manera yo era mordido y lacerado de los saltos y varios golpes de aquellos caballos, tanto, que pensaba me sería mejor tornar a la tahona.

Mas la fortuna, que no se hartaba de atormentarme, instruyó de nuevo y aparejó otra mayor pestilencia y daño, la cual fue que me echaron a traer leña de un monte y entregáronme a un muchacho que me llevase y trajese, el más falso y maligno rapaz de todos los del mundo, que no me fatigaba tanto la áspera subida del monte, ni las piedras y ásperos riscos por donde con harto trabajo pasaba, como los grandes y continuos palos que me daba, en tal manera, que dentro, en el corazón, me entraba el dolor de los golpes y heridas, y con el pie derecho siempre me daba tantos golpes, que hiriendo en un lugar me desollaba el cuero. Y con todo este mal no dejaba de martillar siempre en una misma llaga llena de sangre. Echábame tan gran carga de leña a cuestras, que quienquiera que la viera dijera que bastaba más para un elefante que para un asno.

Aquel falso rapaz, cada vez que la carga pesaba más a una parte y se acostaba a un lado, en lugar de quitarme la leña de aquel cabo, para que quitado el peso me quitase de aquella fatiga, a lo menos pasar los leños de un lado a otro, para igualar la carga, hacía lo contrario, porque echaba muchas piedras a la otra parte, y así curaba el mal y pena de mi carga.

No contento con tan gran peso de cargas como me echaba, después de otras muchas fatigas y tribulaciones, cuando habíamos de pasar algún río, por no mojarse los pies, saltaba

¹ Este rey era Diomedes. Hércules le venció y castigó con el mismo suplicio que hacía sufrir a los huéspedes, entregándole a la voracidad de sus caballos.

encima de mis ancas, y así pasaba cabalgando, y si acaso con tan gran peso resbalaba en el cieno que estaba a la orilla del río y caía, el bueno de mi maestro, en lugar de ayudarme con la mano, alzándome la cabeza con el cabestro y tirándome de la cola, o a lo menos quitarme alguna parte de la carga de encima hasta que me levantase, ninguna ayuda de éstas me hacía aunque me veía cansado, antes comenzando desde la cabeza, y aun de las orejas, con un palo nudoso me daba tantos golpes, que todo el cuerpo me desollaba, hasta tanto que, con las heridas y palos que me daba, me hacía levantar.

Este mal rapaz inventó una travesura para maltratarme, y fue que tomó un manojo de zarzas, con las espinas muy agudas, las cuales puso atadas debajo de mi cola de manera que, como yo comenzase a andar, me llagase con sus puntas venenosas.

Así que yo estaba en dos peligros, porque si quería huir corriendo, heríame más reciamente la fuerza de las espinas, y si me estaba quedo un poco, porque no me lastimasen las zarzas, dábame de palos para hacerme correr, que cierto aquel maligno rapaz no parecía que pensaba en otra cosa sino cómo me matase y echase a perder, y así lo juraba, y algunas veces me amenazaba.

Y cierto su detestable malicia le estimulaba para que hiciese otras peores cosas, porque un día, a causa que mi paciencia ya no podía sufrir su gran soberbia, dile un par de coces; por la cual causa él inventó contra mí un crimen y hazaña endiablada. Cargóme encima dos barcinas de tascos muy bien ligados, con sus cuerdas, y así me llevó por este camino adelante, y llegando a una aldea, hurtó una brasa de fuego y púsola en medio de la carga; el fuego recalentado y criado con los tascos, alzó grandes llamas, de manera que el ardor mortal me cubrió, que ni había remedio a tan gran mal, ni parecía socorro alguno para mi salud. Y como semejante peligro no

sufre tardanza, antes pervierte todo buen consejo, la providencia de la fortuna resplandece a la vez muy alegre en los casos crueles y contrarios.

No sé si lo hizo aquí por guardarme para otro mayor peligro, pero cierto ella me libró de la presente y cierta muerte. Acaso estaba un charquillo de agua turbia, que había llovido otro día antes, el cual, como yo vi, lancéme dentro en un salto, sin pensar otro peligro, y la llama fue luego apagada, en tal manera, que yo fui vacío de la carga, y escapé libre de la muerte.

Mas aquel maligno y temeroso mozo tornó contra mí toda su malignidad que había hecho, diciendo y afirmando a todos los pastores que por allí estaban que, pasando yo por los fuegos de los vecinos de aquella aldea, de mi propia gana, titubeando los pasos, había tomado aquel fuego, y aun haciendo burla de mí, andaba diciendo:

—¿Hasta cuándo hemos de mantener de balde a este engendrador de fuego?

Capítulo IV

Lucio recuenta grandes trabajos que padeció por causa de venir a poder y manos de un mal rapaz.

YA QUE PASARON MUCHOS DÍAS DESPUÉS, ME BUSCÓ OTRO mayor engaño. Vendió la carga de leña que yo traía en una casa de aquella aldea, y tornóme vacío a casa, dando voces que no podía ya su fuerza bastar a mi maldad, y que él no quería más servir en este miserable oficio, y las quejas que inventaba contra mí, eran de esta manera:

—Vosotros veis este perezoso tardón y grande asno, además de otras maldades que cada día me hace, ahora me fa-

tiga con nuevos peligros: como ve por ese camino a algún caminante, ora sea mujer vieja, ora moza doncella para casar, o muchacho de tierna edad, luego, echada la carga en el suelo, y aun algunas veces la albarda y cuanto trae encima, con mucha furia corre, como enamorado de personas humanas, y echados por aquel suelo, prueba de hacer con ellos lo que es contra natura, y aun muérdelos con su boca sucia, que parece que los quiere besar, lo cual nos es causa de muchas lites y cuestiones, y aun quizá algún día nos traerá a mayor daño. Que ahora halló en el camino una moza honesta y hermosa, y como la vio, echada por el suelo la carga de leña que traía, arremetió a ella con ímpetu furioso, y el gentil enamorado derribó a la mujer por el suelo, y trabajaba cuanto podía por dormir con ella, en tal manera, que si no acudieran unos labradores y se la quitaran de entre las manos, cierto él hiciera mal, a pesar de la moza, y la matara, y a nosotros diera harto trabajo y mala ventura.

Con estas tan falsas mentiras, que mucho me atormentaban, incitó cruel y fieramente los ánimos de los pastores para destrucción mía. Finalmente, que uno de ellos dijo:

—Pues si así es, ¿por qué no sacrificamos este marido público y adúltero común de todos, así como lo merecen sus bodas contra natura? Y tú, mozo, ¿oyes? Mátalo luego y echa las entrañas y asadura a nuestros perros, y la otra carne se salará para que la coman los gañanes, y el cuero llevaremos a nuestro amo, y con él haremos pago, diciendo que le mató un lobo.

Cuando esto oyó aquel mortal enemigo y acusador mío, estaba muy alegre, por ser ejecutor de la sentencia de los pastores, y procurando siempre mi mal, recordándose de aquellas coces que le había dado, comenzó luego a aguzar el cuchillo en una piedra. Entonces, uno de la compañía de aquellos labradores, dijo:

—Grande mal es que matemos de esta manera un asno tan hermoso como éste y que por lujuria de amores de personas humanas él sea acusado, y carezcamos de su buen trabajo y servicio tan necesario, cuanto más, quitándole los campañones, nunca será más celoso ni se alzaré para hacer mala cosa; a nosotros quitáranos de peligro, y él se hará más hermoso y grueso; porque yo he visto muchos, no solamente de estos asnos perezosos, mas caballos muy fieros que eran celosos en gran manera, y por aquella causa, bravos y crueles, y haciéndoles este remedio de castrarlos, se tornaban muy mansos sin ninguna furia; y por esto no eran menos hábiles para traer la carga y hacer todo lo otro que era menester. Si todo esto que os digo creéis, y os parece bien, de aquí un poco de rato yo he acordado de ir a este mercado que aquí cerca se hace, y tomadas de casa las herramientas que son menester para hacer esta cura, tornaré a vosotros muy presto, y castrado este enamorado, cruel y bravo, yo entiendo tornarle más manso que un cordero.

Con esta sentencia yo fui revocado de las manos de la muerte, pero como quedé desde entonces reservado para aquella pena, yo lloraba y gemía, viendo que era ya muerto en la última parte de mi cuerpo. Finalmente, yo deliberaba de dejarme morir de hambre, o de matarme, echándome de unos riscos abajo, porque aunque hubiese luego de morir, muriese entero.

Entretanto que yo tardaba en pensar y elegir cuál de estas muertes tomaría, a la mañana, aquel malvado mozo que me quería matar, me llevó a aquel monte donde solíamos traer leña, y allí atóme muy bien del ramo de una grande encina; yo muy bien atado, él se fue un poco adelante con su hacha, para cortar la leña que había de llevar, cuando de una grande cueva que allí estaba salió una osa espantable, alzada, la cual

como yo vi con su vista repentina, muy espantado y temeroso, colgué todo el peso del cuerpo sobre las corvas de los pies, la cerviz alta tiré cuando pude. De manera que quebré el cabestro con que estaba atado, y eché a huir cuanto pude por allí abajo; no solamente corría con los pies, mas con todo el cuerpo; medio tropezando salí por esos campos llanos, huyendo con grandísimo ímpetu de aquella grande osa y del bellaco del mozo, que era peor que la osa.

Entonces un caminante que por allí pasaba, como me vio vagabundo y solitario, cabalgó encima de mí, y con un palo que traía en la mano comenzóme a echar y guiar por otro camino que yo no sabía. Pero yo no iba contra mi voluntad, antes caminaba lo más que podía, por alejarme de aquella cruel carnicería de mis compañeros, y tampoco me curaba mucho porque aquél me daba con el palo porque yo estaba acostumbrado, que cada día me desollaban a palos; mas aquella fortuna cruel que siempre me fue contraria, no permitió que esto fuese adelante, antes ordenó otra cosa.

Aquellos mis pastores andaban a buscar una vaquilla que se les había perdido, y habiendo atravesado y andado por muchas partes, acaso encontraron con nosotros, y luego, como me conocieron, tomáronme por el cabestro, y comenzáronme a llevar; pero aquel otro resistía con mucha osadía, llamando ayuda y protestando la fe de los hombres y el señorío que en mí tenía, diciendo:

—¿Por qué me robáis lo mío? ¿Por qué me salteáis?

Ellos dijeron:

—Tú dices que te tratamos descortésmente, llevando como llevas nuestro asno hurtado. Antes has de decir dónde escondiste el mozo que traía el asno, el cual tú mataste.

Y diciendo esto, dieron con él en tierra, y sacudiéronle muy bien de coces y puñadas, y él juraba que nunca había vis-

to quién trajese el asno, mas que lo cierto era que él lo había hallado suelto y solo por ese camino, y que lo había tomado por ganar el hallazgo; pero que la verdad era que él tenía pensamiento de restituirlo a su dueño, y que pluguiese a Dios que este asno pudiera hablar, para que declarara y diera testimonio de su inocencia, porque cierto a ellos les pesara de la injuria que le habían hecho.

De esta manera, porfiando y defendiendo su causa, ninguna cosa le aprovechaba, porque los pastores, enojados, le echaron las manos al pescuezo, y así lo tornaron hasta aquel cerro donde el mozo acostumbraba hacer leña, el cual nunca pareció en todo aquel monte; pero al cabo hallaron su cuerpo desmembrado y despedazado, derramado por muchas partes, lo que yo entendía ser hecho por los dientes de la osa, y cierto yo dijera lo que sabía, si el hablar me ayudara.

Los pastores cogieron todos aquellos pedazos del cuerpo, y con mucha ansia los enterraron allí.

De esta manera, culpando a mi nuevo guiador, diciendo que era cruel, ladrón y matador, llevándolo bien preso y atado, tornáronle a sus casas y chozas, diciendo que al otro día siguiente lo llevasen ante los alcaldes para que le diesen la pena que merecía.

Entretanto que los padres del mozo muerto lloraban y plañían su hijo, he aquí donde viene aquel rústico que había ido al mercado, al cual no se le había olvidado lo que le prometió, y venía pidiendo muy ahincadamente que me castrasen, al cual uno de los que allí estaban dijo:

—No es nuestro daño presente lo que tú ahora solamente pides, pero antes conviene que mañana, no solamente cortemos la natura a este pésimo asno, mas es razón que también le cortemos la cabeza. Y no creas que para esto te faltará la ayuda y diligencia de éstos.

En esta manera fue hecho que mi mala ventura se dilatase hasta otro día.

Yo entre mí daba gracias al bueno del mozo, porque a lo menos, siendo muerto, daba un día de espacio a mi carnicería. Pero con todo esto, nunca fue dado un poquito de espacio a mi reposo y placer, porque la madre de aquel mozo, llorando la muerte amarga de su hijo con muchas lágrimas y llantos, cubierta de luto, mesaba sus canas con ambas manos, aullando y gritando, y de esta manera lanzóse en mi establo, adonde, abofeteándose la cara y dándose de puñadas en los pechos, dijo de esta manera:

—Ahora este asno está muy seguro sobre su pesebre, entendiendo en tragar y comiendo siempre, ensancha su profunda barriga, que nunca se harta, y no se le recuerda de mi amarga pena, ni del caso desdichado que aconteció a su maestro difunto; antes me parece que menosprecia y tiene en poco mi vejez y flaqueza, y piensa que pasará sin pena de tan gran crimen como hizo y cometió.

Y como esto dijo, desenvueltas sus manos, desató una faja que traía ceñida, y ligados mis pies y manos con ella, me apretó muy fuertemente, porque estuviese obediente a su venganza, y arrebató una tranca con que se solían cerrar las puertas del establo, y no cesó de darme de palos hasta que con el peso del madero, cansada ya de darme, le saltó de la mano.

Entonces, quejándose que tan presto se había cansado, arremetió al fuego, y tomó un tizón ardiendo y metiómelo en medio de estas ingles, que me quemó todo, hasta que ya no me restaba sino solo un remedio, en que algo me esforzaba, que solté un chisguete de líquido, que le ensucié toda la cara y los ojos; finalmente, que con aquella ceguedad y hedor se apartó la mala vieja de mí, dejándome con harto dolor. ~\$

LIBRO OCTAVO

Argumento

En este libro se contiene la desdichada muerte de Lepolemo, marido de Carites, y de cómo ella sacó los ojos del traidor Trasilo, que lo había muerto, y después se mató con sus propias manos. – Y la mudanza que hicieron sus pastores después de su muerte. – Adonde cuenta muy lucidamente los trabajos que pasó, y cómo después fue vendido a un echacuervos de la diosa Siria, que andaba por los pueblos pidiendo, y al fin, cómo fueron descubiertos de sus bellasquerías y torpezas, y otras muchas cosas de gusto y pasatiempo.

Capítulo I

Cómo vino un mancebo a casa del pastor amo de Lucio, asno, el cual cuenta a los pastores la muerte de Lepolemo, y la venganza que Carites tomó en su enamorado Trasilo, y cómo después se mató.

CUANDO VINO EL OTRO DÍA, LLEGÓ UN MANCEBO DE LA CIUDAD, el cual, a mi parecer, debía ser criado de Carites, aquella doncella que padeció conmigo tantas tribulaciones y trabajos en casa de aquellos ladrones. Este mancebo, estando sentado al fuego con los otros gañanes y mozos, contaba cosas maravillosas y espantables de la desventura e infortunio que había venido a la persona y casa de su señora, diciendo de esta manera:

“Yeguarizos, vaqueros y ovejeros, quiéroos contar lo que ahora aconteció en casa de nuestros amos. Era un mancebo de esta ciudad, hidalgo y de nuestro linaje, asaz rico, pero era dado a los vicios de lujuria y tabernas, andando de continuo en los mesones y burdeles, acompañándose siempre con ladrones y hombres infames y de bajos espíritus, ensuciando de continuo sus manos en sangre humana, el cual se llamaba Trasilo; tal era su fama y así se decía de él. Este mancebo fue uno de los principales que por muchas veces, ora por sí, ora por intercesión de sus parientes y otras personas, pidió en casamiento a Carites siendo ella de edad para casar, y con toda su posibilidad trabajó por casarse con ella, y aunque en linaje y riqueza precedía a todos los otros del pueblo, pero por sus malas costumbres fue desechado y repelido.

”Después que la hija de mi señor se casó y vino a poder de aquel noble varón Lepolemo, Trasilo criaba entre sí el amor que a Carites tenía, y recordándose cómo le habían negado aquel casamiento, buscaba ocasión para su cruel deseo. Y para esto se hizo y mostró muy placentero con el casamiento y bodas de Lepolemo, y el día que la doncella fue librada de mano de los ladrones por astucia y esfuerzo de su esposo, él, mostrándose más alegre que otro ninguno, hacía mucha fiesta, gozándose mucho de su buen suceso, y así por todo esto que mostraba, como por ser de los más principales de la tierra, él fue recibido en nuestra casa como uno de los principales huéspedes, el cual, encubriendo su traición, era muy placentero y mostraba su gesto alegre. De esta manera vino a ser grande amigo y familiar de casa, y cada día crecía la conversación.

”Finalmente, Trasilo deliberó consigo muchos días antes de hacer lo que pudiese, y como no hallase lugar oportuno para poder hablar a la dueña secretamente, y conociese que el vínculo del nuevo amor, que entre los nuevos desposados

crecía, no se pudiese desatar, y que la dueña no había de hacer traición a su marido, determinó porfiar en su obstinado y mal propósito, confiando en su juventud, y lo que ahora le parecía dificultoso, el amor loco que cada día más crecía, le hacía creer y tener esperanza de ponerlo en efecto.

”Mas yo os ruego ahora que con mucha atención escuchéis en qué paró el ímpetu de esta perversa y furiosa lujuria.

”Un día Lepolemo llevó consigo a Trasilo, fuese a caza de monte para buscar animales, así como corzos, porque en éstos no hay ferocidad ni braveza como en los otros animales, y también Carites no consentía que su marido fuese a cazar bestias armadas con dientes o con cuernos, por el peligro que de ello se podría seguir. Y llegando a un monte muy espeso de árboles, comenzaron los cazadores a llamar los perros, que eran monteros de linaje, para que sacasen de allí los animales que había, y como los perros eran enseñados de aquella arte, repartiéronse luego, cercando todas las salidas de aquel monte.

”Estando así, cada uno aguardando en su estancia, hecha señal por los cazadores, comenzaron de latir y ladrar tan recia-mente, que toda la montaña hinchieron de voces, de la cual no salió corza ni gama, que es mansa más que ninguna otra fiera, pero salió un puerco montés muy grande y espantable, con las cerdas levantadas encima del lomo, echando espumara-jos, con el sonido de las navajas, los ojos de fuego, con ímpetu cruel, que parecía un rayo. Y luego, como llegaron a él los más esforzados perros, dando con las navajas acá y allá los mató y despedazó, y después saltó las redes y enderezó su camino.

”Nosotros, cuando aquello vimos, espantados de gran miedo, como no éramos acostumbrados a aquella peligrosa caza, mayormente que estábamos sin armas, escondímonos entre aquellas ramas y hojas de los árboles. Trasilo, como halló oportu-nidad para la traición y maldad que en su pecho moraba,

dijo a Lepolemo engañosamente: '¿Qué es la causa porque confusos de miedo, y semejantes a nuestros criados, espantados, dejamos perder tan hermosa presa de nuestras manos? ¿Por qué no subimos en nuestros caballos y seguimos a este puerco? Toma tú este venablo, y yo tomaré mi lanza'.

"Diciendo esto, no tardaron más, y saltaron luego en sus caballos, y con grandísima gana siguieron tras del puerco, el cual animal como se viese apretado, no se le olvidó su esfuerzo, y tornó con gran ímpetu y encendimiento de su ferocidad, dando golpes con las navajas, hiriendo y rompiendo cuanto topaba. Mas el primero que llegó fue Lepolemo, que le metió el venablo por las espaldas. Trasilo perdonó al jabalí, y arrojó la lanza al caballo de Lepolemo, que le cortó las corvas de los pies, por manera que el caballo cayó hacia la parte donde estaba herido, y contra su voluntad dio con su señor en tierra. No tardó el puerco, que con mucha furia arremetió a él, y comenzóle a trabar de la ropa, y él forcejeaba por levantarse, mas dióle tantas navajadas, que le hizo muchas llagas; pero en todo esto, nunca el bueno de su amigo le socorrió ni se arrepintió de la traición comenzada, antes rogándole Lepolemo que le socorriese, no lo hizo, mas metióle la lanza por muchas partes, a semejanza de las heridas del diente del jabalí, porque no pareciesen dadas con mano. Y revolviéndose al puerco, muy fácilmente lo mató.

"En esta manera, muerto Lepolemo, salimos todos de donde estábamos escondidos, y corrimos allá. Trasilo, como había acabado lo que deseaba, aunque estaba alegre, todavía hizo gran sentimiento, y mostraba mucha tristeza, y con mucha ansia besaba el cuerpo del difunto, de manera que ninguna cosa dejó de hacer para mostrar que tenía gran dolor de su muerte.

”Cuando esta nueva fue a la triste de su mujer, conmovida de gran dolor, como mujer sin seso, se salió de casa y fue a esperar el cuerpo de su marido, y luego se ayuntaron muchos de la ciudad, que la acompañaron en su dolor. En esto llegó el muerto, el cual como ella vio, llena de lágrimas se cayó amor-tecida, y con harto trabajo la volvieron en sí. Después, con mucha pompa y honra, lo enterraron.

”En todo esto Trasilo no hacía sino dar voces y llorar, diciendo muchas cosas lastimosas por engañar a la verdad y encubrir su maldad. Y llegándose muchas veces a Carites, esposa del muerto, le tomaba las manos, por que no se rompiese los pechos, y con oficio de piedad se deleitaba en tocar a la dueña.

”Después de hechas las exequias, Carites se retrajo y determinaba morir de hambre y sed para ir a acompañar a su marido. Mas Trasilo, con malvada instancia, unas veces por sí, otras por sus familiares y parientes, trabajaba que ella no se consumiese ni angustiase, y que tomase placer. Y como era atrevido y desvergonzado, un día le habló, diciéndole que se casase con él, lo cual como ella oyese, fue muy escandalizada, y disimulando con él, le dijo que tomaría su consejo y que le daría la respuesta.

”Esa misma noche le apareció el ánima de su marido Lepo-lemo, la cual, alzando la cara ensangrentada, amarilla y muy disforme, quebrantó el casto sueño de su mujer, diciendo:

‘Señora mujer, yo te doy licencia que te cases en buena hora con quien quisieres, con tal condición: que jamás vengas a poder del traidor sacrílego de Trasilo, ni hables con él, ni te sientes a la mesa, ni duermas en cama con él; huye de su mano sangrienta que me mató; no quieras comenzar bodas con quien mató a tu marido, que las heridas aquellas, cuya sangre

lavarón tus lágrimas, no son todas de las navajadas del puerco, porque la lanza del malvado Trasilo me hizo ajeno de ti.’

”Y de esta manera le contó todas las otras cosas, por donde le manifestó toda la traición como había pasado.

”Ella, muy temerosa, metió la cara debajo de la ropa, adonde bañó la cara en lágrimas, llorando y suspirando con gran dolor y mancilla de su marido, muerto a traición tan malamente por el malvado Trasilo. Y desde entonces propuso en su pecho de vengarse del cruel matador, y después matar a sí misma para quitarse de tan enojosa y triste vida. Al otro día siguiente he aquí donde torna otra vez el abominable demandador de placeres ilícitos, y comenzó a porfiar con la dueña sobre su casamiento; pero ella, con astucia y sagacidad, le habló de esta manera:

‘Aun ahora la cara de mi marido y tu amigo se representa ante mis ojos, y aun el olor de su cuerpo dura en mis narices; por ende me parecía bien que aguardases el tiempo que es honesto para el luto y llanto que cualquier noble matrona es obligada a hacer legítimamente por su marido, a lo menos hasta que se cumpla el año, y esto conviene a mi honra y a tu provecho y salud.’

”Trasilo, no satisfecho con estas palabras, ni contento con el prometimiento que le hacía, al cabo de muy poco tiempo tornó a porfiar, diciendo palabras lastimeras con su lengua maldita, hasta tanto que Carites, vencida de su importunidad, con gran disimulación, comenzó a decir de esta manera:

‘Trasilo, tú me has de otorgar lo que ahora te pido, y es que por algunos días secretamente seamos en uno, en tal manera, que ninguno de los familiares de casa lo sienta hasta que pasen algunos días en que se cumpla este año.’

”Mas Trasilo, cuando esto oyó, oprimido de la engañosa promesa de la mujer, concedió alegremente por cumplir toda su voluntad con ella a hurto.

”Ella le dijo:

‘Mira bien tú, Trasilo, que lo hagas discretamente: cubierta la cabeza con tu capa, y sin compañía, vendrás a mi puerta al primer sueño, y solamente con un silbido que des, te abrirá la puerta esta mi ama, que te estará esperando; y como entres, ella te llevará a mi cama.’

”Cuando esto oyó Trasilo, plúgole mucho de la manera que le decía de sus bodas mortales; y no sospechando otra alguna mala cosa, sino turbado con el deseo, se quejaba porque la noche no venía.

”En fin, después que el sol dio lugar a la noche, Trasilo, aparejado como le había mandado Carites, vino a la hora, y engañado por la vieja ama que luego le abrió, lleno de placer y gozo se echó en la cama. Entonces, la vieja, por mandado de su señora, le comenzó a halagar y hacer caricias, y, secretamente, sacando un jarro de vino que tenía mezclado con cierta medicina para darle sueño, de allí con una copa le dio a beber tres o cuatro veces, fingiendo que su señora se tardaba porque estaba allí su padre enfermo y ella estaba cerca de él hasta que reposase.

”De esta manera, Trasilo, bebiendo de aquel vino, seguramente, y con aquel deseo que tenía, fácilmente la vieja le enterró en un profundo sueño.

”Estando él ya aparejado para sufrir todas las injurias que le quisiesen hacer, durmiendo de espaldas, la vieja llamó a Carites, la cual, con esfuerzo varonil, se llegó a aquel cruel matador, diciendo de esta manera:

‘¿Veis aquí al fiel compañero y amigo de mi marido? Éste es el que quiere contraer nuevas bodas conmigo; esta mano es aquella que derramó mi sangre; éste es el pecho que pensó y compuso tantos engaños y rodeos para mi destrucción; éstos son los ojos a quien yo en mal hora agradé. Pues, duerme seguro y sueña bien a tu placer, que yo no te heriré con cuchillo ni con espada; nunca plegue a Dios que tal haga, porque no te iguales con mi marido en semejante género de muerte; pero siendo tú vivo, morirán tus ojos y no verás cosa alguna’.

”Diciendo esto, sacó un alfiler de la cabeza e hirió con él en los ojos de Trasilo, y dejándolo así ciego del todo, desenvainó la espada que su marido solía traer, y echó a correr furiosamente por medio de la ciudad y fue hasta la sepultura de su marido. Nosotros y todo el pueblo la seguimos para quitarle la espada de las manos; pero ella se sentó cerca del sepulcro, y apartando a todos, les dijo de esta manera:

‘Dejad, señores, estas lágrimas; dejad el llanto, que es ajeno de mis virtudes, porque yo me vengué del cruel matador de mi marido; yo he punido y castigado al ladrón y malvado robarador de mis bodas; ya es tiempo que con esta espada busque el camino para ir adonde está mi Lepolemo’.

”Y después que hubo contado por orden todas las cosas que su marido le reveló en el sueño, y asimismo de qué manera había engañado a Trasilo, dióse con la espada por debajo de la teta izquierda, y así cayó muerta revuelta en su propia sangre. Finalmente, no pudiendo hablar claro, se le salió el ánima.

”Entonces, los criados de Carites tomaron su cuerpo, y enterráronlo en la misma sepultura de su marido, dándole allí su perpetua compañera.

”Trasilo, vistas todas estas cosas que por él habían pasado, no pudiendo hallar género de muerte que satisficiese a su presente tribulación, y teniendo por muy cierto que ninguna es-

pada ni cuchillo podía bastar a la gran traición por él cometida, hízose llevar al sepulcro de Lepolemo, y estando allí, dijo:

‘¡Oh, ánimas enemigas, veis aquí donde viene la víctima y sacrificio de su propia voluntad para vuestra venganza!’

”Y diciendo esto muchas veces, metióse dentro del sepulcro, y cerradas muy bien las puertas de la tumba, deliberó por hambre sacar de sí el ánima condenada por su propia sentencia”.

Capítulo II

Cómo después que los pastores supieron la muerte de sus señores se huyeron con su hacienda.

SIENDO AQUELLOS PASTORES SABEDORES DE LA CRUEL FORTUNA que había pasado por sus amos, unos lloraban, otros gemían, doliéndose del triste suceso de aquella casa. Y temiendo la novedad de la mudanza de otro señor, aparejaronse para huir, y aquel mayordomo que tenía cargo de las yeguas y ganado (el cual me recibió muy encomendado para tratarme y curar bien), todas cuantas cosas había de precio en la casa y alquería las cargó encima de mis espaldas y de otros caballos, y así se partió, desamparando su primera morada. Nosotros llevábamos a cuestras niños y mujeres; llevábamos gallinas, pollos, pájaros, gatos y perrillos, y cualquiera otra cosa que por su flaco paso podía detener la huida andaba con nuestros pies, y aunque la carga era grande, no me fatigaba mucho el peso de ella, antes me holgaba con la huida por dejar aquel bellaco que me quería castrar y deshacerme de hombre.

Yendo por nuestro camino, habiendo pasado una cuesta muy áspera de un espeso monte, entramos por unos grandes campos, y ya que la noche venía, llegamos a una villa bien

grande y rica, adonde los vecinos nos avisaron que no caminásemos de noche, porque había por allí infinitos lobos muy grandes, feroces y muy bravos, que estaban acostumbrados a saltar y comer a los hombres que caminaban de noche. Pero aquellos malvados huidores que nos llevaban, ciegos con el atrevimiento de la presa que llevaban, y miedo que no los siguiesen, desechando el consejo saludable que les daban, no esperaron el día, mas cerca de medianoche nos cargaron y comenzaron a caminar.

Entonces, yo por miedo del peligro susodicho, me metí en medio de todas las otras bestias, y todos se maravillaban cómo yo andaba más liviano que cuantos caballos allí iban; pero aquello no era livianeza de alegría, mas era indicio del miedo que llevaba: finalmente, que yo pensaba entre mí que aquel caballo Pegaso, por miedo, le habían nacido alas con que voló, y por eso fue hasta el cielo, habiendo miedo que no lo mordiese la ardiente Quimera.

Aquellos pastores que nos llevaban hiciéronse a manera de un ejército; unos llevaban lanzas, otros dardos, otros ballestas, y otros piedras en las manos, y otros llevaban picas bien agudas, y algunos llevaban hachas ardiendo por espantar a los lobos; en tal manera iban, que no les faltaba sino una trompeta para que pareciera hueste de guerra.

Pero aunque pasamos nuestro miedo sin peligro, caímos en otro lazo mucho mayor, porque los lobos, o por ver mucha gente, o por las lumbres de aquéllos, hubieron miedo, o por ventura porque eran idos a otra parte, ninguno de ellos vimos, ni pareció cerca ni lejos. Mas los vecinos de aquellos cortijos por donde pasamos, como vieron tanta gente y armada, pensaron que eran ladrones, y proveyendo a sus bienes y hacienda con gran temor que tenían de no ser robados, llamaron a los perros, que eran más rabiosos y feroces que lobos, y

más crueles que osos, los cuales tenían criados así bravos y furiosos para guarda de sus casas y ganados, y con sus silbos acostumbrados y otras tales voces, echaron los perros contra nosotros, y ellos, además de su propia braveza, esforzados con las voces de sus amos, cercáronnos de una parte y otra, y comienzan a saltar y a morder en la gente sin hacer apartamiento de hombres ni de bestias; mordían tan fieramente, que a muchos echaron por el suelo.

Vierais una fiesta que era más para haber lástima que no para contarla, porque como había muchos perros que andaban como rabiosos, y a los que huían arrebatában con los dientes, y a los que estaban quedos arremetían, y con crueldad y braveza les sacaban los pedazos, en tal manera, que a bocados disminuyeron toda nuestra compañía. He aquí que a este peligro sucedió otro mayor, que los villanos de encima de los tejados, y de una cuesta que estaba allí arriba, echá-bannos tantas piedras, que no sabíamos de qué habíamos de huir. De una parte los perros que andaban cerca de nosotros, y de la otra más lejos las piedras que venían sobre nosotros: de manera que estábamos en harto aprieto.

En esto vino una piedra que descalabró a una mujer que iba encima de mí, y ella, con el gran dolor, comenzó a dar grandes gritos y voces, llamando a su marido, que era un pastor de aquéllos, que la viniese a socorrer.

Él, cuando la vio, limpiándole la sangre, comenzó a dar gritos, diciendo:

—¡Justicia de Dios!, ¿por qué matáis los tristes caminantes, y los perseguís, espantáis y apedreáis con tan crueles ánimos? ¿Qué daño os hemos hecho? ¿Qué robo es este?

Como esto oyeron, luego cesó el llover de las piedras, y apartaron la tempestad de los perros bravos, y uno de aquellos labradores dijo a voces:

—No creáis que nosotros, teniendo codicia de vuestros despojos, os queríamos robar; mas pensando que lo mismo queríais hacer a nosotros, nos pusimos en defensa por quitar nuestro daño de vuestras manos; así que de aquí en adelante podéis ir seguros y en paz.

Esto dicho, comenzamos a andar nuestro camino bien descalabrados, y cada uno contaba su mal: los unos, heridos de piedras; los otros, mordidos de los perros; de manera que todos iban lastimados.

Yendo adelante ya buena parte del camino, llegamos a un valle de muchas arboledas y espesuras de grandes matas, adonde acordaron aquellos pastores que nos llevaban, de holgar un rato por descansar y curarse de las heridas. Así que echáronse todos por aquel prado, y después de haber reposado, curáronse sus llagas lo mejor que pudieron: el uno se lavaba la sangre en un arroyo que por allí pasaba, y otros con esponjas mojadas remediaban la hinchazón de sus llagas; otros ligaban las heridas con vendas, y de esta manera procuraba cada uno su salud.

Entretanto, un viejo asomó por un cerro, el cual debía ser pastor, y uno de los de nuestra compañía le preguntó si tenía leche o cuajada para vender; el viejo cabrero, meneando la cabeza, dijo:

—¿No sabéis en qué lugar estáis? Guardaos de ahí no muráis.

Y diciendo esto, fuese de allí muy lejos. La cual palabra y su huida no poco miedo puso a nuestros pastores. Así que, estando ellos espantados y no viendo a quién preguntar qué cosa fuese aquélla, asomó otro viejo muy mayor que aquel y más cargado de años, con un bordón en la mano, corcovado, y venía como hombre cansado, y llorando muy reciamente: llegó a nosotros, y haciendo grandes reverencias, comenzó a besar a cada uno de aquellos mancebos en las rodillas, diciendo:

—Señores, por vuestra virtud y por el Dios que adoráis, que me socorráis en una tribulación, a mí, viejo cuitado, de un niño mi nieto que casi está a punto de muerte, el cual venía conmigo en este camino, y tiró una piedra a un pajarito que estaba cantando, y por matarlo, cayó en una cueva que estaba llena de árboles por encima, que no se parecía, y creo que está en lo último de su vida, aunque por las voces que da conozco que aun está vivo, mas por mi vejez y flaqueza, como veis, no le pude ayudar. Vosotros, señores, que sois mancebos y recios, fácilmente podréis socorrer a este mezquino viejo, librándome aquel niño, que no tengo otro heredero ni sucesor de mi linaje.

Diciendo esto, el viejo pelábase las barbas, de manera que todos habían lástima de él. Pero uno más recio que ninguno, y más mozo, de gran cuerpo y fuerzas, que aquel solo había quedado sano del ruido pasado, levantóse luego y preguntó en qué lugar había caído. El viejo le mostró con el dedo entre unas zarzas y matas espesas.

Así que el mancebo siguió tras el viejo hacia donde le había mostrado.

Los compañeros, de que hubieron bien comido, y nos otros pacido, cargáronnos para ir su camino, y como aquel mancebo no venía, comenzaron a darle voces; desde que vieron que no respondía, enviaron uno que lo buscase y que le dijese que viniese presto, que era ya hora de caminar: aquel tardó en ir a buscar al otro, y tornó admirado y espantado, diciendo que había visto una cosa maravillosa de aquel mancebo, que vio cómo estaba muerto en el suelo, medio comido, y un dragón espantable encima de él, comiéndolo todo, y que no parecía el viejo; lo cual, visto por los pastores, y conociendo que no había en aquella tierra otro morador sino aquel viejo, conocieron que aquél era el dragón. Así que dejaron aquella tierra y se fueron.

Capítulo III

Cómo Lucio prosigue contando muchos acontecimientos que se ofrecieron siendo asno, yendo con los pastores.

DE ALLÍ FUIMOS A UNA ALDEA, DONDE ESTUVIMOS TODA aquella noche, y allí aconteció una cosa que yo deseo contar.

Un esclavo de un caballero, cuya era aquella heredad, estaba allí por mayordomo y guarda de toda la hacienda, y era casado con una esclava del mismo caballero. El marido andaba enamorado de otra moza libre, hija de un vecino de allí. La mujer, con el dolor y enojo de los amores del marido, tomó cuantos libros de sus cuentas tenía, y toda la hacienda y ropa de casa, no estando allí su marido, y quemólo todo. No contenta con lo que había hecho, ni pensando que estaba vengada de la injuria, tornóse contra sí misma y tomó en los brazos un niño, hijo del marido, y atólo consigo y echóse en un pozo muy hondo.

El señor, cuando supo la muerte de su esclava y del niño, que había sido por causa de los amores del marido, hubo mucho enojo, y tomólo desnudo y enmelado, y atólo muy fuertemente a una higuera vieja que tenía muchas hormigas, que hervían de un cabo a otro, las cuales, como sintieron el dulzor de la miel y el olor de la carne, y aunque eran chicas, pero infinitas, con los continuos y espesos bocados que le daban, en tres o cuatro días le comieron hasta las entrañas, que dejaron los huesos blancos y sin carne ninguna, atados a la vieja higuera, de lo cual se espantaron todos los labradores.

Dejamos también esta mala tierra y partimos, caminando a mucha prisa por unos grandes campos, hasta que llegamos a una ciudad muy noble y bien poblada, adonde aquellos pasto-

res determinaron tomar sus casas y morada, porque les parecía que allí se podrían muy bien esconder de los que viniesen a buscarles. Además de esto les convidaba a morar allí la abundancia que había. Finalmente, que después de haber reposado tres días por descansar, porque nos rehiciésemos del camino, para mejor podernos vender, sacáronnos al mercado, y un pregonero nos comenzó a pregonar, y luego vendió el caballo y otro asno, mas a mí nadie me quería, como a mala bestia.

Ya yo estaba enojado de los que allí estaban, que todos me palpaban las encías, queriendo saber y contar de mis dientes la edad que había, y con este asco, llegando a mí uno que le hedían las manos, sobajando muchas veces mi boca con sus dedos sucios, dile un bocado en la mano, casi le corté los dedos; lo cual espantó tanto a los que allí estaban alrededor, que ninguno me quiso comprar, diciendo que era asno bravo y fiero.

Entonces, el pregonero comenzó a dar grandes voces, que ya estaba ronco, diciendo muchas gracias y burlas contra mi fortuna y desdicha.

—¿Hasta cuándo tardaremos en vender este asno viejo? Tiene las manos y los pies desportillados, flaco y de muy ruin color, perezoso, y, sobre todo, bravo y feroz, tan sin provecho, que no es bueno sino para hacer de su pellejo un harnero; démoslo a alguno que no le pese de perder la paja y cebada que comiere.

En esta manera, jugando aquel pregonero, hacía dar grandes risas a los que allí estaban; pero aquella mi cruelísima fortuna, la cual yo, huyendo por tantas provincias, nunca pude huir de ella, ni con tantos males y tribulaciones como pasé, pude aplacar, otra vez de nuevo lanzó sus ojos ciegos contra mí, dándome un comprador apropiado para mis duras adversidades; y ¿sabéis qué tal? Un viejo calvo y bellaco, cubierto de cabellos de los lados y medio cano, del más bajo linaje y de

las heces de todo el pueblo, el cual andaba con otros trayendo a la diosa Siria por esas plazas, villas y lugares, tañendo panderos y atabales, y mendigando de puerta en puerta sin ninguna vergüenza.

Este echacuervos, con la mucha gana que tenía de comprarme, preguntó al pregonero que de dónde era yo. Le respondió prestamente que era de Capadocia, y que era muy bueno y asaz recio. Preguntóle más: ¿qué edad había? El pregonero, burlándose de mí, dijo:

—Un astrólogo que miró la constelación de su nacimiento, dijo que podría ahora haber como cinco años, pero él sé que sabrá mejor estas cosas, según la profesión de su ciencia. Y como quiera que yo, a sabiendas, incurra en la pena de la ley Cornelia, si revendiere ciudadano romano por esclavo; pero, ¿por qué no compras un servidor tan bueno y provechoso, que te podrá ayudar así en casa como fuera de ella?

Con todo esto, aquel comprador malo no dejó de preguntar cuando esto oyó, y sacar unas cosas de otras. Finalmente preguntó, con mucha ansia, si yo era manso. El pregonero le dijo:

—Es tan manso, que no parece asno, sino cordero: no muerde ni echa coces, que no parece sino que debajo del cuero de un asno mora un hombre muy pacífico y modesto.

En esta manera, el pregonero, con sus chocarrerías, trataba aquel glotón echacuervos, el cual dio por mí siete dineros; y llevándome a su casa, luego, a la entrada de la puerta, comenzó a dar voces, diciendo:

—Mozas, un servidor os traigo del mercado, ¿veislo aquí?

Pero aquellas mozas que él decía, era una manada de mozos bardajes, los cuales, como lo oyeron, habiendo de ello mucho placer y alegría, alzaron grandes voces pensando que les traería algún esclavo que fuese aparejado para lo que ellos querían. Pero cuando vieron que era un asno, torciendo el ros-

tro con enojo, increpaban a su maestro, diciéndole que no había traído servidor para ellos, sino marido para sí.

Diciendo estas y otras cosas de burlas, me ataron a un pesebre, y luego vino un mancebo, que tenía flauta y trompeta, que estaba allí por su sueldo para tañer a la diosa, y en casa ejercitábase en contentar a aquellos medio mujeres, el cual me echó de comer.

Capítulo IV

Cómo después que Lucio, asno, fue vendido a un echacuervos de la diosa Siria, le acontecieron muchos trabajos.

AL OTRO DÍA SIGUIENTE, VESTIDOS DE VARIOS COLORES, Y cada uno de su traje, unos con mitras en sus cabezas, otros con túnicas blancas ceñidas, pusieron encima de mí a la diosa Siria, cubierta de una vestidura de seda. Ellos llevaban los brazos desnudos hasta los hombros y unos cuchillos en las manos, y al son de la flauta bailaban delante de su diosa. Y yendo de esta manera, pasamos por algunas caserías y pueblos, adonde aquellos hipócritas falsos comenzaron a hacer grandes maravillas, bajando furiosamente sus cabezas, torciendo a una parte y a otra los pescuezos, colgando los cabellos y mordiéndose algunas veces los brazos, y aun con aquellos cuchillos que traían se daban de cuchilladas. Entre estos había uno que con mayor furia, así como hombre endemoniado, fingía aquella locura, por parecer que con la presencia de los dioses suelen los hombres no ser mejores en sí, mas antes hacerse flacos y enfermos.

Pues espera, y verás qué galardón hubo de la Providencia celestial. Él comenzó a decir adivinando a grandes voces y

fingiendo mayor mentira, que quería castigar y reprender a sí mismo, diciendo que había pecado contra su santa religión; y por esto quería él tomar por sus propias manos la pena que merecía por aquel pecado que había cometido. Así que arrebató un azote, el cual es propia insignia de aquellos medios mujeres, torcidos muchos cordeles de lana de ovejas y escarchado con choquezuelas de pies de carneros a colores, y dióse con aquellos nudos muchos golpes, hasta que se adormeció las carnes, que parecía que maravillosamente estaba preservado para poder sufrir el dolor de aquellas llagas. Que vieras cómo de las heridas de los cuchillos y de los golpes de la disciplina todo el suelo estaba bañado en la suciedad de aquella sangre afeminada, la cual cosa no poco cuidado y fatiga me ponía en mi corazón, viendo derramar tan largamente sangre de tantas heridas, por ventura que al estómago de aquella diosa extraña no se le antojase sangre de asno, como a los estómagos de algunos hombres se les antoja leche; así que cuando ya estaban cansados, cierto mejor diría cuando hartos de abrir sus carnes, hicieron pausa cesando de aquella carnicería, comenzaron a recoger en sus faldas abiertas dineros de cobre y aun también de plata que muchos les ofrecían. Además de esto, les daban jarros de vino y de leche, queso y harina y trigo candeal, y algunos daban cebada para mí, que traía la diosa.

Ellos, con aquella codicia, rapaban todo cuanto podían y lanzábanlo en costales que para esto traían de industria aparejados para aquella echacorvería y todos los echaban encima de mí, de manera que ya yo iba bien cargado con carga doblada, porque iba hecho troje y templo.

En esta manera, discurriendo por aquella región, la roban. Llegando a una villa principal, como allí hallaron provecho de alguna ganancia, alegres hicieron un convite de placer, que sacaron un carnero grueso a un vecino de allí, con

una mentira de su fingida predicación, diciéndole que con su limosna y sacrificio hartase a la diosa Siria, que estaba hambrienta. Así que su cena bien aparejada, fuéronse al baño, y vinieron muy bien lavados. Trajeron consigo un mancebo aldeano de allí para cenar con ellos, y como hubieron comido unos bocados de ensalada, allí delante de la mesa aquellos sucios bellacos comenzaron a burlar con aquel mancebo, que tenían desnudo, como hacían las mujeres con los hombres.

Yo, cuando vi tan gran traición y maldad, no pudiéndolo sufrir mis ojos, intenté dar voces, diciendo: “¡Oh, Romanos!”, pero no pudiendo pronunciar las otras letras y sílabas, solamente dije muy claro y muy recio: “¡Oh, oh!”, lo cual dije a tiempo oportuno, a causa que muchos mancebos de una aldea de allí cerca, andaban a buscar un asnillo que les habían hurtado aquella noche, y andaban muy codiciosos buscándolo por todos los caminos y apartamientos; los cuales, oyendo mi rebuzno dentro de aquellas casas, creyeron que era su asno, y de improviso todos juntos entraron en casa, donde hallaron aquellos bellacos haciendo aquellas maldades y suciedades, y como los vieron comenzaron a llamar a los vecinos para que viesan aquel aparato torpe y sucio; además de esto, haciendo burla, alababan la purísima castidad de aquellos echacuervos.

Ellos, embarazados y turbados con esta infamia, que fácilmente fue divulgada por todo el pueblo, por lo cual con mucha razón eran aborrecidos y malquistos de todos, aquella noche a las doce, liadas todas sus ropas, se partieron a hurtadillas de aquella villa; y habiendo andado buena parte del camino antes del día, entramos por un desierto y despoblado, siendo ya claro día; entonces hablaron entre sí primeramente, y después aparejéronse para mi daño y muerte; porque quitando la diosa de encima de mí, y puesta en tierra, quitáronme todos

aquellos paramentos que traía, y desnudo atáronme a un roble, y con aquel azote que estaba encadenado de hosezuelos de ovejas, diéronme tantos azotes, que casi me llegaron a lo último de la muerte.

Uno de aquellos me amenazaba con un cuchillo para cortarme las piernas, diciendo que había enfadado con mi feo rebuzno a todos; pero los otros no permitieron que me las cortase, diciendo que por reverencia de la diosa, que estaba delante, no muriese por entonces. En tal manera, que luego me tornaron a cargar de aquellas cosas que llevaba, y dándome buenos palos, coces y encontrones, llegamos a una grande y noble ciudad; adonde un noble varón principal de allí, hombre de buena vida, y que era muy devoto de la diosa Siria, como oyó el sonido de los atabales y panderos y los cantares de aquellos echacuervos a manera de como cantan los sacerdotes de la diosa Cibeles, corrió luego a recibirlos muy devotamente; recibió por huésped a la diosa, y a nosotros todos nos hizo meter dentro del cercado de su ancha casa, y luego comenzaron a entender en aplacar y sacrificar a la diosa con gran veneración y con gruesos animales y sacrificios.

En este lugar me acuerdo yo haber escapado de un grandísimo peligro de muerte, el cual fue este:

Un labrador de allí envió un presente al señor de aquella casa, que era un cuarto de ciervo muy grande y grueso, el cual recibió el cocinero y lo colgó negligentemente tras la puerta de la cocina, no muy alto del suelo. Un lebrél que allí estaba, sin que nadie lo viese, alcanzólo, y alegre con su presa, prestamente desapareció delante de los ojos de los que allí estaban. El cocinero, cuando conoció su daño y la gran negligencia en que había caído, llorando muy fieramente, y como casi deses-

perado que ya casi su señor demandaba de cenar, no sabiendo qué hacer, y con el temor que tenía, se quería ir de su amo. La mujer, que le quería bien, con palabras amorosas le ponía esfuerzos, diciendo:

—¿Cómo tan espantado y atemorizado te ha este presente mal, que determinas de dejar la casa de tu señor, adonde tanto tiempo ha que ganas tu vida? ¿Y no ves que me dejas sola llena de hijos? Por ende yo he hallado un buen remedio, el cual vino por providencia de los dioses, y es éste: toma este asno, que ahora es venido aquí, llévalo a algún lugar apartado y degüéllalo, y una de sus piernas, que es semejante a la que se perdió, le cortas, y muy bien picada y guisada, o de otra manera que sea muy sabrosa, la pondrás delante de tu señor, en lugar del ciervo. Al bellaco pusilánime del cocinero plugo mucho el consejo que la sagaz y astuta de su mujer le había dado, y acordó hacer en mí aquella cruel carnicería, queriendo con mi muerte remediar su vida y la de su mujer e hijos, y para esto comenzó luego a aguzar sus cuchillos, no viendo la hora de tener guisada mi pobre pierna.



LIBRO NOVENO

Argumento

Este noveno libro cuenta la astucia del asno cómo se escapó de la muerte, de donde se le siguió mayor peligro, que creyeron que rabiaba, y con el agua que bebió vieron que estaba sano. – Cuenta de una mujer que engañó a su marido por un sutil arte de un tonel. – Ítem el engaño de las suertes que traían los echacuervos de la diosa Siria; y cómo fueron tomados con un hurto, y fueron presos por ello. – Y de cómo fue vendido a un tahonero, adonde cuenta de la maldad de su mujer y otras cosas de mucho gusto y pasatiempo. – Y cómo después fue vendido a un hortelano, y de un caballero que quiso tomar el asno por fuerza; y lo que le aconteció.

Capítulo I

Cómo después que Lucio entendió que el cocinero le quería matar, buscó astucia para librarse de tan gran peligro, de donde se le siguió otro mayor, del cual también se libró.

AQUEL COCINERO TRAIADOR YA ARMABA CONTRA MÍ SUS crueles manos. Yo, con la presencia de tan gran peligro, no teniendo consejo ni aun tiempo para pensar en él, deliberé, huyendo, escapar de la muerte que sobre mí estaba, y prestamente, quebrando el cabestro con que estaba atado, eché a correr a cuatro pies cuanto pude, y metíme sin empa-

cho ni vergüenza en la sala donde estaba cenando aquel señor de casa sus manjares con los sacerdotes de aquella diosa Siria; y con mi ímpetu derramé y vertí todas aquellas comidas que allí estaban, mesas y candeleros y cosas semejantes, la cual disformidad y estrago, como vio el señor de la casa mandó a un siervo suyo que con diligencia me tomase y como asno importuno y garañón me tuviese encerrado en alguna parte, porque otra vez con mi poca vergüenza no desbaratase su convite placentero y alegre.

Entonces yo me alegré con aquel mandamiento de la guarda y cárcel saludable, viendo cómo con mi astucia y discreta invención había escapado de las crueles y pestilenciales manos de aquel carnicero.

Pero cuando la fortuna persigue a un hombre, ningún buen consejo le aprovecha, porque la invención que a mí me pareció haber hallado para mi salud, me fabricó otro mayor peligro, y fue que un muchacho entró en la sala donde estaban comiendo, y dijo a su señor cómo de una calleja de allí cerca había entrado poco antes un perro rabioso con gran ímpetu y ardiente furor, y había mordido a todos los perros de casa, y después había entrado en el establo y mordido con aquella rabia a muchos de los caballos que allí estaban, y que también había mordido a algunas personas de casa, lo cual asombró a todos, y pensando que por estar yo inficionado de aquella pestilencia hacía aquellas ferocidades, arrebataron lanzas y dardos y comenzáronse a amonestar unos a otros que echasen de sí un mal tan grande como era aquél. Y cierto, ellos me perseguían y rabiaban más que yo, por lo cual, sin duda, me mataran y despedazaran con aquellas lanzas y venablos y con hachas que traían; mas yo, viendo el ímpetu de tan gran peligro, luego me metí en la cámara donde posaban aquellos mis amos.

Entonces ellos, cerrándome luego las puertas, velaban hasta que aquella fuerte pestilencia y rabia se consumiese, para que ellos pudiesen estar sin peligro.

Como yo me vi así encerrado, libre de aquel infortunio, echéme encima de la cama, que estaba muy bien hecha, y descansé durmiendo como hombre, lo cual mucho tiempo había que no usaba. Y a otro día bien claro, habiendo yo muy bien descansado con la blandura de la cama, levantéme esforzado y aceché aquellos veladores que allí estaban guardándome, los cuales altercaban sobre mí de esta manera:

—Este mezquino asno creemos que está fatigado con su furor y rabia, y puede ser que estará ya muerto. Bueno será que veamos lo que hace.

Y abierta una pequeña parte de la puerta, viéronme estar sosegado y muy quieto; y como así me vieron, uno de aquellos que parece los dioses habían enviado para mi remedio, mostró a otro un remedio para conocer mi sanidad, diciendo que me pusiesen una caldera de agua para beber, y que si yo sin temor y como acostumbraba llegase al agua y bebiese, de buena voluntad supiesen que yo estaba sano y libre de toda enfermedad; y por el contrario, si vista el agua hubiese miedo, haciendo algunos meneos y diabluras, y no la quisiese tocar, tuviesen por muy cierto que aquella rabia mortal duraba en mí, y que esto tal se solía guardar, según cuentan los libros antiguos.

Como esto les plugiese a todos, tomaron luego una grande herrada de agua clara y limpia, y con algún temor me la pusieron delante; yo salí luego sin tardanza ninguna a recibir el agua con harta sed que tenía, y comencé a beber de aquella agua, que asaz era para mí verdaderamente saludable. Entonces yo sufrí cuanto ellos hacían, dándome golpes con las manos y tirarme de las orejas y trabarme del cabestro, y cualquier otra cosa que ellos querían hacer por experimentar

mi salud; yo había placer de ello, hasta tanto que contra su desvariada presunción yo probase claramente mi modestia y mansedumbre para que a todos fuese manifiesta.

Capítulo II

Lucio recuenta una historia que oyó haber acontecido en un pueblo, de cómo una mujer burló de su marido.

LUEGO OTRO DÍA SIGUIENTE, HABIENDO YO ESCAPADO DE tanto peligro, me cargaron otra vez de los divinos despojos, y ellos con sus panderos y campanillas comenzamos a caminar, y habiendo ya pasado algunas caserías llegamos a un lugarejo, adonde aquella noche nos aposentamos.

Allí oí contar un gracioso cuento, el cual quiero que vosotros sepáis.

Era un hombre que se alquilaba por trabajador, y con aquello que ganaba se mantenía miserablemente; tenía una mujer galana y requebrada. Un día de mañana, como el marido se fuese la plaza para buscar de trabajar, vino el enamorado de su mujer y metióse en casa.

Estando ellos así, el marido que ninguna cosa sabía ni sospechaba, tornó de improviso a casa y batió a la puerta.

La mujer, que era astuta para tales sobresaltos, hizo meter a su enamorado en un tonel viejo que estaba en un rincón de casa, medio roto y vacío; y abierta la puerta a su marido, comenzó a reñir con él, diciendo:

—¿Cómo así venís vacío y muy despacio, metidas las manos en el seno? ¿No veis nuestra necesidad y pobreza? ¿Por qué no traéis alguna cosilla para comer? Yo, mezquina, que todo el día y la noche me estoy quebrando los dedos hilando,

encerrada en casa, al menos que tenga para encender un candil. ¡Bienaventurada mi vecina Dafne, que en amaneciendo come y bebe cuanto quiere, y todo el día está en placeres con sus enamorados!

El marido, convencido con esto, dijo:

—¿Pues qué es ahora esto? Aunque mi amo está ocupado en un pleito y no nos ha llevado a trabajar, yo he proveído a lo que hemos de comer, porque he vendido aquel tonel, que nunca nos sirve de nada, por cinco dineros a un hombre que aquí viene; por tanto, ayúdame a sacarlo de aquí, y entregarlo hemos a quien me lo compró.

Cuando esto oyó la mujer, sacó el engaño de lo que el marido decía, y fingiendo una gran risa, le dijo:

—¡Oh, qué hombre y buen negociador he hallado, que la cosa que yo, siendo mujer necesitada, tengo vendida por siete dineros, vendió él en la calle por menos!

El marido, alegre con esto, le dijo:

—¿Quién es éste que tanto te dio por él?

La mujer respondió:

—Vos no sabéis nada; ahora entró uno dentro de él para ver qué tal estaba.

No faltó astucia al enamorado, que luego saltó de dentro diciendo:

—Buena mujer, este tonel me parece que está abierto por muchas partes.

Y disimuladamente volvióse al marido, como que no le conocía, y díjole:

—Tú, hombrecillo, quienquiera que eres, ¿por qué no me traes un candil para ver bien por dentro este tonel? ¿Por ventura piensas que he de dar mis dineros sin mirarlo muy bien?

El buen hombre, no sospechando mal, no tardó en encender el candil, y dijo al enamorado:

—Apártate, hermano, y huelga, que yo entraré a ver las heces, y verás si es hendido y mal tratado.

Diciendo esto, tomó la mujer el candil, y él entró en el tonel y comenzó a raer aquellas costras.

El adúltero, como vio que la mujer estaba bajada alumbrando a su marido, dolábala por detrás; y ella, con astucia metida la cabeza en el tonel, burlaba del marido, diciendo: “trae aquí y allí, y quita esto y estotro”, hasta que la obra de ambos fue acabada.

Entonces salió del tonel, y tomando sus siete dineros el mezuquino del marido cargó el tonel a cuestras y llevólo a casa del adúltero.

Aquí estuvimos algunos días, donde por la liberalidad de los moradores de aquella ciudad fuimos muy bien tratados, y mis amos cargados de dones por su adivinar.

Capítulo III

Cómo Lucio recuenta una astuta manera de suerte que los echa-cuervos usaban para sacar dinero; y cómo fueron presos y él vendido a un tahonero.

BIEN SABÍAN ENGAÑAR AL PUEBLO AQUELLOS LIMPIOS Y BUENOS de mis amos, porque para sacar dineros inventaron una suerte sola, la cual aplicaban y referían a muchas cosas, y en cada pueblo de aquéllos la sacaban para responder y engañar a los que les preguntaban y consultaban sobre cosas varias; y la suerte decía de esta manera:

—Por ende, los bueyes juntos aran la tierra, porque para el tiempo venidero nazcan los trigos alegres.

Con esta suerte burlaban a todos; porque si algunos deseaban casarse y les preguntaban cómo sucedería, decían que la suerte respondía que era muy buena para juntarse por matrimonio y para tener buenos hijos. Si alguno quería comprar una heredad, respondían que era muy bien, porque los bueyes y el yugo significaban los campos floridos y llenos de fruto. Si alguno quería ir camino y preguntaba a aquellos buenos sacerdotes de su viaje, decían que sería muy bueno, porque venían en la suerte los más mansos animales que hay en el mundo y más provechosos. Si alguno de aquellos quería ir a la guerra o a perseguir ladrones, y preguntaba si sería su ida provechosa, respondían que la victoria tenían muy cierta, según la demostración de la suerte; porque sojuzgarían al yugo las cervices de los enemigos, y habrían de lo que robasen muy abundante y provechosa presa.

Con esta manera de adivinar y con su grande astucia, no pocos dineros apañaban. Pero ya cansados de recibir dineros, aparejéronse para caminar, llevándome muy bien cargado por un camino muy bellaco de muchos lodos y lagunas, que a cada paso resbalaba y tenía gran miedo de dar con la diosa en tierra.

Saliendo de este mal camino llegamos a unos espaciosos y hermosos campos, y he aquí súbitamente a nuestras espaldas una manada de gente de a caballo, corriendo con gran ímpetu, y pegaron muy recio a los sacerdotes, llamándoles sacrílegos y regulares y grandes ladrones, engañadores y falsarios; dándoles buenas puñadas echaron a todos esposas a las manos, y con palabras muy recias les comenzaron a apretar, para que descubriesen dónde llevaban un vaso de oro que habían hurtado, y que dijesen la verdad, porque fingiendo ellos de sacrificar secretamente a la madre de los dioses que allí iba, de su estrado lo hurtaron escondidamente; y pensando escapar

de la pena de tan gran traición, se partieron calladamente, antes que amaneciese, de la ciudad.

Diciendo esto, no faltó uno de aquellos caballeros que por encima de mis espaldas metió la mano debajo de las faldas de la que yo traía, y buscando bien halló el vaso de oro, el cual sacó delante de todos.

Pero con este tan gran crimen no se avergonzaron aquellos sucios bellacos, mas antes, fingiendo un mentiroso reír, dijeron:

—¡Oh, qué crueldad y sinrazón! ¿Por un vasillo que la madre de los dioses presentó a su hermana Siria, en don de haberla tenido por huésped en su casa, lleváis vosotros a sus sacerdotes presos como a homicidas?

Estas y otras tales mentiras y excusas gritando daban, mas aquellos caballeros, no curando de sus palabras, los tornaron para atrás y los metieron en la cárcel, y el vaso de oro y la diosa que yo llevaba pusieron en el templo de la madre de los dioses.

Al otro día sacáronme a la plaza, y otra vez me pusieron en almoneda, pregonando el pregonero: “¿Quién da más por él?”, y un tahonero de un lugar allí cerca me compró por siete dineros más caro que el echacuervos me había comprado; el cual molinero luego me cargó muy bien de trigo, y por un camino lleno de piedras y cuestras me llevó a su tahona. Allí vi muchos caballos y acémilas que traían aquellas muelas en derredor dando vueltas siempre por un camino. Y no solamente de día, pero toda la noche hacían harina, volviendo continuamente aquellas tahonas. Pero como venía de nuevo, porque no me espantase de la novedad de aquel servicio, aposentóme el nuevo señor en lugar ancho donde estuviese; aquel primer día que llegué me dejó holgar, dándome muy bien de comer.

Pero aquella bienaventuranza de holgar y comer no duró más adelante, porque al otro día siguiente bien de mañana yo

fui ligado a un ingenio de aquéllos, que parecía ser el mayor de todos, y cubierta mi cara fui compelido a caminar por aquel espacio redondo de la canal torcida de manera que yo retornando y rehollando mis pasos en la redondez de aquel término triste y sin esperanza, y no olvidando mi sagacidad y prudencia, fácilmente me di a la novedad de mi servicio; y también, cuando yo era hombre, muchas veces había visto semejantes ingenios.

Mas hallando este oficio muy trabajoso, propuse en mí de hacerme espantadizo y andar para atrás, pensando que como a asno bobo y sin provecho para aquel oficio, me enviarían a otro lugar donde tuviese más liviano trabajo, o por ventura me dejarían holgar.

Pero en balde pensé yo esta astucia dañosa, porque luego muchos de aquellos que allí estaban se pusieron alrededor de mí con varas en las manos; y como yo estaba seguro por tener los ojos tapados, súbitamente con grandes voces me dieron muchos palos, y en tal manera que con aquel ruido me espantaron, que luego dejado todo mi consejo, muy sabiamente, así como estaba ligado con aquellas cinchas de esparto, hice mis discursos y vueltas, alegre, aunque me daban harto trabajo; y con esta súbita mudanza de un extremo a otro, los que allí estaban se finaban de risa.

Ya gran parte del día había muy bien molido, y aun andaba harto desmayado y cansado, cuando me quitaron las cinchas de esparto con que andaba ligado, y lleváronme al pesebre. Pero yo, aunque había bien menester descansar, que casi estaba muerto de hambre, dejando todo refrigerio aparte, me puse a mirar la familia y gente de aquella casa. ¡Oh, Dios, y qué hombrecitos había allí, pintados de las señales de los azotes que les daban, las espaldas negras de los palos, con unos enjalmillos más para cobertura que vestidura; otros so-

lamente con paños menores cubiertas sus vergüenzas, y tan rotos, que casi todo se les parecía, herrados en la frente¹ y argollas de hierro en los pies, las cabezas trasquiladas, los ojos pelados y comidas las pestañas del humo y hollín de la casa, por lo cual todos tenían los ojos muy malos y blanqueaban con el polvo de la harina, como luchadores que se polvorean cuando quieren luchar!

Pues de mis compañeros, los otros asnos y acémilas que molían, ¿qué podría decir? ¡Cuán cansados aquellos machos y jacones flacos, cerca de los pesebres royendo granzones de paja, los pescuezos desollados y llenos de llagas podridas, las narices abiertas para tomar más huelgo, los pechos, del muermo, tosiendo, y de los antepechos que les ponían para moler, todos pelados y llagados, que casi les parecían los huesos, las uñas de pies y manos alzadas hacia arriba de no herrarse, y mancos de andar alrededor, todo el pellejo sarnoso de magrez y flaqueza!

Mirando yo esto, temía de venir en otro tanto, y recordándome de cuando era hombre y que había venido en tanta desventura, bajada la cabeza, lloraba, y no tenía otro solaz de mi pena, sino que con mi natural ingenio, que tenía, me recreaba algo, porque no curando de mi presencia, libremente hacía y hablaba cada uno delante de mí lo que quería, por donde yo conocí que, no sin causa, aquel divino autor de la primera poesía,² deseando mostrar un varón de gran prudencia entre los griegos, celebró y alabó a Ulises haber alcanzado las so-

¹ Cuando los esclavos habían cometido algún delito o se les capturaba por haber huido, sus dueños los hacían marcar en la frente con un hierro candente, imprimiéndoles así letras, y a veces palabras enteras indicando la clase del delito. Por ejemplo, si habían robado, la frase *Cave a fure*: Guárdate del ladrón. Estos caracteres los ennegrecían con una especie de tinta para que fuesen más perceptibles.

² Homero.

beranas virtudes, por haber andado muchas ciudades y conocido diversos pueblos. Así que yo, recordándome de esto, hacía muchas gracias a mi asno, porque me traía encubierto con su figura, ejercitándome por muchos y diversos casos y fortunas, por lo cual si yo no fui prudente, al menos me hizo sabedor de muchas cosas.

Capítulo IV

Cómo Lucio cuenta un gracioso acontecimiento, en el cual la mujer del tahonero, su amo, gozó un enamorado, y cómo, tomándolos juntos, los castigó, en la cual venganza le ahorcaron por arte de encantamiento.

FINALMENTE, QUE YO DELIBERÉ DE TRAER A VUESTRAS OREJAS una buena historia, suavemente compuesta, mejor que las que he dicho, la cual comienza:

Aquel molinero que me compró era hombre de bien y de buena conversación, y tenía una mujer, la más pésima y mala que jamás se vio, con la cual él pasaba mucha pena y enojo en su casa, que por cierto yo había lástima de aquel buen hombre, porque ningún vicio faltaba en aquella mala mujer, que todos se habían lanzado en su cuerpo, como en sucia sentina; soberbia, cruel, lujuriosa, borracha, porfiada, avara en robar donde pudiese, gastadora en cosas sucias, enemiga de fe y de honra. Menospreciaba los dioses, y mentía jurando por ellos, y con juramentos engañaba a todos y al mezquino del marido. Embeodábase luego de mañana, y todo el día gastaba con sus enamorados.

Esta mala mujer, con grande odio me perseguía, que en amaneciendo, antes que ella se levantase, llamaba a los mo-

zos y mandábales que echasen a moler al asno novicio. Y como ella salía del palacio cuando se levantaba, allí, en su presencia, me mandaba dar de palos, y cuando soltaban las otras bestias temprano, mandaba que a mí dejasen hasta más tarde, que no me diesen de comer.

Y esta crueldad suya fue causa que yo más en sus costumbres mirase; de manera que yo veía a menudo entrar un mancebo en su aposento, la cara del cual yo deseaba ver, mas no podía por los anteojos que traía; verdad es que no me faltaba astucia para descubrir, en cualquier manera, la maldad que aquella mala mujer hacía a su marido, mas una vieja que sabía toda la ruindad, y era mensajera entre ella y su amigo, nunca se partía de allí, las cuales, en amaneciendo, almorzaban, y entre sí altercaban quién bebería más del vino puro. La mala de la vieja, alcahueta, hacía estos aparatos públicos y engañosos en gran daño del triste del marido. Y aunque yo muchas veces, entre mí, me enojaba contra Andria, que por hacerme ave me tornase asno, todavía, en esta triste deformidad mía, había placer, porque como tenía las orejas largas, cualquier cosa que decían, aunque estuviese lejos, luego la oía.

Un día, estando la vieja hablando con ella, decía estas palabras:

—Hija mía, mira bien lo que te cumple acerca de este mancebo que ahora amas, porque es negligente y temeroso, y tiene miedo del gesto arrugado de tu marido, y tal enamorado no pertenece para ti, que quieres holgar y llevar buena vida en cuanto tienes tiempo; igual es Filesitero, un mancebo hermoso, gentilhombre, liberal, magnífico, y contra los celos de estos maridos muy esforzado, el cual es digno de ser enamorado de todas las mujeres del mundo, y merecedor de traer una corona de oro, por sola una cosa que hizo el otro día a un casado celoso.

Óyeme ahora, y verás cuánta diferencia hay de un enamorado a otro. Bien conoces un barbudo que es alcaide de esta villa, que tiene una mujer muy hermosa, y es muy celoso; este, pues, habiendo de ir fuera de la ciudad, dejó encomendada la guarda de su mujer a Hormigón, su esclavo, por ser más fiel y diligente. A este cometió secretamente toda la guarda de su mujer, diciéndole que si no guardaba bien a su señora, de manera que ninguno, pasando cerca de ella, solamente le tocase con el dedo o con la falda, que le echaría hierros y en cárcel perpetuamente, donde muriese de hambre, lo cual juró y perjuro muchas veces por todos los dioses. Así que con esta seguridad se partió, dejando por recio guardián a Hormigón, y bien amedrentado, el cual guardaba a su señora con tanta diligencia, que a ninguna parte la dejaba ir, y de continuo estaba sentado cerca de ella, estando hilando o haciendo otras cosas que las mujeres hacen en su casa, y si alguna vez, por grande necesidad, iba a lavarse al baño, Hormigón iba tan pegado a ella, que las faldas llevaba en la mano, y de esta manera, con mucha sagacidad cumplía lo que su señor le había mandado.

Pero no se pudo esconder a Filesitero la hermosura de esta gentil mujer, porque la bondad y castidad de ella le inflamó y puso más codicia para hacer todo lo que pudiese y ponerse a cualquier peligro que le viniese, y con esta gana propuso de combatir y expugnar la fortaleza o casa bien guardada de la dueña, confiando y siendo cierto que la flaqueza humana, con el dinero, al cual toda dificultad es llana, se puede fácilmente derribar, que el oro por dondequiera halla entrada, aunque las puertas sean diamantes muy fuertes.

Un día, andando en este pensamiento, Filesitero halló solo a Hormigón y díjole abiertamente toda su pena y amor, rogándole, con mucha cortesía, que diese remedio a su tormento, porque si presto no alcanzaba lo que deseaba, su muerte

era muy cierta, y que en esto no temiese, porque él iría, secreto, de noche, que nadie lo sintiese, y en un momento de hora se tornaría. Estas y otras persuaciones tales diciendo, añadió un grandísimo aguijón, el cual rompió y pervirtió a Hormigón por su codicia. Echó mano a la escarcela y sacó treinta ducados, nuevos, resplandecientes, de los cuales dijo a Hormigón que diese veinte a su señora y tomase diez para sí.

Cuando esto oyó Hormigón, espantóse de tan abominable pecado, y tapadas las orejas echó a huir; pero el resplandor y la codicia que tenía del oro no le pudo huir de los ojos y del corazón, mas apartado lejos, yéndose aprisa hacia casa, representábasele la hermosura de la moneda ante los ojos, y deseaba apañar lo que ya tenía arraigado en el corazón. Con este pensamiento, el mezquino navegaba como en las ondas de la mar, ya en una cosa ya en otra. De la una parte se le representaba la fidelidad, de la otra la ganancia. De la otra la pena con que le amenazó su señor, de la otra el deleite y provecho del oro. Finalmente, que el oro venció al miedo de la muerte, y apartada de sí toda tardanza, llegóse a su señora, y secretamente le dijo todo el negocio como pasaba.

Ella, con la natural liviandad, luego obligó su pudicicia al maldito metal, y consintió por apañar el dinero.

Cuando Hormigón oyó esto, lleno de placer y gozo, deseaba ya de tocar aquel dinero, que en precio de su fidelidad había ganado, y fue luego a dar la nueva a Filesitero, pidiéndole lo que le había prometido. Y como Hormigón se vio con tanto dinero, habido de buen lance, estaba tan alegre que luego a la noche tomó a Filesitero y lo metió secretamente en la cámara de su señora.

Los nuevos enamorados, estando ya desnudos y a placer, tomando el primer fruto de sus amores, no pensaban ni sospechaban la venida de su marido.

De improviso súbitamente comienzan a dar grandes voces a la puerta de casa, y a querer quebrar la puerta con una piedra; y cuanto más tardaban en abrirla, tanto más sospecha le ponían de la que él tenía. Así que comenzó a amenazar a Hormigón que lo mataría. Hormigón, oyendo esto, y con la prisa que le daba, estaba turbado, y con la turbación no tenía consejo ni sabía qué hacerse, sino decía que no tenía lumbre y que no hallaba la llave de la puerta.

En tanto, Filesitero, como oyó el ruido, arrebató su ropa, y vistióse, mas con la turbación se le olvidaron las chinelas, y salióse de la cámara.

En esto Hormigón llegó con la llave y abrió las puertas a su señor, el cual entró bramando, y luego fue derecho a la cámara. Filesitero en tanto, botó por la puerta fuera de la casa, y Hormigón cerró las puertas.

El marido, desde que vio todo seguro, ya un poco manso, fuese a dormir.

Otro día luego de mañana, como el barbudo se levantó, vio junto a la cama unas chinelas que no eran de casa, las cuales había dejado Filesitero, y sospechando y sacando de allí lo que podía ser, y cómo alguno había dormido aquella noche con su mujer, que las había dejado, calló su dolor y congoja, que ni a su mujer ni a otro de casa dijo cosa alguna, tomó las chinelas secretamente, y metióselas en el seno, y mandó a otros siervos que le trajesen a Hormigón atado hasta la plaza.

El barbudo, yendo todavía entregruñendo, andando aprisa hacia la plaza, tenía por cierto que por las chinelas había de hallar al adúltero que sospechaba haber estado con su mujer. Iba él en este pensamiento, la cara turbia, las cejas caídas y muy enojado, y detrás de él Hormigón atado, aunque no se sabía la culpa que él tuviese; pero él mismo bien lo sabía, por lo cual lloraba, de suerte que los que le veían habían gran duelo de él.

Acaso Filesitero, que iba a otro negocio, encontró con ellos, y como vio de la manera que llevaban a Hormigón, sin miedo ni turbación, y acordándose que se le habían olvidado las chinelas en la cámara, y sospechando que por aquello llevaban así atado a Hormigón, astutamente y con su esfuerzo acostumbrado, apartó a los otros siervos y arremetió con Hormigón, y con grandes voces comenzó a dar de puñadas y decirle:

—¡Oh, malvado, ladrón ahorcado; este tu señor y todos los dioses del cielo, a quien tú has perjurado, te hagan mal y te destruyan, que me hurtaste el otro día mis chinelas en el baño; bien mereces, por cierto, ser muy bien castigado!

Con este engaño que el esforzado Filesitero hizo, el barbudo, que iba determinado de matar a Hormigón, depuesto ya de toda crueldad, tornóse a su casa y llamó a Hormigón, al cual dio las chinelas y perdonó de muy buena gana, y le mandó que luego las tornase a quien las había hurtado.

Acabado de decir esto la vejezuela, comenzó la mujer del tahonero:

—Bienaventurada ella que goza de la libertad de tan constante y recio enamorado; pero yo, mezquina de mí, que caí con uno que ha miedo del sonido de la muela y de la cara cubierta de aquel asno sarnoso que allí está.

Respondió la vieja:

—Pues si tú quieres, yo emplazaré a este alegre enamorado que venga delante de ti, y luego voy por él. Cuando sea noche, espérame, que yo tornaré.

La buena mujer, con el ansia que tenía de ver aquel enamorado, aparejó muy bien de cenar, vinos excelentísimos de buenos, y la mesa puesta con todo lo demás esperando su venida como de algún dios.

Acaso el marido cenaba aquella noche con un pelaire, un muy su amigo. Ya casi a mediodía, que nos soltaba de la taho-

na, para darnos de comer, yo no había tanto placer con la comida y descanso, cuanto porque me desataban los ojos, que libremente podía ver las artes y engaños de aquella mala mujer.

Ya el sol puesto, vino aquella vieja mala con el adúltero escondido a su lado, el cual era un mancebo gentilhombre que entonces le apuntaba la barba. Ella lo recibió con muchos besos, abrazándole, y sentáronse a la mesa.

En comenzando a cenar los primeros bocados, el marido llamó a la puerta, sin ser esperado, ni creyendo que viniera tan presto. Ella, cuando esto vio, comenzó a maldecir, diciendo que las piernas tuviese quebradas y los ojos. Diciendo esto, y sobresaltada, metió el enamorado debajo de una artesa en que limpiaba el trigo, y sentóse cerca de él, y con su malicia acostumbrada, disimulando tanta maldad, con su rostro sereno, preguntó a su marido qué era la causa porque venía tan presto, dejada la cena de su amigo.

El le respondió con mucha tristeza, diciendo:

—Yo vine tan presto, porque acaeció allá una cosa bien bellaca. ¡Oh, Dios, y que es posible que una mujer tan honrada haya de hacer tan gran fealdad! Juro por este pan, que aunque yo lo viera con mis ojos, que no lo creyera.

Ella le preguntó muy ahincadamente le contase aquel negocio, qué era y cómo pasara.

Él, importunado de ella, comenzó a contar duelos ajenos, no sabiendo el triste de los suyos, diciendo así:

—La mujer de este pelaire, mi vecino y amigo, cierto parecía mujer de vergüenza y casta, que no se podía pensar mal de ella; cuando íbamos a cenar ahora a su casa, ella parece que estaba holgando con su enamorado secretamente, y como llegamos, turbada con nuestra presencia, de súbito consejo proveída, tomó aquel su enamorado y metiólo debajo de un azufrador de mimbres, donde tenía azufrando sus tocas, que

estaba junto con la mesa; pensando ella que ya estaba seguramente escondido, sentóse a la mesa a cenar con nosotros sin ningún cuidado.

”Entretanto, con el grave humo del azufre embarbasca-
do el otro, no podía resollar debajo del perfumador; como es vivo y hediondo aquel humo, comenzó a estornudar de la parte donde estaba sentada la mujer.

”El marido pensó que era ella, y díjole como se suele decir: ‘Dios te ayude’. Mas el desventurado dio otro estornudo, y otro; y estornudó tantas veces, que el marido sospechó lo que podía ser, y arrojó de sí la mesa y alzó el perfumador, y halló debajo el gentilhomme, que con el gran humo estaba casi muerto, que no resollaba.

”Cuando lo vio, inflamado de su injuria, echó mano a su espada, que lo quería degollar, pero porque yo estaba presente, y para que no me culpasen de la muerte de aquel hombre, lo defendía diciendo también que si no curase de él, que presto moriría sin cargarnos culpa, según estaba casi ahogado de la furia y violencia del azufre.

”Él, como vio que le decía bien, más por necesidad suya que por mi persuasión, amansado del enojo, sacó al adúltero medio vivo, y lo echó en una calleja cerca de su casa. Yo, como vi la revuelta, dije a la mujer que huyese a casa de una vecina suya, en tanto que al marido se le pasaba el enojo y se le amansaba el calor de la ira y dolor del corazón, porque con la rabia no dudaba que de sí y de su mujer hiciese algún mal recado. Así que yo, enojado de lo que había acaecido en su convite, tornéme a mi casa”.

Diciendo esto el tahonero, su mujer reprendía con muy malas palabras a la mujer de aquel pelaire, diciendo que era una mala mujer, sin fe y sin vergüenza, deshonra de todas las mujeres; que pospuesta su honra y bondad, menospreciando

la honra de su marido y casa, la había ensuciado y deshonorado, por donde había perdido nombre de casada y tomado fama de burdelera; y aun añadía encima de esto, que tales hembras merecían ser quemadas. Pero ella, instigada y amonestada de la llaga que sentía, y de su mala y sucia conciencia, queriendo librar a su enamorado de la pena que tenía debajo de la artesa, ahincaba mucho a su marido que se fuese a acostar temprano. Él, como le habían atajado la cena en casa de su amigo, por no irse a dormir ayuno y sin cenar, demandó a la mujer que le pusiese la mesa.

Ella, aunque contra su voluntad, porque estaba para otro guisada, púsosele delante muy de prisa y de mala gana. A mí se me quería arrancar el corazón y las entrañas, habiendo visto la maldad pasada que hizo y la traición presente de tan mala mujer; y pensaba entre mí cómo, descubriendo aquel engaño y maldad, podría ayudar a mi señor, y aquel que estaba como galápago debajo de la artesa, para que todos lo vieses.

Estando con pena en esto, la fortuna lo hubo de proveer, porque un viejo cojo que tenía cargo de dar pienso a las bestias, siendo la hora de llevarnos a beber, sacónos a todos juntos, lo cual me dio causa muy oportuna para vengar aquella injuria. Así que, pasando cerca de la artesa, vi como era angosta y tenía fuera los dedos de la mano, y púsele el pie encima, apretando tan reciamente, que le desmenucé los dedos.

El adúltero, con gran dolor, dio grandes voces, y echó de sí la artesa, de manera que quedó descubierto a todos, y fue entendida la maldad que aquella mala mujer hacía.

El tahonero, cuando esto vio, no se curó mucho por el daño de la honestidad de su mujer, antes con el gesto sereno y alegre, comenzó a hablar al mozo, que estaba amarillo y temeroso de la muerte, de esta manera:

—No temas, hijo, que de mí te venga mal ninguno, ni tampoco te acusaré para que te degüellen por el rigor de la ley de los adúlteros, pues eres tan lindo y hermoso mancebo. Mas cierto, yo te trataré igualmente con mi mujer, no te apartaré de mi heredad, mas comúnmente partiré contigo; y sin ninguna división, todos tres moraremos en uno; porque siempre yo viví con mi mujer en tanta concordia, que, según sentencia de los sabios, siempre una cosa agradó a entrambos. Por tanto, yo te quiero hacer muy bien curar de la mano que tienes maltratada.

Con estos halagos burlando, llevó al mozo a su cámara, aunque él no quiso, y a la buena de su mujer encerróla en otro aposento.

Otro día de mañana llamó a dos valientes mancebos sus criados, y mandó tomar al mozo y azotarlo muy bien en las nalgas con un azote, diciéndole:

—Pues ya que tú eres tan blando y tierno y tan muchacho, ¿por qué engañas a las mujeres y andas tras las casadas, rompiendo los matrimonios, y tomando para ti, muy temprano, nombre de adúltero?

Diciéndole estas palabras y otras muchas, y habiéndolo muy bien azotado, echólo fuera de casa. Aquel valiente y esforzado enamorado, cuando se vio en libertad que él no esperaba, aunque llevaba las nalgas blandas, bien azotadas, llorando de noche y de día, huyó.

El tahonero dio carta de quita a la mujer, y luego la echó de casa.

Ella, cuando se vio desechada del marido y fuera de su casa y que no comía ni bebía de lo puro, como solía, ni tenía qué dar ni mandar, viéndose afrentada y maltratada, con vida triste y amarga, con su malicia y natural inclinación, tornóse al marido con sus maldades, y armóse de las artes que comúnmente

usan las mujeres, y con mucha diligencia buscó una mala vieja hechicera, que con sus maleficios y hechizos se creía que haría todo lo que quisiese. A esta vieja dio muchas dádivas, prometiéndole otras mayores, y le rogó mucho que hiciese por ella una de dos cosas: o que amansase a su marido y se reconciliase con él, o si aquello no pudiese acabar, que enviase algún fantasma o algún diablo que le atormentase el espíritu.

Entonces aquella hechicera comenzó a invocar a los demonios y a hacer cuanto pudo por tornar el corazón del marido al amor de su mujer; mas esto no sucedió como ella quería, por lo cual se enojó contra los diablos, porque, además de hacerle perder la ganancia que ya le habían prometido, parecía que la menospreciaban, y comenzó a hacer su arte contra la cabeza del mezquino del marido, para lo cual llamó el espíritu de una mujer muerta a hierro, que le viniese a asombrar o matar.

Aquí, por ventura, tú, lector escrupuloso, reprenderás lo que yo digo, y dirás así: “Tú, asno malicioso, ¿dónde pudiste saber lo que afirmas y cuentas que hablaban aquellas mujeres en secreto, estando tú ligado a la piedra de la tahona y tapados los ojos?”

A esto respondo: Oye ahora, hombre curioso, en qué manera, teniendo yo forma de asno, conocí y vi todo lo que se hacía en daño de mi amo:

Un día casi a mediodía, súbitamente, cerca de la tahona, pareció una mujer muy fea y disforme, vestida de muy sucio y vilísimo hábito, los pies descalzos, flaca y muy amarilla, los cabellos medio canos, llenos de ceniza y desgredada, colgando las greñas ante los ojos. Esta mujer diablo echó mano del tahonero, como quien le quería hablar secreto, y llevólo a su cámara, y cerrada la puerta, tardaba mucho, y como ya se acababa de moler todo el trigo que estaba en las tolvas, los mozos tenían necesidad de pedir más, y fueron a la puerta

del palacio, que estaba cerrada por dentro, y llamaron a su señor para que viniese a dar trigo, y como nadie les respondía comenzaron a dar golpes a la puerta, recio, y como estaba fuertemente cerrada, sospechando algún mal, con una palanca arrancaron la puerta.

Cuando entraron, la mujer no pareció; pero hallaron a su señor ahorcado de una viga del aposento, el cual descolgaron con muchos llantos. Hechas sus exequias, lleváronlo a enterrar.

Otro día vino una su hija de otro lugar, donde era casada, mesándose y dándose puñadas en los pechos, la cual sabía de la desdicha que había acontecido a su padre, sin que persona se lo hubiese dicho; mas en sueños le había aparecido el espíritu de su padre muy lloroso, atada la sog a la garganta, y le contó toda la maldad y traición de su madrastra, del adulterio que le acometía, de los hechizos, y de cómo lo hizo descender a los infiernos, endemoniado, la cual, como se fatigaba mucho llorando y gimiendo, los familiares de casa la consolaron e hicieron que diesen espacio a su corazón y al dolor.

Después, pasados los nueve días, hechos todos los oficios al difunto, sacaron a vender en almoneda toda la ropa y bestias como bienes de herencia.

Capítulo V

Cómo Lucio cuenta que lo vendieron a un hortelano, y de sus miserias, y lo que acaeció con un caballero.

AMÍ, DESVENTURADO Y MEZQUINO, ME COMPRÓ EN AQUELLA almoneda un hortelano por cincuenta dineros, el cual

decía que era gran precio; mas que me había comprado tan caro por buscar de comer para sí y para mí.

El tiempo y la razón demandan que yo cuente la manera de mi servicio, la cual era ésta. Aquel mi amo que me había comprado, acostumbraba bien de mañana, cargado de coles y hortaliza, ir a la ciudad que allí cerca estaba, y después que había vendido su mercadería, cabalgaba encima de mí y tornábase a su huerta. Entretanto que él, corcovado, andaba cavando y regando su huerta, yo me recreaba a todo mi placer y descansaba callando, que en otra cosa no entendía.

Así pasaba mi triste vida, contentándome con la alegre vista de la huerta, porque como era verano era cosa placentera.

Mas no quiso mi cruel fortuna que en esta huerta hubiese rosas para tornar a ser hombre con ellas, por ser parte donde muy bien lo pudiera hacer. Viniendo el invierno, tempestuoso y revuelto el signo de Capricornio llovía continuamente y nevaba, y yo, triste, estaba encerrado en un establo sin techo y debajo del cielo, atormentado con el continuo frío. Pero, ¿cómo no estaría yo así, pues que mi señor era tan pobre que no solamente no me podía dar alguna enjalma, o siquiera un poco de tejado, más aún si para sí no lo tenía, que con la sombra de ramas de una choza, donde moraba, era contento?

Demás de esto, en las mañanas hollaba aquel lodo frío y aquellos carámbanos helados, con los pies descalzos, y aun no podía henchir su vientre siquiera de los manjares acostumbrados, porque igual era la cena a mí y a mi amo, que cierto no había diferencia; pero eran bien pocas hojas de lechugas viejas sin sabor, o aquellas que de mucha vejez están espigadas de la simiente, tan altas como escobas, que ya el zumo de ellas se había tornado como carcoma desabrida y amarga.

Viniendo un día mi amo de la ciudad de vender unas coles, encima de mí, he aquí un hombre de buena disposición, y según mostraba su hábito y gesto, debía de ser hombre de armas de alguna hueste, nos encontró en el camino y preguntó con una palabra muy soberbia y arrogante:

—¿A dónde llevas ese asno vacío?

Mi amo no entendió su lenguaje, que era romano o latino, y, bajada la cabeza, pasó adelante.

El caballero, cuando esto vio, no pudo sufrir su acostumbrada soberbia, y enojado por su callar, como si le hubiera hecho una grande injuria, dióle de palos con un sarmiento que en la mano traía, y juntamente le echó de encima de mí, dando con él en tierra.

Entonces el pobre hortelano le respondió humildemente, diciendo que por no saber la lengua no podía saber ni entender lo que había dicho.

El caballero, con enojo, tornóle a decir:

—Pues dime, ¿dónde llevas este asno?

El hortelano respondió que iba a aquella ciudad que allí cerca estaba.

El caballero dijo:

—Pues yo he menester este asno, porque ha de traer, con otras acémilas, unas cargas de nuestro capitán, que aquí cerca está.

Y luego echó la mano y arrebatóme por el cabestro, y comenzóme a llevar.

El hortelano, estando limpiando la sangre que de su cabeza le corría de una descalabradura que le había hecho con el sarmiento, rogábale otra vez que tratase bien y mansamente al compañero, lo cual le pedía diciendo que así Dios le prosperase e hiciese victorioso; y asimismo decía que aquel asnillo era perezoso, y demás de esto tenía una abominable

enfermedad, que era gota coral, y que a mala vez acostumbraba traer de cerca de allí unos pocos de manojos de berzas, y cuando llegaba con ellos, ya no podía resollar: cuanto más para gran carga, que en ninguna manera pertenecía para ello.

Pero desde que el hortelano vio que por ningún ruego se amansaba el caballero, antes veía que se ensoberbecía más, y algunas veces alzaba la mano para darle, buscó un último remedio: fingiendo de quererle besar las rodillas para con-moverle a misericordia, y estando así bajado y encorvado, arrebatólo por entrambos los pies, y alzándolo arriba, dio con él un gran golpe en tierra, y luego saltó encima y dióle muchas puñadas, y con una piedra que allí halló le sacudió muy bien en la cabeza y en las manos y brazos, de manera que lo aturdió y descalabró en muchas partes.

El caballero, con la súbita caída y mucha presteza del hortelano, no tuvo lugar de pelear; solamente gritando amenazaba al hortelano que lo había de matar, lo cual, oído por él, de nuevo le tornó a dar más crueles heridas.

Estando el pobre caballero así maltratado y tendido en tierra, no hallando ningún remedio a su salud y vida, determinó de hacerse el muerto, y así lo hizo.

Entonces el hortelano, que así lo vio, tomándole la espada, cabalgó encima de mí cuanto más aprisa pudo, y acogióse a la ciudad, no curando de ir a ver su huerta, y fué a casa de un amigo suyo, al cual, contándole todo como había pasado, le rogó que le ayudase en aquel peligro en que estaba y que lo escondiese a él y a su asno hasta que pasase el ímpetu de la pesquisa que la justicia había de hacer.

Aquel su amigo, no olvidando la ley de la amistad, recibiólo de buena gana, y a mí, atados los pies y manos, subiéronme por una escalera y metiéronme en un aposento. Al hortelano metieronlo en una canasta con su tapadera encima.

El caballero, según que después supe, como quien se levanta de una gran embriaguez, medio trompicado, como mejor pudo llegó a la ciudad, y confuso de su poco poder y fuerza, no osó decir cosa alguna a la justicia; pero callando y tragando su injuria, halló a ciertos compañeros suyos y contóles ésta su fatiga y pena, a los cuales pareció que él se debía esconder y no descubrirse a nadie, porque además de la injuria que había recibido, que era infame y baja, había de temer el juramento que había hecho de la caballería, que le fuese acusado por haber perdido su espada, y que ellos, como ya tenían señas de nosotros, pondrían mucha diligencia en buscarnos para su venganza.

No faltó un traidor vecino suyo que luego descubrió que estábamos allí escondidos.

Entonces aquellos sus compañeros fuéronse a la justicia, y mintiendo, dijeron que habían perdido en el camino una capa rica y de mucho precio de su capitán, y que la había hallado un hortelano, el cual no se la quería restituir, por lo cual estaba escondido en casa de un su amigo.

Entonces los alcaldes, viendo la querella y el robo que le decían ser hecho al capitán, vinieron a las puertas de nuestra posada, y dijeron a nuestro huésped que aquel que tenía escondido dentro en su casa, pues sabían que era ladrón, que luego le entregase antes que incurriese en pena de su propia cabeza; pero el amigo no se espantó, antes procurando la salud de aquel que había recibido en su protección y amparo, no dijo cosa de nosotros, sino que había muchos días que a tal hombre no había visto.

Los escuderos porfiaban lo contrario, jurando por vida del emperador que allí estaba escondido, y no en otro lugar alguno.

Finalmente, que los alcaldes acordaron de mandar buscarlo, y dijeron a un alguacil que entrase a buscarlo, el cual bre-

vemente revolvió la casa y dijo a los alcaldes que no hallaba tal hombre.

Entonces fue mayor la porfía entre los escuderos, diciendo que sabían por muy cierto que nosotros estábamos allí, y protestaban por el ayuda y favor del emperador.

El amigo nuestro negaba, jurando por los dioses que tal hombre no estaba en su casa.

Yo, cuando oí la porfía y voces que daban, como era asno curioso, deseé saber lo que pasaba; como bajé la cabeza por una ventanilla que allí estaba, por ver qué cosa era aquel tumulto y voces que daban, uno de aquellos escuderos acaso alzó los ojos a mi sombra, que daba abajo, y como me vio, díjolo a todos, y luego levantaron un gran clamor y vocería, riéndose de cómo me vieron arriba en la ventana, y luego me hicieron baja y tomáronme por perdido, como esclavo cautivo. Y luego, buscando bien la casa, hallaron el mezquino hortelano metido en la cesta, al cual llevaron a la cárcel para darle la pena que merecía. Y en todo esto nunca dejaron de burlar con gran risa de mi asomada a la ventana, de donde nació aquel muy usado refrán de “la mirada y sombra del asno”.



LIBRO DÉCIMO

Argumento

En este libro se contiene cómo el caballero llevó al asno a una ciudad, adonde aconteció una notable cosa de una mujer que requirió de amores a un su entenado. – Y de cómo fue vendido el asno a dos hermanos, uno cocinero y otro pastelero de un señor, a los cuales él comía los manjares, y de la buena vida que tuvo con el señor, adonde cuenta muchas cosas graciosas y de pasatiempo, y de un teatro que se hizo, en que se representó el *Juicio de Paris* con las tres diosas, y finalmente cómo el asno huyó.

Capítulo I

Cómo el asno fue llevado por el caballero a una ciudad, y de un extraño caso que allí aconteció.

OTRO DÍA SIGUIENTE, NO SÉ QUÉ FUE NI QUÉ HICIERON DE MI amo el hortelano; pero aquel caballero que por su gran soberbia y tiranía fue muy bien aporreado, quitóme de la casa y llevóme a la suya sin que nadie se lo contradijese. Después me cargó de sus alhajas, que eran cosas de soldados.

Yo iba alegre y galán, porque resplandecía con un yelmo muy luciente y un escudo grande y hermoso y una pica muy fuerte y aguda, la cual había puesto con mucha diligencia encima de la carga, de la manera que los soldados la llevan enris-

trada, lo cual él no hacía tanto por causa que fuese bien puesta, cuanto por espantar a los pobres caminantes que encontrase.

Después que pasamos aquellos campos, no con mucho trabajo, por el camino llano llegamos a una ciudad pequeña, adonde fuimos a posar a casa de un capitán de peones, su amigo, y luego, como llegamos, encomendóme a una esclava, y él se fue a visitar a su capitán.

Después de algunos días que allí estábamos, en los cuales yo tenía buena vida, aconteció una cosa fuera de toda razón y espantable, la cual, porque vosotros también sepáis, acordé poner en este libro.

Aquel curioso capitán, señor de esta posada, tenía un hijo mancebo, buen letrado y virtuoso, adornado de toda modestia y piedad.

Muerta la madre mucho tiempo había, su padre se casó segunda vez y de esta segunda mujer tenía otro hijo que pasaba de doce años. La madrastra, como era rica y viciosa, no mirando a su honor, puso los ojos en su entenado.

Ahora tú, buen lector, has de saber que no lees fábulas de cosas bajas, sino tragedia de altos y grandes hechos, y que has de subir de comedia a tragedia.

Aquella mujer, en cuanto el amor se iba arraigando en su pecho, resistía y disimulaba a sus llamas, pero después que el cruel amor tomó posesión en sus entrañas, no pudiéndolo resistir, determinó hacerse enferma en cama para por este medio alcanzar lo que deseaba, diciendo que era dolor del corazón.

Ninguno hay que no entienda que la persona doliente luego muestra señales claras de su mal: la flaqueza y el color amarillo de la cara, los ojos marchitos, las piernas cansadas, el reposo sin sueño, grandes suspiros y luengos, con grandes fatigas.

Quienquiera que viera a esta dueña, no creyera que estaba atormentada de ardientes fiebres, sino que lloraba. ¡Guay del seso e ingenio de los médicos! ¿Qué cosa es la vena o el pulso, o la poca templanza del calor? ¿Qué es la fatiga del resuello y las vueltas continuas de un lado a otro sin reposo? ¡Oh, buen Dios, qué fácilmente se descubre el mal del amor, no solamente al médico, que es letrado, pero a cualquier hombre discreto, especialmente cuando veis a alguno arder sin tener calor en el cuerpo!

Así ella, reciamente fatigada con la poca paciencia del amor, rompió el silencio de lo que callaba mucho tiempo había, y envió a llamar a su hijo, el cual nombre de hijo ella de buena gana rayara y quitara por no haber vergüenza del mismo.

El mancebo no tardó en obedecer el mandamiento de su madre enferma, y con el gesto triste y honesto entró en la cámara para servirla en todo lo que mandase. Pero ella, fatigada de un gran dolor, estaba en mucha duda entre sí, pensando si se descubriría, por dónde le entraría y qué palabras le diría, y en esto estuvo suspensa un rato.

El mancebo, que ninguna cosa sospechaba, bajados los ojos, le preguntó qué era la causa de su presente enfermedad.

Entonces ella, hallando ocasión muy dañosa, que es la soledad, tomó osadía para decirle su pena, y llorando reciamente y temblando, le comenzó a hablar de esta manera:

—La causa y principio de este mi presente mal, y aun la medicina para él y toda mi salud y remedio, tú solo eres, porque esos tus ojos, que entraron por los míos a lo íntimo de mis entrañas, mueven un cruel encendimiento en mi corazón, por lo cual te ruego que hayas lástima de quien por ti muere, y no te espantes que pecas contra tu padre, mas antes entiende

que libras a su mujer de la muerte. Ahora tienes tiempo, pues estamos solos para cumplir mis deseos a tu voluntad, porque lo que nadie sabe no se puede decir que es hecho.

El mancebo, cuando esto oyó, turbado de tan repentino mal, aunque se espantase y aborreciese tan gran crimen, no le pareció bien desengañarla luego con palabras ásperas, antes tuvo por mejor de amansarla con dilación cautelosa; y así le respondió alegremente, que se esforzase y curase de sí, hasta que su padre se fuese a alguna parte, y viniese tiempo libre para su placer.

Diciendo esto, apartóse de la mortal vista de su madrastra; y viendo que una traición tamaña, como ella pedía que se hiciese, había menester mayor consejo que el suyo, platicó el negocio con un viejo ayo suyo, hombre muy prudente, al cual no pareció otro mejor consejo sino que el mancebo se fuese de casa lejos, por escapar de la tempestad de la cruel fortuna.

Pero la madrastra, como no tenía paciencia para esperar, persuadió a su marido con maravillosas artes y palabras, que luego se fuese a unas aldeas que estaban bien lejos de allí. Lo cual hecho, ella con su locura apresurada, viendo que había lugar para su esperanza, demandóle con mucha instancia que cumplierse con ella lo que había prometido. Pero el mancebo excusábase, diciendo ora una cosa, ora otra; apartándose de su abominable vista cuanto podía, hasta tanto que, conociendo ella claramente que le negaba la promesa, prestamente se le mudó su nefando amor en odio mortal. Y llamando a un esclavo suyo muy malo y aparejado para toda maldad, comunicó con él todo este negocio y pensamiento malvado que ella tenía; lo cual entre ellos platicado, hallaron por bueno que lo matasen con ponzoña. Y luego envió al esclavo a comprar la ponzoña, la cual traída, mezcláronla en un vaso con vino.

En tanto que la malvada hembra y su esclavo deliberaban entre sí la oportunidad y el tiempo para podérselo dar, acaso

el hermano menor, hijo propio de la mala mujer, viniendo de la escuela a la hora de comer, teniendo sed, bebió de aquel veneno que allí halló, no sabiendo la ponzoña y el engaño escondido que allí dentro estaba; y después que hubo bebido la muerte que estaba aparejada para su hermano, súbitamente cayó en tierra sin ánimo.

Los familiares de casa, que esto vieron, comenzaron a dar grandes gritos, y alborotados todos de tan repentino caso, llamaron prestamente a la madre, la cual, como estaba dañada, como mala hembra, ejemplo único de la malicia de las madrastras, no conmovida por la muerte de su hijo, por el parricidio que ella misma había causado, ni por la desdicha de su casa, ni por el enojo que de ello su marido había de tener, ni por la fatiga del enterramiento del hijo, procuró venganza muy presta, por donde causó daño para su casa. Así que muy presto despachó un mensajero que fuese a su marido y le contase la muerte de su hijo.

Cuando el marido oyó estas nuevas tornóse del camino, y entrando en casa, luego ella, con gran temeridad y audacia, comenzó a acusar y decir que su hijo era muerto con la ponzoña del entonado; y en esto no mentía ella, porque el muchacho era muerto con la ponzoña que estaba aparejada para el mancebo; pero ella fingía que su hijo era muerto por maldad del entonado, a causa que ella no quiso consentir en su malvada voluntad, con la cual había tentado de forzarla; y no contenta con estas tan grandes mentiras, añadía más: que porque ella había descubierto esta traición, él la amenazaba de matarla con un puñal.

Entonces, el desventurado marido fue lleno de gran saña contra su hijo, así por la traición que le quería hacer, como por la arrebatada muerte del hijo que presente tenía; de manera que deliberó de hacer morir a su hijo por justicia. Y como

hubo enterrado el hijo, luego se fue a los alcaldes, y les hizo saber la maldad que su hijo había cometido, diciendo que había incurrido en pecado de incesto en acometer a su madre, y que era homicida en la muerte de su hermano, y no contento con esto, amenazaba a la madre que la había de matar.

Esto decía el viejo llorando muy piadosamente, y con su lloro conmovió a los alcaldes, los cuales llamaron luego a un pregonero para que llamase las partes a juicio. Vino el acusador y el reo por llamamiento del pregonero; y asimismo fueron amonestados los abogados de la causa, según la costumbre del senado y leyes de Atenas, que no curasen de hacer dilaciones, ni conmoviesen a los presentes con sus proemios. Estas cosas en esta manera pasadas supe yo, porque las oía a muchos que hablaban en ello; pero cuántas alteraciones hubo de una parte a otra, y con qué palabras el acusador decía contra el reo, y éste se defendía y deshacía su acusación, estando yo ausente atado al pesebre, no lo pude bien saber por entero, ni las preguntas ni respuestas, y otras palabras que entre ellos pasaron, y por esto no os podré contar lo que yo no supe; pero sí lo que hoy quise escribir en este libro.

Capítulo II

Cómo por industria de un senador antiguo fue descubierta la maldad de la madrastra, y libre el mancebo.

DESPUÉS QUE FUE ACABADA LA CONTENCIÓN ENTRE ELLOS, plugo a los jueces buscar la verdad de este crimen por cierta manera, y no dar tanto lugar a la sospecha que del man-

cebo se tenía. Y mandaron que fuese traído allí aquel esclavo diligente que afirmaba que él solo sabía aquel negocio cómo había pasado, y venido aquel bellaco ahorcadizo, ningún empacho ni turbación tuvo ni de ver un caso de tan gran juicio, ni de aquel senado adonde tales personas estaban, o a lo menos de su conciencia culpada, que él sabía bien que lo que había fingido era falso, lo cual él afirmaba como cosa verdadera, diciendo de esta manera:

Que aquel mancebo, muy enojado de su madrastra, lo había llamado y díchole que por vengar su injuria había muerto a su hijo de ella, y que le había prometido gran premio porque callase, y porque él dijo que no quería callar, el mancebo le amenazó que lo mataría, y que el dicho mancebo había des-templado con su propia mano la ponzoña, y la había dado al esclavo para que la diese a su hermano; pero él, temiendo tan gran mal, no la quiso dar al muchacho, y que en fin, el mancebo con su propia mano se la había dado.

Diciendo estas cosas que parecían tener apariencia de verdad, aquel azotado fingiendo miedo, acabóse la audiencia. Lo cual oído por los jueces, ninguno quedó tan justo y tan derecho a la justicia del mancebo, que no le pronunciase ser culpado manifiestamente de este crimen, y como a tal lo debían meter en un cuero de lobo, y echarlo en el río como a parricida; y como ya las sentencias y votos de todos fuesen iguales, y estuviesen firmados de la mano de cada uno, para meterlos en un cántaro de cobre, de donde no se podía sacar después de una vez metidos, ni convenía mudar alguna cosa, porque la sentencia ya era dada en cosa bien vista, y no restaba otra cosa sino entregarlo al verdugo para que cumpliese la justicia, uno de aquellos senadores, el más viejo y de mejor

conciencia, letrado y médico, puso la mano encima de la boca del cántaro, porque ninguno echase su voto dentro, y dijo a todos de esta manera:

—Yo me gozo y soy alegre de haber vivido tanto tiempo, que por mi edad, vosotros, señores, me tengáis en alguna más reputación y cuenta, y por esto no consentiré que acusado el reo por falsos testigos, se haya de condenar por cruel homicidio, ni que vosotros seáis engañados por la mentira de un esclavo, porque cierto yo no veo con qué razón nosotros podemos juzgar a este mancebo. Oíd ahora, y sabed todos cómo pasa este negocio: Este ladrón, muy diligente vino a mí por comprar ponzoña que luego matase, y ofrecíame cien sueldos de oro porque se la diese, diciendo que la había menester para un enfermo que estaba muy fatigado con una enfermedad de hidropesía perpetua, de la cual no podía sanar, y deseaba morir brevemente por librarse del tormento que con la vida tenía. Yo, viendo que este esclavo parlaba mucho y decía cosas livianas, no satisfaciéndome, antes siendo cierto que él procuraba alguna traición, acordé de darle, no ponzoña, mas otra poción soñolienta de mandrágora, que es muy famosa para hacer dormir gravemente, y da un sueño semejante a la muerte; por tanto, si es verdad que el muchacho bebió aquella confección que por mis manos fue hecha, él es vivo, y reposa con gran sueño, y en acabando de consumirse el potente humor de la mandrágora, despertará tan sano como antes. Y si él es verdaderamente muerto, o verdaderamente le mataron, yo no sé de eso.

En esta manera hablando aquel viejo, plugo a todos lo que decía, y fueron luego a mucha prisa al sepulcro donde estaba el cuerpo de aquel muchacho; que casi ninguno de los jueces ni de los principales de la ciudad, ni aun tampoco de los del pueblo, quedó que no viniese allí por ver aquel milagro.

Su padre, muy diligente, con sus propias manos alzó la cobertera de la tumba y halló a su hijo que ya comenzaba a querer levantarse, y abrazándole y besándole, enseñólo al pueblo, y así como estaba lo llevaron a casa de la justicia.

Así que en esta manera descubierta la maldad de la mala mujer y del bellaco del esclavo, fue pronunciada sentencia, que ella fuese desterrada y el esclavo ahorcado, lo que luego se cumplió.

Y a aquel viejo senador, que tanta prudencia tuvo en dar aquel brebaje de mandrágora, y en descubrir el negocio en tal tiempo, diéronle cien sueldos de oro por tan buen servicio.

Capítulo III

Cómo el asno fue vendido a un cocinero y a un panadero, que eran hermanos, y de la buena vida que tenía donde pasó cosas de mucho gusto.

AQUEL CABALLERO QUE ME HUBO DE BUEN LANCE, HÚBOSE de partir para Roma, por mandado de su capitán, a llevar ciertas cartas a su general, y antes que se partiese me vendió a dos hermanos, sus vecinos, por once dineros.

Estos tenían un señor rico, y el uno de ellos era panadero, que hacía pan y pasteles, y fruta de sartén y otros manjares. El otro cocinero, que hacía manjares muy sabrosos y delicados.

Estos dos hermanos moraban ambos en una casa, y compráronme para traer platos y escudillas, y lo que era necesario para su oficio, de manera que yo fui llamado como un tercer compañero entre aquellos dos hermanos, para andar por las aldeas de aquel caballero, y traer todo lo que era menester para su cocina, y otras muchas cosas. Y ciertamente, en nin-

gún tiempo experimenté tan mansa mi adversa fortuna, porque a la noche, después de aquellas muy abundantes cenas y sus esplendísimos aparatos, mis amos acostumbraban a traer a su casilla muchas partes de aquellos manjares. El cocinero traía grandes pedazos de puerco, de pollo y otras carnes, pescados, y otras muchas maneras de comer. El panadero traía pan y pedazos de pasteles, y muchas frutas de sartén, así como juncadas y pestiños, mazapanes y otras cosas de azúcar y miel, lo cual todo dejaban encerrado en su aposento y se iban a lavar al baño. En tanto yo comía y tragaba a mi placer de aquellos sabrosos y delicados manjares que Dios me daba, porque tampoco yo no era tan loco y verdadero asno que, dejados aquellos tan dulces y costosos manjares, cenase heno áspero y duro.

Esta manera y maña de comer a hurto me duró algunos días, porque comía poco y con miedo, y como de muchos manjares comía lo menos, no sospechaban ellos engaño ninguno en el asno; pero después que yo tomé mayor atrevimiento en el comer, tragaba lo más principal y mejor de lo que allí estaba, y como yo escogía siempre lo mejor y más preciado, no pequeña sospecha entró en los corazones de los hermanos, los cuales, aunque de mí no creyesen tal cosa, todavía con el daño cotidiano, con mucha diligencia procuraban de saber quién lo hacía. Finalmente, que ellos se acusaban uno a otro de aquella rapiña y fealdad, y desde adelante pusieron cuidado diligente y mayor guarda, contando los pedazos y partes que dejaban, y cómo siempre faltaba. Roto al fin el velo de la vergüenza, el uno al otro habló de esta manera:

—Por cierto, ya esto ni es justo ni humano menos preciar y disminuir cada día más la fe que está entre nosotros, hurtando lo principal que aquí queda, y aquello vendido escondidamente, acrecientas tu caudal, y aun de ese poco que queda, lle-

vas tu parte igual; por tanto, si a ti no place nuestra compañía, podemos quedar hermanos en todas las otras cosas, y apartarnos de este vínculo de comunidad, porque, según yo veo, este mal crece mucho, de donde nos puede venir gran discordia.

El otro hermano le respondió:

—Por Dios que yo alabo este tu parecer, pues has querido prevenir a la querella de lo que hasta ahora es secretamente hurtado a entrambos, lo cual yo sufriendo muchos días entre mí mismo, me he quejado, porque no pareciese que reprendía a mi hermano de un hurto tan bajo como éste; pero bien está, pues que nos hemos descubierto, para que por mí y por ti se busque el remedio de nuestro daño, y la envidia, procediendo mansamente, no nos traiga contenciones, como entre los dos hermanos Eteocles y Polinices, que el uno al otro se mataron.

Estas y otras semejantes palabras dichas el uno al otro, juraron cada uno de ellos que ningún engaño ni hurto había hecho ni cometido; pero que debían por todas las vías artes que pudiesen buscar el ladrón que aquel común daño les hacía, porque no era de creer que el asno que allí solamente estaba se había de aficionar a comer tales manjares; pero que cada día faltaban los principales y más preciados manjares; demás de esto, en su cámara no había muy grandes ratones ni moscas, como fueron otro tiempo las harpías que robaban los manjares de Fines, rey de Arcadia.

Entretanto que ellos andaban en esto, yo, cebado de aquellas copiosas cenas, y bien gordo con los manjares de hombre, estaba redondo y lleno, y mi cuerpo ablandado con la hermosa grosura, y criado el pelo, que resplandecía; pero esta hermosura de mi cuerpo causó saberse el negocio, porque ellos, movidos de la grandeza y grosura no acostumbrada de mi cuerpo, y viendo que el heno y la cebada que me echaban cada día quedaba allí sin tocar en ella, sospecharon de mí, y

a la hora acostumbrada hicieron como que se iban al baño, y cerradas las puertas como solían, pusieronse a mirar por una hendidura de la puerta y vieronme cómo estaba puesto con aquellos manjares.

Ellos, no haciendo cosa de su daño, tornaron el enojo en muy gran risa, y llamando al otro hermano, y después a todos los servidores de casa, mostrábalas la gula, digna de ponerse en memoria, de un asno perezoso.

Finalmente, que tan gran risa y tan liberal tomó a todos, que vino a las orejas del señor, que por allí pasaba, el cual preguntó qué cosa era aquella de que tanto se reían, si estaban locos o mordidos de la tarántula.

Y sabido el negocio que era, él también fue a mirar por el agujero, de que hubo gran placer, y tan gran risa le tomó, que le dolían las ingles; y abierto el aposento, púsose a mirar de más cerca.

Yo, cuando esto vi, parecióme que veía próspera y amigable la cara de la fortuna, que en alguna manera ya más blandamente me favorecía, y ayudándome el gozo y placer de los que presentes estaban, ninguna cosa me turbaba, antes comía seguramente, hasta tanto que con la novedad de aquella vista, el señor de casa, muy alegremente, mandó me lavaran, y él mismo por sus manos me llevó a su sala, y puesta la mesa, mandóme poner en ella todo género de manjares enteros, sin que nadie hubiese tocado en ellos. Yo, como quiera que ya estaba algún tanto harto de lo que había comido, pero deseando hacerme gracioso y grato al señor, y que él me tuviese en algo, comía de aquellos manjares como si estuviera muy hambriento.

Ellos, por informarse bien si yo era manso, aquello que naturalmente aborrecen los asnos, eso me ponían delante,

por si lo comía, así como carne adobada, gallinas y capones salpimentados, pescados en escabeche y otras muchas cosas.

Entretanto que esto pasaba, había muy gran risa entre los convidados que allí estaban, y un truhán que allí había, dijo:

—Dad alguna copa a este mi compañero.

A lo cual respondió el señor, diciendo:

—Pues tú, ladrón, no has hablado neciamente, que muy bien puede ser que este nuestro convidado desee beber de buena gana de este vino.

Y luego dijo a un paje:

—Daca aquella copa de oro e hínchala de vino y da de beber a mi truhán, y aun dile cómo yo bebí antes que él.

Los convidados que estaban a la mesa estuvieron muy atentos esperando lo que había de pasar.

Entonces yo, no espantado por cosa alguna, muy despacio y a mi placer, retorciendo el labio de abajo a manera de lengua, bebí toda aquella gran copa. Y luego, todos a una voz, con grande clamor me dijeron:

—Dios te dé salud, que tan bien lo has hecho.

En fin, que aquel señor, lleno de gran placer y alegría, llamó a sus dos criados que me habían comprado, y mandóles dar por mí cuatro tantos más de lo en que me habían comprado, y a mí dióme a otro su criado, haciéndole primero un gran sermón, encomendándome mucho, el cual me criaba y trataba asaz humanamente, como a un su compañero. Y porque su amo lo tuviese más acepto, procuraba cuanto podía darme placer con mis juegos. Y primeramente me enseñó a estar a la mesa sobre el codo; después también me enseñó a luchar y a saltar alzadas las manos. Y porque fuese cosa muy maravillosa, me enseñó a responder a las palabras por señales. En tal manera, que cuando no quería, meneaba la cabeza,

y cuando algo quería, mostraba que me placía bajándola, y cuando había sed, miraba al copero y haciendo señal con las pestañas, le demandaba de beber.

Todas estas cosas fácilmente las aprendía y hacía, porque aunque nadie me las mostrara, las supiera muy bien hacer; pero temía que si por ventura, sin que nadie me enseñase, yo hiciese estas cosas como hombre humano, muchos, pensando que podría venir de esto algún cruel presagio o agüero, que como a monstruo y mal agorero me matarían y darían muy bien de comer conmigo a los buitres.

Capítulo IV

Cómo Lucio cuenta qué estado era el de su señor, y cómo partió para la ciudad de Corinto.

POR TODAS PARTES CORRÍA YA LA FAMA DE CÓMO YO, CON MIS maravillosas artes y juegos, era muy placentero; por esta causa era mi señor muy afamado y acatado de todos. Cuando iba por la calle, decían:

“Este es el que tiene un asno que es compañero y convidado, que salta y lucha, y entiende las hablas de los hombres, y da a entender lo que quiere con señales que hace”.

Ahora lo demás que os quiero decir, aunque lo debiera hacer al principio, pero al menos relataré quién era este amo, el cual se llamaba Thiaso. Él era natural de la ciudad de Corinto, que es cabeza de toda la provincia de Acaya; según que la dignidad y majestad de su nacimiento lo demandaba, y de grado en grado, había tenido todos los oficios de honra de la ciudad, y ahora estaba nombrado para ser la quinta vez cónsul, y porque respondiese su nobleza al resplandor de tan gran oficio

en que había de entrar, prometió dar al pueblo tres días fiestas y juegos de placer, extendiendo largamente su liberalidad y magnificencia. De manera que tanta gana tenía de la gloria y el favor del pueblo, que hubo de ir a Tesalia a comprar bestias fieras, grandes y hermosas, y a traer muchas otras cosas de gran precio para regocijar al pueblo.

Después que hubo a su placer comprado todas las cosas que había menester, aparejó de tornarse a su casa, y menospreciadas aquellas ricas sillas en que lo traían, y dejados los carros ricos, unos cubiertos de toldo y otros descubiertos, que allí venían vacíos, y los traían aquellos caballos que nos seguían; y dejados asimismo los caballos de Tesalia, y otros palafrenes franceses, a los cuales el generoso linaje y crianza que de ellos sale, los hace ser muy estimados, venía con mucho amor encima de mí, trayéndome muy ataviado con guarnición dorada y cubierto de tapetes de muy fina seda y brocado y con freno de plata, y las cinchas labradas de seda muy artificialmente, y adornado con muchas campanillas y cascabeles de plata, que venían sonando, que en verdad yo no parecía asno, sino un potente dromedario, según que venía ancho.

Después que hubimos caminado por la mar y por tierra, llegamos a Corinto, adonde nos salió a recibir gran compañía de la ciudad, los cuales, según que a mí me parecía, no salían tanto por hacer honra a mi señor, cuanto era deseando de verme a mí; porque tanta fama había allí de mí, que no poca ganancia hubo por mí aquel que me tenía en cargo. El cual, viendo que muchos tenían grande ansia deseando de ver mis juegos, cerraba las puertas y entraban uno a uno, y él, recibiendo dineros, no pocas sumas rapaba cada día.

En aquel conventículo y ayuntamiento fue a verme una matrona, mujer rica y honrada, la cual, como los otros, merco mi vista con su dinero; y con las muchas maneras de jue-

gos que yo hacía, ella se deleitó y maravilló tanto, que poco a poco se enamoró maravillosamente de mí, y no tomando medicina ni remedio alguno para su loco amor y deseo, ardentemente deseaba echarse conmigo y ser otra Pasifae de asno, como fue la otra del toro; en fin, que ella concertó con aquel que me tenía a su cargo que la dejase echar una noche conmigo y que le daría gran precio por ello. Así que aquel bellaco, porque de mí le pudiese venir provecho, contento de su ganancia, prometióselo.

Ya que habíamos cenado, partímonos de la sala de mi señor y hallamos aquella dueña que me estaba esperando en mi cámara.

¡Oh, Dios, qué bueno era aquel aparato! ¡Cuán rico y ataviado! Cuatro eunucos que allí tenía nos aparejaron luego la cama en el suelo con muchos cojines llenos de pluma delicada y muelle, que parecía que estaban hinchados de viento, y encima ropas de brocado y de púrpura, y encima de todo otros cojines más pequeños que los otros, con los cuales las mujeres delicadas acostumbraban sostener sus rostros y cervices. Y porque no impidiesen el placer y deseo de la señora con su larga tardanza, cerradas las puertas de la cámara se fueron luego; pero dentro quedaron velas de cera ardiendo resplandecientes, que nos esclarecían las tinieblas oscuras de la noche.

Entonces ella, desnuda de sus vestiduras, y llegada cerca de la lumbre, sacó un botecillo de estaño y untóse toda con bálsamo que allí traía, y a mí también me untó y fregó muy largamente; pero con mucha mayor diligencia me untó la boca y narices.

Entonces besándome muy cariñosamente, no de la manera que suelen las mujeres de los burdeles, o las rameras demandonas, o las que hacen negocio con los viajantes, sino pura

y sinceramente, y con mucho ardor me decía: “Te amo y te deseo a ti solo, y sin ti ya no puedo vivir”, y otras cosas a este tenor son las que las mujeres acostumbran atraer a los otros y les declaran y atestiguan su afición. Y, tomándome por el cabestro, fácilmente me hizo bajar como a quien no era nueva ni difícil cosa aquel negocio, mayormente habiendo pasado tanto tiempo que hubiese dicha de abrazar una mujer tan hermosa y que tanto me deseaba. Además de esto yo estaba bien harto de exquisito vino y muy excitado por aquel fragantísimo unguento. Pero me angustiaba con no pequeño temor, pensando de qué manera podría yo con tantas y tan descomunales piernas poseer aquella tan delicada señora, o abrazar con mis duras uñas unos miembros tan blancos y tiernos, hechos de leche y miel, o con una boca tan grande y tosca y unos dientes tan diformes y duros como de piedra tocar aquellos labios tan suaves y colorados como rocío de púrpura. Finalmente, aunque yo conocía que aquella dueña estaba encendida hasta las uñas, pensaba cómo podría recibirme.

¡Guay de mí que causara daño a una mujer como aquella, hijadalga!, caería yo bajo el rigor de la mano de mi dueño y sería arrojado a las bestias feroces.

Ella, entretanto, repetía aquellas palabras blandas, besándome muchas veces y diciendo aquellos dulces halagos con los ojos amodorrados: “¡Téngote, mi palomito, mi pajarito!”, y diciendo esto mostró que mi miedo y mi pensamiento eran muy necios, porque me abrazó muy fuertemente, y cuantas veces yo, recelando de no hacer daño, me retraía, tantas veces ella con aquel rabioso ímpetu me apretaba y se allegaba a mí, tanto que, ¡por Dios!, me parecía que algo me faltaba para satisfacer su deseo.

Ya que la noche trabajosa y muy veladera era pasada, ella, escondiéndose de la luz del día, partióse de mañana, dejan-

do acordado otro tanto precio para la noche venidera, lo cual aquel mi maestro concedió de su propia gana sin mucha dificultad por dos cosas: lo uno por la ganancia que por mi causa recibía; lo otro, por aparejar nueva fiesta para mi señor. En fin que sin tardanza ninguna le descubrió todo el aparato del negocio y en qué manera había pasado.

Cuando él oyó esto, hizo mercedes magníficamente a aquel su criado, y mandó que él me aparejase para hacer aquello en una fiesta pública.

Capítulo V

Cómo se buscaba a una mujer que estaba condenada a muerte, para que en unas fiestas tuviese acceso con el asno en el teatro público, y cuenta el delito que había cometido aquella mujer.

PORQUE AQUELLA BUENA DE MI MUJER, POR SER DE LINAJE Y honrada, ni tampoco otra alguna se pudo hallar para aquello, buscóse una de baja condición por gran precio (la cual estaba condenada por sentencia de la justicia, para ser echada a las bestias), para que públicamente, delante del pueblo, en el teatro, se echase conmigo; de la cual yo supe esta historia:

Aquella mujer tenía un marido, el padre del cual, partiéndose a otra tierra muy lejos, dejaba preñada a su mujer, madre de aquel mancebo, y mandóle que si pariese hija, que luego que fuese nacida la matase.

Ella parió una hija, y por lo que el marido le había mandado, habiendo piedad de la niña, como las madres la tienen de sus hijos, no quiso cumplir aquello que su marido le dijo, y dióla a criar a un vecino.

Después que tornó el marido, díjole cómo había muerto a una hija que parió. Pero después que ya la moza estaba para casar, la madre no la podía dotar sin que el marido lo supiese, y lo que pudo hacer fue que descubrió el secreto a aquel mancebo hijo suyo, porque temía quizá por ventura no se enamorase de la moza, y con el calor de la juventud, no sabiéndolo, incurriese en mal caso con su hermana, que tampoco lo sabía.

Mas aquel mancebo, que era hombre de noble condición, puso en obra lo que su madre le mandaba y lo que a su hermana cumplía, y guardando mucho el secreto, por la honra de la casa de su padre, y mostrando de parte de fuera una humanidad común entre los buenos, quiso satisfacer a lo que era obligado a su sangre, diciendo que por ser aquella moza su vecina desconsolada y apartada de la ayuda y favor de sus padres, la quería recibir en su casa bajo su amparo y tutela, porque la quería dotar de su propia hacienda y casarla con un compañero muy su amigo y allegado.

Pero estas cosas, así con mucha nobleza y bondad bien dispuestas no pudieron huir de la mortal envidia de la Fortuna; por disposición de la cual, luego los crueles celos entraron en la casa del mancebo, y luego la mujer de aquel mancebo, que ahora estaba condenada a ser echada a las bestias por aquellos males que hizo, comenzó primeramente a sospechar contra la moza que era su combleza y que se echaba con su marido, y por esto decía mal de ella. De aquí se puso en acecharlos por todos los lazos de la muerte.

Finalmente, que inventó y pensó su traición y maldad de esta manera:

Esta mujer hurtó a su marido el anillo y fué a la aldea donde tenía sus heredades, y envió a un esclavo suyo que le era muy fiel, aunque él merecía mal por la fe que le tenía, para

que dijese a la moza que aquel mancebo, su marido, la llamaba que viniese luego allí a la aldea, adonde él estaba, añadiendo a esto que muy prestamente viniese sola y sin ningún compañero, y porque no hubiese causa para tardarse, dio el anillo que había hurtado a su marido, el cual, como lo mostrase ella, daría fe a sus palabras. El esclavo hizo lo que su señora le mandaba, y como aquella doncella oyó el mandado de su hermano, aunque este nombre no lo sabía otro, viendo la señal que le mostró, prestamente se partió sin compañía como le era mandado.

Pero después que caída en el hoyo del engaño, sintió las asechanzas y los lazos que le estaban aparejadas, aquella buena mujer, desenfrenada, y con los estímulos de la lujuria, tomó a la hermana de su marido. Primeramente, desnuda, la hizo azotar cruelmente, y aunque ella, hablando lo que era verdad, decía que por demás tenía pena y sospecha que era su combleza, y llamado muchas veces el nombre de su hermano, aquella mala mujer le lanzó un tizón ardiendo entre las piernas, diciendo que mentía y fingía aquellas cosas que decía, hasta que cruelmente la mató.

Entonces, el marido de ésta y su hermano, supo su amarga muerte por los que corrieran presto a la aldea donde estaba, y después de muy llorada, pusiéronla en la sepultura.

El mancebo, su hermano, no pudiendo tolerar ni sufrir con paciencia la rabiosa muerte de su hermana, y que sin causa había sido muerta, conmovido y apenado de gran dolor que tenía en medio de su corazón, encendido de un mortal furor de la amarga cólera, ardía con una fiebre muy ardiente y encendida, de tal manera, que ya a él le parecía tomar medicinas.

Pero la mujer, la cual antes de ahora había perdido con la fe el nombre de su mujer, habló a un físico, que notoriamente era falsario y mal hombre, el cual tenía ya hartos triunfos de su

mano, y era conocido en las batallas de semejantes victorias, y prometióle cincuenta ducados porque le vendiese ponzoña que luego matase, y ella comprase la muerte de su marido; la cual, como vio la ponzoña, fingió que era necesario aquel noble jarabe que los sabios llaman sagrado, para amansar las entrañas y sacar toda la cólera. Pero en lugar de esta medicina que ella decía, puso otra maldita para ir a la salud del infierno.

El físico, presentes todos los de casa y algunos amigos y parientes, quería dar al enfermo aquel jarabe, muy bien destemplado por su mano, pero aquella mujer, audaz y atrevida, por matar juntamente al físico con su marido, como a hombre que sabía su traición, y no la descubriese, y también por quedarse con el dinero que le había prometido, detuvo el vaso que el físico tenía, y dijo:

—Señor doctor, pues eres el mejor de los físicos, no consiento que des este jarabe a mi marido sin que primeramente tú bebas de él una buena parte; porque, ¿cómo sé yo ahora si por ventura está en él escondida alguna ponzoña mortal? Cierto no se ofende, siendo tan prudente y tan docto físico, si la buena mujer, deseosa y solícita acerca de la salud de su marido, procura piedad para su salud necesaria.

Cuando el físico esto oyó, fue súbitamente turbado por la maravillosa desesperación de aquella mujer, y viéndose privado de todo consejo por el poco tiempo que tenía para pensar que con su miedo o tardanza diese sospecha a los otros de su mala conciencia, gustó una buena parte de aquella poción.

El marido, viendo lo que el físico había hecho, tomó el vaso en la mano y bebió lo que quedaba.

Pasado el negocio de esta manera, el médico se tornaba a su casa lo más presto que podía, por tomar alguna saludable poción para apagar y matar la pestilencia de aquel vino que había tomado. Pero la mujer, con porfía y obstinación sacrílega,

como ya lo había comenzado, no consintió que el médico se apartase de ella tanto como una uña, diciendo que no se partiese de allí hasta que el jarabe que su marido había tomado fuese digerido, y pareciese probado lo que la medicina obraba.

Finalmente, que fatigada de los ruegos e importunaciones del físico, contra su voluntad, y de mala gana, lo dejó ir.

Entretanto, las entrañas y el corazón habían recibido en sí aquella ponzoña furiosa y ciega; así que él, lisiado de la muerte y lanzado en una graveza de sueño que ya no se podía tener, llegó a su casa, y apenas pudo contar a su mujer cómo había pasado. Mandóle que, al menos, pidiese los cincuenta ducados que le había ofrecido, en remuneración de aquellas dos muertes. En esta manera aquel físico, muy famoso abogado, con la violencia de la ponzoña dio el ánima.

Ni tampoco aquel mancebo, marido de esta mujer, detuvo mucho la vida, porque entre las fingidas lágrimas de ella, murió de otra muerte semejante.

Después que el marido fue sepultado, pasando pocos días, en los cuales se hacen exequias a los muertos, la mujer del físico vino a pedir el precio de la muerte doblada de ambos maridos; pero aquella mujer mala, en todo semejante a sí misma, suprimiendo la verdad y mostrando semejanza de querer cumplir con ella, respondióle muy blandamente, prometiendo que le pagaría largamente y aun más adelante, y que luego era contenta con tal condición, que le quisiese dar un poco de aquel jarabe para acabar el negocio que había comenzado.

La mujer del físico, inducida por los lazos y engaños de aquella mala hembra, fácilmente consintió en lo que le demandaba, y por agradar y mostrarse ser servidora de aquella mujer que era muy rica, muy prestamente fue a su casa y trajo toda la bujeta de la ponzoña, y diósel a aquella mujer, la cual,

hallada causa y materia de grandes maldades, procedió adelante largamente con sus manos sangrientas.

Ella tenía una hija pequeña de aquel marido que poco ha había muerto, y a esta niña, como la venían por sucesión los bienes de su padre, como el derecho manda, quería muy mal, y codiciando con mucha ansia todo el patrimonio de su hija, deseábala ver muerta. Así que ella, siendo cierto que las madres, aunque sean malas, heredan los bienes de los hijos difuntos, deliberó de ser tan buena madre para su hija cual fue mujer para su marido, de manera que cuando vio tiempo ordenó un convite, en el cual hirió con aquella ponzoña a la mujer del físico, juntamente con su misma hija, y como la niña era pequeña y tenía el espíritu sutil, luego la ponzoña rabiosa se entró en las delicadas y tiernas venas y entrañas, y murió. La mujer del físico, en tanto que la tempestad de aquella poción detestable andaba dando vueltas por sus pulmones, sospechando primero lo que había de ser, y luego como se comenzó a hinchar, ya más cierta que lo cierto, corrió presto a la casa del senador, y con gran clamor comenzó a llamar su ayuda y favor, a las cuales voces el pueblo todo se levantó con gran tumulto. Diciendo ella que quería descubrir grandes traiciones, hizo que las puertas de la casa, y juntamente las orejas del senador, se le abriesen, y contadas por orden las maldades de aquella cruda mujer desde el principio, súbitamente tomó un desvanecimiento de cabeza, cayó con la boca medio abierta, que no pudo más hablar, y dando grandes tenazadas con los dientes, quedó muerta ante los pies del senador.

Cuando él vio esto, como era hombre ejercitado en tales cosas, maldiciendo la maldad de aquella hechicera, que a tantos había muerto, no permitió que el negocio se enfriase con perezosa dilación, y luego, traída allí aquella mujer, apartados

los de su cámara, con amenazas y tormentos sacó de ella toda la verdad, y así fue sentenciada a que la echasen a las bestias.

Como quiera que esta pena era menor que la que ella merecía, diéronse la, porque no se pudo pensar otro tormento que más digno fuese para su maldad.

Tal era la mujer con quien yo había de hacer matrimonio públicamente, por lo cual, estando así suspenso, tenía conmigo muy gran pena y fatiga, esperando el día de aquella fiesta, y por cierto muchas veces pensaba tomar la muerte con mis manos y matarme, antes que ensuciarme juntándome yo con mujer tan maligna, o que hubiese yo de perder la vergüenza con infamia de tan público espectáculo.

Pero privado yo de manos humanas, y privado de los dedos, con la uña redonda y maciza no podía apretar espada ni cuchillo para hacer lo que quería. En fin, yo consolaba estas mis extremas fatigas con una muy pequeña esperanza, y era que el verano comenzaba ya, y que pintaba todas las cosas con hierbezuelas floridas, y vestía los prados con flores de muchos colores, y que luego las rosas, echando de sí olores celestiales, salidas de su vestidura espinosa, resplandecerían y me tornarían a mi primer Lucio, como yo antes era.

Capítulo VI

Lucio, asno, cuenta cómo se representó en un teatro el Juicio de Paris, y otras cosas, y cómo huyó de allí.

MI SEÑOR, DETERMINANDO HACER GRAN FIESTA AL PUEBLO, como ya dije, mandó hacer un teatro muy suntuoso, en el cual se habían de hacer muchos juegos e invenciones, y yo había de ser el postrer juego, porque había de bailar y hacer

mis habilidades delante de todo el pueblo, y después de todo esto, habían de soltar muchas fieras bravas y fuertes a una mujer que tenía graves crímenes, para que la comiesen.

En esto he aquí do viene el día que era señalado para aquella fiesta, y con gran pompa y favor, acompañándome todo el pueblo, yo soy llevado al teatro. Y en tanto que comenzaban a hacer principio de la fiesta ciertas danzas y representaciones, yo estuve quedo ante la puerta del teatro, paciendo grama y otras hierbas frescas, que yo había gran placer de comer; la puerta del teatro estaba abierta y sin impedimento; muchas veces recreaba los ojos, mirando aquellas fiestas graciosas. Porque allí había mozos y mozas de florida edad, hermosos en sus personas y resplandecientes en las vestiduras, saltadores, que bailaban y representaban una fábula griega que se llama Pírrica, los cuales, dispuestos sus órdenes, daban sus graciosas vueltas, unas veces en rueda, otras en ordenanza torcida, otras veces hechos una cuña en manera cuadrada, y apartándose unos de otros.

Después que aquella trompa con que tañían hizo señal que acababan ya la danza, fueron quitados los paños de raso que allí había, y tomadas las velas aparejóse el aparato de la fiesta, el cual era de esta manera:

Estaba allí un monte de madera, hecho a la forma de aquel muy nombrado monte, el cual el gran poeta Homero celebró llamándolo Ideo, adornado y hecho de muy excelente arte, lleno de matas y árboles verdes; y encima de la altura del monte manaba una fuente de agua muy hermosa, hecha de mano de carpintero, y allí andaban unas pocas cabrillas, que comían de aquellas hierbas. Estaba allí un mancebo muy hermosamente vestido, con un sombrero de oro en la cabeza y una ropa al hombro, a manera de Paris, pastor troyano, el cual mancebo fingía ser pastor de aquellas cabras.

En esto vino un muchacho muy lindo, desnudo, salvo que en el hombro izquierdo llevaba una ropa blanca, los cabellos rubios; entre ellos saltaban unas plumas de oro, juntas unas a otras. El cual, según el instrumento y verga que llevaba en la mano, manifestaba ser Mercurio.

Este, saltando y bailando con una manzana de láminas de oro que llevaba en su mano, llegó a aquel que parecía ser Paris, y dióselo, diciéndole lo que Júpiter mandaba que hiciese, y luego se fue.

Entró luego una doncella honesta en su gesto, semejante a la diosa Juno, porque traía con una diadema blanca ligada la cabeza, y traía. asimismo un cetro real. Tras de esta salió otra que luego parecía que era Minerva, la cabeza cubierta con un yelmo resplandeciente, y encima traía una corona de ramos de oliva, con una lanza y una adarga, meneándola a una parte y a otra, como cuando ella pelea. Después de estas entró otra muy poderosa; con hermosa vista y la gracia de su divino color, manifestaba que debía ser la diosa Venus, cual ella era cuando fue doncella, el cuerpo desnudo y sin ninguna vestidura, mostrando su perfecta hermosura, salvo que con un velo sutil de seda cubría su vergüenza, el cual velo un airecillo curioso enamoradamente meneaba. El color de esta diosa era tan hermoso, que el cuerpo era blanco y claro, como cuando sale del cielo, y la vestidura azul, como cuando torna de la mar.

Estas tres doncellas, que representaban aquellas tres diosas, traían sus compañías consigo que las acompañaban. A Juno acompañaban Castor y Pólux, cubiertas las cabezas con sus yelmos y cimeras adornados de estrellas; pero estos dos pastores eran dos muchachos de aquellos que representaban la fábula. Esta doncella, aunque la trompa tenía diversos so-

nes y bailes, salió muy reposada y sin hacer gesto ninguno, y honestamente, con su rostro sereno, prometió al pastor que, si le diese aquella manzana, que era premio de la hermosura, le daría el reino y señorío de toda Asia. A la otra doncella, que en el atavío de sus armas parecía Minerva, acompañaban dos muchachos pajes, que llevaban las armas de esta diosa de las batallas, a los cuales llamaban, al uno Espanto, y al otro Miedo. Estos venían saltando y esgrimiendo con sus espadas sacadas; a las espaldas de ellos estaban las trompetas, que tañían como cuando entran en las batallas, y junto con las trompetas bastardas tocaban clarines, de manera que incitaban a gana de ligeramente saltar.

Esta doncella, volviendo la cabeza, y con los ojos que parecía que amenazaban, saltando y dando vueltas muy alegremente, decía a Paris que si le diese la victoria de la hermosura, que lo haría muy esforzado y muy famoso, con su favor y ayuda en los triunfos de las batallas.

Después de esto, he aquí do sale Venus, con gran favor de todo el pueblo que allí estaba, y en medio del teatro, cercada de muchachos alegres y hermosos, y riéndose dulcemente, estuvo queda con gentil continencia.

Cierto, quienquiera que viera aquellos niños gordos y blancos, dijera que eran dioses del amor, como Cupido, que a honrarla habían salido de la mar, o volado del cielo, porque ellos conformaban en las plumas, arco y saetas, y en todo el otro hábito, al dios Cupido, y llevaban hachas encendidas, como si su señora Venus se casara. Asimismo, otro linaje de damas hermosas la cercaban: de una parte, las Gracias agradables, y de la otra, las muy hermosas Horas, que son ninfas que acompañan a Venus, las cuales, por agradecer a su señora, con sus

guirnaldas de flores, y otras en las manos que por allí echaban y derramaban, hacían un corro muy bien ordenado por dar placer a su señora con aquellas hierbas y flores del verano.

Ya las chirimías tocaban dulcemente aquellos cantos y sones músicos y suaves, los cuales deleitaban suavemente los corazones de los que allí estaban mirando; pero muy más suavemente se conmovían con la vista de Venus; la cual muy paso a paso, por medio de aquellos niños y de sus plumas y alas, moviendo poco a poco la cabeza, comenzó a andar, y con su gesto y aire delicado a responder al son y el canto de los instrumentos, una vez bajando los ojos, otra vez parecía que amenazaba con las pestañas, y algunas veces parecía que saltaba con solos los ojos. Esta, como llegó ante la presencia del juez, echóle los brazos al cuello, prometiéndole que si ella llevase la victoria, que le daría una mujer tan hermosa como ella.

Entonces aquel mancebo troyano de muy buena gana le metiera en la mano aquella manzana de oro, que era victoria.

¿De qué os maravilláis, hombres muy viles, letrados y abogados, y aun digo buitres de rapiña en hábitos de hombre, si ahora todos los jueces venden por dinero sus sentencias, porque, en el comienzo de todas las cosas del mundo, la gracia y hermosura corrompió el juicio que se trataba entre los dioses y el hombre?

Y aquel pastor rústico, juez elegido por el gran Júpiter, vendió la primera sentencia de aquel antiguo siglo, por ganancia de su lujuria, con destrucción y perdimiento de todo su linaje.

Por cierto, de esta manera aconteció otro juicio hecho entre los capitanes griegos.

Cuando Palámides, poderoso en armas, fue condenado de traición, o cuando Ulises fue preferido a Ayaces.

Pues que tal fue aquel otro juicio cerca de los letrados y discretos de Atenas y los otros maestros de toda la ciencia.

Por ventura, aquel viejo Sócrates, de divina prudencia, el cual fue preferido a todos los mortales en sabiduría por el dios Apolo, ¿no fue muerto con el zumo de la hierba mortal, acusado por engaño y envidia de malos hombres, diciendo que era corrompedor de la juventud, la cual antes él constreñía y apretaba con el freno de su doctrina, y murió dejando a los ciudadanos de Atenas mácula de perpetua ignominia? Mayormente que los filósofos de este tiempo desean y siguen su doctrina santísima, y con grandísimo estudio y afición de felicidad juran por su nombre. Mas porque alguno no reprehenda el ímpetu de mi enojo, diciendo entre sí de esta manera: “¿Cómo es ahora razón que suframos un asno que nos esté aquí diciendo filosofías?”, tornaré otra vez a contar la fábula donde la dejé.

Después que fue acabado el *Juicio de Paris*, aquellas diosas, Juno y Minerva, tristes, y semejantes, y enojadas, fuéronse del teatro, manifestando en sus gestos la indignación y pena de la injusticia que les era hecha. Pero la diosa Venus, gozosa y muy alegre, saltando y bailando con toda su compañía, manifestó su alegría.

Entonces, encima de aquel monte, por un caño escondido, salió una fuente de agua de color de azafrán, y cayendo de arriba, roció aquellas cabras que andaban allí paciando, con aquella agua olorosa, en tal manera que, teñidas y pintadas del agua, mudaron el color blanco que era propio suyo, en color amarillo. Así que oliendo suavemente todo el teatro ya que era acabada toda la fábula, sumióse todo aquel monte de madera en una abertura grande de la tierra que allí estaba hecha.

Acabados estos juegos, luego empezó mi maestro a aparejar el teatro para yo ir a danzar. Mas como yo era asno vergonzoso, y no hacía mis cosas públicas, hallando ocasión de tomar las viñas y acogerme, determiné hacerlo, entretanto que

mi maestro aparejaba el teatro, y la otra gente que allí estaba, los unos estaban ocupados en mirar la caza de las bestias, los otros, atónitos en aquel espectáculo y fiesta deleitosa, en tal manera que daban libre albedrío a mi pensamiento para poner en obra mi huida, y también nadie tenía pensamiento ni se curaba de guardar un asno tan manso. Así que, poco a poco, comencé a retraer los pies furtivamente, y de que llegué a la puerta de la ciudad, que estaba cerca de allí, eché a correr cuanto pude, muy apresuradamente, y andadas seis millas, en breve espacio llegué a Zencreas, que es una villa muy noble de los corintios, junta con ella el mar Egeo de la una parte, y de la otra el mar Sarónico, adonde, porque hay puerto seguro para las naos, es frecuentada de muchos mercaderes y pueblos.

Cuando yo allí llegué, apartéme de la gente que no me viese, y en la ribera de la mar, secretamente, cerca del rocío de las ondas del agua, me eché en un blando montón de arena, y allí recreé mi cuerpo cansado, porque ya el carro del sol había bajado y puesto último término al día; adonde yo estando descansando de noche, un dulce sueño me tomó.



LIBRO UNDÉCIMO

Argumento

Nuestro Lucio Apuleyo todo es lleno de doctrina y elegancia; pero este último libro excede a todos los otros: en el cual dice algunas cosas simplemente y muchas de historia verdadera, y otras muchas sacadas de los secretos de la filosofía y la religión de Egipto. – En el principio explica con gran elocuencia una oración, no de asno, mas de elocuente orador, que hizo a la Luna, y luego la respuesta de la Luna. – La copiosa y muy discreta descripción de la pompa sacerdotal. – La reformación del asno en hombre, comidas las rosas. – La entrada que hizo en la religión de Isis. – La abstinencia de su castidad. – Y otra oración que hizo a la Luna. – Y después la feliz jornada que hizo a Roma, adonde, ordenado en las cosas sagradas, de allí fue puesto en el colegio de los principales sacerdotes. – Hablarán copiosamente, que es difícil a la letra tornarlo en nuestro romance: haya paciencia quien lo leyere, y no culpe lo que él, por ventura, no podrá hacer.

Capítulo I

Cómo Lucio cuenta que, venido en aquel lugar de Zencreas, después del primer sueño vio la Luna, a la cual pidió le volviese a su primera forma de hombre.

SIENDO YA DE NOCHE, YO DESPERTÉ CON UN SÚBITO PAVOR, Y vi la luna relumbrando y con un resplandor grande, que a

la hora salía de las ondas de la mar. Yo, hallándome solo y con la ocasión de la noche llena de silencio, pensaba que la luna resplandece con gran majestad, y que todas las cosas humanas son regidas por su providencia, no tan solamente las animalias domésticas y bestias fieras, mas aun los que son sin ánima se esfuerzan y crecen por virtud de su lumbre, y también, por consiguiente, los mismos cuerpos en la tierra, en el aire y en la mar, ora se aumentan con los crecimientos de la luna, ora se disminuyen cuando ella mengua. Pensando yo también que mi fortuna estaría ya harta con tantas tribulaciones y desventuras como me había dado, y que ahora, aunque tarde, me mostraba alguna esperanza de salud, deliberé de rogar y suplicar a aquella venerable diosa me diese su favor. Y luego, quitando de mí toda pereza, me levanté muy alegre, y con gana de limpiarme y purificarme, echéme en la mar metiendo la cabeza siete veces debajo del agua, porque aquel divino Pitágoras manifestó que aquel número septenario era en gran manera aparejado para la religión y la santidad, y con el placer alegre, saliéndome las lágrimas de los ojos, suplicábale de esta manera:

—¡Oh, reina! ¡Ahora tú seas aquella santa Ceres, madre primera de los panes, que te alegraste cuando se halló tu hija, y quitado el manjar antiguo de las bellotas, mostraste manjar deleitoso! ¡Ahora tú seas aquella Venus celestial, que juntas los hombres con amor y haces los casamientos para haber generación! ¡Ahora tú seas hermana del sol, que socorres a las mujeres en sus trabajosos partos! ¡Ahora tú seas aquella temerosa Proserpina a quien sacrificaban con aullidos de noche, y que oprimes los fantasmas con tu forma de tres caras, y refrenándote de los encerramientos de la tierra andas por diversas montañas y arboledas, y eres sacrificada y adorada por diversas maneras! ¡Tú alumbras todas las ciudades del

mundo con esta tu claridad mujeril; y criando las simientes alegres, con tus húmedos rayos dispensas tu lumbré incierta con las vueltas y rodeos del sol! ¡Por cualquier nombre, o por cualquier rito, o nombre que sea lícito llamarte, tú, señora, socorre y ayuda ahora a mis extremas angustias! ¡Tú levanta mi caída fortuna! ¡Tú da paz y reposo a los acaecimientos crueles por mí pasados y sufridos! ¡Basten ya los trabajos, basten ya los peligros, y quítame esta cara maldita de asno, y tórname a hacer Lucio, para que vea y goce de los míos! Y si por ventura a algún dios yo he enojado y me trata con crueldad inexorable, ¡consienta a lo menos que yo muera, pues que no me conviene que viva!

En esta manera, habiendo hecho mis rogativas, tornóme otra vez a venir gran sueño, y acostéme en el mismo lugar donde antes había dormido, para reposar y pasar la triste noche.

No había yo bien cerrado los ojos, he aquí aquella alegre cara, alzando su gesto honrado, salió de en medio de la mar, y de allí poco a poco su luciente figura, ya que estaba toda fuera del agua, pareció que se puso delante de mí. De la cual maravillosa imagen yo me esforzaré a contar, si el efecto de la lengua humana me diere para ello facultad, o si su divinidad me administrare abundante copia de facundia para poderlo decir.

Tenía los cabellos, muchos y muy largos, derramados por el divino cuello, que le cubrían las espaldas. Tenía en su cabeza una corona adornada de diversas flores, en medio de la cual estaba una redondez llana, a manera de espejo, que resplandecía la lumbré de él, para demostración de la luna. De la una parte y de la otra había muchos surcos de arados, torcidos como culebras, y con muchas espigas de trigo por allí nacidas. Traía una vestidura de lino tejida de muchos colores: ahora era blanca y muy luciente, ahora amarilla como flor de azafrán, ahora inflamada con un color rosado, que, aunque

estaba muy lejos, me quitaba la vista de los ojos. Traía encima otra ropa negra, que resplandecía la obscuridad de ella, la cual traía cubierta y echada por debajo del brazo diestro al hombro izquierdo como un escudo, pendiendo con muchos pliegues y dobleces. Era esta ropa bordada al rededor con sus trenzas de oro, y sembrada toda de unas estrellas muy resplandecientes, en medio de las cuales, la luna llena de quince días lanzaba de sí rayos inflamados. Y como quiera que esta ropa la cercaba toda, pendiendo de cada parte, y tenía la hermosa corona ligada con ella, adornada de diversas flores, manzanas, peras y otras frutas, con todo, en la mano tenía otra cosa muy diferente de lo que hemos dicho; porque ella tenía un pandero en la mano derecha, con sus sonajas de alambre y de plata atravesadas por medio con sus hierrecitos, y con un palillo dábale muchos golpes, que lo hacía sonar muy dulcemente.

En la mano izquierda traía un jarro de oro, y del asa del jarro, que era muy linda y pulida, salía una serpiente, que se llama *Aspis*, alzando la cabeza y con el cuello muy alto.

En los pies, divinos y hermosos, traía unos alpargates hechos de hojas de palma. Tal y tan grande me pareció aquella diosa, echando de sí un olor divino, como los olores que se crían en Arabia, y tuvo por bien de hablarme de esta manera:

—Heme aquí, do vengo conmovida por tus ruegos, ¡oh, Lucio!; sepas que yo soy madre y natura de todas las cosas, señora de todos los elementos, principio y generación de los siglos, la mayor de los dioses y reina de todos los difuntos, primera y una sola de todos los dioses y diosas del cielo, que dispenso con mi poder y mando las alturas resplandecientes del cielo, y las aguas saludables de la mar, y los secretos lloros del infierno.

A mí sola y a una diosa honra y sacrifica todo el mundo en muchas maneras de nombres. De aquí los troyanos, que fueron

los primeros que nacieron en el mundo, me llaman Pesinuntica, madre de los dioses. De aquí, asimismo, los atenienses naturales y allí nacidos, me llaman Minerva cecrópea, y también los de Chipre, que moran cerca de la mar, me nombran Venus Pafia; los arqueros y sagitarios de Creta, Diana; los sicilianos de tres lenguas me llaman Proserpina; los eleusinos, la diosa Ceres antigua. Otros me llaman Juno, otros Bellona, otros Recates, otros Ranusia.

Los etíopes, ilustrados de los hirvientes rayos del sol cuando nace, y los arios y egipcianos, poderosos y sabios, donde nació toda la doctrina, cuando me honran y sacrifican con mis propios ritos y ceremonias, me llaman mi verdadero nombre, que es la reina Isis. Habiendo merced de tu desastrado caso, vengo en persona a favorecerte y ayudarte; por eso deja ya esos lloros y lamentaciones; aparta de ti toda tristeza y fatiga, que ya por mi providencia es llegado el día saludable para ti. Así que con mucha solicitud y diligencia entiende y cumple lo que te mandare.

El día de mañana nombro la religión de los hombres, y lo festejo y dedico para siempre en mi nombre; porque apaciguadas las tempestades del invierno, y amansadas las ondas y tormentas de la mar, estando ya manso para navegar, los sacerdotes de mi templo me sacrificaban una barca nueva en señal y primicia de su navegación.

Esta mi fiesta no la debes tú esperar con pensamiento profano; porque por mi aviso y mandado, el sacerdote que fuere en esta procesión llevará en la mano derecha una guirnalda de rosas. Así que, sin empacho ni tardanza, alegre, apartando la gente, llégate a la procesión, confiado en mí, y blandamente llégate al sacerdote, y morderás de aquellas rosas, las cuales comidas, luego yo te desnudaré del cuero de esta pésima y detestable bestia, en que ha tantos días andas metido, y no temas

cosa alguna de lo que te digo, pensando ser cosa difícil; porque yo mando en sueños al sacerdote lo que ha de hacer para que esto venga a efecto; por mi mandado, el pueblo, aunque esté muy apretado, se apartará y te dará lugar, y ninguno de cuantos allí hubiere se espantarán en ver esta cara disforme que traes. Ni tampoco acusará maliciosamente, ni interpretará en mala parte, que tu figura súbitamente sea tornada en hombre.

De una cosa te recordarás y tendrás siempre escondida en lo íntimo de tu corazón: que todo el tiempo de tu vida que de aquí adelante vivieres, hasta el último término de ella, todo aquello que vives lo debes, con mucha razón, a aquella por cuyo beneficio tornas a estar entre los hombres. Tú vivirás placentero y honrado debajo de mi amparo, y cuando hubieres acabado el espacio de tu vida y entrases en el infierno, allí, en aquel subterráneo medio redondo, me verás que alumbro a las tinieblas del río Aqueronte y que reino en los palacios secretos del infierno, y tú, que estarás y morarás en los campos Elíseos, muchas veces me adorarás como a tu abogada cierta y propicia.

Además de esto, sepas que si con servicios continuos, actos religiosos y perpetua castidad merecieres mi gracia, yo te podré alegrar, y a mí solamente conviene prolongarte la vida allende el tiempo constituido a tu término. En esta manera, acabada la habla de esta venerable visión, desapareció delante de mis ojos, tornándose en sí misma.

Capítulo II

Describe con grande elocuencia una solemne procesión que los sacerdotes hicieron a la Luna, en la cual procesión el asno apañó las rosas de las manos del gran sacerdote, y comidas se volvió hombre.

NO TARDÓ MUCHO QUE YO DESPERTÉ DE AQUEL SUEÑO; ME levanté con un pavor y gozo, y asimismo mezclado de un gran sudor, maravillándome mucho de tan clara presencia de esta diosa poderosa, y rociándome con el agua de la mar, estando muy atento a sus grandes mandamientos, recogía entre mí la orden de su monición.

En esto estando, no tardó mucho que el sol dorado salió apartando las tinieblas de la noche oscura, y llegándome a la ciudad, yo vi que la gente y el pueblo de ella henchían todas las plazas en hábito religioso, y triunfante con tanta alegría, que además del placer que yo tenía, me parecía que todas las cosas se alegraban, en tal manera, que hasta los bueyes y brutos animales, y todas las cosas, y aun el mismo día, sentía yo que con alegres gestos se gozaban, porque el día sereno y apacible había seguido a la lluvia que otro día antes había hecho. En tal manera, que los pajaritos y avecicas, alegrándose del vapor del verano, sonaban cantos muy dulces y suaves, halagando blandamente a la madre de las estrellas, principio de los tiempos, señora de todo el mundo.

¿Qué puedo decir, sino que los árboles, así los que dan fruto, como los que se contentan con solamente su sombra, meneando y alzando las ramas con el viento Austro, se reían y alegraban con el nuevo nacimiento de sus hojas, y con el manso movimiento de sus ramos chiflaban y hacían un dulce estrépito; que el mar, amansado de la tormenta y tempestad, y depuesto el rumor e hinchazón de las ondas, estaba templado y con reposo; el cielo, lanzando de sí las oscuras nubes, relumbraba con la serenidad y el resplandor de su propia lumbre?

He aquí donde vienen delante de la procesión, poco a poco, muchas maneras de juegos, hermosamente adornados; uno venía en hábito de caballero, ceñido con su banda; otro vistiendo su vestidura y zapatos de caza, con un venablo en la

mano, representando un cazador; otro vestido con una ropa de seda y chapines dorados, y otros ornamentos de mujer, con una cabellera de cabellos rubios en la cabeza, andando pomposamente, y otro venía todo armado con quijotes y capacete y barbera, y su espada y broquel en la mano, que parecía que salía del juego de la esgrima.

No faltaba otro que le seguía vestido de púrpura, con insignias de senador, y tras de este otro con su bordón, esclavina y alpargates, y con sus barbas de cabrón representaba y fingía persona de filósofo. Otro iba con diversas cañas, la una para cazar aves con un visco, y otras para pescar peces con anzuelo.

Además de esto, vi asimismo que llevaban una osa mansa sentada en una silla y vestida en hábito de mujer casada y honrada. Otro llevaba una mona, con un sombrero velloso en la cabeza, y vestida con un sayo amarillo, con una copa de oro, que parecía a Ganimedes, aquel pastor troyano que Júpiter arrebató para su servicio. Tras de esto, vi que iba allí un asno con alas, que representaba aquel caballo Bellerofonte, y cerca de él andaba un viejo, que podía decir quien lo viese que era Pegaso, como quiera que podía reírse y burlar de entrambos a dos.

Entre estas cosas de juegos que popularmente allí se hacían, ya se aparejaba y venía la fiesta y pompa de mi propia diosa, que me había de librar de tanta tribulación, y delante de ella venían muchas mujeres resplandecientes, con vestiduras blancas, y alegres, con diversas guirnaldas de flores que traían, las cuales henchían de flores, que sacaban de sus senos, las calles y plazas por donde venía la fiesta y procesión. Otras llevaban en las espaldas unos espejos resplandecientes, por mostrar a la diosa, que venía tras de ellas, el servicio y la fiesta que le hacían. Otras había que rociaban las plazas con muchas aguas olorosas.

Además de esto, iba gran muchedumbre de hombres de toda suerte, y mujeres con sus candelas, hachas y cirios, y con otro género de fuego artificial, con muchas banderas de seda de muchas invenciones y artes hechas, favoreciendo y honrando las estrellas celestiales. También iban muchos instrumentos de música, así como sinfonías, y suaves flautas y chirimías, que cantaban muy dulcemente, a las cuales seguía una danza de muy hermosas doncellas, con sus alcandoras blancas, cantando un canto muy gracioso, el cual, con favor de las musas, ordenó aquel sabio poeta, en el cual se contenía el argumento y ordenanza de toda la fiesta.

Otros iban cantando dulces canciones de mayores votos, y otros con trompetas dedicadas al gran dios de Egipto, Serapis, los cuales, con las trompetas retorcidas puestas a la oreja derecha, cantaban aquellos versos familiares del templo y de la diosa. Otros muchos había que iban haciendo lugar por donde pasase la fiesta.

En esto vino una gran muchedumbre de hombres y mujeres de toda suerte y edad, relumbrando con vestiduras de lino puro y muy blanco; mezcláronse con los sacerdotes que allí iban. Las unas llevaban los cabellos untados con olores y ligados en limpios y blandos trenzados. Los hombres llevaban las cabezas raídas, reluciéndoles las coronas como estrellas terrenales de gran religión, tañendo y haciendo dulce sonido con panderos y sonajas de alambre y de plata, y aun también de oro. Y aquellos principales sacerdotes, que iban vestidos de aquellas vestiduras blancas hasta los pies, llevaban las alhajas e insignias de sus poderosos dioses.

El primero de los cuales llevaba una lámpara resplandeciente, no semejante a nuestra lumbre con que nos alumbramos a las cenas de la noche, pero era un jarro de oro; tenía la boca ancha, por donde echaba la llama de la lumbre larga-

mente. El segundo iba vestido semejante a este, pero llevaba en ambas manos un altar, que quiere decir auxilio, al cual, la providencia de la soberana diosa, que es ayudadora, le dio este propio nombre. Iba el tercero y llevaba en la mano una palma con hojas de oro sutilmente labradas, y en la otra un caduceo, que es instrumento de Mercurio. El cuarto mostró un indicio y señal de equidad, conviene a saber: llevaba la mano izquierda extendida, la cual, por ser de su natural perezosa y que no es astuta ni maliciosa, parece que es más aparejada y conveniente a la igualdad y la razón, que no la mano derecha. Este mismo llevaba en la otra mano un vaso de oro redondo y hecho a manera de teta, del cual salía leche. El quinto traía una criba de oro, llena de ramos dorados.

No tardaron tras de esto de salir los dioses, que tuvieron por bien de andar sobre pies humanos. Aquí venía Mercurio, mensajero de los dioses, con la cara negra, ahora de oro; alzando la cerviz, y cabeza de perro; el cual traía en la mano izquierda un caduceo, y con la derecha sacudiendo una palma. Tras de él seguía una vaca levantada en su estado, la cual es figura de la diosa madre de todas las cosas; porque como la vaca es útil y provechosa, así lo es esta diosa: la cual imagen o figura llevaba encima de sus hombros uno de aquellos sacerdotes, con pasos muy pomposos. Otro llevaba un cofre donde iban todas las cosas secretas de aquella religión. Otro, asimismo, llevaba en su regazo la venerable figura de su diosa soberana, la cual no era de bestia, ni de ave, ni de otra fiera, ni tampoco era semejante a figura de hombre.

Mas por una alta invención y novedad, para argumento inequívoco de la reverencia y gran silencio de su secreta religión, era una cosa de oro resplandeciente, figurado de esta manera: un vaso pulidamente obrado, abajo redondo, y de parte de fuera bien esculpido, con figuras y simulacros de los egip-

cianos, la boca no muy alta, pero tenía un pico luengo como canal, por donde echaba el agua, y de la otra parte un asa muy larga y apartada del vaso, encima del cual estaba torcida una serpiente áspid, con la cerviz escamosa y el cuello alto y soberbio; y luego, he aquí donde llegan mis hados y beneficios, que por la presente diosa me fueron prometidos, y el sacerdote que traía esta misma salud mía, allegó a cumplir el mandato a la divina promisión, el cual traía en su mano derecha un pandero con sonajas, y colgada de ella una corona de rosas, la cual, por cierto, a mí se me podía muy bien dar, porque había pasado tantos y tan grandes trabajos y peligros.

Con todo esto yo no me movía súbitamente, arremetiéndome recio y con ferocidad, temiendo que por ventura con el ímpetu repentino de una bestia de cuatro pies no se turbase el orden de la procesión. Mas, poco a poco, deteniéndome, con la cara alegre y el paso como de hombre de seso, bajando el cuerpo, dándome lugar el pueblo, por la gracia de la diosa, llegué muy pasito cerca del sacerdote que llevaba las rosas, el cual, siendo ya amonestado y avisado de la diosa por el sueño y la visión de la noche pasada, según que del mismo negocio yo pude conocer, maravillándose asimismo cómo todo aquello concordaba con lo que le había sido revelado, luego estuvo quedo, y de su propia gana tendió su mano a mi boca y me dio la corona de rosas.

Entonces, yo, temblando y dándome el corazón muchos saltos en el cuerpo, llegué a la corona, la cual resplandecía, tejida de rosas delicadas y frescas, y tomándola con mucha gana y deseo, deseosamente la tragué.

No me engañó la promesa celestial, porque luego, a la hora, se me cayó aquel disforme y fiero gesto de asno. Primeramente los pelos duros se me quitaron, y desde adelante el cuero grueso se adelgazó; el vientre, hinchado y redondo, se asentó;

las plantas de los pies, que estaban hechas uñas, se tornaron dedos; las manos ya no eran pies como de antes, y se levantaron derechas para hacer su oficio; la cerviz, alta y grande, se achicó; la boca y la cabeza se redondearon; las orejas, grandes y gruesas, se tornaron a su primera forma, y también los dientes, que eran crecidos, tornaron a ser menudos como de hombre; la cola, que principalmente me daba pena, desapareció.

Aquellas gentes y el pueblo que allí estaba se maravillaron todos. Los sacerdotes adoraron y honraron tan evidente potencia de la gran diosa y la magnificencia semejante a la revelación de la noche pasada y la facilidad de esta mi reforma, y alzando las manos al cielo, todos a una voz testificaban y decían este tan ilustre beneficio de su diosa. Yo, espantado y como pasmado, estaba quedo y callando, revolviendo en mi corazón tan repentino y tan gran gozo, que no cabía en mí, pensando qué era lo primero que principalmente había de comenzar a hablar, de dónde había de tomar el comienzo de la nueva voz. ¿Con qué palabras podría ahora la lengua, otra vez nacida, comenzar con mejor dicha? ¿Con cuáles y con cuántas palabras yo podría hacer gracias a tan gran diosa?

Pero el sacerdote, que por la divina revelación estaba informado de todos mis trabajos y penas desde el principio, como quiera que él también estaba espantado, hizo señal y mandó que primeramente me diesen una vestidura de lino con que me vistiese, porque yo, luego que vi que el asno me había despojado de aquella cobertura bruta y nefanda, apretadas las piernas estrechamente y puestas las manos encima, según que convenía a hombre desnudo, tapaba mis vergüenzas.

Entonces, uno de la compañía de aquella religión, prestamente se quitó una ropa que traía, y cubrióme. Lo cual así

hecho, el sacerdote, con alegre gesto, estando pasmado de verme en la forma que me veía, me habló de esta manera:

—¡Oh, Lucio: habiendo tú padecido muchos y diversos trabajos con grandes tempestades de la fortuna, y siendo maltratado de mayores tribulaciones, finalmente viniste al puerto de salud y era de misericordia, y no te aprovechó tu linaje y la dignidad de tu persona ni aun tampoco la ciencia que tienes; mas antes, con la incontinencia de tu mocedad, puesto en vicios de hombres siervos y bajos, hubiste el premio y galardón de tu agudeza y curiosidad sin provecho!

”Mas como quiera que sea, la ciega fortuna, pensando de atormentarte con estos pésimos trabajos y peligros, te trajo con su malicia, no por ella vista, a esta bienaventuranza, pues vaya ahora y bravee con su furia cuanto quisiere, y busque, desde luego, para su crueldad, otra materia donde se ejercite, porque en aquellos cuyas vidas y servicios la majestad de nuestra diosa tomó bajo su amparo y protección, no ha lugar ningún caso contrario. ¿Qué le aprovecharon a la malvada de la fortuna los ladrones, qué le aprovecharon las fieras o el servicio en que te puso, o las idas y venidas de los caminos ásperos que anduviste, o el miedo de la muerte en que cada día te puso?

”Y ahora eres recibido en tutela y guarda de la prosperidad, pero de la que es buena y alumbrada a los dioses. De aquí adelante ten la cara alegre, y que se conforme con este tu hábito cándido y blanco. Acompaña la pompa y procesión de esta diosa que te salvó, con pasos alegres, porque lo vean los herejes y conozcan su error. He aquí, Lucio, librado de las primeras tribulaciones, gozoso con la providencia de la gran diosa, y triunfando con vencimiento de su desdicha. Y porque seas más seguro y mejor guardado, entrégate a esta santa religión,

y por tu voluntad toma el yugo de esta milicia, porque cuando comenzares a servir a esta diosa, entonces tú sentirás mucho más el fruto de tu libertad”.

De esta manera, habiendo hablado aquel egregio sacerdote, estando ya cansado de hablar, calló, y entonces yo, mezclándome con aquella compañía de religiosos, iba en la solemne procesión acompañando aquella solemnidad, señalándome y notándome con los dedos y los gestos todos los de la ciudad, y todos hablando de mí, diciendo:

—La divinidad de nuestra gran diosa reformó y trasladó hoy a éste de bestia en hombre; por cierto, él es bienaventurado, y hubo buena dicha, que por la inocencia y la fe de la vida pasada mereció tan gran favor y ayuda del cielo, que casi ha tornado a nacer hoy de nuevo, y luego fue dedicado y puesto en el servicio de las cosas sagradas.

Dicho esto, viniendo un poco adelante con la procesión, llegamos a la ribera de la mar en aquel mismo lugar donde otro día antes mi asno había tenido su establo, y allí, puesta la diosa y las otras cosas sagradas en tierra honradamente, el principal de los sacerdotes ofreció a la diosa una nave muy pulidamente obrada y pintada con pinturas maravillosas, como las que se pintan en Egipto, y hechos sus sacrificios y solemnísimas preces, con una tea ardiendo y un huevo y piedra azufre, rezando con su casta boca, después de haberla limpiado y purificado, la dedicó y nombró a esta gran diosa.

La nave tenía una vela muy blanca de lino delgado, en la cual estaban escritas unas letras que declaraban el voto de los que ofrecían, porque la diosa les diese próspero viaje. Tenía asimismo la nave su mástil, que era un pino redondo, alto y muy hermoso, con su entena y su gavia, y la popa de la nave era cubierta de láminas de oro, con las cuales resplandecía. Y todo el cuerpo de la nave era de cedro, limpio y muy pulido.

Entonces todo el pueblo, así los religiosos como los seglares, con sus harneros y espuertas en las manos llenos de olores y de otras cosas semejantes, para suplicar a su diosa, las lanzaban dentro en la nao; y asimismo desmenuzadas estas cosas con leche, las lanzaban sobre las ondas de la mar, por ceremonia de sus sacrificios. Hasta tanto que la nao, llena de estos dones y otras largas promesas y devociones, sueltas las cuerdas de las áncoras, fue echada en la mar con su sereno y próspero viento, la cual después, con su ida, se nos perdió de vista. Los que traían las cosas sagradas, tomando cada uno lo que traía a cargo, alegres y con mucho placer, en procesión como habían ido, se tornaron a su templo.

Después que hubimos llegado al templo, el principal de los sacerdotes y los otros que traían aquellas divinas reliquias, y los que eran novicios en aquella religión, entráronse dentro en el sagrario, adonde pusieron sus imágenes y reliquias que traían. Entonces, uno de aquéllos, al cual los otros llamaban escribano, estando a la puerta, llamó allí todo el colegio de aquellos sacerdotes, de encima de un púlpito, y comenzó a pronunciar en palabras y lenguaje griego, diciendo: "Paz sea al Príncipe y gran Senado, caballeros, y a todo el pueblo romano, y buen viaje a los marineros y a las naves que van por la mar, y salud a todos los que son regidos y gobernados debajo de nuestro imperio". En fin de lo cual, dio licencia a todo el pueblo, diciendo que se fuesen con Dios. A lo cual respondió todo el pueblo con gran clamor y alegría, por donde pareció que a todos había de venir buena ventura, como el escribano decía.

Después de esto, todos los que allí estaban, con gran gozo y con sus guirnaldas de rosas y flores, besando los pies de la diosa, que estaba hecha de plata y puesta en las gradas del templo, fuéronse para sus casas; pero a mí no me dejaba mi corazón apartarme de allí el canto de una uña; mas atento en

la hermosura de la diosa, me recordaba de la fortuna que me había acontecido.

Capítulo III

Cómo Lucio cuenta el ardiente deseo que tuvo de entrar en la religión de la diosa, y cómo fue primero industriado para recibirla.

LA FAMA, QUE VUELA CON SUS ALAS MUY LIGERAMENTE, NO cesó ni fue perezosa, antes voló muy presto en mi tierra, recontando el honorable beneficio de la providencia de la diosa, y la memorable fortuna que por mí había pasado. En tal manera, que mis familiares y criados, y asimismo mis parientes, quitado el luto que a mi causa habían tomado por la falsa relación y mensajería que de mi muerte tenían, súbitamente se alegraron, y luego vinieron corriendo a mí, cada uno con su presente, para ver mi presencia.

Yo asimismo, holgándome con ver mi gesto y persona, de lo cual ya estaba desesperado, recibí sus dones y presentes, dándoles muchas gracias por ello, lo cual yo tenía razón de hacer, porque estos mis familiares y amigos habían tenido cuidado de traer cumplidamente lo que había menester, así para vestirme y ataviarme como para el otro gasto. Así que, después que les hube hablado en general y a cada uno particularmente, diciéndoles todas mis primeras fatigas y penas, y el gozo presente en que estaba, tornéme otra vez a la muy agradable vista y presencia de la diosa. Y alquilada una casa dentro del cerco del templo, constituí allí mi morada temporal, sirviendo por entonces en las cosas de dentro de casa que me mandaban, estando de continuo en la compañía de aquellos sacerdotes, no apartándome del servicio de la gran diosa;

en tal manera, que ninguna cosa pasó, ni hube reposo alguno, sin que viese y contemplase en esta diosa, cuyos sagrados mandamientos y servicios, como quiera que mucho antes a ellos yo me viese obligado, me parecía que ahora lo comenzaba a hacer y a servirla; y aunque en esto yo tenía gran deseo y voluntad, pero excusábame y tenía como religioso temor y vergüenza, mayormente que con mucha diligencia preguntaba la dificultad que había en el servicio de aquella religión, y sabía yo que había gran abstinencia y castidad. Además de esto miraba con mucha cautela que la vida de aquella religión era disminuida y estaba debajo de muchos casos y ocasiones, lo cual todo pensando entre mí muchas veces, no sé cómo dilataba lo que mucho deseaba.

Estando en este pensamiento, una noche soñaba que el sumo sacerdote me daba y ofrecía la falda llena, y preguntándole yo qué cosa era aquella, me respondió que traía allí ciertas cosas que me enviaban de la ciudad de Tesalia, y que asimismo había venido de allá un siervo mío, que por nombre había Cándido.

Despertando con este sueño, revolvía muchas veces mi pensamiento, diciendo qué cosa podía ser aquesta, mayormente que no me recordaba en tiempo alguno haber tenido siervo que por tal nombre se llamase. Pero porque la adivinanza del señor se enderezase a bien, yo creía y se me figuraba que el ofrecimiento de aquellas cosas que me daban, en todas maneras significaban alguna cierta ganancia.

En esta manera, estando en gran congoja, atónito con la prosperidad de la ganancia, esperaba la hora de maitines para que las puertas del templo fuesen abiertas, las cuales desde que se abrieron, comenzamos a adorar y suplicar a la imagen venerable de la diosa. Y el sumo sacerdote, andando por estos altares y aras, procuraba hacer su sacrificio y divinos oficios.

Y después tomó un vaso de agua de la fuente secreta, e hizo la salva, como se acostumbraba en las solemnidades y suplicaciones divinas. Lo cual todo muy bien acabado, los otros religiosos comenzaron a cantar la hora de prima, adorando y saludando a la luz del día, que entonces comenzaba.

Estando en esto vinieron de mi tierra mis criados y servidores que allá había dejado cuando Andria, criada de Milón, me encabestró por su necio error. Así que, conocidos mis criados y mi caballo cándido y blanco que ellos me traían, el cual era perdido y lo habían cobrado por conocimiento de una señal que traía en las espaldas, por lo cual yo me maravillaba de la solercia de mi sueño, mayormente que, además de concordar con la ganancia prometida, me había dado en lugar del siervo Cándido, mi caballo, que era de color cándido y blanco.

Lo cual todo así hecho, con mucha solicitud y diligencia, yo frecuentaba el servicio del templo, con esperanza cierta que por los servicios presentes habría alguna remuneración.

No menos con todo esto, cada día me crecía el deseo y la codicia de recibir aquel hábito y religión, por lo cual muchas veces rogué y supliqué ahincadamente al principal de los sacerdotes que tuviese por bien de ordenarme, para que yo pudiese intervenir en los secretos sacrificios; pero él, como era personaje grave y muy afamado en la observancia y guarda de su religión, con mucha clemencia y humanidad, como suelen los padres templar los deseos apresurados de sus hijos, halagaba y aplacaba la fatiga de mi deseo, dilatando mi importunidad con promesa de mejor esperanza, diciendo que el día que cualquiera se hubiese de ordenar, había de ser mostrado y señalado por la voluntad de la diosa, y también por su divina providencia había de ser elegido el sacerdote que había de administrar en sus sacrificios, y por semejante, ella había de declarar el gasto necesario para aquellas ceremonias; las cuales

cosas nosotros somos obligados a esperar con mucha paciencia, y guardarnos de ser apresurados y de ser remisos, apartándonos de no caer en culpa de lo uno ni de lo otro; conviene a saber: que si soy llamado a la religión, no tengo de tardar, y si no me llaman, no ir de prisa; ni hay ninguno del número de estos sacerdotes que tenga tan perdido el seso, ni se pondrá tan a peligro de muerte, que sin ser llamado por la diosa, osase emprender tan sacrílego ministerio, de donde pudiese contraer culpa mortal, porque en mano de esta diosa están las llaves de la muerte y la guarda de la vida, y la entrada de esta religión se ha de celebrar a manera de una muerte voluntaria y rogada salud. Mayormente que esta diosa acostumbraba elegir para su servicio y religión a los hombres que ya están en el último término de su vivir, a los cuales seguramente se puede cometer el silencio y la autoridad de su orden, porque con su providencia hace tornar de nuevo a vivir a los que, en alguna manera renacidos en esta religión, entran en ella. Por las cuales razones me convenía obedecer el mandamiento celestial.

Y como quiera que clara y abiertamente la diosa, por su gracia y bondad, me hubiese señalado y elegido para el ministerio de su religión, pero que ni más ni menos que los otros sus servidores me había de abstener, guardar y apartar de todos los manjares y actos profanos y seculares, por donde más derechamente pudiese llegar a los secretos purísimos de esta sagrada religión.

Después que el sacerdote hubo dicho esto, no creáis que por ello yo me enojase, ni se corrompió mi servicio; antes muy atento, con grandísima paciencia y sufrimiento, continuamente hacía el oficio que convenía a las cosas sagradas del templo, y no recibí en ello engaño, ni la liberalidad de la diosa poderosa consintió que yo padeciese pena de larga tardanza.

Mas una noche obscura claramente en sueños la vi, diciendo que ya era llegado el día que yo mucho deseaba, en el cual

alcanzaría y tendría efecto mi voto y deseo, diciendo asimismo cuánto era lo que se había de gastar en el aparato de los oficios y las ceremonias, y cómo aquel su principal sacerdote, que Mitra se llamaba, me había de juntar y poner en el número de los de aquella compañía sagrada, señalándome por uno de los ministros de aquella religión.

Yo, cuando oí estas razones y otras semejantes palabras de aquella señora, recreado en mi corazón, casi aun no era bien de día, cuando muy presto me fui a la celda del sacerdote. Y yo que llegaba a la puerta y él que salía, dile los buenos días, y con mayor instancia y ahínco que solía, pensaba decirle que tuviese ya por bien de recibirme al servicio y la deuda que debía a su religión.

El sacerdote, luego que me vio, antes que nada le dijese, comenzó de esta manera:

—¡Oh, Lucio, tú eres dichoso y bienaventurado, pues que por su propia voluntad nuestra diosa te ha juzgado y escogido por hombre digno para su servicio! Así que, pues esto así es, ¿por qué te tardas y no despachas presto? Este es aquel día que tú mucho deseabas, en el cual por estas mis manos tú serás ordenado para los piísimos secretos de esta diosa y de su religión.

Diciendo esto, aquel viejo honrado me tomó con su mano derecha y me llevó muy presto a las puertas del magnífico templo, las cuales abiertas con aquella solemnidad que convenía, acabado el sacrificio de la mañana, sacó de un lugar secreto del templo unos ciertos libros escritos de letras y figuras no conocidas; en parte eran figuras de animales, que declaraban lo que allí se contenía, y de partes figuras de sarmientos torcidos y atados por las puntas, porque la lección de las letras fuese escondida de la curiosidad de los legos.

De allí me dijo y enseñó las cosas que era necesario aparejar para mi profesión, las cuales luego yo con alguna liberalidad, por una parte, y mis compañeros por otra, procurábamnos comprar y buscar.

Así que venido el tiempo, según que el sacerdote decía, llevóme, acompañado de muchos religiosos, a unos baños que allí cerca estaban, y primeramente me hizo lavar, como es costumbre, y después, rezando y suplicando a los dioses, rociándome todo de una parte y de otra, limpióme muy bien y tornóme al templo casi pasadas dos partes del día, y púsome ante los pies de la diosa, diciéndome secretamente ciertos mandamientos que es mejor callarlos que decirlos; pero en presencia de todos me dijo estas cosas, conviene saber: que en aquellos diez días continuos me abstudiese de comer, ayunando, y que no comiese carne de ningún animal ni bebiese vino.

Las cuales cosas por mí guardadas derechamente con venerable abstinencia, ya que era llegado el día señalado y prometido para mi recepción, casi a la tarde, cuando el sol baja, he aquí donde vienen muchos compañeros vestidos al modo antiguo de vestiduras sagradas, y cada uno de ellos diversamente me daba su don. Entonces, apartados de allí todos los legos, y vestido yo de una túnica de lino blanco, el sacerdote me tomó por la mano, y me llevó a lo íntimo y secreto del sagrario.

Por ventura, tú, lector estudioso, podrás aquí con ansia preguntar qué es lo que después fue dicho o hecho, o qué me aconteció, lo cual yo diría si fuese cosa conveniente el decirlo, y si no conociese que a ninguno conviene saberlo ni oírlo, porque en igual culpa incurrirían las orejas y la lengua de aquella temerosa osadía. Pero con todo eso no quiero dar pena a tu deseo (por ventura religioso), teniéndote gran rato suspenso.

Mas créelo, que es verdad. Sepas que yo llegué al término de la muerte, y hallando el palacio de Proserpina, anduve y fui traído por todos los elementos, y a medianoche vi el sol resplandeciente con muy hermosa claridad, y vi los dioses altos y bajos, y llegúeme cerca y adorélos.

He aquí te he dicho lo que vi; lo cual, como quiera que lo hayas oído, es necesario que lo sepas. Pero aquello que sin pecado se puede manifestar y denunciar a las orejas de los legos, yo lo diré.

Capítulo IV

Lucio cuenta la entrada en la religión, y cómo fue a Roma donde fue ordenado en las cosas sagradas, y fue recibido en el colegio de los sacerdotes de la diosa Isis.

OTRO DÍA, DE MAÑANA, ACABADAS LAS HORAS SOLEMNES, salí vestido con doce vestiduras, que es hábito muy devoto y religioso, del cual puedo hablar sin prohibición alguna, mayormente que en aquel tiempo muchos que estaban presentes lo vieron.

Estaba en medio del templo sagrado, delante la imagen de la diosa, hecho un cadalso de madera, encima del cual yo estaba muy adornado de una vestidura, que era blanca, de lino, pero de diversas flores pintada, que me colgaba de los hombros por las espaldas hasta los pies; ella era tan rica y preciosa, que de cualquier parte que la veían parecía de diversos colores, y muy adornada de animales en ella bordados. De una parte había dragones de las Indias, de la otra grifos hiperbóreos, que nacen y son criados en tierras muy ásperas, y

tienen alas a manera de aves. A esta vestidura la llamaban los sacerdotes estola olímpica.

En la mano derecha tenía yo un hacha encendida, y encima una hermosa corona resplandeciente, a manera de unas hojas de palma, alzadas arriba como rayos. En esta manera yo adornado, que parecía al sol, y ataviado como una imagen, súbitamente alzaron la vela que estaba delante, y quedé descubierto en presencia de todo el pueblo.

Después de esto celebré muy solemnemente la fiesta de mi profesión: hice convite de muy suaves manjares y otros placeres y fiestas, que duraron tres días, así en lo que pertenecía a la honesta y religiosa comida, como en todas las otras cosas que eran necesarias a la solemnidad y perfección de mi entrada.

Después, continuando allí algunos pocos días, mi deseo y trabajo gozaba de aquel gozo inestimable, por estar en servicio de la diosa, siendo prendado de tan grande beneficio.

Finalmente, que habiendo referido humildemente, según mi posibilidad, aunque no tan por entero como era razón, las gracias del beneficio y merced recibidos, siendo amonestado por la gran diosa, y con gran pena rotas las áncoras de mi ardiente deseo, alcancé licencia (aunque tardía) para tornar a mi casa. Así que, echado en tierra con mi cara ante sus pies, y lavándolos con mis lágrimas, y tapando la habla con grandes sollozos y tragando las palabras, finalmente, habiendo hecho mi oración a la diosa, abracé al sacerdote Mitra, padre mío, y colgado de su pescuezo, dándole muchos besos, le demandaba pensión, por que no podía remunerar ni agradecerle tantos beneficios que de él había recibido.

Finalmente, que al cabo de gran rato que pasamos en referir las gracias y los ofrecimientos, nos partimos.

Yo, después, a muy poquito tiempo enderecé mi camino para tornar a la casa de mis padres. Así que, habiendo pasa-

do algunos días por aviso y mando de nuestra diosa, hice liar muy prestamente mi hacienda, y entrando en la nao tomé el camino hacia Roma, y navegando con favor y prosperidad de los vientos (que traían), muy presto tomé puerto.

De allí, por tierra, subí en un carro y llegué a esta sacrosanta ciudad, a doce días del mes de diciembre, a donde no tuve otro mayor cuidado, como llegué, sino cada día ir a visitar el templo de la reina Isis, llamado Campense.

He aquí donde, pasado el sol por los doce signos del cielo, había cumplido un año, y el cuidado de la diosa, que bien me quería, tornó de nuevo a interrumpir mi descanso y reposo, haciéndome ensueños que otra vez me aparejase para entrar en la religión. Yo estaba maravillado qué cosa podía ser aquella, si por ventura no era bien ordenado y me faltaba algo, y en este escrúpulo hallé una cosa nueva, la cual era que, aunque yo estaba cierto en el entendimiento de la orden de la reina Isis, no estaba alumbrado ni limpio para el sacrificio del padre de todos los dioses, Osiris; y aunque ambas estas religiones eran unas y estaban juntas, pero había gran diferencia cuanto al hacer de la profesión.

Estando yo en esta duda, a la noche, en sueño me apareció un sacerdote de Osiris, el cual me denunció los secretos de aquella religión. Este sacerdote por darme conocimiento de sí por alguna cierta señal, andaba poco a poco cojeando un poco del pie izquierdo. Así que, quitada toda obscuridad y duda por la voluntad de los dioses, luego de mañana, acabadas las horas matutinas, miraba con gran diligencia a cada uno, quién de ellos era semejante al que vi en sueños, y luego vi uno de aquellos sacerdotes que, además del indicio de ser cojo del pie izquierdo, concordaba justamente en todo lo otro, así en hábito como en estatura, al que vi en sueños, y según después supe,

se llamaba Asino Marcelo, el cual nombre no era ajeno de mi reformación de cuando yo andaba hecho asno.

Visto esto, fuíle luego a hablar, pero él no estaba incierto de lo que yo le decía, que ya había sido avisado por semejante orden cómo me había de administrar y admitir en estas cosas de sus sacrificios y su religión, porque en sueños había oído la noche pasada al gran Osiris, estándole ataviando la corona, a su propia boca, con la cual dice y declara las venturas de cada uno, cómo le era enviado un hombre de Orán, virtuoso, al cual él luego recibiese a sus sacrificios.

En esta manera, estando yo destinado para entrar en la religión, estaba impedido contra mi voluntad por la pobreza, por no tener para cumplir lo que era necesario para la costa, porque los grandes gastos de mi larga peregrinación habían consumido las fuerzas del patrimonio, y también los gastos que había de hacer en Roma precedían y eran mayores que los que se habían hecho en Acaya, donde tomé el hábito. Así que, con la pobreza y necesidad que tenía, estaba en mucha fatiga puesto, como dice el proverbio: “entre el cuchillo y la piedra”; además de lo cual ya era amonestado que vendiese las alhajas y ropa que tenía, aunque poca, lo que luego hice, con que hice alguna suma de dineros. Así que, ya aparejadas abundantemente todas las cosas que eran menester, otra vez torné a ayunar tres días, contentándome con manjares de hierbas y no comer otra alguna cosa.

Además de esto, siendo amonestado por los nocturnos fantasmas de Osiris, estaba ya muy satisfecho para entrar en su religión, por ser hermano de la gran reina Isis, y por esto yo frecuentaba su servicio, lo cual daba gran descanso y placer a mi larga peregrinación y trabajo; no menos me ayudaba, y daba abundantemente lo necesario a mi vivir, el oficio de

abogar causas, que con el favor de mi buena dicha yo ejercitaba y tenía, en que yo era muy diligente y harto solícito. He aquí que después, a poquito tiempo, no pensándolo yo, otra vez fui amonestado por mandamientos de los dioses, para que por tercera vez me ordenase en su religión, lo cual no poco cuidado y pena me dio, y con gran congoja y tristeza de mi corazón pensaba qué cosa podría ser esta nueva y no oída intención de los dioses, qué quería decir, o a dónde se enderezaba, o qué faltaba a la profesión y entrada que ya dos veces había hecho.

Estando yo en este pensamiento como hombre sin seso, se me apareció en sueños una persona que mansamente me instruyó, y dijo de esta manera:

—No hay causa de que te puedas espantar, porque sabe que por tu bien te mandan ordenar por tercera vez, que es cosa que a nadie se permitió, y mira bien que te pertenece morar en Roma, en el templo de la diosa Isis, con el hábito y las vestiduras de su religión, que tomaste en la provincia de Acaya; y no puedes en los días solemnes suplicar ni hacer cosa alguna sin este feliz y glorioso hábito, lo cual, porque para ti sea dichoso y de buena ventura, recíbelo otra vez con ánimo gozoso y placentero, pues lo mandan y son autores de ello los dioses grandes y soberanos.

Hasta aquí, de la manera que he contado, me persuadió la revelación de la profesión, diciéndome todo lo que era menester para mi entrada. En adelante no dilaté ni olvidé el negocio, antes luego me fui al sacerdote principal, y dichas todas las cosas que había visto, me puse a la obediencia y yugo de la castidad y abstinencia de comer cosas de sangre; y por la ley perpetua de aquellos diez días, yo de propia gana multipliqué otros más adelante. De manera que largamente aparejé todo lo que era menester para mi profesión y entrada, porque

muchas de aquellas cosas me fueron dadas más por virtud y piedad de algunos, que por precio de dineros, aunque a mí no me pesaba del trabajo ni del gasto, pues que liberalmente la providencia de los dioses me había proveído en los negocios y causas de mi abogar.

Finalmente, después, a bien pocos días, el dios principal, Osiris, me apareció en sueños, mandándome que sin alguna tardanza tomase cargo que patrocinar y ayudar en las causas y los pleitos de los que poco pueden, y no temiese las envidias y murmuraciones de los que mal me querían, las cuales allí se causaban y divulgaban por la doctrina y el trabajo de mi estudio. Y no solamente su gran majestad tenía por bien que yo fuese juntado en la compañía de los sacerdotes; mas que fuese uno de los principales entre los decuriones, que de cinco en cinco años se elegían.

Finalmente, que yo, trayendo mi cabeza rasa de cada parte, según la ceremonia y la institución del antiguo colegio que se instituyó en los tiempos de Sila, me ejercitaba y servía mis oficios y cargos, perseverando en ellos con mucho placer y alegría.

Fin de *El asno de oro*

TABLA DE LIBROS Y CAPÍTULOS

Libro primero

Capítulo I. Cómo Lucio Apuleyo, deseando saber arte mágica, se fue a la provincia de Tesalia y en el camino se juntó con dos compañeros, los cuales iban contando admirables acaecimientos de hechiceras.

Capítulo II. Cómo prosiguiendo Aristómenes (que así se llamaba el compañero) su historia, contó a Lucio Apuleyo cómo dos hechiceras, Meroe y Panthia, degollaron aquella noche a Sócrates.

Capítulo III. Cómo Lucio Apuleyo llegó a la ciudad de Hipata y fue a hospedarse en casa de Milón, y lo que con Pithias le aconteció.

Libro segundo

Capítulo I. Cómo andando Lucio Apuleyo por la ciudad se conoció con una su tía, que le dio algunos avisos.

Capítulo II. Cómo Lucio Apuleyo se enamoró de Andria, la moza de su huésped Milón, y lo que pasó con ella.

Capítulo III. Cómo Birrena convidó a su sobrino Lucio Apuleyo, y de un cuento muy gracioso que uno contó.

Libro tercero

Capítulo I. Cómo Lucio Apuleyo fue preso y llevado al teatro público, a donde fue acusado de la muerte de tres hombres.

Capítulo II. Cómo estando Apuleyo para recibir sentencia, llega al teatro una vieja que de nuevo lo acusó, y el donoso cuento en que esto paró.

Capítulo III. Cómo Andria descubrió a Lucio Apuleyo que su ama Panfilia fue causa del ser afrentado en la fiesta de la risa.

Capítulo IV. Cómo Andria mostró a Lucio Apuleyo a su ama Panfilia cuando se untaba para convertirse en búho, y él, queriéndose untar por experimentar el arte, fue, por yerro de la bujeta del unguento, convertido en asno.

Capítulo V. Cómo estando Lucio Apuleyo convertido en asno, vinieron súbitamente ladrones a robar la casa de Milón, y cargado el robo en el caballo y asno, cargaron también a él y se partieron para la posada de los ladrones, que era una cueva, y lo que más pasó.

Libro cuarto

Capítulo I. Lucio Apuleyo cuenta lo que pasaron los hombres desde la ciudad de Hipata hasta llegar a la cueva de su morada.

Capítulo II. Lucio cuenta cómo llegaron a la cueva, y el sitio de ella; y otras cosas de gusto.

Capítulo III. Cómo aquel ladrón cuenta que robaron a un hombre rico con una graciosa industria de una osa.

Capítulo IV. Cómo los ladrones trajeron una doncella robada, la cual llora su desdicha.

Capítulo V. Cómo la vieja madre de los ladrones cuenta a la doncella un cuento muy elegante y lleno de doctrina.

Libro quinto

Capítulo I. Cómo la vieja cuenta a la doncella de cómo Psiquis fue llevada a unos palacios muy poderosos, donde holgó con su nuevo marido.

Capítulo II. Cómo prosiguiendo la vieja en su cuento, dice cómo las dos hermanas de Psiquis la vinieron a ver y le tuvieron envidia.

Capítulo III. Cómo Cupido avisa a su mujer que en ninguna manera oiga a sus hermanas, porque la quieren echar a perder.

Capítulo IV. Cómo vinieron las hermanas tercera vez a Psiquis, y del mal consejo que le dieron, y lo que acaeció a Psiquis.

Capítulo V. Cómo Psiquis fue a sus hermanas a quejarse de su desdicha mala, y del castigo que sus hermanas hubieron.

Libro sexto

Capítulo I. Cómo Psiquis fue al templo de la diosa Ceres y al de Juno a demandarles socorro y ayuda para su fatiga, y ninguna se lo dio por no enojar más a Venus, que estaba enojada.

Capítulo II. Cómo Psiquis se fue a presentar ante Venus por demandarle perdón, y los trabajos que con ella hubo.

Capítulo III. Cómo Venus mandó a Psiquis cosas muy dificultosas, las cuales acabó con ayuda de los dioses.

Capítulo IV. Cómo vinieron los ladrones de robar, y lo que acaeció a Lucio y a la doncella.

Libro séptimo

Capítulo I. Cómo viniendo un ladrón de la ciudad de Hipata cuenta a los otros cómo no culpaban a nadie del robo de la casa de Milón, sino a Lucio Apuleyo, y cómo fue admitido a la compañía de los ladrones un mancebo.

Capítulo II. Cómo aquel mancebo, recibido en la compañía por Hemo, afamado ladrón, fue descubierto ser Lepolemo, esposo de la doncella, el cual la libertó con su buena industria, y la llevó a su tierra.

Capítulo III. Cómo, celebradas las bodas de la doncella, se pusieron a pensar con gran consejo qué premio se daría a Lucio, asno, en recompensa de su libertad. — Donde cuenta grandes trabajos que padeció.

Capítulo IV. Lucio recuenta grandes trabajos que padeció por causa de venir a poder y manos de un mal rapaz.

Libro octavo

Capítulo I. Cómo vino un mancebo a casa del pastor amo de Lucio, asno, el cual cuenta a los pastores la muerte de Lepolemo, y la venganza que Carites tomó en su enamorado Trasilo, y cómo después se mató.

Capítulo II. Cómo después que los pastores supieron la muerte de sus señores se huyeron con su hacienda.

Capítulo III. Cómo Lucio prosigue contando muchos acontecimientos que se ofrecieron siendo asno, yendo con los pastores.

Capítulo IV. Cómo después que Lucio, asno, fue vendido a un echacuervos de la diosa Siria, le acontecieron muchos trabajos.

Libro noveno

Capítulo I. Cómo después que Lucio entendió que el cocinero le quería matar, buscó astucia para librarse de tan gran peligro, de donde se le siguió otro mayor, del cual también se libró.

Capítulo II. Lucio recuenta una historia que oyó haber acontecido en un pueblo, de cómo una mujer burló de su marido.

Capítulo III. Cómo Lucio recuenta una astuta manera de suerte que los echacuervos usaban para sacar dinero; y cómo fueron presos y él vendido a un tahonero.

Capítulo IV. Cómo Lucio cuenta un gracioso acontecimiento, en el cual la mujer del tahonero, su amo, gozó un enamorado, y cómo, tomándolos juntos, los castigó, en la cual venganza le ahorcaron por arte de encantamiento.

Capítulo V. Cómo Lucio cuenta que lo vendieron a un horrelano, y de sus miserias, y lo que acaeció con un caballero.

Libro décimo

Capítulo I. Cómo el asno fue llevado por el caballero a una ciudad, y de un extraño caso que allí aconteció.

Capítulo II. Cómo por industria de un senador antiguo fue descubierta la maldad de la madrastra, y libre el mancebo.

Capítulo III. Cómo el asno fue vendido a un cocinero y a un panadero, que eran hermanos, y de la buena vida que tenía donde pasó cosas de mucho gusto.

Capítulo IV. Cómo Lucio cuenta qué estado era el de su señor, y cómo partió para la ciudad de Corinto.

Capítulo V. Cómo se buscaba a una mujer que estaba condenada a muerte, para que en unas fiestas tuviese acceso con el asno en el teatro público, y cuenta el delito que había cometido aquella mujer.

Capítulo VI. Lucio, asno, cuenta cómo se representó en un teatro el *Juicio de Paris*, y otras cosas, y cómo huyó de allí.

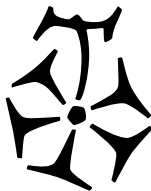
Libro undécimo

Capítulo I. Cómo Lucio cuenta que, venido en aquel lugar de Zencreas, después del primer sueño vio la Luna, a la cual pidió le volviese a su primera forma de hombre.

Capítulo II. Describe con grande elocuencia una solemne procesión que los sacerdotes hicieron a la Luna, en la cual procesión el asno apañó las rosas de las manos del gran sacerdote, y comidas se volvió hombre.

Capítulo III. Cómo Lucio cuenta el ardiente deseo que tuvo de entrar en la religión de la diosa, y cómo fue primero industriado para recibirla.

Capítulo IV. Lucio cuenta la entrada en la religión, y cómo fue a Roma donde fue ordenado en las cosas sagradas, y fue recibido en el colegio de los sacerdotes de la diosa Isis.



UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Dr. Luis Felipe Guerrero Agripino
Rector General

Dr. Héctor Efraín Rodríguez de la Rosa
Secretario General

Dr. Raúl Arias Lovillo
Secretario Académico

Dr. Jorge Alberto Romero Hidalgo
Secretario de Gestión y Desarrollo

Dra. Sara Julsrud López
Directora de Extensión Cultural

Dra. Elba Margarita Sánchez Rolón
Coordinadora Editorial

El asno de oro, de Lucio Apuleyo,
con traducción de Diego López de Cortegana,
terminó su producción en agosto de 2018 en la
Editorial de la Universidad de Guanajuato,
Alonso núm. 12, Centro, C.P. 36000, Guanajuato, Gto.
En su composición se utilizó la fuente tipográfica
Arno Pro y el cuidado de la edición estuvo a cargo
de Martín Eduardo Martínez Granados.

UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



ISBN: 978-607-441-540-7



9 786074 415407